



CRISTINA  
PRADA



UNA CAJA  
DE DISCOS VIEJOS  
Y UNAS  
GAFAS DE SOL  
DE 1964



*Toda lo que  
encontré*



zafiro



## Índice

Portada

Sinopsis

1. Cande

2. Cande

3. Cande

4. Sergio

5. Cande

6. Sergio

7. Cande

8. Cande

9. Cande

10. Sergio

11. Cande

12. Sergio

13. Cande

14. Sergio

15. Cande

16. Cande

17. Sergio

18. Cande

Epílogo

Referencias de las canciones

Biografía

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

Cande no sabe qué hacer. Está triste, perdida, rota. Se refugia en sus amigas y acepta empezar una relación con Marcos sólo para huir de Sergio.

Por su parte, Sergio trata de arreglarlo, pero hay cosas que, por mucho que luchemos, son muy difíciles de olvidar.

No pueden estar juntos, pero tampoco saben estar separados y las peleas se convierten en el único vínculo que los une. Sin embargo, en medio de esa vorágine, cuando se miran, sólo pueden recordar cuánto se quieren.

Cande, Sergio, Marcos, Estela. Ahora toca dar un paso adelante para descubrir si el amor es tan fuerte como creemos; si somos capaces de perdonar y de olvidar; saber cuánto valen los besos y los te quiero, y si podemos volver a pronunciar esas palabras cuando tenemos demasiado miedo.

El Madrid con sabor a cóctel, la música de los 80 y el amor nunca supieron mejor y nunca hicieron que una chica y un chico sintieran que una canción estaba escrita para ellos.

# 1

## Cande

Siento el segundo exacto en el que mi corazón se parte en pedazos.

No puedo entender lo que está pasando. Va a casarse con Estela. ¿Cómo? ¿Por qué? Sergio me mantiene la mirada y un desolador desahucio inunda sus ojos azules. Estoy segura de que sólo es un reflejo de lo que llena los míos, de la confusión, de la tristeza... Va a casarse. Va a casarse con ella.

—¿No dices nada? —pregunta Estela, y juraría que hay cierto toque de desdén, como si la imposible idea de que sabe todo lo que acaba de arruinar, hoy, fuese un poco más posible.

Niego con la cabeza, incapaz de hacer otra cosa. No puedo. Doy un paso atrás con pies torpes y vuelvo a hacer el mismo gesto.

—Lo siento. Tengo que irme —murmuro.

Estoy desconcertada, triste, enfadada, alucinada, y esas sensaciones se vuelven físicas y comienzo a marearme. Alzo la cabeza sin ni siquiera saber por qué y la miro a ella y luego a él.

—Enhorabuena, Sergio —pronuncio—. Espero que seas muy feliz.

Acababa de decirme «te quiero».

—Cande —susurra sin levantar sus ojos de mí, llenos de las mismas emociones que inundan los míos.

Acababa de decirme «te quiero» y ya no tengo nada.

Las lágrimas comienzan a bañar mis mejillas.

Giro sobre mis pies y salgo del despacho. Un sollozo atraviesa mi pecho cuando apenas he dado el primer paso en la sala principal. En ese preciso instante oigo su voz llamarme de nuevo y salir tras de mí. Prácticamente echo a correr y él lo hace detrás, ante la fascinada mirada de todo el Departamento de Recursos Humanos de Javier Freirá y Asociados.

Su mano rodea mi muñeca y tira de mí, frenándome y a la vez conduciéndome hasta la sala de reuniones. La puerta se cierra con cierta violencia a nuestra espalda. Lucho por zafarme. De pronto estoy demasiado



enfadada. ¡Lo odio! ¡Lo odio aún más que cuando encontré a aquella mujer en su casa, todavía más que cuando regresé a Madrid!

—¡Suéltame! —grito. Me da igual quién pueda oírnos.

—Yo no quería que las cosas pasasen así —trata de explicarse.

Pero no le escucho. ¡No quiero!

Me lleva contra la pared y me aprisiona con sus caderas contra el muro. Trato de empujarlo, de abofetearlo, pero atrapa mis muñecas de nuevo y también las lleva contra la pared.

—Maldita sea, escúchame.

—¡No!

—¡No quería hacerte daño! —Parece que a él tampoco le importa quién pueda oírnos.

—¡Pues lo has hecho! —respondo antes siquiera de pensar las palabras— ¡Me has destrozado! —E involuntariamente mi voz se llena de lágrimas.

Quiero soltarme, pero ni siquiera ahora me deja. Noto sus ojos azules sobre mi rostro. No estoy avergonzada por estar llorando delante de él. Estoy cabreada por permitirle ver cuánto me afecta.

Sergio deja escapar todo el aire de sus pulmones despacio y su cuerpo se llena con una tensión diferente, como si pudiese sentir mi dolor y ese hecho incrementase el suyo, multiplicándolo por mil.

—Cande, yo no quería que las cosas sucediesen así —repite tratando de que su voz suene serena—. Lo de Estela ha sido un error. Quería arreglarlo, pero no podía hacerlo por teléfono. Ayer me llamó para decirme que había adelantado su vuelta de Londres y yo le respondí que teníamos que hablar. Iba a terminar con todo. —Sergio se toma un segundo, un aviso de que ahora viene lo que realmente quiere decir—. Sólo quiero estar contigo. Tienes que creerme.

Alzo la cabeza. Siguen siendo los ojos azules más bonitos que veré jamás, sigue siendo él, pero yo ya no soy la misma.

—No —murmuro. Ya no hay gritos.

—Cande —me llama o me reprende, quién sabe.

—No quiero escucharte.

—No voy a dejar que todo esto termine así —me advierte, y otra vez suena desesperado.

—Si no dejas que me vaya, le contaré a Rodri todo lo que ha pasado.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa, pero no le doy espacio para quedarse. La mirada de Sergio cambia en una décima de segundo y, tomándome

por sorpresa, me suelta dando un paso cargado de una masculina seguridad hacia la puerta.

—Vamos —me pide sin un solo resquicio de duda—. Subamos. Ahora mismo. Pienso decirle que te quiero, que quiero estar contigo.

No era la reacción que esperaba y por un kamikaze segundo mi corazón parece recomponerse y henchirse de esperanza. Está dispuesto a hablar con Rodri, a defendernos. Sin embargo, cuando he dicho que ya no soy la misma, no mentía. Su gesto llega demasiado mal y demasiado tarde.

Sergio continúa su camino hacia la salida.

—Le diré que me engañaste. —Mis palabras lo detienen en seco cuando ya está a punto de alcanzar la puerta y se gira despacio. Mi voz sigue inundada por el llanto, pero al mismo tiempo resulta extrañamente convincente, destilando esa clase de determinación que aparece cuando ya estás tan rota que ni siquiera eres capaz de sonar desesperada—. Le diré que te aprovechaste de mí, de que sólo tengo veintidós años y eres mi jefe, para que hiciera todo lo que querías, que jugaste conmigo hasta que te cansaste.

En realidad sólo he puesto en palabras lo que Rodri dio por hecho que estaba pasando «con ese alguien mayor». Por eso sé que no me costaría mucho trabajo convencerlo de que las cosas sucedieron exactamente así. Sergio aparta la mirada a un lado y al final la pierde en el suelo, sin hacer ningún otro movimiento con el resto del cuerpo. Él también lo sabe.

No espero más, tampoco digo nada más y simplemente echo a andar hacia la puerta. Al pasar junto a él, su olor vuelve a sacudirme y mi mente traicionera y masoquista me regala una imagen perfecta de nosotros en su despacho, de cómo sonrió cuando me dijo «te quiero». Hace menos de una hora de aquello. La vida de una persona puede cambiar mucho en tan sólo unos minutos.

Me obligo a enterrar ese recuerdo en lo más profundo de mí. Continúo caminando y abro la puerta.

—Cande —le oigo llamarme en un ronco susurro lleno de demasiadas cosas, pero no me detengo.

El hilo entre los dos por fin se ha roto y la música ha dejado de sonar.

Regreso a mi mesa obviando cómo me miran todos. Supongo que es bastante ridículo seguir pensando que no saben nada, pero tampoco creo que sepan a ciencia cierta lo que hay entre nosotros. Debería decir lo que ya no hay entre nosotros. Sea lo que sea lo que esté dispuesto a sentir, ahora piensa sentirlo

con Estela. Cabeceo, resoplo. No quiero seguir aquí. Recojo mis cosas tan rápido como soy capaz y salgo de la oficina sin mirar atrás. Cuando me monto en el ascensor, Sergio aún no ha salido de la sala de reuniones.

Me paso las seis paradas de metro y el trasbordo a la línea uno llorando como una Magdalena. Me gustaría parar, pero no puedo, y lo peor es que soy plenamente consciente de que no lloro como las damiselas lloran en las pelis, con un llanto contenido, casi romántico. No, señor. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces me he sorbido los mocos y cuántas veces me los he limpiado con la palma de la mano sin poder dejar de sollozar. Incluso he estado tentada de contarle mis penas a una pobre chica incauta que ha cruzado la mirada conmigo dos veces y me ha contemplado con algo parecido a la ternura. No es que me haya contenido, es que se ha bajado dos paradas antes que la mía.

En mi apartamento, más concretamente en mi salón, y más aún en mi sofá, pienso en seguir llorando el resto de mi vida. Va a casarse... con ella. Sergio, el hombre que no quería compromisos, que pensaba que el amor era una farsa, va a casarse. Un montón de crueles preguntas empiezan a arremolinarse en mi cabeza: ¿cuánto tiempo llevan juntos?, ¿a ella también le ha dicho que la quiere?, ¿lo sentía de verdad cuando me lo dijo a mí?

Si fuese una chica lista, hubiera cabeceado y me hubiese olvidado de todas esas cuestiones, pero a estas alturas imagino que tendréis claro que, cuando se trata de él, no lo soy. Me seco las lágrimas, me incorporo en mi sofá y rescato mi móvil del bolso. Dos tonos después, contesta.

—¿A ella también la quieres? —pregunto a bocajarro.

—Cande —susurra al cabo de unos segundos, con la voz llena de compasión. Un pequeño detalle que me hace odiarlo todavía más. No quiero que me compadezca. No se merece hacerlo y sentirse mejor.

—Te odio —le escupo—. Te odio como creo que no he odiado a nadie en toda mi vida y nunca me arrepentiré lo suficiente de haberme enamorado de ti.

Cuelgo antes de que pueda decir nada y, sin poder controlarlo, rompo a llorar de nuevo a la vez que vuelvo a dejarme caer en el sofá.

No sé cuánto tiempo ha pasado cuando llaman a la puerta. No pienso abrir. Siguen llamando. Sigo sin moverme. El timbre deja de sonar y, sea quien sea quien está al otro lado, comienza a aporrear la madera, cada vez con más fuerza. Me da exactamente igual.

Y entonces suena su voz.

—¡Cande!



Todo mi cuerpo se tensa a la vez que me levanto despacio. Creo que incluso dejo de respirar. ¿Qué hace aquí? Ni siquiera me planteé la posibilidad de que se presentara en mi piso.

—¡Cande, abre! —ruge—. He roto con Estela.

El corazón me da un vuelco y vuelve a caer destrozado. Ni siquiera sé cómo debería sentirme.

Camino hasta el diminuto recibidor, pero no digo nada y durante el siguiente minuto el silencio se apodera del ambiente.

—¡Abre la maldita puerta! —grita golpeándola con tesón.

Suena desesperado, perdido, solo, y yo tengo que apretar los labios conteniendo un nuevo aluvión de lágrimas. ¿Por qué ha tenido que venir?

Un golpe sordo, de su puño contra la madera, me sobresalta y a continuación el silencio vuelve. Un silencio que, a pesar de serlo, está cargado de demasiadas cosas.

—Nena —susurra, y todo mi mundo vuelve a tambalearse—, ya no sé vivir sin ti.

Sus palabras atraviesan la puerta y me calientan de una manera que ahora mismo también me llena de dolor. Yo tampoco sé vivir sin él, pero los dos vamos a tener que aprender y es sólo culpa suya.

—Me equivoqué —continúa con una aplastante seguridad, con el mismo dolor que siento yo. Lentamente, me deslizo por la pared hasta sentarme en el suelo, apenas a unos centímetros de la madera entre los dos—. Me he equivocado en demasiadas cosas y la primera fue no darme cuenta de que me enamoré de ti la primera vez que te vi. Desde esa décima de segundo tendría que haberte agarrado con fuerza y no haberte soltado jamás. —El silencio vuelve, sólo un instante—. Nena, daría todo lo que tengo porque las cosas fueran diferentes, pero no puedo.

Miro la puerta deseando también que todo fuera diferente. Lo quiero. Lo quiero como una auténtica idiota, pero no puedo volver a caer. Me ha hecho demasiado daño.

—Tú haces que mi vida valga la pena.

Su voz vuelve a trasladarme a su despacho, a cómo me sentí cuando le oí decirme «te quiero» por primera vez, a sus manos, a sus ojos azules, a su sonrisa. Abrazo mis propias piernas y cierro los ojos, luchando contra todo lo que siento, contra cada lágrima. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, cada uno a un lado de la puerta, sabiendo perfectamente que ninguno ha sido capaz de alejarse un

simple paso. La noche se hace más cerrada y el rumor de las personas abarrotando las terrazas y locales de La Latina, más intenso. Tengo que levantarme, tengo que salir de aquí. Sergio es mi debilidad, incluso ahora, pero Candela Martín no está dispuesta a cometer los mismos errores; con toda sinceridad, ni siquiera creo que sobreviviese.

Me armo de valor y me levanto poco a poco. Miro la madera y mi corazón se resquebraja un poco más.

—Márchate, Sergio.

Mi voz suena extraña, como si otra persona estuviese pronunciando esas palabras y no yo. Cabeceo enterrando esa idea y obligo a mis pies a moverse. Una parte de mí grita y patalea porque no quiere alejarse de él. La otra tiene demasiado claro que quedarse ya ni siquiera es una opción.

—Lo siento, Cande.

Sus palabras vuelven a atravesar la superficie que nos separa, el espacio vacío entre los dos, y estallan dentro de mí. Me freno en seco. Los ojos me quemán repletos de lágrimas.

Oigo el ruido amortiguado de alguien levantarse al otro lado y después unos pasos que se apagan con lentitud hasta dejar de sonar. Se ha marchado. Un nudo se contrae en mi estómago y me siento aún más triste.

Voy hasta el dormitorio, apago la luz de un manotazo y me meto en la cama. Quiero dejar de pensar, pero no soy capaz. Me giro sobre el colchón y me acurruco agarrando con fuerza la almohada. Mis ojos vuelan hasta la ventana buscando distraerme, pero es imposible huir de lo que quiero huir. Cometo el error de cerrar los ojos y mi mente actúa como un traicionero proyector. Dios, me duele el corazón. Decido rendirme y concederme una última tregua. «Sólo una vez», me juro, porque me conozco y no quiero acabar convirtiéndome en una yonqui de los recuerdos. Veo a Sergio en su despacho, frente a mí, con sus ojos azules atrapando los míos. Recorre despacio mi rostro con la mirada, buscando conservar cada segundo. Me dice «te quiero». Me hace feliz. Sonríe.

Nunca había sido tan feliz.

Abro los ojos lentamente y vuelvo al aquí y ahora. Me equivoqué. El hilo entre los dos no se ha roto y creo que, para mi desgracia, no se romperá jamás.

\*\*\*

Me levanto con una sola idea en la cabeza. Apenas he dormido una hora y he tenido mucho tiempo para pensar y, sobre todo, para entender una cosa: tengo que protegerme. El amor no es como en los libros, ni tampoco es lo que mueve el mundo. Después de todo, Sergio tenía razón. Ahora lo sé.

Me visto con una vieja sudadera de Rodri y salgo a la calle. Echo a andar olvidándome de taxis o el metro. Unos quince minutos después estoy pasando de largo el oso y el madroño. Esa estatua siempre me hace sonreír, pero hoy ni siquiera la miro. Creo que nunca había estado tan triste.

Tengo la sensación de que todas las personas que me miran son conscientes de lo desgraciada que soy. Los ojos hinchados, la nariz roja. Mentalmente me invento un montón de respuestas: echo de menos a mis padres, me he quedado sin trabajo, he dejado la carrera, va a casarse. Probablemente todas sean verdad.

—Hola, preciosa —me saluda Marcos cuando me detengo frente a él.

—Hola —respondo.

—¿Estás bien? —inquire dando un paso hacia mí.

Yo asiento y rehúso el contacto alejándome apenas unos centímetros. El reloj marca las nueve sobre nuestras cabezas.

—Cande, ¿qué...?

—Querías una respuesta, ¿no? —lo interrumpo sorbiéndome los mocos.

Marcos aprieta los labios tragándose sus preguntas y su preocupación.

Lo miro. No se parece a Alain Delon de joven en *Gatopardo*. No suena música. Y decido que eso es exactamente lo que necesito, porque Cande Martín lo que quiere es estar a salvo.

—La respuesta es sí.

La expresión de Marcos cambia. Quiere sonreír, estar feliz, pero el buen chico pesa más y sigue preocupado.

—Me has hecho el tío más feliz del mundo, pero... ¿es lo que quieres?

Asiento.

—Sí —me obligo a pronunciar, como si necesitase oírmelo decir en voz alta para echarlo a él de mi vida.

Marcos frunce el ceño tratando de estudiarme, de comprender por qué estoy haciendo esto. Finalmente resopla sin levantar sus preciosos ojos marrones de los míos.

—Cande, ¿por qué estás así?

—Porque me he equivocado —contesto sin paños calientes, encogiéndome de hombros y aguantándome las ganas de llorar—, pero ahora voy a hacer las

cosas bien.

Él sonríe con ternura. Da un paso hacia mí y, dejándome claro lo que va a hacer, alza la mano y me acaricia suavemente la mejilla. No hay fuegos artificiales, pero tampoco hay dolor.

—Todo eso me da igual —repone sincero—. Lo  nico importante es que est s aquí.

Me abraza y me besa y yo me dejo hacer.

Marcos me ofrece desayunar juntos, pero, antes de que pueda responder que s , lo llaman por la radio prendida de su uniforme de policía. Debe volver a la comisaría. Me dice que me compensar  y yo, en el fondo, respiro aliviada. Sólo quiero estar sola.

Estoy subiendo las escaleras de vuelta a mi piso cuando percibo murmullos en mi rellano. Me freno en seco y me preocupo, casi me asusto. Una lista corta, pero desde luego bastante intensa, de las personas que puedan ser se pasea por mi mente: Estela, para hablarme de su boda; Rodri, porque Sergio se lo ha contado todo... Sergio. Sacudo la cabeza y continúo subiendo. Sea lo que sea, puedo con ello. Sin embargo, suspiro otra vez aliviada al ver a Sira y a Martina sentadas en el suelo junto a la puerta, la una en frente de la otra.

— D nde te habías metido? —pregunta Martina, preocupada al reparar en mi presencia, levantándose.

Sira la imita y las dos me prestan atención.

Yo me tomo un par de segundos para contestar, porque realmente no s  que decir.

—Estaba resolviendo unos asuntos —contesto con poco convencimiento.

— Qu  asuntos? —inquire Sira desconfiada, achinando la mirada.

Otra vez me tomo un momento para buscar la respuesta adecuada. Acabo desistiendo.

—Asuntos —aclaro pasando entre las dos para llegar a mi puerta.

—Cande —me llama Sira, y suena compasiva, como si estuviese consol ndome, aunque no supiese por qué.  Tan obvio es? Supongo que s .

Entro y ambas me siguen.

—Sergio me llamó —me explica Martina.

Sus palabras me detienen en seco, pero rápidamente reanudo el paso sin ni siquiera llegar a volverme. Sergio se acabó para mí, y, todo lo que tiene que ver con él, también.

—Me dijo que vini semos a verte, a estar contigo —continúa—, pero no

me aclaró por qué. ¿Estáis juntos?

Tuerzo el gesto camino de mi cocina. Esa pregunta escuece, más de lo que me gustaría.

—¿Habéis roto? —pregunta Sira más certera—. ¿Por eso vas vestida como una indigente que va a correr la San Silvestre Vallecana?

Abro el frigo y cojo una botellita de agua. Doy un largo suspiro, insuflándome valor.

—Sergio va a casarse con Estela —suelto a bocajarro a la vez que me doy media vuelta—. Teníais razón, ser amigos lo complicó todo y volvimos a acostarnos, creo que incluso a estar juntos. Me dijo que me quería —continúo sin darme tiempo a pensar en ninguno de los recuerdos que evocan mis propias palabras—. Menos de cinco minutos después, me enteré por boca de mi hermana de que es su prometido.

Sira y Martina me miran más que alucinadas. Creo que ahora mismo se encuentran en un estado próximo a la simbiosis mística.

—¿Por-por qué? —acierta a tartamudear Sira.

Yo me encojo de hombros forzando una sonrisa que pretende ser una seña de indiferencia y se queda en algo torpe, nervioso y triste.

—Eso me gustaría saber a mí.

—¿Has hablado con él? —pregunta Martina.

—Me explicó que él no quería que las cosas fueran así, que iba a romper con Estela, pero que no quería hacerlo por teléfono. Ayer se presentó aquí. Me dijo que ya no estaban juntos, pero eso ya no me vale. —Mi voz se rompe al final de la frase, pero inspiro con fuerza y consigo controlar los sollozos.

—Cande —murmura Martina al otro lado de la barra de la cocina.

—Dúchate y cámbiate de ropa —me ordena convencidísima Sira en ese mismo segundo, sólo a unos pasos de Martina, que la mira confusa, mucho. Yo también lo hago—. No vas a quedarte llorando aquí por ese maldito cabronazo. Vas a ponerte monísima y nos vamos a ir a trabajar. ¿Por qué? Porque somos chicas, queridísima Cande Martín, y no hay nada que no podamos solucionar subidas a unos taconazos de infarto.

Yo la miro sin saber qué contestar a semejante discurso, que creo que ofendería a feministas y machistas por igual.

—Estoy de acuerdo con Carrie Bradshaw —secunda Martina con una sonrisa.

—No me ofendes, me halagas —le replica Sira índice en alto—. Se trata de

demostrar un par de cosas —prosigue mirándome de nuevo a mí—. Quiere casarse con la arpía de Estela, que le den. Lo quiso alguna vez, que le den también. Tú eres fuerte y no lo necesitas.

La miro y automáticamente decido que tiene razón. Claramente, es lo que más me conviene. Me sorbo los mocos y echo a andar hacia mi habitación. Aún no he entrado cuando, por el rabillo del ojo, veo a Sira girarse hacia Martina, suspirar y agitar la mano a la vez que pronuncia un «joder» entre dientes. Una significativa muestra de que, más allá del discurso motivacional que acaba de soltarme, lo que me ha pasado le parece una putada, y de las importantes.

—Te estoy viendo —la recrimino sin detenerme.

—Arriba las mujeres —responde rápidamente alzando el puño.

\*\*\*

Aparecemos en la oficina con más de tres horas de retraso, aunque francamente llegar tarde es lo que menos me preocupa.

Al alcanzar mi planta, lo primero que hago es mirar hacia su despacho, un gesto reflejo que no puedo controlar. Aunque creo que también tiene algo que ver con evaluar la situación. Si mi corazón va a comenzar a latir con fuerza sólo porque él esté cerca, mejor saberlo ahora... y apuntarme en la lista de donantes también. Motivo: mi corazón es soberanamente gilipollas. Por suerte, aunque la puerta está abierta, no hay rastro de Sergio. Debe de haber subido a alguna reunión.

Nada más verme, Pedraz, con más tesón que disimulo, se levanta y se marcha por el pasillo que conduce al despacho de Paula. Lo observo, pero no tardo más de un par de segundos en dejar de prestarle atención. Probablemente nuestra jefa le haya mandado algo y acabe de recordar que hace una hora que debió entregarlo.

Sira y Martina insisten en acompañarme a mi mesa y, cuando me instalo en ella, insisten en remolonear un poco y quedarse cerca de mí.

—Estoy bien —les digo por enésima vez.

—¿Quién lo duda? —replica Martina—. Simplemente nos gusta estar aquí.

Mira a su alrededor. Sus ojos se cruzan con los de Arroyo y éste le guiña un ojo con un poco más de lascivia de lo estrictamente necesario.

—Acabo de hacerme lesbiana —añade cruzándose de brazos, manteniéndole la mirada.



Gran error.

—¿En serio? —repite Arroyo encantadísimo—. ¿Cuándo? ¿Puedo mirar?

Lo sabía, y sonrío por primera vez desde hace veinticuatro horas por eso y porque mis compañeros cualquier día van a fundar su propio portal de citas para folleto por Internet.

El pitido del ascensor indicando que las puertas van a abrirse atraviesa el ambiente mezclándose con el tecleo, la punta de los bolígrafos sobre el papel y el rumor de los comentarios ocasionales, y también con unas pisadas cada vez más aceleradas.

Sólo un segundo después, Sergio irrumpe en la sala desde el pasillo que conduce al despacho de Paula. Clava sus ojos azules directamente en mi mesa, en mí, a la vez que se frena en seco. Parece aliviado y tenso al mismo tiempo, como si la mente en este preciso instante le funcionase a mil kilómetros por hora.

Da un paso más en mi dirección y vuelve a detenerse, conteniéndose.

Estoy enfadada, asustada, triste, feliz, y me odio un poco más a mí misma por esta última parte. Quiero saber cuándo voy a dejar de sentirme así. Ahora mismo es lo único que quiero.

—Señorita Martín, a mi despacho —ordena finalmente, a la vez que, inquieto, se pasa la mano por el pelo.

Pedraz pasa a su lado saliendo del mismo pasillo y, de prisa, regresa a su mesa. Sergio debió de haberle dado orden de que lo avisara en cuanto me viese aparecer y ése es un motivo más por el que lo observo sin saber qué decir. No estoy obnubilada ni nada por el estilo. Martina y Sira lo miran exactamente igual que yo, incluso Gustavo y el resto de mis compañeros. Sergio Herranz no muestra sus emociones, nunca, y, sin embargo, eso es justo lo que está ocurriendo ahora.

—Hola.

Su voz me sobresalta.

Me giro y veo a Marcos, de uniforme, caminar en mi dirección desde los ascensores. Sonríe y yo me obligo a hacer lo mismo. Las chicas han pasado de alucinadas a patidifusas.

—Hola —le devuelvo el saludo algo nerviosa.

—Antes me has dejado preocupado —me explica deteniéndose junto a mí — y he pensado que quizá podríamos comer juntos.

Noto la mirada de Sergio hacerse más intensa sobre mí.

—Sí —murmuro sin mucha convicción.

—Señorita Martín —ruge—, ¿no me ha oído?

—No voy a ir —contesto.

Los pocos compañeros que no nos prestaban atención, ahora lo hacen por mi negativa. El departamento se sumerge en un silencio sepulcral. Sergio aprieta la mandíbula bajo su barba de un par de días sin apartar sus ojos de mí.

—Señorita Martín —me advierte con su voz amenazadoramente suave.

—No —respondo.

Nos mantenemos la mirada. Nos decimos demasiadas cosas sin usar una sola palabra.

Marcos nos observa sin entender nada. Mis compañeros, sin poder creerse que esté desafiando al señor Herranz en mitad de la sala. Mis amigas siguen alucinando. Creo que incluso yo lo estoy haciendo un poco.

—Cande —me llama Martina acucillándose junto a mí—, Sergio no va a rendirse y *todos* —continúa haciendo un especial hincapié en ese último vocablo, y de inmediato entiendo a quién se refiere— os están viendo.

Calibro su comentario y no tardo más de un segundo en comprender que tiene razón. No quiero empezar mi relación con Marcos teniendo que dar explicaciones sobre cómo acabó la que tuve con Sergio, y tampoco me gustaría ponerlo en una posición en la que tenga que confiar en mí sin que yo suelte una palabra... eso ya lo hice esta mañana. Así que, sin que me quede otra, me levanto a regañadientes, destilando una ira termonuclear, pero, antes de dirigirme hacia su despacho, me vuelvo hacia Marcos.

—Sólo será un momento —me disculpo, y él asiente.

Sin mirar a Sergio ni un mísero instante, echo a andar hacia su despacho. Él sí me observa a mí, o más bien me fulmina con la mirada. Entro en su oficina y la simple idea de estar aquí me sacude. La puerta se cierra con un sonoro portazo a mi espalda. En un segundo todo se hace demasiado intenso.

—¿Qué hace aquí ese gilipollas? —brama sin preámbulos, tratando de mantener el control y fracasando en parte.

Yo trago saliva y con ese gesto intento diluir la bola de rabia pura que tengo en la garganta.

—No es asunto tuyo.

Al alzar la mirada, él ya está frente a mí, al otro lado de su mesa. Creo que esta situación, el que estemos cada uno a un lado de su escritorio, en su despacho, siempre le ha otorgado más poder.

—Para con esto, Cande —gruñe.

—No pienso hacerlo. Y quiero el traslado —añado decidiéndolo de pronto.

Soy plenamente consciente de que debo quedarme aquí, trabajar y dar la cara, pero puedo hacerlo en cualquier otro departamento. Me merezco poder mirar hacia el despacho de mi jefe y no sentir ganas de rociarlo con gasolina y prenderle fuego o llorar como una Magdalena en el baño (depende del día).

La mirada de Sergio cambia y una decena de emociones se apoderan de ella, inundándola tan rápido que no puedo distinguir ninguna.

—Eso no va a pasar —sentencia arrogante. Esa emoción siempre gana a las demás—. Y soy la única persona que puede concederte ese traslado.

Estoy hastiada de todo esto. No quiero seguir discutiendo. Mi historia con Sergio se ha acabado. Me encojo de hombros transmitiendo esa sensación de suave y desolado cansancio.

—Puedes obligarme a quedarme —respondo—, pero yo ya estoy muy lejos de aquí, Sergio.

Su mirada vuelve a transformarse y me parece que todo lo que me está destrozando por dentro se contagia en sus ojos azules. Su cuerpo se tensa un poco más y la sensación de que todo duele demasiado crece entre los dos hasta inundarlo todo.

Ninguno de los dos dice nada y salgo del despacho. Mis compañeros me miran más o menos discretos y mis amigas siguen junto a Marcos.

—¿Todo bien? —inquire con una sonrisa al verme.

Martina, Sira y yo nos miramos y las tres nos dedicamos un «si tú supieras» telepático.

—Sí, claro —contesto nerviosa.

—¿Comemos? —continúa Marcos.

Miro a mi alrededor algo descolocada. El corazón me late demasiado de prisa.

—Sí —musito.

Martina, a mi lado, me coge discreta la mano y me la aprieta para tranquilizarme o infundirme valor o, quizá, simplemente, diciéndome que estoy haciendo las cosas bien.

Marcos me hace un gesto para que pase delante y, tras asentir dos o tres veces más de la cuenta, echo a andar.

\*\*\*

Regreso a la oficina relativamente pronto. Es lo justo después de la hora a la que he aparecido esta mañana. Aunque hay quien diría que tampoco ha sido la comida más cómoda del mundo. Marcos ha estado muy atento y simpático, como siempre en realidad, pero yo no podía dejar de darle vueltas y más vueltas a todo lo que ha pasado estos dos días.

Cuando todos comienzan a levantarse y a abandonar el edificio como si estuviera en llamas, me doy cuenta de que ya han dado las seis y media. Hoy ha sido uno de esos viernes que nos ha tocado jornada completa y, aun así, soy consciente de que debería quedarme para recuperar el tiempo perdido. Sin embargo, acabo levantándome y rescatando mi abrigo. Eso sí, me anoto mentalmente restarme un par de horas extras a las dos mil ochocientas setenta y tres que me debe Javier Freirá y Asociados.

Ralentizo el paso para dejar a mis compañeros entrar en el ascensor. Prefiero ir sola en el siguiente. Concha pasa a mi lado a una velocidad pasmosamente rápida y bloquea las puertas para poder entrar.

—¿Vienes? —me pregunta mirándome.

Niego con la cabeza.

—No, gracias.

Creo que me mira suspicaz, pero no estoy segura, porque Pedraz empieza a armar alboroto al fondo del ascensor, diciendo que si Chen fuera una *drag queen*, sería una *drag queen*, y que, si se mudara a Valencia, podría ser *drag queen* y *comel aloz* o las dos cosas a la vez y llamarse «Superlativa, la geisha fallera», como nombre artístico. Concha lo manda callar de un berrido y le dice que no puede hacer esa clase de comentarios racistas, que somos el Departamento de Recursos Humanos y tenemos que dar ejemplo, y que deje tranquilo al pobre Chen, que ya tiene que ser muy difícil para él ser chinito, con todos los que hay.

Las puertas se cierran y me doy cuenta de que estoy sonriendo. Con esta pandilla es imposible no hacerlo.

Espero unos minutos prudenciales y vuelvo a llamar el ascensor. Aún no he separado el dedo del botón cuando unos pasos se detienen a mi espalda. Todo mi cuerpo se hace hiperconsciente del suyo y el corazón me da un brinco dentro del pecho, torpe, kamikaze y henchido de esperanza. Ni siquiera he necesitado verlo.

Me obligo a no girarme, a no reaccionar de ninguna manera, pero, cuando las puertas del elevador se abren y Sergio rodea mi muñeca con su mano, creo que el mundo empieza a girar demasiado rápido.

Es así de cruel.

Tira de mí hacia el interior y yo me dejo hacer. Justo antes de que las puertas vayan a cerrarse, Castaño se acerca a la carrera para entrar, pero Sergio lo fulmina con la mirada, frenándolo en su intento. Yo trago saliva y la voz de mi conciencia grita que no debería estar aquí.

Apenas hemos descendido un metro cuando Sergio, decidido, pulsa el botón de parada y se gira hacia mí con esa latente masculinidad cegándolo todo.

—Cande, vas a escucharme —me advierte cogiendo mi cara entre sus manos.

Algo dentro de mí se activa y abro la boca dispuesta a gritarle. ¡Yo no tengo nada que escuchar que provenga de él!

—Te quiero.

Cualquier cosa que pensara decirle se desvanece y tengo la sensación de que mis pies se separan del suelo despacio.

—Te quiero —repite dejándome ver en su mirada más azul que nunca que no está mintiendo, que siente cada letra que ha pronunciado— y todo lo que dije en tu rellano es verdad. Tú haces que mi vida valga la pena.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Si fue difícil escapar de esas palabras cuando nos separaba una puerta y ni siquiera podía verlo, el esfuerzo ahora supera lo titánico. Quiero devolverle esas mismas palabras, quiero tirarme en sus brazos, pero una parte de mí tiene demasiado miedo. No puedo olvidar lo que ha pasado.

—Cásate conmigo, nena.

¿Qué?

## Cande

—¿Qué?

Ahora mismo ni siquiera puedo pensar con claridad.

—Podemos casarnos en una boda con cuatrocientas personas, tu familia y la mía o hacerlo hoy mismo solos tú y yo. —Habla con una convicción absoluta, sin una mísera duda de que es lo único que desea, con todo lo que le hace ser él brillando con fuerza—. Quiero pasar el resto de mi vida contigo, Cande. Quiero hincar la rodilla, tener críos y comer todos los domingos con la familia.

Sonríe y, sin quererlo, yo lo hago con él. No tengo ninguna duda de por qué ha elegido esas palabras concretas. Son las mismas que usó en el jardín de la casa de sus padres, sólo que ahora tienen la intención opuesta.

—Tú tenías razón —continúa—. El amor de verdad existe. Es lo que siento por ti y no puedo perderte, nena.

Lo observo sin perderme un solo detalle de su rostro, de cada palabra que ha dicho. Las lágrimas se acumulan hasta no permitirme enfocarlo. Pestañeo y una de ellas baña mi mejilla. Eso era lo único que quería escuchar, pero, entonces, ¿por qué tengo la sensación de que llega demasiado tarde?

—Sergio... —murmuro.

Sin poder evitarlo, comienzo a llorar. Me siento perdida. Quiero perdonarlo, pero no puedo. El miedo que tengo dentro, el dolor, me piden que no lo haga. ¿Qué pasa si vuelvo a pasarlo mal? Mi corazón es tan estúpido para tirarse a ciegas si Sergio se lo pide... No puedo permitirlo.

Sergio alza las manos dispuesto a abrazarme, pero en el último segundo, cuando ya puedo sentir sus brazos rodeándome, esa ola de calor anticipado de todo lo que sé que me hará sentir justamente así, justamente aquí, doy un paso atrás y niego con la cabeza. Lo noto apretar los dientes y bajar los puños hasta cerrarlos con fuerza junto a sus costados. De verdad me quiere. De verdad se preocupa por mí. Pero yo ya no puedo.

No puedo.



—Quiero salir de aquí —le pido luchando porque mi voz suene fuerte.

—Cande...

—Por favor —lo interrumpo.

Sergio inspira pesadamente, me observa un segundo más y al fin pulsa el botón de parada de nuevo, reanudando la marcha del ascensor. Bajamos cuarenta plantas en un silencio lleno de demasiadas cosas.

El pitido anunciando que las puertas van a abrirse en el vestíbulo toma el ambiente. El cubículo perfectamente iluminado se detiene. Las puertas empiezan a moverse, pero mis piernas se niegan a hacer lo mismo. Es una batalla que está acabando conmigo. El miedo contra la ilusión, el dolor contra el deseo, el amor... el amor contra el sentido común, peleando a destajo, recordándome que es la bandera que guía mi vida, lo que mueve el mundo, mi mundo. Todo mi mundo. Maldita sea, lo quiero tanto que me duele.

Sergio parece leer mis pensamientos, atrapa mi mano y entrelaza nuestros dedos. Siento su calor, su protección, lo siento a él, y sencillamente vuelvo a respirar. Sonríe, la sonrisa que guarda sólo para mí, y yo memorizo cada rasgo de su armónico rostro.

Salimos del ascensor y, sin quererlo, empiezo a pensar en toda nuestra historia: la primera vez que nos besamos en la sala de reuniones, la primera vez que nos acostamos en mi piso, todas las cosas que nos han pasado, las buenas, las malas.

Sergio me guía con paso seguro a través de recepción hasta el elevador que conduce al garaje. Pienso en todas las veces en las que ha hecho que me sintiese especial, viva, y también en todas las que me ha hecho demasiado daño. Miro nuestras manos unidas. Por primera vez, el lado romántico no decanta la balanza.

Veo a Marcos paseando por la plaza que se extiende a los pies de la Torre Picasso y, despacio, me suelto de la mano de Sergio. Él se detiene y me observa. Yo ahora hago lo mismo con mi mano vacía. Recuerdo cuando pensé que juntos estábamos mejor que solos, mejor que con otras personas, pero que el problema era que juntos no podíamos estar. Eso fue antes de que se quedara a dormir sólo para cuidar de mí, de que me dijese «te quiero», pero también fue antes de que me enterase de que iba a casarse con Estela. Contemplo a Marcos, ajeno a todo. Algo dentro de mí cambió en el despacho cuando lo descubrí todo. Subí muy alto, caí y me partí en pedazos. Miro a Sergio. Ya no se trata de lo que quiera, sino de lo que necesito para volver a estar bien, a salvo.

—No puedo —murmuro.

Siento que el corazón acaba de romperse un poco más.

Sus ojos azules poco a poco se van llenando de demasiadas emociones. Hay tristeza, dolor, impotencia, frustración... y hay rabia, de esa tan fuerte que acaba cambiándote por dentro.

Ninguno de los dos dice nada más. Empujo las pesadas puertas de cristal y camino hacia Marcos. Al darse cuenta de mi presencia, sonrío, en contraposición a la imagen de tipo duro que le da el uniforme. Me coge de la mano mientras me pregunta qué tal me ha ido la tarde y yo no siento nada. No me siento viva, ni única, ni especial. Es lo mejor. El amor existe y es demasiado peligroso.

\*\*\*

Un estridente rumor toma el ambiente. Me acurruco hacia el lado opuesto de la cama. Sea lo que sea, no me interesa. El ruido vuelve. Refunfuño con los ojos todavía cerrados. Reconozco el sonido. Es mi móvil. Me giro a regañadientes y miro la pantalla. Resoplo. Resoplo. Y resoplo.

—¿Qué quieres? —contesto al fin—. Que seamos hermanos no te da derecho a llamarme tan temprano un sábado.

Rodri ríe al otro lado de la línea.

—¿Recuerdas cuando te enseñé a montar en bici cuando tenías seis años y tú dijiste que era el mejor hermano que se podía tener y que harías cualquier cosa por mí?

Me tomo un segundo con los labios fruncidos y la mirada perdida en el techo. Recuerdo ese día, pero creo que ahora mismo no me conviene hacerlo.

—No, para nada.

—Pues yo sí y quiero ese favor de vuelta. Tenemos comida en el Jai Alai.

—No —sentencio sin dudar.

No. No. No. Si menciona el Jai Alai, no es cosa de Rodri, es cosa de Estela, y no quiero verla.

—Rompió con Sergio, ¿sabes? Ya no hay boda —me explica tratando de conmovirme. No me gustaría tener que admitir que lo consigue, pero un sentimiento extraño me remueve por dentro. Me siento culpable, triste y enfadada a partes iguales—. Sólo quiere estar con su familia. Es normal después de semejante mal trago.

Suelto un largo suspiro. A veces pienso que sería infinitamente más sencillo si le contara toda la verdad a Rodri.

—Me encantaría, pero no puedo ir. Ya tengo planes.

De verdad que no estoy preparada para consolar a la persona por la que en parte se destrozó mi vida ni para oír hablar de la persona que nos la destrozó a las dos.

—¿Con quién son esos planes? ¿Con las chicas?

—No.

Rodri guarda silencio, intrigado.

—¿Con quién, entonces?

—Tengo más amigos, ¿sabes? —protesto indignada.

Creo que tengo más. Tendría que hacer memoria y mirar mi agenda. Tengo doscientos setenta y cuatro amigos en Facebook. Eso cuenta, ¿no?

—¿Con quién? —insiste.

De perdidos, al río. Quizá, así me libre de la comida.

—Estoy... estoy saliendo con alguien —carraspeo—. Se llama Marcos.

Mi hermano calla, suspicaz de nuevo.

—Tráetelo. Quiero conocerlo.

Genial. Debí suponer que pasaría esto. Ahora sí que no tengo ninguna posibilidad de huir del infierno, alias el Jai Alai.

—¿Hora?

—La una y cuarto —sentencia, y ya ha adoptado su actitud de hermano mayor. A Marcos y a mí nos espera un interrogatorio en toda regla—. Te recogeré a la una.

—Mejor nos vemos allí —lo interrumpo.

Nos despedimos y cuelgo, resoplo y me dejo caer en la cama, todo a la vez. Karma, ¿por qué me odias tanto? Reciclo y nunca me cuelo en el metro. No me lo merezco.

Llamo a Marcos. No me pone muchas pegas para acudir a la comida familiar. De hecho, parece gustarle muchísimo la idea. Yo me tomo mi tiempo para dar cada paso esta mañana. Una ducha de esas que te hacen sentir mal con el medioambiente. Me seco el pelo con el secador. Me pruebo una decena de vestidos diferentes. Y me preparo tortitas para desayunar. No sé si lo hago porque sospecho que la comida va a ser horrible y prefiero mimarme un poco o porque estoy retrasando el «gran evento familiar» todo lo posible. Creo que cualquiera de las dos opciones me vale.

—Mi hermano va a hacerte algo así como un millón de preguntas —pongo sobre aviso a Marcos, tirando de nuestras manos unidas para que se detenga y

me preste atención. Estoy nerviosa. No voy a negarlo.

Él se gira hacia mí y sonrío.

—No te preocupes —me tranquiliza—. Podré con unas cuantas preguntas.

Le devuelvo la sonrisa en mitad del recargado saloncito que hace de vestíbulo del restaurante. Marcos siempre consigue sosegarme. Puede que no me haga sentir fuegos artificiales, pero con él me siento... bien.

—Sabe que estuve saliendo con alguien mayor antes de irme a Barcelona y creo que sigue preocupado.

—¿Saliste con alguien mayor?

No es hasta que le oigo preguntar que no me doy cuenta de lo que acabo de soltarle. Lo miro. Tiene el ceño fruncido y a mí sólo se me ocurre encogerme de hombros. Genial, Candela, tú siempre haciéndolo tan bien. ¿Qué demonios le digo ahora? Marcos sigue observándome, esperando a que le dé algún tipo de explicación o, por lo menos, concrete un poco más la frase, imagino que sobre todo eso de *alguien mayor*. Como no sé qué otra cosa hacer, me encojo de hombros, otra vez.

—No tiene importancia —me defiendo rezando porque me crea y no se la dé—. Pasó hace mucho y no duró. Fue una tontería.

Marcos abre la boca dispuesto a decir algo, me da la impresión de que no he rezado lo suficiente, pero en ese preciso instante la voz de Rodri llama mi atención. Lo veo dirigirse hacia nosotros desde el interior del local y sonrío aliviada.

—Mi hermano —informo a Marcos señalándoselo y automáticamente se gira hacia él.

—Enana —me llama de nuevo Rodri mientras llega hasta nosotros.

Una señora a un par de mesas de la entrada lo mira francamente mal por haber osado levantar la voz en semejante lugar. El *maître* también lo mira mal; sin embargo, un segundo después le sonrío de oreja a oreja. Debe de haber recordado quién es y cuánto dinero tiene.

—Hola —me saluda dándome un beso en la mejilla.

—Hola —respondo—. Él es Marcos —añado cuando nos separamos—. Marcos, éste es mi hermano Rodri.

Se dan un contundente apretón de manos, intercambian un par de sonrisas de cortesía y, durante unos cuantos segundos, simplemente se observan en silencio.

—¿Por qué no venís a la mesa? —nos ofrece Rodri—. Estamos pidiendo

los aperitivos.

Asiento y lo seguimos a través del restaurante hasta uno de los reservados situados en el patio. Tengo que decir que esto es, sin duda alguna, lo mejor de este sitio. Las paredes están recubiertas por enredaderas de un perfecto verde brillante que suben hasta cubrir gran parte del techo acristalado. Huele a azahar y a frutos cítricos, y una suave brisa parece estar instalada en el ambiente.

—Gracias por pedir la mesa en el patio —le murmuro discretamente a Rodri mientras caminamos.

—Gracias a ti por no dejarme solo en el frente —replica.

Rodri y Cande contra el mundo. Definitivamente tengo que hacer esas camisetas.

Estoy tan concentrada en nuestro amor fraternal que no calibro la situación. No me doy cuenta del tremendo error que ha sido venir aquí.

—Marcos, él es Sergio —los presenta mi hermano—. Sergio, él es Marcos, el novio de Cande.

## Cande

Observo a Sergio y creo que por primera vez entiendo lo que significa la palabra *resquemor* o, más bien, la expresión *miedo absoluto*. Su mirada va cambiando y, todo lo que vi en ella cuando estuvimos en el ascensor, va inundándola, doliéndome, y de repente la rabia mezclada con la arrogancia más pura reina en sus ojos azules y exactamente así es cómo clava su vista en Marcos.

—Eres el jefe de Cande, ¿verdad?

Si las miradas matasen, habría caído fulminado.

Sergio lleva su mirada, maliciosa, malhumorada y dura, hasta mí.

—Sí —contesta desafiándome— y pronto seremos familia. Voy a casarme con su hermana Estela.

¿Qué?

¿Qué pasa con todo lo que me dijo?

Me pidió que nos casáramos.

Los ojos se me llenan de lágrimas, pero cabeceo rápidamente. Yo fui quien eligió a Marcos. No debería importarme lo que haga Sergio. Quiero apartar la mirada, pero no puedo. He vuelto de golpe a esa especie de tierra de nadie. Lo echo de menos. Lo quiero. Lo odio... Y va a casarse... con ella.

Sergio tampoco aparta sus ojos azules y por un momento todo cambia y sé que le duele como me duele a mí.

—Enhorabuena —la voz amable de Marcos me devuelve al mundo real.

—¿En serio? —lo interrumpe Rodri—. Creí que lo habíais cancelado todo.

Sergio lo mira como si acabaran de sacarlo de un sueño y vuelve a apartar la vista sin responder. En ese mismo instante unos tacones irrumpen en el ambiente y Estela llega hasta nosotros. Contempla a Sergio sorprendida de que esté aquí. Nadie dice nada. Pero es obvio que ahora mismo todos nos estamos haciendo demasiadas preguntas.



—Tú debes de ser Estela —interviene Marcos. Mi hermana lo mira, mal, y automáticamente decide que no está al nivel de esta mesa ni de sus estúpidas exigencias de mujer clasista y esnob—. Enhorabuena —añade con una sonrisa—. Sergio acaba de contarme que vais a casaros.

La expresión de Estela cambia en un microsegundo, se gira hacia Sergio, que le dedica una mirada glacial y fugaz, y sonrío encantada. Me gustaría pensar que ilusionada, pero sé que no es verdad. Había algo más en esa sonrisa. Estela se lleva las dos manos al pecho y toma aire, satisfecha. Sergio mantiene la vista sobre mí y toda esa rabia, ese desafío tácito, continúan en sus ojos. Ese puñado de gestos me hace entender que ella no sabía nada y que él ha decidido que la boda sigue adelante en el preciso instante en el que lo ha dicho. ¿Por qué ha hecho algo así? Ni siquiera soy capaz de entenderlo. Como si no pudiese más, Sergio se pasa la mano por el pelo a la vez que exhala con fuerza todo el aire de los pulmones, concentrando la mirada en el suelo. Lo conozco demasiado bien y sé que ahora mismo querría destrozar el bar a golpes.

Mientras que Rodri, Estela y Marcos se sientan y mi hermano sigue haciendo comentarios sobre la boda y lo contento que está de que se haya arreglado todo, Sergio y yo parecemos estar en otra galaxia. No comprendo por qué justo ahora ese hilo que nace de lo más profundo de mi cuerpo y me ata al suyo se tensa con fuerza. No quiero quererlo. Odio quererlo. Y aunque he aprendido por las malas que eso es algo que no puedo elegir, también tengo claro que es un error que no pienso volver a cometer. Candela Martín eligió a Marcos.

Mi hermano nos observa. Es normal. Yo también lo haría si él estuviera de pie junto a una mesa en la que todos han tomado asiento. Lo miro de reojo, está a punto de abrir la boca dispuesto a pronunciar mi nombre, y me adelanto dando un paso atrás, apartando mis ojos de los de Sergio por fin.

—Perdonadme —me disculpo—. Tengo que ir al baño.

Giro torpe sobre mis pies y salgo del patio tan de prisa como puedo sin llegar a correr. Sé que tengo que calmarme, pero pensarlo es infinitamente más sencillo que hacerlo. Quiero fumarme un cigarrillo. Para ser honestas, quiero largarme sin mirar atrás, pero soy plenamente consciente de que no puedo hacerlo y, no es que me importen mucho los modales en una comida familiar, se trata de que no puedo abandonar a Marcos de semejante manera. Diviso la barra al fondo del establecimiento. Una copa, un vaso de agua. Sea lo que sea, apuesto a que me viene de cine.

—Señorita —me saluda el camarero en cuanto me apoyo en la barra de

suave madera—, ¿puedo ofrecerle el cóctel del día?

Acabas de leerme el pensamiento, chato.

Asiento y en cuestión de segundos tengo una mimosa recién elaborada frente a mí.

—Gracias —murmuro, y cuento hasta diez para darle el primer sorbo. No me gustaría parecer una borracha desesperada cuando todavía es de día.

No me puedo creer que la boda siga en pie, me lamento, pero automáticamente mis ideas se reordenan y cabeceo con rabia (lo que provoca que más de una señora con cardado de peluquería me mire). ¡Me da completamente igual! Quiere casarse, que se case. Yo elegí a Marcos. Marcos es guapo y atractivo y paciente y bueno conmigo y un agente de la ley. No es un pijo con alma de macarra, de vuelta de todo, demasiado guapo para el bien de todas las mujeres de la humanidad, con esos ojos azules y ese cuerpo... ¡Para ya, por el amor de Dios!

Suelto un quejumbroso gemido y dejo caer mi frente contra la barra. Las mismas señoras con cardado me miran aún peor. No me importa. Si alguna de ellas viera a Sergio, seguro que se les caerían las enaguas. Habéis leído bien: enaguas. Son tan viejas y tan estiradas que estoy convencida de que piensan que llevar otra cosa es pecado... Retomando el tema que nos ocupa: mi vida es un asco.

—¿El baño quedaba demasiado lejos y has decidido hacer un descanso?

Alzo la cabeza y clavo mi vista en el pie de mi copa. Ésta es otra ley de los fracasos sentimentales no escrita: cuando más lamentable te parezca tu vida, allí estará la última persona a la que quieras ver para recordarte que, aparte de patéticas para ti, tus desgracias pueden resultar cómicas para los demás. Y esa persona para mí, ahora más que nunca, es Estela.

—Tenía sed —me justifico, y odio hacerlo porque no tengo por qué.

—Y no pides agua, pides un cóctel —replica.

—Es un cóctel con *champagne*. Tiene mucha clase —contesto irónica e insolente—. No se me olvida dónde estamos.

Mi hermana tuerce el gesto. Nunca le ha gustado mi sentido del humor. Creo que por eso estoy tan orgullosa de él.

—¿Y tú qué haces aquí, Estela?

—Marcos no me gusta —suelta sin paños calientes, sin molestarse en fingir un mínimo de empatía.

—Entonces es una suerte que salga conmigo y no contigo —replico todavía

más impertinente y molesta, mucho.

—No está al nivel.

Asiento repetida y suavemente, como si de verdad sopesara sus palabras.

—Bueno —respondo girándome al fin hacia ella—, te has pasado media vida diciéndome que yo tampoco, así que somos la pareja ideal.

Estela aprieta los labios. Yo me termino mi copa de un trago y me preparo para volver a la mesa mientras pienso una docena de excusas que poner para poder marcharme ya a casa.

—¿No vas a felicitarme?

Su voz atraviesa el ambiente a pesar de que ya me había alejado un par de metros y me detiene en seco como si acabara de atropellarme un autobús. No digo nada. Ni siquiera me giro. En contraposición, oigo sus tacones cada vez más cerca.

—Voy a casarme con Sergio, Cande. Deberías estar feliz por mí.

Trago saliva, obligando a bajar el nudo de rabia y tristeza.

—Felicidades —pronuncio a regañadientes, notando cómo los ojos se me llenan de lágrimas otra vez.

Rectifico. No acaba de atropellarme un autobús, ha sido una cuadriga tirada por seis caballos, de esas de la película *Ben-Hur* (la vieja, no la nueva, que en cinemascopio los caballos se veían más grandes).

—La primera vez que nos besamos fue tan romántico —continúa a mi espalda, y algo en su voz sigue diciéndome que la ilusión no es un sentimiento real en sus palabras. La maldad, sí—. Estuvimos juntos en su casa durante horas. ¿Por qué te crees que no fui a despedirte al aeropuerto cuando te marchaste a Barcelona? Estaba en su cama.

Cierro los ojos y trato de huir mentalmente, pero no puedo. ¿Tan poco importante fui para él que no tardó más que un par de horas en sustituirme? Estoy a punto de derrumbarme. Sin embargo, en ese preciso momento, tengo una especie de epifanía: me merezco poder llorar, ha sido un palo de los gordos, pero también es hora de pasar ya a la siguiente fase. Se acabó el llorar. Se acabó el ser la débil de esta historia. Sira tiene razón. Se trata de demostrar un par de cosas y, curiosamente, esas cosas concretas son lo que menos importa. Esto va de ser fuerte y de no dejarse avasallar *ab-so-lu-ta-men-te-por-na-die*.

Puedo conseguirlo y más me vale poder, porque es lo que pienso hacer de ahora en adelante. *Cande Martín is back*.

Tomo aire, me giro y la miro a los ojos, sin dudar.

—Espero que seas muy feliz, Estela —digo, e incluso sonrío.

Nadie va a volver a verme hecha polvo, jamás.

Regreso a la mesa con el paso convencido. En cuanto entro en su campo de visión, Sergio alza la cabeza y clava sus ojos en los míos. El corazón me da un vuelco, pero lo ignoro. Es lo que tienen las epifanías místicas, te dan un valor extra inconmensurable. Con esa misma seguridad, tomo asiento junto a Marcos. Él y Rodri me sonrían y yo les devuelvo la sonrisa.

—Os comunico que un camarero muy amable me ha invitado a tomar el cóctel del día y he dicho que sí —les explico.

—Pues yo te comunico a ti —replica mi hermano—, que Marcos y yo hemos estado charlando.

—¿De qué?

—Le he contado que nos conocimos en una discoteca y que trabajo en la comisaria de Madrid Centro.

—Y acabo de preguntarle la edad —añade mi hermano— y aún no me ha contestado.

—Cierto. Tengo veintiséis años.

—Veintiséis —repite Rodri satisfecho—. Genial.

Yo miro a mi hermano, pero él elude mi mirada con habilidad sacudiendo su servilleta suavemente para que se abra y colocándosela en el regazo. Contemplo a Sergio. Parece en cualquier otro lugar. Tiene la mirada clavada en la mesa, el cuerpo tenso, en guardia. Me pregunto cómo reaccionarían todos si dijera que aquel hombre de treinta y un años era él. Todo se complicaría aún más y Sergio perdería a Rodri. Creo que por ese motivo, y a pesar de cómo amenacé a Sergio, jamás podría hacerlo. Mi hermano es lo único que tiene.

—Tú también puedes preguntar —el ofrecimiento de Rodri a Marcos me saca de mi ensoñación—. Me sé un montón de historias bochornosas de Cande.

Marcos sonrío y yo lo hago por inercia, a la vez que aparto mi mirada de Sergio.

—No sé... —responde Marcos meditando su pregunta—. ¿Qué tal es Cande como empleada?

Frunzo el ceño. Eso sí que no me lo esperaba. Sergio alza la mirada y sus ojos azules parecen más fríos e inaccesibles que nunca. Lo observa un par de segundos, tomándose todo ese tiempo para contestar.

—Una más —responde al fin con un tono que no invita a una futura amistad—. Si mañana decidiera no venir a trabajar, no ocurriría nada.

¡Es un gilipollas!

Aprieto los dientes. Pienso en mi revelación.

—Bueno —contesto quitándole toda la importancia, incluso como si el hecho de que mi jefe haya dicho poco menos que soy una incompetente me divirtiese—, ya sé que no van a darme el Nobel por mi trabajo en el departamento, pero intento hacerlo bien.

—Eres importante —trata de reconfortarme Rodri.

—No es verdad —repongo sin que la sonrisa me abandone—, pero no es el trabajo de mi vida. No pienso quedarme en un sitio que odio, como si fuera una cobarde que huye de las cosas que la llenan.

Chúpese ésa, señor Herranz.

Marcos asiente con una mezcla de orgullo y satisfacción, y yo siento una punzada de culpabilidad, que rápidamente sustituyo por otra sonrisa. Sergio se lo ha buscado solito. Observa toda la escena y se humedece el labio inferior, despacio. Está todavía más enfadado. Creo que me estoy metiendo en un lío tremendo.

—¿Ah, sí? —contraataca Sergio—. ¿Y podemos saber qué es lo que te llena?

«Tú.» Gracias a Dios, freno esa única palabra antes de que salga de mis labios.

—Las cosas de verdad —respondo, y me hincho de dignidad al hacerlo.

Sergio aprieta los dientes y, como pasó al principio de esta tortura de comida, el dolor sacude su mirada.

—Ésa es la respuesta de una cría —ruge y, aunque finge ser displicente o desdeñoso, yo sé que es sólo su coraza, el Sergio frío.

—Es lo que soy, ¿no? Una cría. Pero una cría que piensa ser feliz.

De pronto todo se sume en un extraño silencio. Marcos y Rodri, ajenos a todo, asienten a nuestra conversación y continúan charlando, pero Sergio y yo seguimos mirándonos. Recuerdo las palabras de Estela. Sólo necesitó un par de horas para olvidarme. Duele. Duele muchísimo.

—Si me perdonáis —murmuro a la vez que me levanto.

Ni siquiera termino la frase. Ni siquiera los miro. Salgo disparada y cruzo el local a la misma velocidad. Me alejo unos pasos de la puerta principal y me enciendo un cigarrillo. La epifanía sigue ahí, es sólo que necesito un segundo.

Con la primera calada, me apoyo en la pared y siento cómo me tranquilizo, aunque sólo sea un mísero uno por ciento.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —Lo gruñe con la voz amenazadoramente suave, cortándome la respiración.

Me giro y nos quedamos frente a frente. La ira, entre nosotros, una vez más, roza lo termonuclear. Aprieta los dientes y su mandíbula, bajo una fina capa de barba, se endurece. ¿Por qué tiene que ser tan jodidamente guapo? Incluso ahora no puedo evitar pensarlo.

—¿De verdad me lo estás preguntando? —replico—. ¿No deberías estar ahí dentro hablando de tu boda?

Muevo las manos con tanta fuerza que el pitillo se me escapa. Es una suerte, porque lo siguiente que hago es cerrar los puños de pura furia y no creo que hubiese recordado que lo tenía entre los dedos.

—¿Y tú no deberías estar tonteando con el gilipollas de tu novio?

De pronto todas las piezas del puzle encajan. ¡Lo ha hecho porque he traído a Marcos!

—Sólo has reanudado el compromiso porque he venido con él, ¿verdad? ¡No tienes ningún derecho!

—¡Lo elegiste a él! ¡Te pedí que te casaras conmigo y lo elegiste a él! —estalla en un rugido lleno de rabia y dolor, ¡pero no me importa! ¡Si a él le duele todo esto, a mí me duele mucho más, maldita sea!

—¡Lo hice porque vale más que tú! ¡Porque lo quiero más de lo que nunca te quise a ti!

Sergio suelta un bufido breve, malhumorado y lleno de ironía.

—Eso es una mentira tan grande que ni siquiera tú te la crees, joder —gruñe, y tiene razón y yo lo odio un poco más por tenerla.

Quiero hacerle daño.

—Marcos me hace feliz y sé que va a hacerlo el resto de mi vida.

Sus rasgos se endurecen. He dado en la diana y en el fondo me arrepiento. Lo quiero. Lo quiero demasiado. El desahucio se apodera de sus ojos azules por encima de todo y su seguridad se resquebraja. Sin embargo, sólo necesita una décima de segundo para rearmarse sobre sí mismo y su arrogancia brilla de nuevo con fuerza.

—Los dos casados y viéndonos los domingos para comer. Era lo que más querías en el mundo, ¿no, Cande?

Ni siquiera lo pienso. Simplemente le cruzo la cara con el bofetón que se ha ganado a pulso.

—No lo dudes —le escupo con rabia.

Es un mentiroso, un cabrón y un auténtico hijo de puta.  
Y ninguna de esas palabras conseguirá que me sienta mejor.

## Sergio

—Deberíamos casarnos en septiembre.

La perdí. Joder, la perdí hace dos putos días.

—El otoño es un momento ideal para una celebración.

Llevo mi mirada hasta la ventanilla y decido mentalmente cuánto tiempo tengo que dejarla hablar de la boda antes de decirle que tengo que marcharme a casa, solo.

—Hay un convento del siglo XVI en la sierra que sería perfecto para nosotros. Contrataremos el mismo *catering* que tu madre lleva a sus fiestas. Algo de calidad.

Le pedí que se casara conmigo y ella eligió irse con ese gilipollas. Aprieto el volante con rabia, con la rabia que siento en cada centímetro de mi cuerpo.

—No pienso permitir que nuestra boda parezca el cumpleaños del hijo de la asistenta.

Dos minutos y dieciséis segundos.

He tenido suficiente en todos los malditos sentidos.

—Tengo que irme a casa —digo sin ofrecer mayores explicaciones.

Estela asiente sin preguntar. Ha aceptado cada límite que he marcado sin ni siquiera plantear por qué. Antes eso era justo lo que quería de las mujeres, pero eso era antes... antes de ella. Mis dedos se emblaquecen sobre la piel negra. Después de pegarme la bofetada, regresó al local sin mirar atrás y, cuando lo hice yo, apenas un minuto después, estaba de pie junto a ese imbécil de Marcos, despidiéndose de Rodri. Ni siquiera me miró. Había cancelado el enlace con Estela. Lo hice el mismo día que se presentó en la oficina. Pero cuando vi a Cande aparecer con él, algo, rabia, dolor, una jodida mezcla de ambos, me recorrió por dentro transformándolo todo a su paso, incluso el puto oxígeno de mis pulmones, y sencillamente dejé de pensar y quise que se sintiera como me estaba sintiendo yo. Cada vez que ella le sonreía, cada vez que lo miraba, cada vez que él respiraba su mismo aire, sentía una bocanada de celos arrasándolo



todo. La quiero y la odio por conseguir que me enamorara de ella, por haberse marchado a Barcelona, por elegir a Marcos. Le pedí que se casara conmigo y ella lo eligió a él.

—Te veo mañana, amor —se despide.

Sólo puedo pensar en Cande.

Debería sentirme culpable, pero Estela no despierta ninguna emoción en mí. Sólo es otra mujer increíblemente clasista a la que le preocupan exclusivamente las apariencias. Es como Julia, como mi madre.

Espera un beso que no va a llegar y finalmente sale del vehículo.

El motor ruge bajo mis pies y salgo disparado. De pronto sólo puedo pensar en ir a casa de Cande, en hablar con ella, en besarla, en tocarla. Tiene gracia, por primera vez estaba dispuesto a hablar con una chica, a dejarla entrar en mi vida, y ahora esa misma chica me odia con todas sus fuerzas, igual que yo a ella.

Trato de olvidarme de todo, de dejar de darle vueltas, de concentrarme en The Zombies cantando *Groenlandia*. No funciona. La echo de menos, joder.

El coche se llena con el sonido de mi teléfono y el ruido me distrae. Miro la consola en el centro del salpicadero. Es Rodri. Pulso un botón en el volante y el ambiente enmudece.

—¿Qué? —respondo escueto.

—Vámonos a tomar una copa —me ofrece o me pide. No sé quién la necesita más de los dos.

—Hemos comido juntos y hemos pasado la tarde juntos —respondo sólo para torturarlo—. Creo que hoy ya he cumplido como amigo.

—Sí, ya —replica—. No has estado lo que se dice precisamente hablador, así que no, no has cumplido como amigo.

Sonrío, aunque es lo último que quiero. No le falta razón.

—Te recojo en diez minutos.

—Paso de ir al Emerson —me advierte—. Es un bar de mala muerte.

No protesto. Tampoco pensaba ir allí. Me recuerda demasiado a Cande. Hasta un maldito antro en el centro de Malasaña me lleva de nuevo a ella. Vuelvo a apretar el volante entre los dedos. Voy a volverme loco.

—Vamos donde te dé la gana. Si tienen whisky, me vale.

Lo recojo en el tiempo prometido y otros diez minutos después estamos en Malasaña, pero en uno de esos bares tan de moda. Nos acomodamos en una de las mesas y jugueteo con el Zippo, aguantándome las ganas de encenderme un cigarrillo.

—Así que la boda sigue en pie —suelta Rodri de pronto.

Yo alzo la cabeza y por un segundo sólo lo miro, mal. No quiero hablar de eso.

—Estabas en la comida, ¿no?

—Sí, señor, estaba —contesta como si precisamente ése fuera el motivo de toda su suspicacia—. Sergio, cuando dijiste que os casabais, no parecías feliz. No lo pareces ahora. ¿Estás seguro de que es lo que quieres?

Claro que no. Lo único que quiero debe de estar en su piso viendo alguna serie en la TDT con uno de esos pijamas con los que me entran ganas de follármela hasta que pierda el conocimiento; o con una cerveza en la mano, con sus amigas, saltando descalza sobre los muebles y cantando con más tesón que don alguna canción de los ochenta. Sonríó al imaginarla justamente así, feliz.

—Las cosas no son como en los anuncios de la tele —gruño malhumorado al volver al aquí y ahora.

—No me vengas con esas mierdas —se queja—. Te conozco. Nunca entendí por qué decidiste casarte con Estela. Al principio, no sé, parecía que por lo menos te estaba sacando de esa mala racha, porque fue una mala racha, con todas las letras. Todavía recuerdo cómo te encontré en tu apartamento aquella mañana... —Yo pierdo mi vista a un lado. No me apetece recordar cómo estaba el día que Cande se marchó a Barcelona. Rodri se frena y guarda silencio, entendiendo perfectamente lo que le he dicho sin palabras—. El caso —reconduce la conversación— es que, desde que me dejaste tirado para irte a ese concierto a la sala El Sol, estabas feliz. Coño, estabas más feliz de lo que nunca te había visto. Pero ahora estás jodido de nuevo.

—No estoy jodido —lo interrumpo.

—Te conozco —repite desafiándome—. Estás hecho polvo. Conmigo no tienes que disimular. Por no hablar de que otra vez estás de un humor de perros. ¿Se puede saber qué hostias te ha pasado en tres días para que estés así? Pensaba que era porque habías roto con Estela, pero obviamente no es así.

Resoplo al mismo tiempo que me humedezco el labio inferior. Tiene razón y yo podría ponerle nombre y apellidos a todo lo que me ha pasado. Vuelvo a perder la vista en el local, en la gente que lo abarrota, en los camareros, en las paredes, en las mesas. ¿Por qué no lo hago? ¿Por qué no le cuento de una vez lo que está pasando? Me enamoré de Cande y la jodí, y ahora la odio y la quiero y la única idea que sobrevive a todo es que ya no sé respirar sin ella. Maldita sea.

Miro a Rodri, que me devuelve el gesto expectante. No quiero perderlo, prácticamente es mi hermano, pero lo que no voy a consentir es que Cande lo pierda.

—Creí que veníamos a beber —gruño dando el tema por zanjado—, no a que me psicoanalizaras.

Rodri suelta un bufido.

—Entre los dos me traéis por el camino de la amargura —protesta entre dientes.

—¿Camino de la amargura? —repito claramente riéndome de él—. No sabía que te había poseído una folclórica.

Me enseña el dedo corazón por respuesta y yo escondo una sonrisa al darle un nuevo sorbo a mi copa. Parece preocupado y le doy un poco de cuerda.

—¿Dos? —inquiero sabiendo perfectamente que yo soy uno de ellos—. ¿Qué dos?

—Tú y Cande.

Esas tres palabras en sus labios suenan raras, pero la confusión no se queda demasiado tiempo y siento como si tiraran de la alfombra bajo mis pies, borrando mi sonrisa de golpe.

—No sé qué le pasa y eso es lo que más me preocupa. ¿La has visto en la comida? Ha salido dos veces disparada con los ojos llenos de lágrimas. —Rodri guarda un momento de silencio mientras cabecea—. Nunca debí dejar que se fuera a Barcelona. Sabía que le ocurría algo. —Una punzada de culpabilidad demasiado grande para ignorarla me atraviesa—. Pero después de poco más de un par de semanas de volver, otra vez parecía la misma de siempre, sin poder dejar de sonreír.

Hace tres días de aquello. De pronto la recuerdo en mi cama, con mi camisa, riéndose sin parar por cualquier estupidez que yo había dicho sólo para hacerla sonreír de esa manera. El suave sonido lo inunda todo. Mi cuerpo se tensa. ¿Cómo pude ser tan imbécil de perder eso?

—¿Qué opinas de Marcos?

Mi cuerpo se tensa un poco más. La rabia lo ensordece todo a mi alrededor un poco más.

Marcos es un gilipollas.

—No lo conozco.

Un gilipollas al que le ha tocado el premio de su vida y no se lo merece.

—Ayúdame un poco, coño —se queja exasperado.

—¿Qué quieres que te diga?

Me revuelvo el pelo. Estoy al límite. Me termino la copa de un trago y miro a la camarera para que nos sirva otra ronda. En los aproximados diez metros que hay desde la barra a nuestra mesa, la chica se choca dos veces y acaba tirando la bandeja a los pies de Rodri.

—Lo siento —se lamenta arrodillándose para recoger los cristales de las copas, que ya no podré beberme, esparcidos por el suelo—. Lo siento muchísimo.

Pongo los ojos en blanco. Necesito whisky y no me está ayudando a conseguirlo.

—No te preocupes —responde Rodri acucillándose frente a ella y ayudándola—. Son sólo unos vasos.

—No, es que soy una auténtica patosa. —Amén a eso—. Ya llevo tres días trabajando aquí. A estas alturas debería haber aprendido.

La chica deja caer un montón de cristales sobre la bandeja de metal reluciente y se levanta. Me observa y tuerce el gesto a modo de disculpa. Es guapa, pero para mí es invisible. Todas las chicas del mundo menos una lo son.

—Lo siento otra vez.

—No pasa nada —contesta de nuevo Rodri

Ella sonrío tímidamente y se aleja. Más le vale no tardar con esa copa.

—¿De qué estábamos hablando? —pregunta mi mejor amigo.

—Yo qué sé —bufo.

Sólo quiero ir a su casa y tocarla. Por instinto, me agarro al borde la mesa, conteniéndome otra vez. ¿A quién pretendo engañar? A estas alturas me conformaría con verla dormir, asegurarme de que está bien. ¿Y si está con ese imbécil? Aprieto más y la madera cede entre mis dedos. ¿Y si ella le ha permitido que le ponga las manos encima? ¿Y si se han acostado? ¡Joder! Suelto la mesa y resoplo perdiendo mi mirada por enésima vez en el local. La odio. La odio con todas mis fuerzas. Me hace sentir dolido, enfadado, lleno de rabia. Me hace sentir vulnerable.

Me levanto de un salto. Rodri me mira sin comprender nada, pero es que ya no soporto estar aquí un solo segundo más. En realidad ningún otro sitio me vale, de eso ya soy plenamente consciente, sólo me vale estar con ella y eso ya no puede ser.

—Sergio...

—Tengo que irme —lo interrumpo lacónico.

Rodri me mira perspicaz, otra vez. Me estoy cansando de esto. Ha preguntado y le he contestado. Tiene que dejarlo estar.

Parece que capta la indirecta y se levanta sin abrir la boca. Dejo un par de billetes sobre la mesa y echamos a andar. Camino de la puerta esquivo a un par de chicas, ignorando cómo me miran. Aún me separan unos pasos de la salida cuando me enciendo un cigarrillo. Me importa una mierda lo que puedan decirme.

Abandono el bar definitivamente y me giro impaciente para apremiar a Rodri con la mirada. Quiero largarme ya. Sin embargo, lo que consigo es contemplar cómo la reina de las camareras competentes se tropieza, pierde el equilibrio de sí misma y de la bandeja y acaba chocándose con Rodri. Las copas caen ruidosas al suelo y una botella de Glenfiddich se estampa contra el enlosado gris, llenándolo de diminutos cristales verdes.

Rodri la mira sin poder creerse lo que acaba de ver; lo cierto es que era más complicado tropezarse que no hacerlo y ella, al darse cuenta de a los pies de quién han ido a parar otra vez las pobres copas, se tapa la boca con la bandeja que sostiene con ambas manos.

—Lo siento otra vez —murmura mortificada.

Yo me cruzo de brazos y me apoyo sobre el quicio de la puerta. Va a ser divertido.

Rodri la observa un momento más; más de uno, diría yo.

—No te preocupes, de verdad. No ha sido nada.

Joder, le gusta.

—Claro que es algo —replica agachándose de nuevo para recoger trozos de cristal—. Me siento fatal. Soy la peor camarera del mundo.

Rodri se acuclilla junto a ella.

—A veces es difícil acostumbrarse a los nuevos trabajos —trata de consolarla.

Debe de gustarle muchísimo porque es una camarera desastrosa.

Ella sonríe tímida y agradecida, y él le devuelve el gesto. Es muy mona, con el pelo castaño claro recogido en una coleta de la que se escapan algunos mechones. El clásico uniforme de camarera deja adivinar unas buenas piernas y desde esta perspectiva también un buen culo. El pequeño saltamontes ha elegido bien.

—Pero qué cojones —brama un tío de unos cuarenta años saliendo de detrás de la barra y atravesando la bulliciosa sala—. ¿Otra vez, Sara?

—Ha sido un accidente —se disculpa ella, levantándose.

Rodri la imita y, para cuando los dos se incorporan, ya tienen a ese tipo frente a ellos.

—Me importa una mierda. Es la segunda vez en lo que va de noche y la quinta desde que te contraté. Estás despedida.

—No —suplica—. Necesito el trabajo.

—Y yo necesito a alguien que sepa hacerlo.

—Le ha dicho que ha sido un accidente —la defiende Rodri—. Yo pagaré las copas y la botella.

El hombre lo mira sin entender por qué se está metiendo y da un paso en dirección a la camarera. Automáticamente Rodri lo da en la suya, defendiendo a Sara sin necesidad de decir una palabra. Si estuviésemos en los años cuarenta, el Gobierno norteamericano hubiese elegido a Rodri para experimentar con él y convertirlo en el Capitán América. Es como el héroe de una película antigua, lleno de principios y con la idea inquebrantable de defender al más débil.

—Aquí no funcionamos así.

Poco a poco el ambiente del bar va enmudeciendo y todos, empleados y clientes, les prestan atención a los tres.

—¿No les gusta ganar dinero? —lo desafía Rodri—. Además, yo soy el único cliente perjudicado esta noche y no me importa. Aparte de esos incidentes, Sara ha sido una camarera muy amable.

El sujeto, lógicamente, lo mira mal.

—Está despedida —se reafirma, tratando de obviar que acaban de hacerlo quedar como un cretino.

Ella aprieta los labios, esforzándose en no llorar.

—Mejor —le escupe decidida, quitándose el mandil—. Es un lugar horrible para trabajar.

Le tira el delantal a la cara y se dirige hacia la salida. Se oye algún que otro «oohhh» admirado y una ristra de imperceptibles murmullos.

—No te molestes en venir a buscar tus propinas.

—Puedes quedártelas —replica girándose—. Así te apuntas a un curso para no ser el jefe más capullo del planeta.

La gente estalla en risas y Sara atraviesa la puerta del local, pasando a mi lado. Me gusta esta chica. Sabe plantar cara.

—Espera —la llama Rodri saliendo tras ella.

Yo me separo unos pasos de la puerta y continúo observando la escena.

—¿Estás bien?

—Oye —responde ella girándose y desandando poco más de un metro para quedar más cerca de él—, te agradezco de verdad que hayas intentado defenderme, pero no me voy a ir a tomar una copa contigo, ni a tu casa, ni nada por el estilo.

—Gracias por la información, pero no pensaba pedírtelo.

Sara frunce el ceño, confusa. No la culpo. Supongo que estará cansada de rechazar proposiciones de tíos con traje caro que son tan estúpidos de creer que, por llevar uno, las camareras caerán automáticamente a sus pies.

—Perdona —se disculpa sincera y sintiéndose muy culpable.

—Mejor, porque me siento un poco ofendido —replica Rodri—. No sé con qué clase de hombres estás acostumbrada a tratar, pero no soy de esos.

Sonríe. Es un cabronazo. Ahora mismo la pobre quiere que la trague la tierra. Está a punto de disculparse de nuevo cuando Rodri sonrío dándole a entender que estaba bromeando y ella hunde los hombros, relajándose al fin.

Me encanta ver a Rodri así. Se lo merece.

—Qué cruel —se queja Sara.

—Y tú has picado. —Los dos sonrían—. Apuesto a que no has cenado. Vamos —la invita a seguirlo dando el primer paso—, cerca de aquí hay una pizzería que abre las veinticuatro horas.

—No sé...

—No es una copa, es un trozo de pizza y, teniendo en cuenta la hora que es y que no has cenado todavía, es mi buena acción del día —sentencia divertido.

Sara lo mira tratando de discernir si puede confiar en él.

—Está bien.

Ambos vuelven a sonreír, más comedidos, más tímidos, pero es la clase de sonrisa que advierte de que queda mucho por escribirse en una historia.

Rodri espera a que ella llegue a su altura y continúan andando juntos. Al pasar junto a mí, los dos nos miramos y telepáticamente nos decimos todo lo que tenemos que decirnos: «diviértete», «cuídate», «que no se te escape», «y tú no hagas el gilipollas... y deja de beber».

Lo observo alejarse y dejo escapar todo el aire de mis pulmones. Por lo menos me ha servido para dejar de pensar cinco putos minutos.

\*\*\*

Atravieso el departamento con las gafas de sol puestas y la mirada clavada al frente. Es martes por la mañana después de un puente y todo el mundo odia su vida. Eso me asegura que nadie me molestará con estupideces al menos hasta dentro de un par de horas. Sin embargo, la rabia se hace más densa cuando veo la mesa de Cande vacía. ¿Dónde coño se ha metido?

Entro en mi despacho y lanzo el maletín sobre la silla. Mi teléfono comienza a sonar en el bolsillo interior de mi chaqueta. Por un momento, no sé por qué, tengo la estúpida idea de que es ella y me sorprende a mí mismo la velocidad con la que rescato el iPhone. La misma con la que lo silencio y lo tiro sobre el maletín cuando veo que es Estela. Resoplo y saco el paquete de Marlboro del bolsillo de los pantalones. Me enciendo un cigarrillo y, con la primera calada, suelto un bufido. ¿Dónde demonios se ha metido? Que lleve todo el maldito fin de semana repitiéndome que la odie no significa que no quiera verla, saber que está bien. Me paso las manos por el pelo casi desesperado. Ni siquiera me reconozco.

—Señor Herranz —pronuncian mi nombre con miedo desde mi puerta. Supongo que no es la primera vez que llaman; tampoco me importa demasiado.

—¿Qué? —gruño con la mirada clavada en Chen.

Traga saliva y duda sobre si acercarse o no. Me estoy cansando de todo esto.

—Han llegado las peticiones de traslado.

Me quito las gafas de sol y las dejo sobre la mesa. Doy una nueva calada y lo miro para que continúe. Tiene dos putos minutos y sé que lo tiene clarísimo.

—Sandra Hernández, del Departamento Bancario, pide el traslado al Contable. Alega que allí tendrá más posibilidades de conciliación familiar. Acaba de tener gemelos —me informa como si me importara lo más mínimo.

—Dáselo.

—Martín Aldeño, del Departamento Inmobiliario, pide el traslado de la oficina central de Barcelona a la de Valencia, porque... —Chen duda. Yo resoplo increíblemente displicente y desdeñoso. Él cuadra los hombros y carraspea, comprendiendo que está llegando a mi límite para tolerar estupideces... porque su jugador favorito, que jugaba en el Barça, ha fichado por el Valencia.

—¿En serio?

—Sí, señor Herranz.

Sólo en este país alguien podría pedir el traslado por semejante motivo.

—Denegado.



Le doy una nueva calada a mi cigarrillo y lo apago. Miro a Chen esperando a que desaparezca de mi despacho, pero no se mueve.

—Hay uno más.

Pongo los ojos en blanco, a punto de rechazarlo sin ni siquiera escucharlo.

—Candela Martín —dice cuando estaba a punto de abrir la boca. Todo mi cuerpo se tensa. No puede ser verdad—, de aquí, de Recursos Humanos, solicita el traslado a cualquier otro departamento. —No—. En los motivos alega incompatibilidad con la dirección.

No. No. No. ¡No puede ser, joder!

—¿Dónde está? —rujo dando un paso hacia él.

—Creo que acaba de llegar.

Obviamente el hecho de que haya reaccionado así sólo acaba de demostrarle a Chen que esas incompatibilidades con la dirección están más que justificadas. Me importa una mierda. No me molesto en decir una sola palabra más y camino hasta la puerta. Está en su mesa, nerviosa, con la mirada clavada en su Mac. Ha notado mi mirada, mi cuerpo llamando al suyo, igual que yo podría encontrarla a ella en mitad de un condenado huracán. Da igual cuánto lo detestemos, algo sin forma ni color nos une.

Chen aprovecha para escapar de vuelta a su puesto.

—Señorita Martín, a mi despacho, ahora.

Utilizo un tono de voz tan amenazadoramente bajo que llamo la atención de todo el departamento, pero eso también me importa bastante poco. No va a irse. No va a pasar.

Ella toma aire y se levanta despacio. Parece aún más nerviosa, más cansada, como si no hubiese conseguido dormir nada en toda la noche, como yo, y esa idea atraviesa mi enfado y me golpea directamente en el estómago.

Entra en mi oficina sin levantar la cabeza y yo cierro de un sonoro portazo.

—No vas a irte —le dejo claro.

La cabeza me va a mil kilómetros por hora. La sangre recorre mi cuerpo cada vez más rápido, saturándolo de adrenalina, de rabia, de miedo.

—No puedes impedírmelo —me desafía, pero no se gira, no me mira.

Recorro su cuerpo con mis ojos sin querer hacerlo, como si todo lo que siento por ella tomara el control.

—Claro que puedo —replico arrogante, reconduciéndome—, y te aseguro que no vas a moverte de aquí.

—Hablaré con Paula.

—Me da exactamente igual.

No te haces una jodida idea, nena.

—Quiero irme.

—Eso también me preocupa bastante poco.

—No puedes hablarme así.

Al fin se gira y da un paso hacia mí. Está furiosa y me odia, pero eso no me importa, porque yo también la odio a ella... y la quiero. Joder, voy a quererla toda la vida.

—Soy tu jefe —le advierto dando también uno, dos pasos hacia ella— y puedo hacer lo que me dé la gana contigo dentro de estas cuatro paredes.

—¿Por qué no puedes dejarme en paz? ¡Te odio! —grita desesperada y al mismo tiempo luchando por hacérmelo entender—. No quiero tenerte cerca. No quiero verte.

—Te juro por Dios que no hay ninguna posibilidad de que firme ese traslado.

Cande cabecea exasperada.

—¿Por qué quieres tenerme aquí? —inquire tan al límite como lo estoy yo, y de pronto pasa que el dolor, por un solo segundo, ha ganado la partida al odio, como si de verdad fuese incapaz de entender por qué no la dejo ir.

—No es tu problema —siseo.

No pienso explicarle que necesito tenerla cerca, saber que, si estiro la mano, podré tocarla, aunque nunca más vaya a permitirme hacerlo. Es complicado, incluso retorcido, pero con ella descubrí que tengo un lado posesivo e instintivo, y no para de gritarme, ahora más fuerte que nunca, que Cande es mía.

—¡Por Dios santo! ¡Claro que lo es! Sólo eres un cabrón al que no le importa lo más mínimo cómo me sienta.

—No es verdad

No lo es.

—Claro que sí —sentencia.

—No, claro que no.

Nunca lo ha sido.

—Pues entonces firma ese traslado —me desafía.

La quiero. La odio. La jodí. La perdí. Todo esto duele demasiado y, sin quererlo, el Sergio frío toma el control. Mi autocontrol, mi seguridad, mi arrogancia brillan con fuerza y me aíslan del mundo. Es el único escudo que tengo.

—¿Por qué? —replico impertinente y presuntuoso a partes iguales—. ¿Tanto miedo tienes de quedarte?

Mis palabras la desconciertan y lo demuestra frunciendo levemente el ceño. Sin embargo, apenas un segundo después, me mira con una seguridad que no siente, como si esa última frase no hubiese significado nada.

—Yo no tengo miedo —titubea.

—Joder, claro que sí —contesto—. ¿Tan claro tienes que no vas a poder estar con las bragas puestas?

Me cruza la cara de un bofetón y me lo merezco. Me giro despacio hasta que mis ojos vuelven a atrapar los suyos. Está temblando suavemente, con la mirada repleta de lágrimas, y yo nunca me había sentido como un auténtico hijo de puta tanto como ahora.

—¿Sabes? —llama mi atención, llena de desdén—. Hasta ahora no me había alegrado de que fueras a casarte con Estela. Espero que estéis juntos toda la vida y que seas tan infeliz como siempre has sido. No mereces que te quieran, porque eres exactamente como parece que eres. No tienes nada bueno dentro.

Cada palabra hace más grande la ira que tengo en mi interior y me deja un poco más sin aliento. Cada palabra duele más. Desde hace mucho tiempo he tenido claro que soy exactamente así, que no tengo nada bueno dentro, por eso ni siquiera mi madre ha sido capaz de quererme. Y ni siquiera cuando llegué a esa conclusión de crío, me dolió tanto como pensar que ella me ve así, que se ha rendido con el Sergio que creía que era.

—No me estás diciendo nada que no sepa. —Mi voz suena más ronca.

—Te odio.

—Y yo te odio a ti, más que a nada.

Odio que tú creas que soy como todos, incluso yo, han dado por hecho que soy.

Nos mantenemos la mirada un segundo más y esa pequeña fracción de tiempo es suficiente como para poder ver en sus ojos demasiadas cosas. Gira sobre sus pasos y sale de mi despacho sin decir una palabra. Yo aprieto la mandíbula tratando de contenerme, pero soy incapaz y acabo cogiendo la lámpara de mi mesa y estrellándola contra la pared prefabricada.

El amor no te hace más fuerte, te hace débil, vulnerable, te convierte en alguien que está perdido sin otra persona y ningún mapa puede llevarte de vuelta a casa.

## Cande

Sergio es de esa clase de personas que deja una huella imborrable en los demás. Para él no eres más que una gota en un océano de caras, pero tú sí lo recordarás. Y lo peor es que es algo que consigue sin ni siquiera proponérselo. Supongo que, en parte, por eso lo logra, porque sabes con la primera mirada que le dedicas que él no necesita a nadie.

Lo aprendí la primera vez que lo vi y, sin embargo, aquí estoy, encerrada en el baño de chicas de mi planta, preguntándome por qué no soy capaz de fingir que ni siquiera lo conozco y conseguir ser completamente impermeable a su voz, a sus ojos azules, a los bien que le quedan los trajes... mejor lo dejamos aquí.

Hablando de primeras veces, tampoco es ésta la primera que llego a esta acuciante reflexión, muy de novela romántica, pero de las antiguas, de las de antes de las fustas, porque ha sido precisamente esta idea, la de que soy incapaz de tratarlo como si ni siquiera lo conociera, la que me ha hecho tomar la decisión de pedir el traslado. A las chicas, e incluso a mí misma delante del espejo, les he contado la versión «Cande es una mujer fuerte, valiente e independiente que no necesita a ningún cabronazo con el aspecto de Alain Delon». Pero la verdad es que lo echo de menos. Aunque lo odie, para mi desgracia, también lo quiero, y verlo cada día implica resistirme cada día y, francamente, no sé cuánto tiempo el odio infinito que le tengo podrá contener todo lo demás; y sí, habéis leído *infinito*, pero es que el amor que le tengo es de esos que Disney expresaría con una canción llena de coros de animalitos del bosque y con la melena de la protagonista ondeando al viento. Vamos que, a mi lado, la Sirenita se lo curró poquísimo por el amor de Eric.

Creo que lo peor ha sido oírsele decir a él, con esa arrogancia tan suya. Estaba hablando el Sergio frío y por él le he dicho que no tiene nada bueno dentro. En ese momento lo tenía clarísimo y ahora... ahora es obvio que soy una

reverenda idiota. ¡¡¡Va a casarse con Estela!!! Puede que la Sirenita sea una mindundi a mi lado y al de mi amor inquebrantable, pero por lo menos Eric no se casó con aquel calamar gigante de color lila. ¿Qué estoy haciendo?

Me dejo caer contra la puerta del diminuto cubículo.

—Estás haciendo la gilipollas otra vez, Candela Martín, que se te da de miedo.

Podría hablar con Paula y presionar para conseguir el traslado, pero estoy segura de que Sergio se las apañaría para impedirlo. Lo que más me fastidia es que sólo lo hace para demostrarme que puede hacerlo.

Respiro hondo un número indefinido de veces y al fin me animo a salir. Por lo menos le he dado una señora bofetada. Qué a gusto me he quedado.

Trabajo hasta la hora de comer y, después, hasta que concluye la jornada laboral. Por suerte Sergio no vuelve a salir de su despacho. El único movimiento que percibo es el de uno de los chicos de mantenimiento entrando con una lámpara nueva y saliendo con otra hecha añicos. Frunzo el ceño, curiosa, y por supuesto muy poco discreta. Parece la de su escritorio. No quiero pensar cómo ha acabado en semejantes circunstancias.

A las seis y media clavadas me levanto y me marcho. Después del metro, estoy caminando por mi calle, pensando en todo lo que ha pasado, otra vez. Soy como Marcel Proust comiéndose esa maldita magdalena. A él le sirvió para escribir los siete tomos de *En busca del tiempo perdido*, a mí sólo para acordarme de ese cabronazo seis paradas de metro. Soy plenamente consciente de que darle la vuelta número doce mil quinientos setenta y cuatro no va a suministrarme una solución y es muy poco sano. Sin embargo...

—Hola, preciosa.

Doy un respingo a un paso de mi portal y me llevo la mano al pecho tratando de frenar mi corazón, que ha dado un respingo aún más alto que el mío.

—Perdona, no quería asustarte —dice Marcos con una sonrisa avanzando un paso hacia mí y depositando un sencillo beso en mis labios. Me incomoda e involuntariamente me aparto. Por suerte, él no ha notado mi movimiento.

Maldita sea, tengo que empezar a recordar que tengo novio y que puede estar esperándome en mi portal... y darme un beso.

—No... no te preocupes —respondo tratando de recuperar el aliento, rascándome la nuca con la mano.

—He pensado que podríamos llamar a ese chino que tanto te gusta de Nuevos Ministerios y cenar juntos en tu piso.

Frunzo el ceño, confusa.

—No conozco a nadie chino en Nuevos Ministerios.

Ahora que lo pienso, creo que no conozco a ningún chino, exceptuando a Chen. Tengo que consultar mis doscientos setenta y cuatro amigos de Facebook. De todas formas, me parece un poco descortés que invite a alguien a cenar a mi casa sin consultármelo.

—Cande, me refiero al *restaurante* —contesta haciendo hincapié en la palabra— chino.

Claro que sí, Cande, tú siempre dando el mejor espectáculo. Por favor, tierra, trágame.

Me obligo a sonreír y asentir y, por si ha quedado un poco raro el orden, a sonreír de nuevo.

—Por supuesto —me reafirmo, y no puedo evitar sonar algo forzada y algo nerviosa—. Subamos, a mi casa.

Al girarme para abrir el portal, pongo los ojos en blanco. Soy lo peor.

Entro en mi piso con el paso titubeante, seguida de Marcos. Trato de recordar si lo dejé en un estado deleznable esta mañana, juraría que no. Me detengo en el centro del salón y él lo hace a mi lado. Observa cada rincón y finalmente sonrío.

—Es bonito.

—Gracias.

—De nada.

Lo miro y los dos sonreímos inquietos. Empiezo a pensar que está tan nervioso como yo.

—¿Te apetece beber algo? —pregunto, y sólo lo hago para entablar una conversación.

—Sí, por favor.

—De acuerdo.

Doy el primer paso hacia la cocina, pero él lo da en mi dirección y nos bloqueamos mutuamente. Sonrío incómoda. Él también. Me muevo hacia el otro lado. Él también. Volvemos a bloquearnos. Dios, ¿por qué es tan difícil? Automáticamente recuerdo la primera vez que Sergio estuvo aquí cuando me dio plantón en el Matisse y apareció con la cena. Todo fue tan natural, tan fluido. Supongo que también influyó esa masculina seguridad con la que se enfrenta a todo. Cabeceo. No pienso cometer el error de comparar a Marcos con Sergio.

—¿Por qué no me esperas en el sofá? —le propongo con una sonrisa.

—Será lo mejor.

Echa a andar y yo espero que llegue hasta el tresillo para asegurarme de que tendré el camino libre.

Me quito el bolso y el abrigo y los dejo sobre la encimera. De reojo, veo cómo Marcos hace lo mismo con su chaqueta sobre el sofá. Me acerco a la nevera y saco dos Heineken heladas. Tomo aire antes de girarme de nuevo hacia Marcos y regreso a su lado. Le entrego uno de los botellines y me dejo caer sobre el sofá, atrapando mi pierna bajo mi trasero. «Sólo tengo que relajarme y dejarme llevar», me digo pegándole un sorbo a mi cerveza. Estoy donde debo estar.

Marcos le da un trago a la suya y, como si fuera una espectadora accidental, veo su mano moverse despacio por el sofá hasta anclarse en mi cintura. El contacto me inquieta, pero no tengo tiempo de quejarme porque lo siguiente que noto son sus labios sobre los míos.

—Marcos —murmuro, pero él debe de interpretarlo como un gemido de éxtasis y continúa besándome.

Deja su botellín sobre mi mesa de centro, me quita el mío de las manos y lo abandona acompañando al suyo. Me obliga a devolverle los besos y cierro los ojos buscando algún tipo de punto zen donde reiniciar mis pensamientos y poder estar a gusto con lo que está pasando.

Su cuerpo presiona suavemente el mío y me deja caer sobre el tresillo, que cruje bajo nosotros.

—Preciosa, estaba deseando esto.

—Marcos —repito.

Mi respiración se acelera, pero no es un buen gesto, lo hago de pura ansiedad. Él continúa besándome. Su cuerpo sobre el mío me pesa. Me agobio. Sé que debo querer esto, pero no es lo que quiero.

—Marcos, para.

No me escucha. Su mano se pierde bajo mi camiseta.

—Marcos, por favor.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Pienso en Sergio, en cómo me sentía con él.

—No —pronuncio contra su boca—. ¡No! ¡Para!

Lo aparto de un empujón y de inmediato me incorporo hasta quedar sentada en el sofá frente a un conmocionado Marcos. Me bajo la camiseta, asegurándome de que me tapa por completo. Me siento rara, extraña y muy

violenta. Ni siquiera soy capaz de mirarlo a los ojos, porque lo cierto es que, además de todo eso, me siento muy culpable y muy ridícula.

—Lo siento —murmuro.

No obtengo respuesta.

—Lo siento de verdad.

Marcos resopla y se mueve hasta sentarse en el otro extremo del tresillo. No es un mueble muy grande y continuamos estando relativamente cerca.

—Tendría que haberme dado cuenta de que necesitas más tiempo, creo — responde, y no sé si lo hace de una manera mecánica o resignada; en cualquier caso, no es un tono que me anime a sentirme mejor. De todas formas, asiento. Es cierto que lo necesito—. Supongo que me he dejado llevar —añade—. Tengo muchas ganas, Cande.

Asiento de nuevo. Lo entiendo.

Durante los siguientes minutos, ninguno de los dos habla y el ambiente se enrarece.

—Quizá deberíamos ir a tomar algo —propongo desesperada por oír un sí. Tengo que salir de aquí y estar en un sitio con más oxígeno y espacio y gente.

—Gran idea —responde levantándose.

Yo lo sigo aliviada. En silencio y a un ritmo que roza el acelerado, los dos salimos de mi piso, de mi rellano y de mi portal.

Qué desastre.

\*\*\*

No puedo dormir. Es oficial. Es la sexta noche que pasó en blanco y empieza a ser otro motivo por el que enfadarme con el universo. Incluso he bajado a la farmacia y me he comprado una caja de pastillas de esas que tienen una ovejita durmiendo en el paquete. No funcionan. Probablemente sólo sean un placebo y hayan usado las drogas de verdad para dormir al animalito y poder hacerle la fotografía.

En el metro, camino de la oficina, a las nueve menos cuarto de la mañana, *Embrujada*, de Tino Casal, suena a todo volumen en mis cascos. Hay quien diría que no es la canción más adecuada, teniendo en cuenta que habla de una mujer que se tira a la bebida por un desamor desastroso, pero yo la uso como recordatorio de lo que no tengo que hacer para no acabar como ella: nada de subir a coches, reina de la noche, ni de ser musa de un mediocre pintor. Además,



me gusta el ritmo tan de los ochenta que tiene y, siempre que la escucho, recuerdo a Tino Casal con esas túnicas de brillo y ese elegante bastón y automáticamente me pongo de buen humor.

Creo que es un gran momento para hacer un repaso a mi vida sentimental, ¿por qué no? Me quedan cuatro paradas de metro y un trasbordo. A los nueve años tuve mi primer novio. Se llamaba Sebastián. Lo quería mucho, hasta el infinito y más allá concretamente, pero éramos «novios de teléfono», ya que, cuando nos veíamos en persona, nos entraba la vergüenza y salíamos corriendo. Una relación complicada sin duda alguna.

En el internado, la cosa no mejoró. Al hecho de que era una escuela exclusivamente femenina debemos sumar que echaba mucho de menos a mis padres y a Rodri. Creo que al principio de aquella etapa incluso llegué a echar de menos a Estela. Aun así, con los años, Sira aprendió a agudizar su radar y los dieciséis, los diecisiete y los dieciocho estuvieron llenos de citas fugaces y de besos a escondidas con chicos que trepaban el muro de piedra del Alexandra College. En realidad, la mayoría de esos besos y esos chicos fueron para Sira. Yo solía ser la que se sentaba bajo un árbol y ni siquiera se atrevía a mirar al muchacho que tenía al lado, que acababa marchándose gruñendo en irlandés. A pesar de eso, tuve alguna que otra historia de amor, mi primer novio de verdad y perdí la virginidad.

La vuelta a Madrid y la universidad fueron un poco más de lo mismo, hasta que entré a trabajar en Javier Freirá y Asociados y, dieciséis minutos después, vi a Sergio. Muchas veces me pregunté por qué, siendo el mejor amigo de Rodri, no lo había visto nunca, pero lo cierto es que por aquella época mi hermano estaba casado con Julia y su vida social se limitaba a lo que ella quería, normalmente aislarlo y minar sus resistencias para convertirlo en un pijo redomado. Él, qué enamorado, y ella, qué mala pécora.

Sergio marcó un antes y un después en demasiados sentidos. Es algo simple y cruel. La primera vez que lo vi puso el listón demasiado alto. Ya nadie volvió a parecerme atractivo, guapo o suficientemente seguro de sí mismo o masculino. Y ése fue el principio de todas mis desgracias.

Ahora estoy con Marcos y Marcos me gusta, pero no es Sergio. Debería alegrarme porque Sergio es un cabrón, con todas las letras y en mayúsculas, y en negrita, y subrayadas. Pero ya sabéis cómo funciona esto del amor, ¿no?

La megafonía anuncia que vamos a llegar a la parada de Nuevos Ministerios, la mía. Me pongo de pie y me uno a la nube de viajeros que

abandona el vagón. El aire me sacude y en el horizonte más cercano de Madrid se dibuja la Torre Picasso.

Me pregunto si alguna vez tuve escapatoria o estuve predestinada a todo esto desde el principio. Supongo que, en esos dieciséis minutos que tardé en ver a Sergio, podría haber visto a cualquier otro hombre, incluso tener un flechazo y enamorarme. Quizá, si hubiese encontrado otro trabajo, si no hubiese regresado de Irlanda cuando lo hice. ¿Qué habría pasado entonces? Para bien o para mal, con Sergio aprendí a querer de verdad y, aunque ahora lo odie con cada átomo de mi cuerpo, nunca borraría aquellos días ni lo que sentí. Oíamos música y fui demasiado feliz.

Entro en la torre y en el ascensor. Les mando un whatsapp a las chicas para quedar para comer y otro a Rodri diciéndole que es el peor hermano del mundo porque hace algo así como una semana que no sé nada de él. Lo informo de que, aunque estoy muy dolida, estoy dispuesta a perdonarlo si me trae chokolatinas o, en su defecto, M&M's de chocolate.

Salgo del elevador concentrada en el teléfono y camino sin levantar la vista de la pantalla de cuatro pulgadas en dirección a mi mesa.

—Hola, preciosa.

—Joder —murmuro dando un respingo y llevándome la mano al pecho. ¡Qué susto!

Marcos sonrío. Parece que le divierte provocarme microinfartos.

Miro a mi alrededor un poco desorientada y mis ojos se encuentran con los suyos azules, inaccesibles y llenos de una rabia y una arrogancia desoladoras. Está apoyado en el quicio de la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, en esa pose tan suya aparentemente casual y desdeñosa, pero que en el fondo quiere decir mucho más. Y, ¿sabéis qué? Que yo también tengo mucho más que decir, entre otras cosas que lo odio y pienso demostrárselo y que va a pagarme cada lágrima que he derramado desde que Estela pronunció ese «es Sergio» en su despacho.

—¿Qué haces aquí? —inquiero volviendo a llevar mi vista hacia Marcos, cómodamente apoyado en mi mesa.

Mis compañeros también nos observan de reojo. Las chicas, con un poco menos de discreción. Nos las culpo. Ha venido de uniforme.

—Quería darte una sorpresa, para compensarte por lo que ocurrió ayer.

—No tenías por qué —me apresuro a responder y sonrío porque imagino que éste es uno de esos momentos en los que una novia enamorada sonreiría.

—¿Ves? —dice con los brazos cruzados, mirando hacia la mesa de Concha —. Te dije que le gustaría.

—Guayabo, por mí puedes venir todos los días —responde la sexagenaria acosadora.

Marcos sonrío y yo vuelvo a hacerlo. Sergio me taladra con la mirada desde la puerta de su despacho.

Tomándome absolutamente por sorpresa, Marcos se incorpora y me da un abrazo. No uno normal, sino uno de esos que cortan la respiración y el hipo a cualquiera de las personas, mujeres, que lo estén viendo.

—Sigo teniendo las mismas ganas, preciosa —susurra en mi oído.

Sus ojos azules están sobre mí, sobre Marcos, sobre sus manos en mi cintura, sobre lo cerca que estamos, y mi parte vengativa se pone sus pinturas de *Braveheart* y sencillamente la lía, la lía muchísimo. Me separo lo suficiente como para mirar a Marcos a los ojos, rodeo su cuello con mis brazos y lo beso. Un beso de los buenos, de los de película. Estoy tan entregada al teatro que incluso levanto el pie. Las chicas sueltan *oohhs* maravillados, los animales de mis compañeros de género masculino murmuran comentarios demasiado inapropiados para escribirlos aquí y yo me siento victoriosa porque, cuando nos separamos y discretamente lo miro, Sergio tiene la mandíbula apretada y el cuerpo tenso. Sin embargo, el sentimiento triunfal dura poco. Supongo que calmar la sed de venganza no es algo tan fantástico como uno cree.

Marcos me sonrío, me da un beso más corto y después otro en la mejilla.

—Tengo que marcharme, pero te veo esta tarde.

Asiento.

—Sí, claro.

Lo sigo con la mirada hasta que entra en el ascensor y las puertas de acero se cierran. Sergio continúa observándome o, más bien, fulminándome con la mirada, mientras que todos mis compañeros siguen cuchicheando acerca de mí. Ahora mismo me gustaría ser Sira, subirme a mi silla, hacer una reverencia, pero no soy capaz, supongo que por eso de la timidez y el sentido común. Por tanto, corro a sentarme y me refugio detrás de la pantalla de mi ordenador, esperando que el aburrimiento absoluto les haga centrarse en otra cosa; que simplemente se pongan a trabajar otra vez es bastante improbable.

Además, he de repetirme una y mil veces que no puedo alzar la cabeza y mirar a Sergio. Sería una pésima idea por demasiados motivos.

En mitad de mi lucha interior, un teléfono suena en la otra punta de la sala.

—Señor Herranz —lo llama Concha desde su mesa—, es de recepción. Lo avisan de que el paquete que esperaba ha llegado.

—Gracias, Concha —responde Sergio, y hay algo en su tono de voz que me hiela la sangre. Amenazante, suave, arrogante, malicioso, todo a la vez y todo salpicado por una única idea: control. Levanto la cabeza justo a tiempo de ver cómo echa a andar... hacia mí—. Señorita Martín —me llama colocando una mano sobre el respaldo de mi silla y la otra en mi escritorio e inclinándose despacio sobre mí—, baje a recepción y recoja el paquete. Ábralo para asegurarse de que está todo.

Su olor me sacude y me distrae. Antes de que pueda decir sí o no o inventarme alguna excusa, Sergio se incorpora, regresa a su despacho y cierra la puerta a su paso. No soy estúpida. Sé que planea algo y que yo estoy en el centro de la diana.

Resoplo y me levanto. Evidentemente no puedo negarme. Además, para hacerlo tendría que entrar en su guarida y prefiero evitar tal circunstancia. Con cierto resquemor y también con mucha curiosidad, para qué negarlo, voy hasta el ascensor y bajo a recepción.

—Hola, Noelia —saludo a la guardia de seguridad—. El señor Herranz me manda a recoger el envío que ha llegado para él.

La mujer asiente con una sonrisa. Me deja en el mostrador, donde está el teléfono y un timbre reluciente como los de los antiguos hoteles, y camina hacia atrás, hasta el mueble con estanterías que cobija las cámaras de seguridad e, imagino, donde apilan los paquetes que van llegando. Trastea un par de segundos y finalmente deja algo sobre la madera.

—Aquí lo tienes —me anuncia.

Miro el paquete e inmediatamente frunzo el ceño. No acierto a ver lo que es. Está envuelto con el típico papel sepia y sujeto por uno de esos cordeles con los que unen los periódicos en las rotativas.

Cojo el paquete con cuidado. Creo que incluso estoy nerviosa. Le pido unas tijeras a Noelia y corto la cuerda. No entiendo por qué necesita que compruebe que esté todo. El repartidor ni siquiera está aquí. Completo o no, no podrá devolverlo. Rasgo el papel con atención... y sencillamente puedo afirmar sin temor a equivocarme que nunca había estado tan cabreada.

¡Son revistas de novia!

Muevo la primera, la segunda... debe de haber unas diez. Todas de Londres o París. ¡Maldita sea! Ahora lo entiendo, por eso quería que bajara a buscar el

paquete y que lo abriera, por eso su voz sonó tan amenazante. ¡Sólo quería devolvérmela porque Marcos se ha presentado aquí! ¡Es un cabronazo!

Cojo las revistas entre las dos manos, pesan una barbaridad, y regreso al departamento echando humo. En cuanto mis pies tocan la moqueta verde vidrio, no lo pienso. Avanzo decidida hasta su despacho, abro la puerta sin llamar y cierro de un sonoro portazo.

—¡Déjame en paz, me oyes! —grito a pleno pulmón, sin importarme quién pueda oírnos y, para dejar del todo clara mi postura, le lanzo las revistas a esa cara de guapísimo bastardo que tiene. Pesan tanto que no logran mi objetivo y acaban estrellándose contra su mesa y, algunas, cayendo al suelo.

El muy hijo de puta ni siquiera se inmuta. Observa el estropicio de su escritorio y despacho, presuntuoso, controlado e impertinente alza la mirada hasta que sus ojos azules se encuentran con los míos marrones.

—¿Estaban todas? —inquiere como si no pasase nada.

¡Quiero estrangularlo!

—Eres un hijo de puta.

—¿Por qué? ¿No te han gustado las revistas?

—Creo que cada día que pasa te odio más —siseo.

Sergio se levanta grácil, cierra la carpeta que revisaba obviando los ejemplares de bodorrios y la lleva hasta la estantería a su espalda.

—Bueno —contesta displicente, apoyándose en el mueble—, eso es mutuo, nena.

—No se te ocurra llamarme *nena*.

—Con lo que te gustaba antes —replica irónico.

Vuelve a mirarme y yo vuelvo a odiarlo un poco más. Me encantaría arrancarle toda esa seguridad a tiras. Aprieto los labios. Tengo que ser más lista. Si él puede apartar sus emociones, yo también. Si él puede hacerme daño, yo también.

—Ahora tengo a otra persona para que me lo llame.

Su mirada cambia y yo sonrío con malicia. Es mi venganza. Sin embargo, sólo baja la guardia una milésima de segundo y su arrogancia vuelve a brillar con fuerza.

—Lo imagino —responde, y vuelve a parecer frío, inaccesible—. Lástima que no te haga sentir lo mismo.

—Tú no tienes ni idea de lo que siento por él. Soy feliz —me empeño en decir, y tengo la incómoda sensación de que, cada vez que me esfuerzo en

pronunciarlo, estoy levantando una gran mentira que nunca voy a lograr crearme —. Él me hace feliz.

—Ya lo he visto esta mañana.

Es imposible que sepa que estaba fingiendo. ¡Directamente es que el muy cabronazo ni siquiera contempla la posibilidad de que pueda dejar de pensar en él cinco condenados segundos! Cómo lo odio y cuánta razón tiene, maldita sea. Mi rabia se reaviva y las llamas alcanzan el techo del Departamento de Recursos Humanos de Javier Freirá y Asociados.

—Marcos es mi novio. Lo quiero y quiero estar con él.

—Pues ve a contárselo a quien le importe.

Sergio regresa a su mesa, pero no se sienta. Creo que sólo se pasea para que la manera mezquinamente sexy en la que el pantalón del traje le cae sobre las caderas me nuble el sentido común. Está a punto de conseguirlo, pero Candela, ahora mismo soy Candela, Martín, ahora mismo también, está por encima del bien y del mal y de los culitos perfectos.

—¿Acaso tú no te sientes así con Estela? —inquiero cruzándome de brazos.

—Estela y yo somos dos adultos que no se dedican a ir dando el espectáculo —se explica cargado de una condescendencia que me enfada todavía más, rodeando su escritorio con el paso lento y engreído hasta colocarse frente a mí—. Aunque no espero que tú lo entiendas. Todavía recuerdo la carita de perrito abandonado que me ponías esperando a que montase numeritos como los protagonistas de las novelas románticas por ti. Sólo eres una niñaata —sentencia inclinándose sobre mí, dejándonos muy cerca.

Involuntariamente trago saliva, pero le mantengo la mirada, porque no soy ninguna niñaata, porque lo odio, porque me hace daño con cada palabra que pronuncia, sólo con mirarlo, y porque soy fuerte y pienso demostrárselo aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Puede que sea una niñaata, pero tú te estás follando a media decena de mujeres y sólo puedes pensar en mí.

Olé.

Ha sido una bravuconada, con todas las letras, pero me la trae al fresco. No se trata de que de pronto me crea una reencarnación de la reina de Saba y Marilyn Monroe, pero sé que me quería y sé que lo sigue haciendo, igual que yo, a pesar de todo, lo sigo queriendo a él, en contra de nuestras respectivas voluntades, eso que quede claro. Es nuestra maldición y nuestro castigo.

—Te equivocas —ruge.

Sé que no. Mi maltrecho corazón lo sabe.

—¿En el número tal vez? —contraataco impertinente—. ¿Quizá una decena completa?

Algo en su mirada vuelve a cambiar y una veintena de emociones la cruzan entera sin que me dé tiempo a atrapar ninguna. Va a hacerme más daño y él también lo sabe.

—Yo sólo me acuesto con Estela. Porque, al contrario de lo que me pasaba contigo, con ella no necesito nada más.

—Eres un cabrón.

Aparta la mirada de mis ojos y la pierde a un lado al tiempo que se humedece el labio inferior. El asalto ha terminado y los dos estamos destrozados, como cada vez.

—Vuelve a tu mesa.

—Claro que sí —sentencio fingiendo que no me ha dolido como me ha dolido.

Giro sobre mis pies y salgo de su despacho.

Creo que nos quisimos demasiado y ahora nos odiamos demasiado, pero nunca vamos a ser capaces de renunciar al otro.

\*\*\*

—No consigo dormir —me quejo dejándome caer en la silla de metal de la terracita de uno de los bares de la plaza del mercado de la Cebada.

El barrio está de bote en bote. El tiempo acompaña y todo el mundo está deseando disfrutar de unas tapitas al aire libre después de un invierno tipo «Juego de tronos».

—¿Cuántas noches van ya? —inquire Martina a mi lado.

—Seis.

—Ahora ya sabes lo que se siente yendo de *rave* —me hace ver Sira.

—Tú siempre tan positiva.

Ella se encoge de hombros y rebaña su tarrina de helado de cookies con una cuchara rosa fluorescente.

—A mandar —sentencia.

—En serio, estoy agotada. Otra noche más en blanco y empezaré a tener daños cerebrales.

—Trabajas en Javier Freirá y Asociados —replica Martina—. Los daños cerebrales están asegurados.

Involuntariamente, sonrío. Es una sensación muy extraña. Tengo sueño, pero soy incapaz de dormir.

—Levantaos —dice de pronto Sira, dejando caer la cucharilla dentro de la tarrina vacía.

—Este brote de energía me parece de muy mal gusto, señorita —la reprendo entornando la mirada.

—Y totalmente innecesario —añade Martina.

Ella pone los ojos en blanco y suelta un bufido dejándonos clarísimo lo harta que está de nosotras.

—Vamos a la farmacia donde trabaja mi hermana Ada. Ella podrá darte algo para que consigas dormir —se explica—. Está a punto de terminar su guardia. Si le calentamos un poco la cabeza, nos dará lo que queramos.

Suelta una sonrisilla maliciosa y no tenemos más remedio que imitarla. Me levanto como si los pies me pesaran cien kilos cada uno y, aunque la farmacia está a unos diez minutos andando, me niego a dar un solo paso más y acabamos yendo en metro. Cinco paradas, un trasbordo y veinticinco minutos de trayecto, pero no ando.

—A ver —llama nuestra atención regresando a la esquina del mostrador por donde nos ha pedido que entremos, pero que no nos movamos—, son ansiolíticos, lorazepam —continúa mostrándome una caja diminuta—. Te ayudará a dormir, pero tienes que tener mucho cuidado. No son dormidinas.

Asiento. Ella me imita.

—Puede que te dé algo de somnolencia, nada importante. Que no se te ocurra conducir si lo tomas, y no abuses. No quiero meterme en líos por vuestra culpa. Así que, si matas a alguien por conducir un tractor por el centro de Madrid hasta las cejas de esto, me haré la loca y negaré conocerlos.

Sira empieza a abrir y cerrar la palma de la mano a la vez que vocaliza un montón de blablablá.

—Eres una capulla integral —se mete Ada con su hermana, entregándome la caja.

—Si encuentro un tractor, serás mi primera visita —la amenaza.

\*\*\*



Me meto en la cama pronto. Una pastilla, media botellita de agua... y ocho horas después me levanto igual de enfadada y sin haber dormido. ¡Maldita sea!

De vuelta en la oficina estoy aún más cabreada. Creo que a cada minuto que pasa lo odio más, aunque ni siquiera lo tenga delante. Es pensar en Sergio y querer estrangularlo. En ese preciso momento, el rey de Roma aparece comiéndose el departamento con sus largas y seguras zancadas. Lleva las gafas de sol y el pelo húmedo y está jodidamente guapo. Empiezo a no entender qué le he hecho al karma y qué está esperando para hacerle perder todo el pelo, volverlo gordo y que deje de tener los ojos más azules del planeta.

Me levanto enfadadísima y voy hasta el archivo echando humo. No llevo allí más que unos minutos cuando la puerta de su oficina vuelve a abrirse. Sale remangándose la camisa. Ya no lleva chaqueta, pero sí las gafas. Alza la cabeza y sonrío. Por inercia miro hacia donde él lo hace justo a tiempo de ver a Rodri entrar en la enorme sala. Tamborilea con los dedos unos segundos sobre la madera de mi mesa vacía y camina hasta él.

Hablan un par de minutos. No sé qué dicen, pero Sergio rompe a reír sincero y creo que estoy a punto de desmayarme. Había olvidado cómo era el sonido más bonito del mundo. Mi corazón despierta feliz y, cuando Sergio pasea su vista por el departamento y nuestras miradas se encuentran, sólo un segundo, tengo que contenerme para no suspirar.

Universo, no me estás ayudando.

Rodri se despide y se marcha. Entonces Sergio vuelve a prestarme atención y me pesca en el mismo sitio, como si me hubiesen pegado con cemento a la moqueta, y todavía contemplándolo embobada. Sonríe otra vez de una manera completamente diferente, más sexy y más dura, y otra parte concreta de mi cuerpo recibe el eco de esos ojos azules. En otras palabras, se me caen las bragas.

Me giro de prisa y me concentro en buscar lo que vine a buscar al archivo, aunque francamente ahora ni siquiera recuerdo qué era. El corazón me late veloz. Mi respiración es un caos y no dejo de imaginármelo desnudo. Maldita sea.

—Elegí a Marcos. Elegí a Marcos. Elegí a Marcos —me repito a modo de mantra con la idea de que todas, ¡¡todas!!, las partes de mi cuerpo capten el mensaje—. Elegí a Marcos. Elegí a Marcos. Elegí a...

Su mano se cuela entre las mías y saca una carpeta del archivador, interrumpiéndome, mientras la que le queda libre me acaricia la cadera, efímero

y torturador, el suficiente tiempo como para volverme completamente loca, pero como para impedir que alguien pueda verlo.

—Si tienes que repetírtelo tantas veces —susurra inclinándose sobre mí, dejando que su voz ronca e indomable haga el resto—, tal vez deberías apuntártelo en la mano, Candelita —sentencia riéndose de mí con cada letra de mi nombre.

Sin más, se separa, se gira y, sin volver a mirarme, echa a andar hacia su despacho. Yo quiero reaccionar, pero ahora mismo estoy tan alucinada que ni siquiera puedo. ¡Acaba de burlarse de mí! ¡En mi mismísima cara!

Entra en su guarida y cierra tras de sí, y yo resoplo aún más furiosa.

¡Se acabó!

Decidida, me voy directa hasta su puerta. Sin embargo, cuando estoy sólo a unos pasos, me detengo en seco. Entro, discutimos, le tiro algo, con un poco de suerte sangra y después, ¿qué? Mi sed de venganza es infinita y, aunque sea de mala persona, quiero que él se sienta exactamente igual que yo. Me merezco verlo trepar por las paredes de pura rabia.

Vuelvo a mi mesa haciendo cálculos mentales muy precisos acerca de cuánto tardaría un servicio de mensajería en llegar a la torre desde el centro. Me siento y abro el navegador. Dos minutos después, vuelvo a cerrarlo y cojo mi iPhone. Descuelga al segundo tono.

—Dime que te aburres, porque yo me aburro muchísimo —sentencia alargando cada vocal.

—Necesito que me hagas un favor.

—¿Cuál?

No la veo, pero apuesto a que se está limando las uñas.

—Tienes que comprarme un ramo de flores y enviármelo a la oficina.

—Creí que tenías un novio monísimo que ya hacía esas cosas.

—Esto no es por amor. —Primera mentira—. Forma parte de un concienzudo plan pensado a sangre fría. —Segunda mentira—. Lo tengo todo controlado. —Una mentira tan grande que casi me da la risa.

—¿Y por qué no las compras tú misma? —inquire.

—Porque quiero parecer sorprendida. Si sé a qué hora llegará, qué flores serán y lo que pondrá la tarjeta, me va a resultar muy difícil fingir que no soy yo misma la que está detrás de todo.

Hay un segundo de silencio al otro lado de la línea y ahora sé que Sira está frunciendo los labios.

—Toda la razón. ¿Dónde quieres que compre las flores?

—En cualquier floristería de Internet. Te paso el número de mi tarjeta de crédito por WhatsApp.

—Pienso escribirte un poema precioso de parte de tu admirador secreto, rollo canción de Ellie Goulding. Te vas a cagar.

Cuelgo con una sonrisa y trato de concentrarme en el trabajo. Cinco minutos después estoy alzando la mirada en períodos de tres, esperando al repartidor y para tener controlado a Sergio.

Poco más de una hora después, Concha regresa del despacho de Paula con varias decenas de carpetas camino de la oficina de nuestro jefe. ¡Maldita sea! ¡No puedo dejar que se lo lleve a una reunión!

—Concha —la intercepto plantándome delante de ella con una sonrisa nerviosa.

—¿Qué quieres?

—¿Me ayudas?

—¿Con qué?

Miro a mi alrededor.

—Con un problema —prácticamente tartamudeo.

—¿Qué te pasa?

—Muchas cosas.

Frunzo el ceño observándola, preguntándome si habrá colado o no. Soy un desastre descomunal.

Concha me mira muy seria, incluso un poco sentida, y, despacio, da un paso y se inclina sobre mí.

—Si es un problema de esos, puedo ayudarte. Nos ha pasado a todas —sentencia.

—¿Un problema de esos?

—De esos.

—¿De esos?

—De los de ahí... abajo.

—¿Abajo?

Ella mira hacia abajo. Yo la imito y... ¡Por Dios!

—¡Concha! —protesto—. ¡No hablo de esa clase de problemas!

—Nunca se sabe.

Se encoje de hombros y da un paso atrás.

En ese momento el ascensor suena, las puertas se abren y las dos vemos a la

vez a un repartidor de Interflora salir con un enorme ramo de rosas rojas.

—¿A quién le han puesto los cuernos? —inquire la sexagenaria acosadora siguiendo con la mirada al repartidor.

—¿No ibas a ver al señor Herranz? Entra ya —la apremio antes de que diga nada más.

—Pero...

—Concha, te vas a meter en un lío.

Ella resopla y asiente dándome la razón. Llama al despacho de Sergio, entra y deja la puerta abierta. Sergio se levanta y empieza a revisar los documentos que ella le tiende, manteniendo las distancias, no olvidemos que hablamos de la pellizcadora de traseros más rápida de todo el sur de Europa. Yo los observo con una sonrisilla llena de malicia en los labios y me giro preparada para recibir mis flores.

—¿Señorita Martín? —pregunta el repartidor.

Sonrió como si me fuera la vida en ello y doy una palmada para llamar un poco más la atención.

—¿Son para mí?

El chico me devuelve la sonrisa y mis compañeros comienzan a murmurar.

—¡Es increíble! —añado cogiendo el ramo—. Son para mí.

Oigo ruidos en el despacho y de reojo puedo ver cómo Sergio se asoma a la puerta. ¡Ya te tengo!

Firmo el albarán, cojo el pequeño sobrecito con la tarjeta y me giro hacia mis compañeros sin dejar de sonreír, incluso suelto un suspiro de felicidad absoluta. Él da un paso más, acortando la distancia que nos separa sin levantar sus ojos de mí. Yo abro la tarjeta y también la boca, dispuesta a leerla en voz alta.

*Tus ojos son dos cerezas,  
tus mejillas, dos manzanas.  
¡Qué bonita ensalada de frutas  
haríamos con mi banana!*

Al leer, gracias al cielo mentalmente, semejante oda romántica, carraspeo y vuelvo a guardarla. Por suerte, mis compañeros dan por hecho que no puedo leerla en voz alta porque habla de cosas demasiado íntimas.

—¿El guayabo de uniforme? —inquire Concha encantadísima.

Yo disfruto de girarme hacia ella, junto a Sergio, y de dedicarle la sonrisa más grande del mundo mientras pronuncio el «sí» más enamorado.

Él gruñe, ruge, resopla, no lo tengo muy claro, y flagela a todo el departamento con la mirada.

—A trabajar —ordena amenazadoramente bajo y todos agachan la cabeza y vuelven a teclear.

Lo entiendo. ¿A ver quién es el guapo que ignora esa voz? Pero aquí está *moi*, de pie, frente a él, con un ramo de rosas tamaño entrega de premios en las manos, mirándolo y disfrutando.

Sergio no lo duda y destruye el último paso que nos separa. Podría decir que no me intimida lo más mínimo, pero estaría mintiendo como una bellaca, así que vamos a dejarlo en que finjo muy bien que estoy por encima de las circunstancias.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunta con un tono de voz que hace que cada palabra suene como una advertencia.

—Sí —respondo sin achantarme.

—Perfecto.

Me sonrío de esa manera que le helaría la sangre a cualquiera. El toque justo de maldad, el toque justo de crudeza, de arrogancia y de él. Yo entorno los ojos mientras lo observo regresar a su despacho y cerrar de un sonoro portazo. Puede que acabe de meterme en un lío tremendo, pero este asalto lo he ganado yo. ¡Ja!

A la hora de comer entro triunfal en el Beach Sea, donde me esperan las chicas. A cada paso que doy me siento como si un ventilador gigante me apartara con elegancia y suntuosidad el pelo de la cara, a lo videoclip de Paulina Rubio, llevara un minivestido de lentejuelas rojas de Stella McCartney y, de fondo, sonara una canción de George Michael. Se la he devuelto al gran Sergio Herranz. ¡Soy la puta ama!

Sin embargo, ¿sabéis ese sonido de la aguja arañando un vinilo cuando paras de golpe? Pues eso es lo que oigo en mi cabeza cuando veo, en una de las mesas junto a la ventana, a Sergio comiendo con Estela. Me detengo en el centro de la cafetería como una idiota. Ella está sonriendo como si no hubiera un mañana y él le presta toda su atención. Voy a hacer algo, no sé, estrangularlo lentamente, cuando una mano se posa en mi hombro y doy un respingo.

—¿Te he asustado? —pregunta Rodri con una sonrisa.

—No —niego rápidamente—. Hace falta mucho más para asustarme —

sentencio divertida entrecerrando los ojos.

Su sonrisa se ensancha y me coge de la mano.

—Vamos a comer —me informa echando a andar y tirando de mí para que lo siga—. Tengo una reunión con unos banqueros japoneses en cuarenta minutos.

Yo asiento, porque me encanta pasar tiempo con Rodri, pero entonces comprendo que me lleva directa a la mesa del horror y todo mi cuerpo se tensa a la par que mi cerebro empieza a idear una docena de excusas diferentes.

—Lo siento un montón —digo soltándome de su mano y deteniéndome—, pero he quedado para comer con las chicas.

—De eso nada —replica divertido, girándose de nuevo para que quedemos frente a frente—. Eres mi hermanita pequeña y te adoro y llevamos muchos días sin vernos. Además, te he traído esto.

Se mete la mano en el bolsillo interior de la americana y saca un paquete de M&M's negros. Yo lo cojo con una sonrisa en los labios. Es absolutamente imposible que le diga que no.

—Está bien —refunfuño.

Rodri rodea mis hombros con un brazo y me da un beso en la cabeza.

—Qué bien que ya estéis aquí —comenta Estela con su tono habitual—. Empezaba a pensar que no vendrías.

Me siento junto a Rodri porque no pienso hacerlo junto a Sergio. Lo que no calibro es que sólo consigo tenerlo frente a mí. Genial, todo un almuerzo frente a esos ojos azules y esa sonrisa engreída.

—¿Y perderme esta comida tan agradable? —replico impertinente.

Rodri me da un pellizco en el brazo y yo gimoteo frotándome la piel herida con la mano.

—¿Qué tal si pedimos? —ofrece mi hermano, conciliador—. Yo tomaré la pasta gratinada.

—Espera —lo detiene Estela cuando ya estaba a punto de levantarse para acercarse a la barra—. Quizá Cande quiera contarnos algo de su novio.

Cualquier persona que no la conociese podría pensar que pregunta porque se preocupa por mí o simplemente por sacar un tema de conversación, pero yo llevo sufriendo a Estela veintidós años y sé que detrás de esas palabras hay un discurso preparado sobre lo poco que puede ofrecerme Marcos y lo estúpida que estoy siendo si no soy capaz de verlo.

Sin embargo, a pesar de todo, su comentario me viene de perlas para seguir con mis malévolos planes.

—Hoy me ha mandado un ramo de flores enorme —explico, otra vez con la más grande de las sonrisas.

Rodri me devuelve el gesto, sincero. Estela, tirante y molesta. Todos los que estamos sentados en esta mesa, puede que todos los que vivimos en el hemisferio norte, sabemos que Sergio jamás se molestaría en enviarle flores a una mujer o en hacer algo remotamente romántico.

—Sí —comenta precisamente Sergio, volviendo a la conversación y dejando claro con su actitud desdeñosa que le molesta hacerlo—, justo lo que necesitabas: más distracciones en el trabajo.

—¿No estás rindiendo en el trabajo? —se apresura a interferir mi hermano, preocupado.

—Por supuesto que sí —respondo veloz—. Sergio lo dice porque hace algunos días estuve un poco distraída en la oficina. No tiene ninguna importancia. Sólo fue una pérdida de tiempo —sentencio mirándolo a él.

Sergio sonrío con malicia y se humedece el labio inferior justo antes de contestar.

—Fíjate, y hasta una pérdida de tiempo decidió que no tenía suficiente contigo.

¡Maldito cabronazo! Aprieto los labios indignadísima, conteniéndome por no saltar sobre la impoluta mesa blanca y estrangularlo con su propia corbata.

—¿De qué coño estáis hablando? —vuelve a interrumpirnos Rodri.

Sin embargo, Estela no dice una sola palabra, ni siquiera parece mínimamente confusa o suspicaz. Un detalle que no me pasa por alto.

—Del trabajo —respondo de prisa.

—De las cosas que no llenan —contesta él.

Lo miro sin poder creerme lo que acaba de decir, pero el bastardo sólo se encoge de hombros. ¡No lo soporto!

—Voy a pedir —anuncio levantándome.

Y deberían darme las gracias de que no me largue sin mirar atrás. Ni siquiera entiendo por qué seguimos compartiendo continente.

La barra está masificada. Alzo la cabeza, la recorro con la vista y no es hasta el segundo barrido que no encuentro un sitio donde infiltrarme para poder pedir. Cojo la carta y comienzo a leerla tratando de distraerme. Debería funcionar, ¡pero es que estoy tan enfadada! Nunca, jamás, ha comido aquí con Estela y, el hecho de que justamente hoy haya sido la primera vez, es una prueba más de que sólo lo ha hecho para fastidiarme. Una manera de devolvérmela por

lo del ramo de flores, pero yo sólo me estaba vengando por lo de las revistas de novia, y, supongo que, técnicamente, podría llegar a imaginar que él lo hizo por el beso que le di a Marcos. Tuerzo el gesto. De pronto, siento una punzada de culpabilidad, pero no le doy espacio para quedarse. No es más que un niño que reanudó la boda con mi hermana exclusivamente porque yo salía con Marcos. Ergo, definitivamente: culpa suya.

—Sólo tú podrías venir a pedir y no preguntar a nadie qué quiere comer. — Su voz me atraviesa a mi espalda, a unos pasos de mí, y la ira termonuclear me arrasa de pies a cabeza.

Un hombre a mi lado recoge cinco cervezas entre las dos manos y regresa a su mesa.

—Perdona... —llamo al camarero, que pasa olímpicamente de mí.

Con el paso lento, Sergio ocupa el espacio libre.

—Sé que Rodri quiere pasta gratinada y eso es todo lo que me interesa — respondo insolente—. Estela y tú tendréis que alimentaros de amor.

—¿Todavía con esa tontería del amor, Candelita? —se burla—. Cada vez que lo mencionas, te imagino rodeada de unicornios y arco iris.

Me giro hacia él y esbozo la sonrisa más falsa del mundo, sólo un segundo, y de inmediato clavo mi vista en la pizarra sobre la máquina de café que, con rotuladores de colores flúor y dibujitos, anuncia los platos especiales del día. Hay tomates rellenos. Me chiflan.

—Perdona... —vuelvo a llamar a otro de los camareros, que también pasa de mí—. Maldita sea —murmuro—. Perdona...

—Cuatro botellas de agua mineral, San Pellegrino sin gas —pide Sergio sin molestarse en levantar la voz.

Yo frunzo el ceño, pero, antes de que pueda comentar nada, el mismo camarero frenético que acaba de ignorarme se detiene frente a él.

—¿Desea alguna cosa de comer, señor Herranz?

¿En serio?

Observo al camarero con bigote de hípster y automáticamente lo miro a él. ¿Cómo es posible que tenga toda esa seguridad, que sea capaz de mantener el control sea cual sea la circunstancia? Aparto la mirada y me obligo a concentrarla en cualquier otra cosa.

—Pasta gratinada —continúa—, entrecot con verduras orientales, pollo a la plancha con ensalada aparte y tomates rellenos.

Las dos últimas palabras me hacen girarme otra vez hacia él. Acaba de



pedirme mi plato favorito. Por un momento, nuestras miradas se encuentran y creo que, sin que ninguno de los dos quiera, algo cambia, se hace tangible y toma forma entre ambos. Es rojo y nos une y tira de nosotros, siempre.

—¿Algún postre? —inquire el camarero.

—Brownie de chocolate y nueces con helado de vainilla —murmuro, y sólo lo hago para decir algo y salir de esta especie de obnubilación.

El camarero asiente y se retira.

—Haces bien —comenta Sergio.

Lo miro con el ceño fruncido. ¿A qué se refiere?

—Si fuera tú —continúa desdeñoso—, también empezaría a atiborrarme de chocolate, porque eso es lo más parecido al sexo que vas a tener.

Abro la boca escandalizada y Sergio me mira, como si no entendiera qué es lo que ha dicho de inapropiado.

Acabo resoplando más que malhumorada y decido regresar a la mesa. Estoy peligrosamente cerca de pasar a la violencia física. ¿Cómo puede pasar del blanco al negro de semejante manera? ¿De recordar mi plato favorito a decir semejante lindeza? ¡Es tan frustrante!

Estoy sólo a unos pasos de Rodri cuando mi móvil vibra en el bolsillo de mi falda. Ni siquiera recordaba que lo llevaba ahí. Me detengo, lo saco, lo desbloqueo y sonrío por anticipado al ver que es un mensaje en el grupo de WhatsApp que tengo con las chicas.

Casi nos sentimos ofendidas de que hayas pasado de nosotras para comer con tu hermano, pero, visto lo visto, tenemos una panorámica inmejorable del espectáculo.

Alzo la cabeza y veo a Sira y Martina a dos mesas de distancia de la mía, sentadas la una junto a la otra para tenernos de frente. Obviamente Sira me saluda sin ningún remordimiento y yo frunzo la nariz. Sólo les faltan las palomitas.

Martina comienza a hacerme gestos para que eche a andar y me siente de una vez, pero, cuando voy a responderles, probablemente con el dedo corazón, las dos cuadran los hombros y llevan su vista al frente, como si de pronto ni siquiera me conocieran. Arrugo la frente, confusa, pero no tardo más de un segundo en darme cuenta de que Sergio está pasando junto a mí.

Lo sigo con la mirada y, en cuanto se sienta, clava sus ojos azules desafiantes en mí. Desde que lo conozco, he aprendido cuántas cosas se pueden decir con la mirada sin necesidad de usar una sola palabra: te deseo, te follaría hasta que el sol saliera por el oeste, te odio... te quiero. El problema es que no siempre es fácil distinguirlas, y, para mi desgracia, a veces se dan todas a la vez.

Sacudo la cabeza con suavidad y me obligo a volver a la mesa. Ni de coña pienso dejar que crea que me ha afectado lo más mínimo.

—Quiero contaros algo —anuncia Rodri.

Lo miro expectante. Él abre la boca dispuesto a hablar, pero, cuando está a punto de hacerlo, rompe en una sonrisa feliz y... enamorada.

—¡Dios mío! Te has enamorado —prácticamente grito sin poder evitarlo, incluso doy un pequeño respingo.

Mi hermano me mira y su gesto se ensancha sin que pueda controlarlo.

—Sí, la verdad es que sí.

Me llevo la uña del pulgar a los dientes y, entusiasmada, acabo dando unas palmaditas. Sin quererlo, muevo la mirada y me encuentro con la de Sergio. Está sonriendo. Él también está feliz por Rodri. Sin embargo, sus ojos están posados en mí y todos esos sentimientos vuelven a entrelazarse. Aparto la vista y un suave suspiro hincha mi pecho.

—Se llama Sara —continúa Rodri—. La conocí por casualidad. Está preparándose para el MIR. Quiere ser médico de Urgencias.

—Sueno genial. —Y lo digo de verdad. Algo me dice que ha elegido bien esta vez—. Me muero por conocerla.

Mi hermano asiente. Yo no puedo contenerme más y me lanzo en sus brazos. Sólo quiero que sea feliz. Es la mejor persona del mundo y se lo merece.

—¿Y qué hay de Julia?

La voz de Estela se cuela entre los dos. Nos miramos a los ojos antes de separarnos del todo y yo tuerzo el gesto para hacerle sonreír y quitarle hierro al asunto.

—Julia y yo estamos divorciados, Estela.

—¿Y ya has dejado de quererla? —inquire dañina.

—¿Tal vez debiste preguntárselo a ella antes de que engañara a Rodri? —intervengo encogiéndome de hombros y prestándole atención al camarero. Acaba de llegar con la comida y ésta tiene una pinta deliciosa.

—Cande —me reprende Estela.

—Estela —me burlo impertinente.

—Basta —interviene mi hermano. Me mira para dejarme claro que la conversación se acaba aquí y alzo las manos en señal de tregua. A continuación lleva su vista hacia Estela—. Yo quería a Julia. Era mi vida. Y se terminó. Entiendo que estabais muy unidas, pero ahora, te guste o no, estoy con Sara, y vas a tener que respetarla a ella y mis decisiones.

Se mantienen la mirada unos segundos hasta que finalmente Estela resopla con suavidad y pone los ojos en blanco. Una de sus estudiadas salidas cuando sabe que no tiene las de ganar, pero no quiere dar su brazo a torcer.

Rodri deja escapar todo el aire de sus pulmones.

—Tal vez podríamos organizar una comida el sábado —propone, otra vez jugando la baza de hermano mayor conciliador.

¿Dos comidas familiares en una semana? Eso es un abuso.

—Me encantaría —respondo cortando uno de los tomates en pequeños trozos; el cuchillo se desliza a través de la carne picada con verduras bañadas a la perfección con el parmesano fundido. Se me hace la boca agua—, pero tengo muchísimo trabajo. No creo que pueda.

Me encojo de hombros fingidamente compungida. Sin embargo, en mitad de mi superinterpretación, oigo un impertinente carraspeo.

—No te preocupes —interviene Sergio—. Nunca permitiría que te perdieras una comida familiar. Sé cuánto te gustan.

Me giro hacia él con los ojos entornados. Es un *ca-bro-na-zo*.

—Es cierto —replico pensando a la velocidad de la luz cómo devolvérsela—, pero no te hagas el valiente. Sé cuánto te presiona Paula desde tu pequeño —fijo buscar la palabra adecuada—... *desliz* y no quiero dejarte solo con todo ese trabajo.

—¿Desliz? —inquire Rodri al tiempo que frunce el ceño, confuso. También parece un poco preocupado y por un momento me siento culpable. Aun así, no flaqueo. Sergio tiene la mandíbula más que tensa y me está fulminando con la mirada. Me lo estoy pasando de cine.

—No es nada —contesta.

—No deberías avergonzarte —digo inclinándome sobre la mesa. Él sigue observándome y comprendo al instante que las tornas sobre quién quiere saltar por encima de la mesa y estrangular a quién acaban de cambiarse.

Yo asiento varias veces, como si le estuviera mostrando mi apoyo, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano por contener la risa.

—¿Qué coño pasó, tío?

Otra vez la falta de interés de Estela es alarmante, pero no me fijo en eso. Nadie va a aguarme la fiesta.

—No pasó nada —gruñe Sergio.

—Gonorrea —suelto con la voz tomada.

—¿Qué? —exclaman los tres a la vez.

Me llevo la punta de los dedos a los labios como si tratara de contener un sollozo.

—Se acostó con la persona equivocada —continúo—. No sé si un chico o una chica, supongo que el término correcto sería *descuido*, y, ¡pum!, dos semanas después, medicado con penicilina hasta las orejas y sin poder rendir en el trabajo.

Sergio se lleva la palma de la mano a la boca, conteniéndose, mientras Rodri lo mira completamente alucinado.

Universo, te perdono todo lo que me has hecho pasar. Gracias por este momento.

—¿Cuándo demonios fue eso? —pregunta mi hermano con el ceño tan fruncido que van a salirle arrugas.

—Al principio de entrar yo a trabajar aquí —me apresuro a responder otra vez. Sólo para que él no pueda hacerlo y alargar más esta pequeña broma.

Me llevo un exquisito bocado de tomate relleno a los labios bajo su atenta mirada. Después de esto, me sabe todavía mejor.

Pero, entonces, el cuerpo de Sergio se destensa. Apoya los codos en la mesa y, despacio, cruza las manos a la altura de su boca. Se humedece el labio inferior y sonrío de esa manera que hace que un escalofrío me recorra la columna... Oh, oh...

—Me sorprende que cuentes esto —dice haciendo gala de todo su autocontrol.

—Lo siento —finjo disculparme—. Las venéreas son muy personales —añado asintiendo—, pero, no sé, como estamos en familia, pensé que no te importaría.

—No —contesta Sergio—, lo que quiero decir es que me sorprende que estés tan equivocada. El *descuido* —pronuncia lentamente, con alevosía— fue una chica. Ella misma te abrió la puerta de mi piso cuando fuiste a llevarme el pedido de comida.

La expresión me cambia por completo y la sonrisa se borra de golpe de mis labios.

—Además —continúa—, creo que incluso estoy un poco decepcionado. Deberías saber que no tuve ninguna ETS. Por aquella época estabas colada por mí y me mirabas embobada desde tu mesa durante horas enteras. Creía que, por lo menos, te habría valido para saber a ciencia cierta lo que pasaba en mi vida.

Dejo el tenedor suspendido a unos centímetros de mis labios. A esto es a lo que yo llamo que te salga el tiro por la culata.

—¿Estabas colada por él? —plantea Rodri, alucinado.

Si no lo hemos matado de un infarto hoy, soportará cualquier cosa.

—No...

—No deberías avergonzarte —me interrumpe Sergio, repitiendo mis mismas palabras—. Me sentí halagado y a todas las crías suele pasarles con las figuras de autoridad.

Ahora es él quien saborea su entrecot con una sonrisita de lo más desdeñosa en los labios. ¡Qué desgraciado!

—Por Dios, Cande —me reprende Rodri.

Yo siento cómo mis mejillas se iluminan de un intenso color rojo. Quiero que la tierra me trague y arrastrar a Sergio conmigo para que lo devore un puñado de hombres topo.

—No fue nada —me disculpo—. Ha exagerado. Sólo...

—Por favor, basta de confesiones —me pide mi hermano alzando las manos suavemente por encima de su plato—. Vamos a terminar de almorzar en silencio.

—Pero Rodri...

—Por favor —repite interrumpiéndome, dando la conversación por finalizada.

Yo asiento, resoplo y hundo los hombros. Empiezo a marear los tomates rellenos en mi plato. Lo cierto es que ya no me apetece seguir comiendo. Miro a Sergio, fulminándolo, y él sonríe satisfecho. El muy... el muy... ni siquiera encuentro un insulto a su medida. ¡Maldita sea!

Espero paciente a que Rodri acabe y, cuando se marcha a atender la conversación con los japoneses, yo pienso en hacer lo mismo... no a mantener una teleconferencia con hombres de cincuenta años de origen asiático, sino a largarme de aquí.

—Si me perdonáis....

—Cande —me interrumpe Estela—, lo he estado pensando mucho y, aunque es obvio que no te lo mereces, voy a dejar que me ayudes con todo lo de la boda.

No. No. No.

—Te lo agradezco —respondo llevándome la mano al pecho sin preocuparme mucho por no sonar demasiado irónica—, pero no creo que pueda. Facultad, trabajo... —cabeceo para dar énfasis.

—Pues tendrás que organizarte mejor —sentencia y, sin darme opción a decir nada más, se levanta sobre sus Jimmy Choo de doce centímetros.

Justo antes de marcharme, coloca la mano en el hombro de Sergio, se inclina despacio sobre él y le da un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Él no provoca nada para alargar el gesto, pero tampoco hace ningún movimiento para impedirlo. Y yo, en lugar de apartar la mirada, tengo los ojos clavados en ellos, como si estuviera observando un accidente de tráfico.

Estela me dedica una mirada altiva y definitivamente se va, cruzándose con el camarero que viene con mi brownie de chocolate y nueces con helado de vainilla y chocolate caliente por encima.

Lo deja en la mesa con una sonrisa, pero yo niego desanimada.

—Mejor, llévatelo —pronunció, y ahora ya no necesito fingirme triste, lo estoy—. Ya no tengo ánimos.

—¿Por qué? —inquire Sergio cortante, con un punto irónico y uno aún mayor de puro cinismo—. ¿No lo has pasado bien durante el almuerzo?

—Por supuesto que sí —respondo sin dudar.

Para su información, soy la chica más feliz del mundo desde que salió de mi vida.

Sergio me mira y sus ojos azules tienen ese brillo malicioso. Los dos sabemos que, diga lo que diga, va a hacerme daño.

—Perfecto, Candelita —replica malhumorado, dolido, frío—, porque lo más importante para mí es que disfrutes de mi boda tanto como yo.

Ni siquiera lo pienso. Cojo el plato con el postre y se lo lanzo a la cara. Ágil, se echa a un lado y el plato, el helado, el dulce y el chocolate se estrellan contra la pared, acallando al restaurante en cuestión de microsegundos.

Todos nos miran. No me importa. Sergio clava sus ojos en mí y se incorpora despacio. No me importa. Apoya las palmas de las manos en la mesa y, desde el otro lado, se inclina lentamente sobre mí, que sigo sentada. Es como la bestia acorralando a su presa. Me gustaría decir que eso tampoco me importa, pero es un poco más complicado.

—Te odio —siseo.

—Lárgate —ruge.

Y, aunque es lo último que quiero, los ojos se me llenan de lágrimas. Algo en los suyos cambia, se llenan de... ¿ternura? Sin embargo, no puedo permitirme quedarme a verlo. Me levanto como un ciclón y salgo disparada del local.

No he llegado al centro de la plaza de la torre cuando las voces de Martina y Sira y sus pasos a la carrera me llegan amortiguados a mi espalda.

—¡Cande! —grita Martina.

Me detengo en seco y me giro.

—¿Le has tirado el postre a la cabeza a Sergio? ¿Qué demonios ha pasado?

—¡Lo odio! —grito y, para afianzar cada palabra, me seco las lágrimas con rabia. No hay dolor. ¡Hay furia!—. ¡Lo odio más que a nada!

—Creo que has dejado clara la postura con ese brownie —apunta Sira.

—¡No lo soporto! —estallo—. Y cada día que pasa es peor. Sólo quiero que lo pase tan mal como lo estoy pasando yo. Y sé que es estúpido, que eso no va a conseguir que el dolor se vaya, pero es que necesito vengarme. Necesito que le duela todo lo que está pasando.

—Cande... —me llama Martina anegada de ternura, agarrándome del antebrazo.

—No estoy triste. —Me zafó de su mano. No quiero que nadie me compadezca. Ni siquiera ellas—. ¡Estoy enfadada!

Las dos me miran y las tres guardamos silencio. Supongo que Sergio y yo estamos jugando a un juego demasiado peligroso y es cuestión de tiempo que los dos perdamos y nos hagamos demasiado daño.

—Tengo que irme —decido de pronto.

—¿Por qué no vienes con nosotras y nos tomamos un café? —me ofrece Sira.

—No puedo. —Niego con la cabeza para reafirmarme—. Nos vemos después.

Sin dejar que digan nada más para tratar de convencerme de lo contrario, atravieso corriendo lo que me queda de plaza y entro en la torre.

Cinco minutos más tarde, estoy sentada a mi mesa. Después de unos pocos más, mis compañeros van regresando y ocupando sus respectivos escritorios. Todos me miran y cuchichean. Obviamente saben lo que ha pasado en la cafetería. Arroyo incluso me guiña un ojo. Me gustaría poder asegurar que eso también es por el incidente del postre, pero con él nunca se sabe.

Cuatro horas más tarde, todos se están marchando a casa, pero yo sigo en mi silla, controlando mi móvil y la puerta de Sergio. Pienso vengarme. Voy a

hacerlo antes de marcharme a casa. Y sé exactamente cómo.



## 6

### Sergio

Doy una calada y el humo de mi Marlboro se disipa frente a mí, mezclándose con el aire de mi despacho y el sonido de mi Zippo plateado entre mis dedos, abriéndose y cerrándose. Con la cabeza apoyada en el respaldo de la silla, clavo la mirada en el techo. ¿Qué cojones estoy haciendo? La comida ha sido un putito desastre, en todos los sentidos. Estaba demasiado enfadado como para pensar cuando llamé a Estela esta mañana y le dije que almorzaríamos en el Beach Sea. Sólo quería hacérselo pasar mal a Cande, que me viera con ella, que recordara cuánto me quiere a mí, cuánto me echa de menos a mí... que sólo me quiere a mí, que sólo me echa de menos a mí.

Joder, me estoy comportando como un niño celoso, pero la culpa es de ese condenado ramo de flores. Ella parecía feliz cuando el repartidor se lo entregó y, aunque eso es lo que quiero, no me había dado cuenta hasta ese momento de que necesito que sea feliz por mí.

En la comida estaba tan cabreado... y no fue por la broma de mierda de la ETS, fue absolutamente por todo. Tenerla tan cerca y no poder tocarla es una jodida tortura. Cuando se percató de que Rodri se ha vuelto a enamorar, sonrió y sus ojos brillaron. Estaba preciosa y tan lejos de mí que sólo podía pensar en destrozar el bar a golpes. Lo que le dije al final es una cabronada que ni siquiera yo siento y, cuando se fue llorando, la rabia y el dolor ahogaron cualquier otra emoción.

Apago el cigarro y miro mi reloj. Son las siete y media. Ya deben de haberse marchado todos y la verdad es que no sé por qué sigo aquí. Tampoco me sorprende. Últimamente me pasa bastante. Mi piso, el Emerson... no quiero estar en ninguno de esos lugares. Me froto los ojos con las palmas de las manos. Joder, sólo quiero ir a buscar a Cande y follármela hasta que se acabe el maldito mundo. Dado que eso ya no es una opción, no me importa pasar las horas

muertas entre estas cuatro paredes. Curioso, ¿eh? Antes lo único en lo que podía pensar era en salir disparado de aquí. Cómo pueden cambiar las cosas por culpa de una cría de veintidós años.

Me obligo a dejar de hacer el imbécil, dándole vueltas a todo aquello que ya no tiene solución, cojo mi maletín y mi chaqueta y me levanto.

Salgo de mi despacho y, como supuse, la sala está desierta. Sin embargo, cuando estoy a punto de marcharme, me doy cuenta de que las pertenencias de Cande, su bolso, su chaqueta, siguen en su mesa. Con el ceño fruncido, miro a mi alrededor. No hay rastro de ella. De pronto una fría sensación de preocupación me atraviesa y ni siquiera sé por qué. Lo más seguro es que esté en la máquina de *vending*, robando paquetes de Lay's, o charlando en el vestíbulo con alguna de sus amigas.

Dejo el maletín y la chaqueta sobre una de las mesas y voy hasta el pasillo donde están las máquinas expendedoras. Soy plenamente consciente de la estupidez que estoy haciendo, pero necesito saber que está bien.

Cuando llego y el pequeño corredor está vacío, gruño malhumorado y regreso a la sala principal. ¿Dónde demonios se ha metido? Descuelgo el primer teléfono que encuentro y marco la extensión de recepción. Dos tonos después, el guardia de seguridad del turno de noche me responde.

—Soy el señor Herranz. Candela Martín, de Javier Freirá y Asociados, ¿ha salido ya?

—En seguida lo compruebo, señor Herranz.

Mal tapa el auricular del teléfono y lo oigo murmurar con otra persona, apenas unos segundos.

—No, señor —responde—. Aún no ha abandonado el edificio.

Sin decir nada más, cuelgo y casi al mismo tiempo resoplo.

Compruebo que no esté en el despacho de Paula, ni en los baños y, malhumorado, me dirijo a la sala de reuniones. Quizá esté allí, preparando alguna presentación. Abro la puerta convencido de que no va a estar cuando creo que toda la sangre de mi maldito cuerpo se transforma en rabia.

Cande se abrocha rápidamente la camisa y se baja de un salto de la mesa al tiempo que ese malnacido se aparta de ella y se recoloca bien la cazadora. Quiero respirar, pero no puedo. El oxígeno en mis pulmones también se ha transformado en rabia.

Doy un paso hacia el interior de la sala. Parezco sereno, pero sólo es la calma que precede a la tormenta. Mi autocontrol, mis ganas de partirme la cara

con él, la furia, la frustración y el dolor se están alineando.

Ella me observa con la piel sonrojada y la respiración trabajosa. Sin embargo, no es capaz de mantenerme la mirada y acaba clavando sus ojos marrones en sus propias manos, avergonzada, como si algo no hubiese salido como debería.

—Lo siento, Sergio —dice el gilipollas—. Lo hemos hecho sin pensar...

—No digas una puta palabra —rujo.

Mi advertencia es para él, pero la sigo mirando a ella. ¿Cómo ha podido permitir que este capullo le ponga las manos encima? ¡Joder!

—Hemos esperado a que la oficina se quedara vacía —continúa el gilipollas—. No creo que sea para tanto.

Y no lo pienso, porque sencillamente no me da la gana, porque le ha puesto las manos encima, porque la ve sonreír, porque Cande es mía. Lo cojo de las solapas y lo estrello contra la pared. Cande suelta un grito, ahogado con las palmas de las manos, y corre hasta nosotros mientras él se revuelve.

—Sergio —me llama ella.

Partirle la cara, cargar a Cande sobre mi hombro, secuestrarla y llevármela a una diminuta isla de Hawái. Seremos felices viviendo entre palmeras. Me parece un plan perfecto.

Vuelvo a estrellarlo contra la pared, agarrándome a un último resquicio de sentido común.

—Sergio, por favor —repite.

La angustia inunda su voz y simplemente no puedo ignorar eso.

¡Joder!

Lo suelto a regañadientes y doy un paso atrás con los puños cerrados con rabia. El gilipollas me mira tratando de resultarme intimidante. Avanzo de nuevo hacia él. No sabe hasta qué punto se equivoca.

—Cande, te espero abajo —contesta escabulléndose hacia la puerta.

Yo aprieto los dientes. No puedo creer que vaya a dejarlo irse. Se merece que lo tumbe en el suelo de un condenado puñetazo.

Lo observo hasta que desaparece camino de los ascensores. Sé que debería calmarme, pero no quiero. ¡Estoy muy cabreado! ¿Cómo se ha atrevido a hacer algo así? Me paso las manos por el pelo, pero no las retiro inmediatamente y me doy un tirón, todo mientras giro sobre mis pies y me dirijo al fondo de la sala. Quiero partirle la maldita cara, quiero tumbarlo a golpes. Sé que no han llegado a acostarse, pero eso no hace que me sienta mejor.

—Lo siento —murmura.

Sus palabras me llegan amortiguadas por toda la rabia y, aun así, he sido capaz de notar en un sitio muy oscuro y muy adentro cada letra que ha pronunciado.

—Yo sólo quería... —Su voz se apaga. Sea lo que sea lo que pensara decirme, no se atreve a hacerlo.

—¿Qué es lo que querías, Cande? —inquiero impaciente a la vez que me giro para tenerla de frente.

Ella me mira, pero guarda silencio y, al cabo de un par de segundos, vuelve a apartar la vista. Es preciosa y es mía, pero va a volverme loco, joder.

—¡Contéstame!

—¡Sólo quería hacerte daño! —grita con la misma rabia y dolor que siento yo, con la voz tomada por el llanto.

Cada día tengo más claro que esta historia va a acabar destrozándonos a los dos.

—¿Por un jodido momento has pensado que algo de esto no me duele? —rujo con la voz amenazadoramente suave, destruyendo poco a poco la distancia entre los dos.

—Deberías —prácticamente me escupe con las mejillas llenas de lágrimas—. Todo esto es por tu culpa.

Odio verla llorar.

—¿Y crees que no lo sé? —Mi voz cambia, se vuelve ronca, triste—. Odio imaginarte con él, Cande. Odio verte con él. Ni siquiera sé cómo he sido capaz de contenerme para no partirle la cara.

Con mis últimas palabras, la rabia vuelve a inundarlo todo sin que pueda controlarlo. Cande es mía. Él quiere lo que es mío. Y no lo voy a consentir.

Ella ahoga una sonrisa irónica y triste en un suspiro fugaz.

—¿Eso es lo único que te importa? —replica exasperada y dolida—. ¿Que me haya acostado con él? ¡No lo he hecho! ¡No he sido capaz! ¿Estás contento? ¿Es eso lo que querías oír?

—¿Por qué siempre tienes que pensar que lo único que me interesa de ti es echar un polvo? —prácticamente grito.

¡No puedo más, joder!

—Porque es lo único que me has demostrado.

—¡Yo te quiero! —estallo—. Puede que lo esté haciendo todo mal, pero te quiero.

Cande se queda muy callada, observándome con su preciosa cara llena de lágrimas, y yo decido que ya he tenido suficiente. Odio esta situación. Me odio a mí mismo por caer en ella, por parecer vulnerable, por ver cómo la coraza que me construí hace demasiados años está perdiendo su valor, y la odio a ella, más que a nada, por hacer que todo mi mundo haya dejado de tener sentido sólo porque no puedo compartirlo con ella.

Necesito un maldito segundo y lo necesito lejos de ella.

Sin decir nada más, salgo de la sala de reuniones y me encierro en mi despacho. Empiezo a dar paseos como si fuera uno de esos ratones de laboratorio metido en una maldita jaula. Trato de pensar, trato de darle a las cosas el valor que yo quiero que tengan, de alejarme de todo, de sentir lo que quiero sentir, pero soy incapaz.

¡Joder!

Cojo la lámpara y la estrello contra la pared. El sonido del metal y el cristal haciéndose añicos me calma un segundo, pero la rabia, el dolor, el sentirme más perdido que en ningún otro momento de mi vida, vuelven.

La odio. Y la quiero. Y nunca había tenido tanto miedo.

## Cande

Un ruido atronador atraviesa la sala y mi cuerpo. Me quedo mirando la puerta de su despacho sin saber qué otra cosa hacer. Quería vengarme, quería que se sintiera como me siento yo, y ahora me doy cuenta de que lo único que estaba buscando era una prueba real de que no estaba dejando sus emociones al margen con respecto a nosotros, que no había decidido sentir sólo indiferencia.

Ahora mismo me siento culpable y ridícula, y tendría razón en llamarme niñaata. Sólo le pedí a Marcos que viniera con la intención de llevarlo a la sala de reuniones para que Sergio nos pillara besándonos. No lo iba a dejar ir más allá de eso. Sé que, visto desde fuera y después de cómo se ha resuelto la situación, me he comportado como una cría estúpida y, la verdad, no sé qué decir en mi defensa, pero es complicado... todo lo que siento lo es. Me duele demasiado y me entristece. Me hace sentir como si no levantase dos centímetros del suelo. Y al mismo tiempo el odio visceral me vuelve grande y me hace equivocarme. Nunca me había sentido tan confusa.

Quiero hablar con él, pero hasta yo sé que no es una buena idea y decido marcharme a casa. Lo hago cabizbaja y con los pies pesados. No es hasta que llego al vestíbulo que no recuerdo que Marcos está allí, esperándome.

—¿Cómo ha ido? —pregunta separándose del cristal a través del cual observaba la plaza desierta y dando un paso en mi dirección.

—Bien —miento.

—Cande, tenemos que hablar.

Asiento. Sé que no le falta razón. Sergio no ha reaccionado como lo habría hecho un jefe, ni siquiera un amigo, y Marcos no es ningún estúpido. Es normal que tenga preguntas.

Aunque tiene su coche aparcado en el parking de la Torre Picasso, decidimos dar un paseo por la Castellana y acabamos entrando en una pequeña cafetería en una de las bocacalles cerca del estadio.

—Imagino que tendrás muchas preguntas —digo tras agradecer con un murmullo el refresco que el camarero deja frente a mí.

No me atrevo a levantar la cabeza, así que fijo mi mirada en mis dedos, que juguetean con la cañita de color negro.

—¿Qué hay entre Sergio y tú? —suelta sin paños calientes.

La próxima vez que nos sentemos a hablar debería recordar que es poli y que a ellos se les da muy bien eso de hacer preguntas.

—Nada —respondo, y, aunque técnicamente es verdad, no puedo evitar pensar que estoy mintiendo.

Marcos resopla suavemente.

—¿Y qué ha habido?

Ahora la que toma aire soy yo.

—Estuvimos juntos.

—Él fue el tío mayor con el que saliste, ¿no es así? El que preocupaba a tu hermano Rodri.

Asiento y por fin me atrevo a alzar la mirada.

—Pero Rodri no sabe que fue él y te pediría por favor que siguiera siendo así. Es... complicado —sentencio a falta de encontrar una palabra mejor.

—¿Complicado? —repite sardónico—. ¿Por qué? ¿Porque te saca nueve años? ¿Porque se ve a kilómetros que es un auténtico cabrón? ¿O porque va a casarse con tu hermana?

Agunto sus palabras. En parte tiene razón, pero tampoco es justo que entre a juzgar una situación de la que no tiene más que pinceladas.

—Cuando empezamos, Sergio no estaba con Estela y después yo no lo supe hasta que... —otra vez no doy con las palabras adecuadas—... hasta que fue demasiado tarde.

Demasiado tarde porque volví a confiar en él como una idiota, porque me dijo «te quiero» y ya, nunca, ningún «te quiero» sonará igual.

—Pero sí sabías que era un cabrón, ¿no? —replica veloz.

—No estás siendo justo.

Ni siquiera lo conoce. No sabe cómo es, lo que tuvimos.

—Es la historia más vieja del mundo —repone, y la ironía se transforma en cinismo—. El chico malo y la niña buena. ¿Nunca os vais a cansar de eso?

No contesto. No quiero. Esto no es un maldito cliché. Yo me enamoré de Sergio.

Marcos resopla molesto y se deja caer sobre el respaldo de su silla.

—¿Sabes lo poquísimo que te conviene?

—Tú no eres mi padre.

—Es cierto, pero soy tu novio.

—Y es lo que debería importante, ¿no? Mi historia con Sergio se acabó.

—¿Y por qué no da esa sensación?

Los dos guardamos silencio y pasamos así los siguientes minutos. En el fondo, lo único que quiero hacer es levantarme y marcharme, y estoy completamente convencida de que a él le pasa lo mismo.

Marcos me deja en mi casa una hora después. Él no me pide subir y yo no se lo ofrezco.

Me tomo una de las pastillas que me dio Ada, pero el efecto brilla por su ausencia y paso otra noche en blanco. Sumando las pequeñas cabezadas que he dado, calculo que no he dormido más de una hora entera.

En la oficina, a pesar de ser viernes, todo me parece gris. Me cuesta la misma vida concentrarme en el trabajo; hay quien diría que es obvio después de una noche sin dormir, pero creo que tiene más que ver con cómo terminó todo entre Sergio y yo ayer y el hecho de que hoy ni siquiera hayamos cruzado una mirada. Sólo ha salido de su despacho para ir a dos reuniones y, en el tiempo que ha pasado en el departamento, ni siquiera ha llevado su vista hacia una mesa que estuviera a menos de diez metros de distancia de la mía.

Mientras recojo mis cosas para marcharme a casa, otra vez pienso en ir a su oficina y hablar con él, aunque no tengo la más remota idea de qué decirle. Puede que cometiera un error, pero él ha cometido cientos. Sin embargo, ¿y si se siente tan confuso como me siento yo?, ¿tan solo? No sé cómo consigo tragarme todas esas dudas y salir de la Torre Picasso antes de hacer lo que verdaderamente quiero hacer. Puede que traer a Marcos fuese un error por odio, pero buscar a Sergio, consolarlo, dejarme consolar, sería un error por amor, y esos, sin duda, son mucho más peligrosos.

Para asegurarme de que me quedo en mi piso sin meterme en líos, llamo a Martina y a Sira para que vengan a cenar, a beber y a cantar grandes éxitos de los ochenta. Estamos dándolo todo con *Maquillaje*, de Mecano, cuando mi móvil, en algún punto de mi diminuto salón, empieza a sonar.

Me bajo del sofá, donde dejo a mis amigas bailando con una Heineken en la mano, recupero mi iPhone y me dirijo a mi habitación.

—¿Diga? —respondo cuando estoy a punto de llegar.

—Cande —me saluda Estela.



«Mierda», me lamento mentalmente chocando mi frente contra el quicio de la puerta. ¿Por qué no miraré quién es antes de descolgar?

—¿Qué quieres? —pregunto tratando de sonar amable.

—Que mañana estés en la dirección que acabo de enviarte por WhatsApp. Son cosas de la boda. Es importante.

Asiento varias veces tratando de buscar la excusa que dé pie a menos preguntas.

—Estela, lo siento muchísimo, pero me es imposible. ¿Recuerdas que te dije que tenía mucho trabajo?

—¿Y recuerdas tú que te dije que tendrías que organizarte mejor? —replica cortante.

Frunzo el ceño. ¿Por qué me estoy molestando en ser amable con alguien que claramente no tiene ni la más mínima intención de serlo conmigo?

—Lo siento, Estela, pero no puedo y es mi última palabra.

No espero a que diga nada más y cuelgo. Estoy cansada de que se comporte como si fuera mi agente de la libertad condicional. Es más que obvio que ni siquiera le caigo bien, así que no pienso ceder y aceptar formar parte de una pantomima sólo para que pueda fingir ante Dios sabe quién que somos la familia perfecta.

La canción ha cambiado y los berridos de Martina entregada a Miguel Bosé son la prueba de ello. Aún no he llegado al salón cuando mi móvil comienza a sonar de nuevo. Esta vez miro la pantalla y en el mismo segundo sonrío. Es Rodri.

—Hola —lo saludo cantarina.

—No puedes comportarte siempre así con Estela —prácticamente me interrumpe—. Sé que no es la hermana ideal y que yo mismo trato de evitarla más de lo que debería, pero le hace mucha ilusión que la acompañes mañana por la mañana. ¿No puedes hacer el esfuerzo?

Genial. Le ha ido con el cuento a Rodri. Es una arpía.

—Tengo mucho trabajo —reitero mi pobre excusa.

Rodri resopla al otro lado.

—Tienes que ir. Serán sólo un par de horas —trata de convencerme.

Ahora la que resopla soy yo y sé que él también lo ha oído.

—Si pudiera ir yo, lo haría, pero es una de esas cosas de chicas.

—Rodri —me lamento. ¿Por qué no puedo decirle que no y quedarme tan ancha?

—Hazlo por mí. —Aprieto los dientes. Acabo de claudicar—. Después de la comida familiar, podemos tomar un helado en Freddo Freddo. Chocolate, con guinda —me chantajea.

—Sabes que no puedes comprarme con helados, ¿verdad? Ya no soy una niña.

—¿Entonces sin Freddo Freddo?

—De eso nada —replico—, y quiero doble de chocolate.

—Ésa es mi hermanita. Te quiero.

—Te quiero —refunfuño.

Resoplo por enésima vez con la mirada clavada en el techo y alzo los puños cerrados.

—Dios, ¿por qué tienes que hacerme esto?

—Porque eeeeeres una pecadooooora de laaaaa hostiaaaaa —responde Sira con voz de ultratumba apareciendo en el minúsculo pasillo.

Yo la miro con los labios fruncidos, conteniendo una sonrisa. Ella se encoje de hombros y, acto seguido, las dos estallamos en risas.

Me emborracho como Dios manda, nunca mejor dicho. Así que no me tomo las pastillas para dormir pensando que una buena borrachera lleva inexorablemente al sueño y a la resaca... No podría estar más equivocada. No pego ojo. Eso sí, me levanto como un dolor de cabeza de campeonato.

A las once en punto salgo de mi piso, donde Martina y Sira están durmiendo como dos troncos, y, maldiciendo mi vida, echo a andar hacia la puerta del Sol para coger allí la línea dos. Diez minutos después, me bajo en la parada de Manuel Becerra y me adentro en el barrio de Salamanca. No me sorprende que, sea lo que sea lo que vamos a hacer, lo hagamos en este vecindario. A veces creo que Estela piensa que los barrios de ricos del centro de Madrid están rodeados por un muro a lo «Divergente» y que, al otro lado, sólo hay residuos nucleares y anarquía.

Siguiendo las indicaciones de Google Maps, cojo la segunda bocacalle a la derecha desde Francisco Silvela y llego a Ortega y Gasset.

Cuando al fin alcanzo el número 76, tuerzo el ceño, confusa. No hay nada que llame la atención. Es una calle como cualquier otra, con un edificio como cualquier otro entre un bar de sushi y un pub. Lo separa de la acera una verja de metal blanco y unas escaleras. Incluso doy por hecho que me he equivocado y vuelvo a consultar el whatsapp de Estela. En teoría, estoy en la dirección correcta.

Avanzo con el paso cauteloso y, antes de entrar, tengo un último ataque de dudas y le pregunto a una señora, que pasa con su carro de la compra, si estoy en la calle Ortega y Gasset. Me responde un «sí, hija» y continúa su camino. De verdad que no tengo ni la más remota idea de lo que hago aquí. Tratándose de Estela, pensé que nos veríamos en el último sitio de moda para novias o en una cafetería de esas increíblemente cursis, donde tienes que levantar el meñique cuando haces lo mismo con la taza.

En cualquier caso, la mejor manera de averiguar qué me espera es entrando, así que empujo la cancela y subo las escaleras. El portal también está abierto. Eso me facilita las cosas, supongo. Siguiendo las indicaciones de Estela, subo a la primera planta.

Apenas me faltan unos escalones para llegar cuando mi móvil suena. Me ha llegado un whatsapp. Sonrío. Es Martina.

¿Ya ha comenzado la fraterno-tortura?

Tecleo la respuesta sin dejar de caminar.

En teoría, sí, pero no sé ni dónde estoy ni qué he venido a hacer.

Llego al rellano y echo a andar hacia la única puerta que hay. Una chica sale en ese momento y yo aprovecho para entrar antes de que se cierre. De pronto el ambiente parece cambiar y todo se vuelve más moderno, más nuevo, como cuando entras en un piso recién reformado dentro de un desvencijado edificio.

El mismo pitidito vuelve a sonar. Otro mensaje de Martina.

Por menos de eso, hay gente que ha acabado en un club de sexo.

Sonrío, casi río, otra vez sin dejar de caminar.

Si voy a encontrarme a Jesse Ward, me apunto.

Jesse Ward es mucho hombre para ti, chata.

Bufo tan divertida como indignada. ¿Por qué siempre pretende robarme a Jesse Ward?

Contesto.

Para ti también.

Jesse Ward es mucho hombre para un equipo de fútbol femenino.

Ahora sí que no puedo evitarlo y rompo a reír.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

Alzo la cabeza y me encuentro a una chica pelirroja que me sonrío tras una mesa perfectamente blanca. Miro a mi espalda y me percató de que, concentrada en el teléfono, he caminado hasta entrar en una nueva sala. Tuerzo el gesto al ver la puerta abierta. Seguro que había algún tipo de rótulo que ahora me daría alguna pista de dónde estoy.

—¿En qué puedo ayudarla? —repite al ver que no contesto.

Bueno, de perdidos al río.

—He quedado aquí con la señorita Estela Martín.

Su sonrisa se ensancha, se levanta y rodea su mesa.

—Sígame —me pide.

Echa a andar hacia una puerta lateral de madera clara y yo lo hago tras ella. Abre y Candela Martín, sencillamente, se queda patidifusa. Un suelo también de madera clara se extiende por toda la sala. Todo está lleno de luz natural, de estanterías repletas de rollos de telas y una veintena de diseños de alta costura dibujados a mano están enmarcados decorando las paredes. Al fondo, un precioso sofá Chesterfield blanco mira hacia una zona cubierta por tres grandes espejos de cuerpo entero y, frente a ellos, un taburete redondo, ancho y lleno de flores plateadas que juraría que están cosidas a mano domina esa parte de la habitación. Sobre los espejos puede leerse, en enormes letras de madera de ébano envejecida, Christian Lacroix. ¡Dios mío! ¡Estamos en el *atelier* de Christian Lacroix en Madrid! ¡Es alucinante!

—Por fin has llegado. —La voz de Estela me distrae.

Me giro con una sonrisa, es imposible no sonreír en un sitio así, y la veo llegar hasta mí en compañía de Julia (¿en serio?, ¿Julia?, ¿por qué?), que me mira y me sonrío como jamás lo ha hecho. Imagino que ahora le interesa llevarse bien conmigo. Cada una lleva una copa de *champagne* rosado en la mano. La misma chica que me recibió entra ahora con una copa más en una bonita bandeja. Se la acepto con una sonrisa. No sé qué me espera y quizá necesite ahogarme en alcohol.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunto.

Estela sonríe y hay cierta malicia en ese gesto.

—Lo tradicional. Quiero que mi hermana y mi cuñada me ayuden a elegir mi vestido.

Frunzo el ceño.

— Tu vestido?,  para qué?

—Jesús, Cande —replica condescendiente—. Mi vestido de novia.

## Cande

No. No. No. Definitivamente no. Miro a mi alrededor y algunos detalles caen por su propio peso, como que el ochenta por ciento de los rollos de tela sean de algún matiz de blanco.

Tengo que largarme de aquí.

Me giro en busca de la chica para dejar mi copa de *champagne* sobre su coqueta bandejita. Soy fuerte y sé que me prometí poder con lo que fuera, pero quedarme a ver cómo mi hermana elige el vestido de novia para casarse con Sergio me parece demasiado. Creo que hasta la mujer más guerrera entendería que me merezco poder huir de esta situación sin mirar atrás.

—Lo siento —me disculpo—, pero tengo que irme.

—¿Por qué? —inquire Estela—. Nunca pasamos tiempo juntas. Voy a casarme. Creí que querías formar parte del día más importante de mi vida y la de Sergio.

Y, si no fuera imposible, diría que esa malicia sigue ahí y que se ha avivado al pronunciar su nombre.

—No puedo —me reafirmo.

—Sólo será un momento —replica—. Además, hay algo que me gustaría comentarte.

Echa a andar hacia el sofá con Julia y yo resoplo algo así como doce millones de veces. Quiero irme, pero no me gustaría darle material para que en la próxima comida familiar me pinte delante de Rodri como alguien que no es capaz de devolver el cariño que se le tiende.

A regañadientes, camino hasta el tresillo. Varias chicas se han acercado a mi hermana y así empieza mi tortura. Durante la hora siguiente, le toman medidas y le muestran aproximadamente un centenar de modelos para que se haga una idea de lo que puede gustarle. Después Estela tendrá que decidir y explicar cómo le

gustaría que fuese su vestido. Pasarán toda esa información a Christian Lacroix y él diseñará un traje en exclusiva para ella que confeccionarán en este *atelier*. A partir de ahí, las pruebas, los arreglos y ese tipo de cosas.

Yo, por mi parte, pierdo mi atención en cualquier detalle y miro el reloj tantas veces como he resoplado antes.

Al fin, las empleadas terminan de tomar las notas pertinentes. Estela se aleja unos pasos con la primera ayudante del *atelier* y comenta algo con ella. No sé qué le dice, tampoco me interesa, pero, tras un par de negativas, la chica acaba cediendo y ella sonrío satisfecha. ¿Qué estará pasando?

—¿Y qué tal estás? —pregunta Julia, distrayéndome.

La miro francamente sorprendida. No recuerdo cuándo fue la última vez que se interesó por mí sin que mi hermano estuviese delante.

—Bien, supongo —contesto algo incómoda.

Vuelvo a mirar hacia Estela, pero ya no hay rastro de ella. La primera ayudante llama a un par de chicas con un elegante gesto de manos y les dice algo. No logro oírlas.

—¿Y los estudios? —contraataca Julia.

La miro de nuevo. ¿A qué viene todo esto?

—Estoy a punto de terminar, así que muy bien.

Ella sonrío amable y yo nunca me había sentido tan rara al usar un adjetivo.

—¿Y tú? ¿Todo bien? —inquiero, y lo hago por una mezcla de inercia y obligación, porque ella me ha preguntado a mí.

—La verdad es que no estoy pasando un buen momento.

Las chicas asienten a lo que quiera que haya dicho la primera ayudante y se marchan por una preciosa puerta color *champagne*.

—Las cosas no salieron bien con él —sentencia.

—¿Con Borja? —pregunto impertinente, recordando el nombre del hijo de unos amigos de sus padres con tantos guiones en el apellido que no sabes si hacerle una reverencia o un control de hemofilia, con el que engañó a Rodri porque sí, porque le apeteció, porque, al parecer, que la quisieran incondicionalmente no era nada comparado con que tus bisabuelos hubiesen fundado el club de campo de Madrid.

Julia me mira y yo enarco las cejas. Si cree que algún día voy a olvidar lo mal que se lo hizo pasar a mi hermano, puede esperar sentada.

—Sí, con él —responde entre dientes.

—Pues qué raro, ¿no? Parecíais tal para cual.

—Me engañó —dice resentida—. Es un miserable.

—Le dijo la sartén al cazo.

Sonrío y ella mira hacia cualquier lado bebiendo un sorbo de su copa de *champagne*. Acto seguido comienza a contarme lo arrepentida que está, lo mucho que echa de menos a mi hermano. Empiezo a pensar que Estela se ha quitado de en medio a propósito para que Julia pudiese convencerme de lo terriblemente mal que lo está pasando. Cabeceo. Debí imaginarlo por cómo la defendió mi hermana en la comida en el Beach Sea.

—Oye, Julia —llamo su atención y me esfuerzo en sonar cordial. Todo el mundo tiene derecho a equivocarse, supongo, y no me alegra que esté atravesando una mala racha, aunque sea absolutamente imposible que consiga ponerme de su parte—. Siento de verdad que las cosas no hayan funcionado con Borja, y que no estés pasando por un buen momento, pero Rodri lo ha superado y tú deberías hacer lo mismo.

Julia aprieta los labios y me dedica una mirada horrible que ni siquiera se esfuerza en intentar disimular. No sé cómo he podido verla como alguien desvalida.

—Tal vez, tú deberías aplicarte tu propio consejo —responde sibilina.

—¿Qué?

¿A qué se refiere? No entiendo nada. Pero entonces, la puerta color *champagne* se abre y las chicas salen sonrientes seguidas de Estela, vestida de novia. Lleva un precioso traje blanco con la cantidad justa de vuelo y adornos. Las empleadas la ayudan a subirse en el taburete y de pronto su imagen se refleja en tres espejos a la vez. La luz tenue, las sonrisas... parece que estoy viendo un anuncio de novias y nada de eso me importaría, creo que incluso me alegraría, si no fuera porque el novio que completa esa escena es Sergio.

—Estás preciosa —dice Julia a mi lado—. Sergio se va a enamorar aún más de ti cuando te vea.

Y escuchar su nombre es como un disparo. Los ojos se me llevan de lágrimas sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Apuesto a que no podrá dejar de mirarme —sentencia Estela.

—Vas a ser su mujer. La única chica que va a existir para él.

Abro la boca. Quiero decir algo, demostrarme a mí misma que puedo con esto, pero no soy capaz. Me siento como si algo dentro de mí siempre se hubiese mantenido con los ojos cerrados y las orejas tapadas con sus propias manos,



cantando con fuerza nuestra canción, negándose a aceptar lo que pasaba, y ahora lo hubiese comprendido de golpe y, sin más, hubiese muerto por el impacto. La boda es real. Va a ocurrir. Lo he perdido para siempre.

—Cande —me llama Estela y, por la forma en que lo hace, es obvio que no era la primera vez.

—¿Qué? —murmuro.

—Tengo algo que contarte. —Se gira hacia mí todavía subida en el inmenso taburete de flores plateadas cosidas a mano—. Después de que nos casemos, como es lógico, Sergio y yo nos mudaremos, y había pensado que un lugar ideal sería la casa de nuestros padres en El Pilar.

—¿Qué? —repito en un tono de voz aún más bajo.

Mi cerebro reinterpreta sus palabras y comprendo que está bromeando. Tiene que estarlo. Sonrío, casi rompo a reír demasiado inquieta.

—Está en un lugar inmejorable —continúa ella—. Recuerdo a la perfección que no quisiste venderla, así que supongo que te hará feliz saber que ahora alguien vivirá en ella.

La miro sin poder creer lo que estoy oyendo. Está hablando completamente en serio.

—Yo...

—Imagínatela llena de tus sobrinitos —sentencia interrumpiéndome.

—¿Llena? —replica Julia, taimada—. ¿Cuántos hijos pensáis tener?

Estela le sonrío absolutamente encantada y también... satisfecha.

No puede ser verdad. No puede estar hablando de mudarse a esa casa, a la casa de mis padres, a nuestra casa... con él. Siento náuseas. Nunca me había sentido tan sobrecogida, tan triste.

—Tengo que irme —musito.

Y esta vez no espero a que nadie trate de impedírmelo. Salgo prácticamente corriendo del *atelier*, bajo las escaleras y, cuando al fin abandono el edificio, me freno en seco intentando controlar mi respiración, cómo me siento. Estoy nerviosa, asustada, enfadada. Trato de dar una bocanada de oxígeno, pero soy incapaz. Estoy temblando. Bajo el primer peldaño de los que llevan hasta la acera y me siento. Tengo que tranquilizarme, pero no sé qué hacer. Recuerdo que llevo las pastillas de Ada en el bolso, aunque no recuerdo por qué, y me tomo una obligándome a pasarla sin agua por mi garganta. No sé cuánto tiempo se supone que tarda en hacer efecto, pero ahora mismo no está funcionando. Saco mi teléfono con manos torpes. Busco el número de Sira en la agenda.

—No puedo más —suelto a bocajarro en cuanto la oigo descolgar—. Yo sé... sé que tengo que ser fuerte y demostrarlo, pero no puedo más. He visto a Estela con su traje de novia. ¿Te haces una idea de cómo me he sentido? ¡Va a casarse con Sergio! ¡Yo lo quiero!

Sin poder controlarlo, rompo a llorar. De verdad que no puedo más. Todo lo que he sentido en ese *atelier*, todo lo que he sentido cuando la he oído hablar de la casa de nuestros padres, todo lo que me duele cada vez que Sergio y yo nos peleamos porque ya no nos queda otra cosa que nos una, estalla y me golpea en demasiados sentidos hasta dejarme K.O.

—Lo quiero —repito más pausada y, sin embargo, el dolor de cada letra se hace todavía mayor—. Fui yo quien eligió a Marcos, pero lo quiero y lo he perdido y lo odio muchísimo, pero sigo queriéndolo. Dan igual todas las peleas. Creo que voy a quererlo toda la vida y él va a casarse con otra. —Me sorbo los mocos tratando de controlar las lágrimas—. Estela me ha dicho que van a mudarse a la casa de mis padres después de la boda, que van a tener niños. Nunca me he sentido tan triste, Sira.

Un sollozo atraviesa mi garganta y me llevo la mano a la frente, intentando ocultarme, sin mucho éxito, de los viandantes de la calle Ortega y Gasset. Por lo menos agradezco que sean discretos.

Tras unos segundos de silencio, frunzo el ceño, confusa. Estar callada no es el fuerte de Sira y, si lo he conseguido con esta historia, es que de verdad mi vida es un absoluto asco.

—Por favor, di algo. Me conformo con que me digas que mi vida no es un asco —le pido poniendo voz a mis pensamientos— o, no sé, que...

—Cande, soy Sergio.

¿Qué?

Miro la pantalla horrorizada y ahí está, su nombre. Sira es el siguiente nombre después del de Sergio en mi agenda. Mis dedos temblorosos me han traicionado. Mierda, ¿por qué no conozco a nadie llamada Simona? Quiero morirme. Lo digo en serio. De pronto el fregonazo de un flash me saca de mis pensamientos. Miro a mi derecha y veo a varios empleados del restaurante de sushi agolpados en la ventana. Uno de ellos acaba de hacerme una foto. Sí, señor, cuando piensas que tu vida es un chiste, Cande Martín, siempre mejora un poco más.

—Cande —me llama Sergio. Su voz suena ronca y por un momento tengo la kamikaze idea de que le ha dolido escuchar cada palabra tanto como a mí

pronunciarla.

—No quería llamarte a ti —me defiendo.

—¿Dónde estás?

—Siento mucho todo lo que he dicho —continúo acelerada.

Una nueva oleada de lágrimas baña mis mejillas.

—Cande, dime dónde estás.

—Por favor, olvídalo todo.

Cuelgo y un sollozo infla mi pecho antes de romper a llorar de nuevo. Me tapo los ojos con las palmas de las manos. No puedo más.

Tras martirizarme una porción de tiempo indefinida, bajo las manos hasta que mis ojos rojos quedan al descubierto y sólo me cubren los labios. Estoy claramente hundida. Soy plenamente consciente de que Carrie Bradshaw no se sentiría muy orgullosa de mí, pero hasta ella sufrió un «mexicoma» cuando Big la dejó tirada en el altar.

Tomo aire entre sollozos y me seco las mejillas. Al menos he conseguido dejar de llorar.

La verja suena al abrirse y yo me preparo para arrastrar mi pobre culo a un lado y dejar el camino libre hasta el portal a quien sea que piense entrar. Aunque advierto: como sea un grupito de chicas felices a punto de casarse, me suicido. Los japoneses del cristal pueden llamar al telediario.

Suspiro. No sé por qué, pero mi cuerpo y mi corazón acaban de encontrar el alivio que necesitaban.

—Cande.

Alzo la cabeza y lo veo frente a mí, con la camisa blanca y la cazadora de cuero negra, con sus vaqueros oscuros. Su BMW está aparcado a su espalda. Sé que han pasado cinco minutos porque es lo que se tarda en venir directamente desde su piso.

—Ven conmigo —me pide o me ordena, creo que un poco de las dos, como en el fondo siempre ha sido, a la vez que me tiende la mano.

Yo la miro durante largos segundos. Lo odio un poco más por haber venido a buscarme y por ese mismo motivo lo quiero un poco más. Cojo su mano y nuestros dedos se entrelazan al instante, como si estar más cerca fuese la reacción instintiva de nuestras manos. Dejo que me levante y tire de mí hasta su coche. Vuelvo a sentirme protegida. Vuelvo a respirar. Juro que quiero seguir luchando contra todo lo que siento por él, pero hoy de verdad que ya no puedo más.

Ninguno de los dos dice nada. Sergio arranca y la radio salta. *Mil calles llevan hacia ti*, de La Guardia, mi canción preferida, inunda el coche. No sé qué debería pensar, pero no me importa. Nos desplazamos suavemente y Madrid nos engulle poco a poco, edificio a edificio, farola a farola. Somos suyos y del otro y de cada momento que hemos pasado juntos.

Sergio detiene el coche frente al edificio de Rodri, cobijado por unos árboles gruesos y grandes que deben de llevar aquí casi tanto tiempo como el propio barrio. Apaga el motor, la música desaparece y dentro de su BMW tengo la sensación de que nos aislamos del mundo.

—Lo siento —dice con la voz ronca, tomándome por sorpresa. Sergio Herranz no es de esas personas que se disculpa muy a menudo—. No sabía dónde te llevaría Estela.

Medito mi respuesta, pero no tengo por qué. La tengo clara.

—Lo sé.

Puede que nos hayamos pasado casi dos semanas peleándonos como dos locos y que nos hayamos dicho cosas sabiendo que nos dolerían, pero es algo entre nosotros. Sé que puede sonar hasta enfermizo, pero sólo yo puedo llamarlo *hijo de puta*, porque es mi hijo de puta. Supongo que ahora mismo os debo parecer una chiflada en mayúsculas, pero también tengo la sensación de que me entendéis.

—Cande, estas semanas... —empieza a decir, y aprieta el volante hasta que los dedos se le emblanquecen—. Creo que la situación se nos ha ido un poco de las manos.

—Se nos da bastante bien odiarnos —sentencio parafraseando las palabras que él usó mientras estábamos sentados en el suelo de mi piso, después de que decidiésemos que lo mejor era intentar ser amigos.

Los dos sonreímos suavemente porque los dos hemos recordado a la perfección ese momento.

—No vamos a irnos a vivir a casa de tus padres —dice con la vista al frente—. Nunca lo permitiría.

Lo miro, cada rasgo, su pelo, ese rostro con el que he soñado demasiadas veces, y sin poder evitarlo un sollozo se me escapa. ¿Por qué sólo me vale él? ¿Por qué sólo con él me siento a salvo?

—¿Y...?

—No voy a tener hijos con ella —me interrumpe, demostrando su innata capacidad para leerme la mente.

Por un instante los dos nos quedamos en silencio. Él, aún con la vista perdida en la calle que se extiende ante nosotros, yo, con la mirada en él.

—De crío no lo pase bien. Mis padres... Bueno, ellos no son como se supone que unos padres deben ser. —Pronuncia las palabras con la convicción de querer compartirlo conmigo, pero al mismo tiempo están llenas de vulnerabilidad, como si estuviera lanzando su coraza, como si bajara todas las defensas y me dejase entrar—. Siempre tuve claro que yo no tendría hijos. No pensaba hacerle a ningún crío lo que me habían hecho a mí, hasta que... —Se frena a sí mismo y cabecea, sólo una vez—. No voy a tenerlos —concluye rotundo, acallando cualquier otro recuerdo, cualquier otra palabra.

Lo observo perdido en todo el dolor, en los recuerdos tristes. El corazón se me encoge por un motivo completamente diferente y sólo quiero encontrar un camino para traerlo de vuelta. Alzo la mano despacio y aún con más lentitud recorro la distancia hasta la suya. Sin embargo, en el último instante mi respiración se desboca y cierro la mano sin llegar a tocarlo. Hay cosas que no sé si nos podemos permitir, si ni siquiera él querría.

—Una tarde —empiezo a decir—, estábamos en tu piso —sonríó con suavidad al pensar justo en ese instante—, yo quería hacer galletas, pero tú estabas en el sofá leyendo, no recuerdo qué libro, y me amenazaste con que, si te levantabas, era para llevarme a la cama otra vez, no para preparar cookies.

Él también sonrío de la misma tenue manera y su cuerpo empieza a relajarse, como si recordar lo que tuvimos lo aliviara.

—Yo no me rendí —prosigo—. Fui hasta la cocina y, después de más de una hora, tenía listas mis galletas. Tú me hiciste ir al sofá, me tumbaste a traición debajo de ti y me robaste unas cuantas. Te las comiste y me besaste hasta que dejé de protestar. —Los dos volvemos a sonreír con una marca de tristeza. Daría todo lo que tengo por volver a aquel momento—. Ese día fue increíble —sentencio en un murmullo.

Bajo la cabeza sintiéndome culpable y tonta. Sé que suena estúpido, que ni siquiera debería estar con él en este coche, pero éramos tan felices... Era amor de verdad, como el de los libros. Lo teníamos, lo perdimos, y mi vida se ha quedado vacía.

—Estaba leyendo *El gran Gatsby* —dice robando toda mi atención con esas cinco palabras.

Levanto la cabeza y el corazón comienza a latirme ridículamente de prisa.

—¿Recuerdas ese día?

—Claro que lo recuerdo, Cande. —Y otra suave sonrisa aparece en sus labios, suave y llena de dolor, como si, sin saberlo, con mis palabras, hubiese apuntado a un lugar muy concreto. Me mira y sus ojos no podrían ser más azules —. Lo recuerdo a todas horas.

—Sergio —murmuro.

Quiero desabrocharme el cinturón. Quiero acomodarme en su regazo. Quiero abrazarlo. Quiero que él me abrace.

—¿Por qué vas a casarte con Estela?

Necesito una respuesta que me haga volver a confiar en él.

—¿Por qué estás con Marcos?

Y tiene tanta razón que duele. Él no es el único que se ha equivocado. Los dos lo hemos hecho. De pronto una idea empieza a cobrar forma y por primera vez en estos diez días tomo la peligrosa decisión de escuchar a mi corazón. Sólo podré volver a confiar en él si soy capaz de dejarlo todo atrás, pero para hacerlo necesito alguna prueba. Algo que me diga que va a ser sincero, que se acabaron los secretos.

—¿Qué pasó el día que me fui a Barcelona? —inquiero recordando a la perfección las palabras de Estela—. ¿Qué hiciste?

No es una trampa, aunque lo parezca, sólo es una manera de saber si puedo volver a saltar al vacío.

Sergio me mira a los ojos, meditando su respuesta; observa cada rasgo de mi rostro, cada gesto, como si buscara estudiar mi reacción por adelantado.

—Estuve en casa, bebiendo —contesta.

—¿Nada más?

Suena como una pregunta, pero creo que en realidad es una súplica. Sé lo que pasó y, si no es capaz de contármelo, sólo nos está alejando.

Él mantiene su mirada sobre la mía y poco a poco la suya va haciéndose más inaccesible. Sé lo que va a responder y duele demasiado.

—Nada más —afirma.

Nos ha alejado por completo.

Doy una bocanada de aire y, cogiéndolo por sorpresa, salgo del vehículo y camino decidida hacia el edificio de Rodri. Sergio no me sigue y los dos sabemos por qué no lo hace. Justo antes de entrar en el portal, sin ni siquiera saber por qué, me giro y nuestras miradas se encuentran a través de la calle, de

su coche, de Madrid. La sensación de que nos hemos perdido y nunca más podremos encontrarnos brilla con fuerza, la idea de que a pesar de todo nos seguimos queriéndonos, también.

—No te esperaba tan temprano —me saluda mi hermano al verme en su rellano e inmediatamente me hace un gesto para que pase.

Aunque lleva una carpeta del trabajo abierta en la mano, toda la casa huele a salsa de tomate casera. Una suave canción llega desde algún punto del salón. No reconozco quién canta, pero es muy agradable.

—He terminado con Estela antes de lo que esperaba —comento a modo de disculpa por colarme aquí antes de tiempo.

—¿No traes a Marcos?

Niego con la cabeza, pero lo cierto es que la pregunta me pilló por sorpresa. No se me ha pasado por la cabeza invitarlo. Creo que ni siquiera le he dicho que hoy comería con mi familia.

—Mejor —responde Rodri—, así puedo acapararte.

Pasamos al salón y, como siempre, sonrío al ver el buen resultado que dieron la montaña de cojines Ikea, la mantita y los cuadros. Miro a mi alrededor divertida. Veo más cosas de colores de las que recuerdo que compramos.

—¿Estás haciendo la comida? —pregunto encaramándome a la barra de la cocina y curioseando las ollas al otro lado.

—Sí —contesta rascándose la nuca. De pronto parece un poco incómodo—. Más o menos.

Se oye un golpe en el pasillo, como el de un pie chocando contra un mueble, y justo después un lastimero «ay». Definitivamente ha sido un pie chocando contra un mueble. Más o menos un minuto después, una chica aparece en el salón. Se detiene bajo el umbral y se agacha para frotarse el dedo pequeño del pie con la palma de la mano.

—Me lo he hecho polvo —se lamenta.

Rodri sonrío, me gusta mucho esa sonrisa, y se acerca a ella tendiéndole la mano.

—Sara, ella es mi hermana Cande.

De inmediato se endereza y me busca con la mirada. Yo sonrío. No sé por qué, pero me cae bien al instante.

—Enana, ella es Sara, mi novia.

Mi sonrisa se ensancha y ella me la devuelve. Coge la mano que Rodri le ofrece y caminan hasta mí.

—Encantada —dice dándome dos besos.

—Lo mismo digo.

—Estamos haciendo ragú de cordero —me informa rodeando la isla de la cocina y dándole un par de vueltas al contenido de una de las ollas con una pala de madera.

—Me ha obligado —se defiende Rodri—. Me ha dicho que, si no es casera, no es una auténtica comida en familia.

—Y tengo razón —sentencia divertida.

Se miran y se sonríen cómplices. Hacía muchísimo tiempo que no veía a mi hermano así.

—¿Qué tal te ha ido con Estela? —plantea cogiendo un pequeño trozo de queso parmesano y llevandoselo a la boca.

—Bien —miento, y Rodri se da cuenta—... quizá, un poco... agobiante. —En contra de mi voluntad, pienso en cómo me sentí al verla con el traje de novia—. Ya sabes cómo es Estela. —Pienso en cómo me sentí cuando me dijo que vivirán en la casa del Pilar, que tendrán hijos—. Yo, no sé... —pienso en Sergio, en sus manos, en su voz. Los ojos se me llenan de lágrimas y mi respiración se traba—... no sé. De verdad, fue bien.

—Enana —me llama mi hermano preocupado, acercándose a mí—, ¿qué ha pasado?

—No ha pasado nada, de verdad.

Rodri tuerce el gesto y, antes de que pueda verlo venir, me da un abrazo de hermano mayor en toda regla. Uno de esos que valen para curar cualquier cosa, desde un raspón porque te has caído de la bici hasta que no te han renovado el contrato en el trabajo. También es la mejor herramienta de los hermanos mayores para hacerte bajar la guardia y eso ocurre. Estoy muy muy cerca de romper a llorar mientras comparto con él mis penas con un bote de helado de chocolate de kilo y medio.

—Peque, puedes contarme lo que quieras, lo sabes —dice tratando de consolarme, y me da un beso en la cabeza.

—Estoy bien —respondo separándome.

No puedo explicarle lo que ha pasado por demasiadas razones.

—No, no lo estás.

—Rodri —protesto.

—No voy a dejar que te muevas de aquí sin contarme qué es lo que ha pasado.



—Ya te he dicho que no ha pasado nada.

—¿Es por Marcos? ¿Por eso no ha venido?

Cabeceo. Estoy empezando a agobiarme. Estoy deseando poder sincerarme con él y pedirle que me abrace otra vez, pero no puede ser.

—Ha ocurrido algo con Estela, ¿verdad? —insiste—. ¿Ha sido eso?

—Rodri, por favor —replico llevándome la palma de la mano a la frente.

—Salgamos a la terraza.

Su voz nos sorprende a ambos, pero Sara no espera a que ninguno diga nada. Rodea la isla de la cocina, me coge de la mano y me lleva hasta allí.

—Pero... —se queja Rodri y no oímos nada más porque Sara cierra la enorme puerta de cristal a nuestro paso.

Camino hasta la baranda de metal negra y doy una bocanada de aire observando la ciudad desde este punto privilegiado. Tengo que tranquilizarme si quiero convencer a Rodri de que estoy bien, aunque no tengo ni la más remota idea de cómo hacerlo.

—¿Mejor? —inquire Sara al cabo de unos minutos.

—Sí, gracias —respondo girándome hacia ella.

Ella asiente con una suave sonrisa.

—Todos necesitamos un poco de aire alguna vez.

—El día de hoy ha sido... —trato de buscar la palabra y acabo resoplando de nuevo—... creo que demasiado.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero tiene pinta de que no ha sido sólo el día de hoy.

Ahora la que sonrío soy yo, aunque lo cierto es que es lo último que quiero.

—¿Quieres un cigarrillo?

Sí, por favor.

—Sí, gracias.

Sara asiente y se saca un paquete de Fortuna de los pantalones al tiempo que se asoma comprobando que Rodri no nos esté observando.

—No vale contárselo a tu hermano —me pide—. Le he prometido que intentaré dejarlo.

—Si se entera de que fumo, me devuelve al internado —repongo para dejarle claro que me llevaré el secreto a la tumba.

Las dos sonreímos y durante un par de minutos fumamos en silencio, un silencio cómodo.

—Rodri me ha hablado mucho de ti —me dice—. Te adora.

Vuelvo a sonreír. Esa adoración es completamente mutua.

—A mí también me ha hablado mucho de ti —le explico.

—Espero que todo bueno.

—Por supuesto.

Sara asiente tratando de disimular una sonrisa de tonta enamorada.

—Le prometí que sólo fumaría cuando estuviese nerviosa por los exámenes del MIR, pero es que hoy también lo estoy —confiesa—. Conocer a tu hermana Estela me pone de los nervios.

—Haces bien —bromeo.

Sara me mira con cara de susto y yo sonrío.

—¿Qué te ha contado Rodri?

—Que es un poco altiva y que no le haga caso si hace algún comentario muy clasista. Ah —añade recordando algo—, y que no me preocupe si no le caigo bien.

Asiento.

—Yo soy su hermana y tampoco le caigo bien.

Sara me mira y, aunque es obvio que es lo último que quiere, rompe a reír.

—Pues a mí sí me caes bien —suelta sincera.

—Tú a mí también.

—Una de dos respecto a las hermanas Martín, eso es un cincuenta por ciento de éxito.

Sonrío de nuevo.

Nos terminamos el cigarrillo y entramos en casa hablando de las ganas que tiene de aprobar el MIR para poder dedicarse a la medicina de urgencias, su sueño. Al vernos acercarnos, Rodri me mira preocupado. Yo voy hasta él y me cuelgo de su cuello abrazándolo con fuerza.

—Estoy bien, hermanito —le digo separándome.

—Sabes que haría cualquier cosa por ti, ¿verdad?

Asiento.

—Si Marcos no te trata como te mereces, le daré una paliza. Me da igual que sea poli.

—Habla en serio —confirma Sara revisando la comida del fuego.

Prácticamente en ese instante llaman a la puerta y todo mi cuerpo se tensa. Rodri va a abrir y apenas unos segundos después el rumor de voces y el repiquetear de unos tacones cruzan la estancia amortiguados por un pasillo de distancia.

Sara y yo nos miramos, pero acabo clavando mis ojos en mis manos sobre la encimera. No estoy preparada para volver a verlo después de lo que ha pasado en su coche, aún no.

—Sara, te presento a Estela —dice Rodri entrando en el salón.

Alzo la cabeza. Sólo está ella. Sara se seca las manos en un trapo de cocina y sale al encuentro de mi hermana.

—Ella es Sara, mi novia.

Estela tensa los labios al oír la última palabra y, despacio, da un paso en su dirección.

—Sara —la saluda.

La novia de Rodri da un paso más y le planta dos besos en las mejillas.

—Encantada.

Mi hermana la observa de arriba abajo sin ningún disimulo e, ignorándola, se desplaza con una inquietante suavidad hasta quedar frente mí, sólo separadas por unos metros de carísimo parqué y la barra de la cocina.

—No te voy a reprochar que me dejaras tirada en la prueba de mi vestido de novia —me dice llena de condescendencia, una fingida amabilidad y ese sentimiento que me llena de nerviosismo y que, francamente, cada vez se parece más a la satisfacción personal.

—Ya te dije que tenía cosas que hacer.

La puerta vuelve a sonar. Sé quién es y no puedo evitar la tentación de volver a la terraza a fumarme tres pitillos más, robar todas las sábanas de la casa para fabricarme una cuerda y llegar abajo a lo Tom Cruise en una de sus misiones imposibles, porque, para misión imposible, la mía. Comparado con mi vida, tener que encontrar la lista supersecreta de espías supersecretos, es coser y cantar.

Rodri entra con Sergio e inmediatamente nuestras miradas se encuentran. Yo no debería estar aquí. Esto es un error.

—La comida estará lista en quince minutos —anuncia Rodri—. Enana, ¿me ayudas a poner la mesa?

Me obligo a apartar la mirada de Sergio y asiento. Él saluda a Sara y sigue a Estela hasta los sofás.

Me paseo de un lado a otro con platos, cubiertos y demás. Cada vez que llego a la cocina abierta, tengo que luchar para no volverme y mirarlo, más aún cuando, en cada una de esas ocasiones, noto sus ojos azules recorrerme de arriba abajo.

El corazón me late tan de prisa que, cuando al fin nos sentamos a la mesa, creo que va a escapárseme del pecho. Por suerte no me toca situarme a su lado ni frente a él.

—Espero que os guste la comida —dice Sara con una sonrisa, dejando una fuente de cerámica de Ikea en el centro de la mesa.

Rodri la mira embelesado mientras él mismo empieza a servir. Esto es lo que él siempre quiso de una comida familiar. Algo que fuese un hogar.

—¿Cuándo tienes pensado contratar servicio? —pregunta Estela suspicaz.

Rodri suspira suavemente.

—Estamos bien.

—Constanza, una mujer muy simpática —explica Sara pasándome un plato con ragú. Huele que alimenta—, viene a limpiar tres veces a la semana y también plancha. Para lo demás, nos organizamos muy bien Rodri y yo.

Lo mira y él vuelve a sonreír.

—Por muy simpática que sea Constanza —replica Estela sardónica—, necesitas una interna, Rodrigo.

—Basta, Estela —la corta Rodri suavemente.

Sara le entrega su plato y mi hermana lo coge con disgusto, como si, que no se lo haya servido un filipino de esmoquin por el lado izquierdo, enturbiase el sabor de la comida, y lo deja frente a ella.

Pruebo el ragú y lo cierto es que sabe tan delicioso como parece. Sin embargo, tengo el estómago cerrado a cal y canto y, el hecho de que Sergio esté aquí, no me ayuda lo más mínimo. La conversación va rebotando del trabajo a los estudios de Sara, a los míos. Nada que dure más de unos minutos hasta que Estela carraspea para llamar la atención y, cuando se asegura de que tiene la de todos, empuja con delicadeza el plato del que apenas ha comido dos golpes de tenedor hacia delante.

—No sé si Cande os ha contado que hoy hemos estado eligiendo mi traje de novia —comenta—. A pesar de que era un día muy importante, se marchó de prisa y corriendo, supongo que tendría algo muy importante que hacer —añade fingidamente compungida—, y no me dio tiempo de contarle algo.

La miro luchando por no poner los ojos en blanco.

—¿El qué? —inquiero, y no es que tenga el más mínimo interés, pero es la manera más rápida de acabar con esto.

—Quiero que seas mi dama de honor —me pide con una sonrisa.

—No —respondo en un golpe de voz.

No sería la dama de honor de Estela en ninguna circunstancia, pero en esta circunstancia en concreto no he tenido ni que pensármelo.

Todos me miran bastante sorprendidos. Todos, menos Sergio. Ni siquiera es capaz de disimular que no quiere verme allí.

—Creo que éste es un buen momento para deciros que voy a volver a Barcelona —decido de pronto.

Sus miradas se hacen más acuciantes sobre mí, una de ellas en particular, y yo clavo mi vista en la servilleta con la que jugueteo nerviosa.

—Sólo volví porque Rodri me necesitaba, pero ahora estás mejor que bien —digo alzando la cabeza y mirándolo. No está nada contento—. Y tienes una novia genial.

Llevo mis ojos hasta Sara y ella me sonrío cómplice.

—El caso es que mi vida está allí —continúo tratando de sonar lo más segura posible—. He hablado con Marcos y pedirá el traslado a la Ciudad Condal —miento como una bellaca—. A los dos nos apetece mucho el cambio.

Sin quererlo, miro a Sergio. Sus ojos azules están clavados en los míos. Está furioso. Sé que ahora mismo lo único que quiere es sacarme a rastras de aquí y hacerme entender a su manera que no puedo marcharme. Esa idea me enfada muchísimo, porque él es quien me está alejando. No tiene ningún derecho a ponerse furioso. Agarrándome a esta nueva inyección de rabia, me armo de valor para continuar.

—He hablado con mi antiguo jefe y con el vicedecano de la facultad. Los dos han dicho que me dejan volver si la incorporación es inmediata.

Es otra mentira más, obviamente no he hablado con ninguno de los dos, pero como excusa me vienen de maravilla.

—¿Sabéis? —finjo consultar mi reloj Casio de pulsera—. Ahora que lo pienso, Marcos debe de haber terminado ya su turno y me gustaría verlo, así que será mejor que me marche ya.

—Cande —me llama Rodri, levantándose.

—Hablamos mañana —lo interrumpo.

Tengo que salir de aquí.

Abandono la casa como si estuviera en llamas y, en mitad del rellano, mientras el sonido de la puerta cerrándose a mi espalda me atraviesa, tengo que detenerme un segundo y, no sé, hacer algo tan fácil como respirar. ¡No puedo ser su dama de honor! Ni siquiera me veo capaz de asistir a esa boda. ¿Qué se supone que tendría que hacer cuando viera a Sergio dándole el sí a otra mujer?

Tampoco puedo quedarme. En su coche estuvimos demasiado cerca, en demasiados sentidos. ¿Qué pasa si me lo pone demasiado fácil o demasiado difícil y vuelvo a caer? Niego con la cabeza. Ése es un lujo que no me puedo permitir. Yo no soy así. No estaría bien.

La puerta se abre y me giro en mitad de esta especie de ataque de ansiedad, celos y remordimientos. Pienso que es Rodri y, como siempre, no podría estar más equivocada, porque es Sergio. Sus ojos atrapan inmediatamente los míos y lo que siento por él se recrudece de tal manera que todo a nuestro alrededor se emborrona. Sin embargo, por muy rápido que me lata el corazón, no puedo quedarme. No quiero y tampoco debo. Además, ¡sigo muy enfadada con él! Olvidarlo es otro lujo que tampoco me puedo permitir.

Sacando fuerzas de flaqueza, giro sobre mis pies y echo a andar hacia las escaleras.

—¿Dónde demonios crees que vas? —gruñe agarrándome del brazo.

Me obliga a girarme y, frente a frente, me zafo de su mano con rabia.

—Donde a ti no te importa.

Sergio resopla sin levantar sus ojos de los míos. Me coge de la muñeca, aún más brusco que antes, y tira de mí hacia las escaleras. Está a punto de estallar. Nunca lo había visto así.

No bajamos, subimos, y menos de dos minutos después está abriendo la puerta de la azotea de malas formas y obligándonos a salir fuera.

En cuanto me veo sobre el suelo gris lleno de polvo y el sol nos recibe, vuelvo a soltarme de su agarre y me alejo furiosa. No quiero estar con él. No quiero verlo. Es el culpable de todas mis desgracias. Soy plenamente consciente de que no es la primera vez que lo digo, ¡pero es que son muchas desgracias, maldita sea!

—¿Quién te crees que eres? ¡No quiero estar contigo!

—¿Se puede saber por qué coño estás tan enfadada? —grita también—. Hace unas horas en el coche, todo fue... —deja escapar todo el aire de sus pulmones, tratando de controlarse... todo fue como antes, joder —sentencia al fin, lleno de la serenidad que le da recordar lo que tuvimos.

«Me dabas paz»; si cierro los ojos todavía puedo revivir cuando me lo dijo aquella noche en el antro. Sacudo la cabeza. No puedo dejarme llevar por los recuerdos. Le di la oportunidad de ser sincero, de arreglar las cosas, y él sólo me mintió.

—En el coche me mentiste —le recrimino dolida, con rabia.

—No. —Ruge esa única palabra amenazadoramente suave.

—Te pregunté qué hiciste la noche que me marché a Barcelona y me mentiste.

Sergio aprieta la mandíbula con sus ojos sobre los míos y su cuerpo se tensa. Un pequeño gesto que pasaría inadvertido para cualquiera menos para mí.

—No te mentí.

Sí, sí que lo hizo, como ahora. Niego con la cabeza. Estoy triste y cansada.

—Me marcho —anuncio dirigiéndome a la única salida.

—Tú no vas a ninguna parte —me advierte.

Resoplo todavía más malhumorada. Es un bastardo tirano y engreído. Hago el ademán de pasar por su lado, pero, sin llegar a tocarme, da un paso hacia mí, haciendo que instintivamente yo lo dé hacia atrás.

—No vas a irte ahora y no vas a volver a Barcelona.

Por un momento sus ojos se vuelven aún más azules y por un momento también mi corazón y todo mi cuerpo recuerdan cuánto lo echo de menos, cómo lo necesito. Lo quiero.

No puedo estar aquí un solo segundo más.

—Claro que voy a irme —replico, y me esfuerzo en sonar furiosa, porque lo estoy.

—Ya te dejé huir una vez y me arrepiento cada segundo de cada día. No pienso volver a cometer el mismo error.

Sus palabras me cabrean todavía más. Puede que fuese yo la que saliese huyendo, pero él fue quien lo provocó. Y ahora también está en su mano pararlo. ¿Por qué sigue mintiéndome? ¿Por qué tiene que ser un hombre tan complicado? ¿Por qué tiene que ponérmelo tan difícil? ¿Por qué los chicos malos tienen el poder de conseguir que te enamores de ellos olvidando todo lo demás?

—¿Y qué quieres de mí, Sergio? —respondo desesperada—. ¿Que me quede aquí? ¿Que sea la dama de honor en tu boda?

—No —gruñe.

—¿Que ponga mi mejor cara en las comidas familiares?

—Cande —me advierte.

—¿Que vaya todos los domingos a tu casa? —prácticamente grito. ¡Estoy desesperada!

—¡No!

Su voz se vuelve más ronca, más salvaje, más dura.

—¡Claro que no! —replico con el dolor y el desdén tomando mis palabras

—. ¡Tú quieres todo eso y que antes y después te deje follarme!

—¡Yo te quiero, joder!

Esas cuatro palabras nos silencian a los dos. Qué ironía, ¿verdad? Lo único que quiero escuchar y lo que más daño puede hacerme.

—Y tú —continúa señalándome con el dedo—, tienes que empezar a entender que, aunque no pudiese volver a tocarte, eso no cambiará jamás.

Sergio guarda un segundo de silencio, reflexionando sobre sus propias palabras, sobre las que aún no ha pronunciado. Cierra la mano en un puño y la deja caer junto a su costado.

—Te quiero incluso cuando te odio, Cande —añade, como si ni siquiera él lograra entenderlo del todo, a pesar de habérselo preguntado un millón de veces—. Te quiero tal y como eres. No cambiaría nada de ti, aunque seas capaz de volverme completamente loco.

Una sonrisa se escapa de sus labios, suave, pero no débil. Fugaz e infinita al mismo tiempo, y se refleja en los míos sin que pueda hacer nada por evitarlo.

—Te quiero y te voy a querer toda la vida. Sé que todo esto es culpa mía, pero no puedo dejar que te vayas.

Yo asiento luchando por contener las lágrimas. ¿Por qué tiene que conseguir que sienta que lo que teníamos era de verdad? ¿Por qué tiene que hacer que el hilo entre los dos sea más y más fuerte? ¿Por qué tiene que hacer que suene música?

—¿Por qué tienes que ponérmelo tan difícil? —No es una pregunta, es una súplica.

—Porque ya no sé respirar sin ti —sentencia con una abrumadora seguridad, con rabia, con dolor.

Y ya no hay más palabras. Sergio cruza la distancia que nos separa, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza llevándome contra la pared. Sé que debería resistirme, pero no soy capaz. Lo quiero. Lo quiero como sé que nunca podré querer a nadie, porque él es mi baremo para medir las cosas, y todo lo que me hace sentir crece entre los dos y estalla y llena esta azotea de luz, de calor, de color, de música, nuestra música. Lo llena de nosotros. Lo llena de amor.

Los chicos malos son capaces de hacer que el mundo deje de girar con un solo beso.

—Nena —susurra contra mis labios justo antes de besarme de nuevo.

Sólo necesito esa palabra para ser feliz.

Sin embargo, de pronto los dos parecemos recordar a la vez dónde estamos.



Sergio se separa con suavidad y apoya su frente en la mía. Nuestras respiraciones siguen entremezclándose y mi mente se enmaraña con demasiadas preguntas en una sola décima de segundo. ¿Puedo volver a perdonarlo? ¿Puedo volver a confiar en él? ¿Puedo simplemente volver? Necesito un segundo. No puedo saltar a ciegas de nuevo. Y sobre todo, ¿qué pasa con Estela?, ¿con Marcos?

—No te vayas —me pide.

Un sollozo involuntario se me escapa a la vez que una lágrima rueda por mi mejilla.

—No, no puedo, Sergio. —Y son las palabras más tristes que he pronunciado en mi vida—. No puedo hacer las cosas así.

Lo quiero, pero no puedo hacerles daño a otras personas y no puedo darle vía libre para que él me lo haga otra vez a mí.

Lo empujo suavemente. Él, a regañadientes, me concede la huida y, cuando lo hace, un dolor puntiagudo me corta la respiración. Estoy renunciando a Sergio de nuevo. Me estoy alejando de él. Mi pobre corazoncito me pide a gritos que dé la vuelta. Me lo suplica, patalea, pero no puedo. ¿Sabéis esa archiconocida metáfora del agua fresca y la sed? Él era el agua fresca y yo, la sed. Pues imaginaos esa sed en mitad de un desierto a cincuenta grados, imaginaos el agua más pura. Imaginaos que tenéis un dolor tan grande en el corazón que es mayor que cualquier cosa que hayáis sentido, más grande que estar sola y llorar hasta quedarte dormida cada noche con once años en un internado en otro país, más que que te separen de tu hermano, más que perder a tus padres y saber que, por mucho que los llames, nunca vendrán. Ahora imaginaos que esa agua es la única que puede borrar ese dolor.

Tomo aire tratando simplemente de respirar y camino hasta la puerta de la azotea. Sé que Sergio está en el mismo lugar, observándome, luchando por no correr hasta mí.

Imaginaos que él es esa agua para ti y tú la eres para él.

Salgo de la azotea y corro hasta los ascensores. Sobra decir que, cuando pongo los pies en la calle Claudio Coello, estoy llorando como una Magdalena.

Paro el primer taxi que veo y le doy la dirección del O'Donell.

¿Nos vemos en el O'Donell?

Mando el mensaje al grupo de WhatsApp que tengo con las chicas, rezando por leer un «sí», o, mejor aún, un «ya estamos allí».

¿Reunión en la cumbre?

Pregunta Sira.

Apuesta tu culo blanco a que sí.

Responde Martina.

Mi culo tiene un color perfecto y, por supuesto, cuenta con esa reunión. ¿A qué hora nos vemos?

Yo ya casi estoy.

Respondo.

Vaya, pues sí que lo necesitas.

Comenta Martina con un montón de emoticonos de esos con los ojos muy abiertos.

Llevaré fotos de Chris Pine desnudo.

Sentencia Sira.

Empujo la puerta del O'Donnell y me recibe *La fuerza del destino*, de Mecano. ¿En serio? ¿No había otra canción en todo el universo?

Pido una cerveza, me voy a una de las mesas y me quito el bolso. Aguanto el primer tirón con Ana Torroja cantando eso de que «nos vimos por toda la ciudad». Aguanto el segundo. Pero cuando escucho eso de dos cines y un par de conciertos, no puedo más.

—Me quiero morir —gimoteo dejando caer la cabeza sobre la mesa.

Esta vez ni siquiera me importa la vida, el amor y la suerte de la oleada de Erasmus que arrasa cada noche el local.

—Mecano, ¿eh?

Me alegro de que las chicas ya estén aquí.

—Me quiero morir —repito desde mi agujero.

—Mecano es una opción arriesgada cuando tu vida sentimental es complicada —apunta Sira.

Las dos se sientan flanqueándome y yo me animo a levantar la cabeza.

—Sergio y yo nos hemos besado.

Sira empieza a toser y el trago de cerveza que me acababa de robar le sale disparado por la nariz. Martina se gira despacio con mi botellín de cerveza a medio camino de sus labios.

—Explícate —me pide Sira, conmocionada aún, entre toses.

—¿Qué quieres que te explique? —replica Martina—. ¿Papá quiere mucho a mamá y por eso se dan abrazos muy largos? ¡Cande! —protesta.

—¿Qué? —me quejo—. Ni siquiera sé cómo ha pasado.

—¿Ves? No soy la única que necesita que se lo expliquen —interviene Sira.

Suelto un resoplido casi kilométrico y me hundo de hombros antes de contar la historia de mi vida, mis errores y mis besos (debería agradecer no tener que decir sexo... creo).

—El día de hoy ha sido horrible. Estela me llevó a elegir su vestido de novia y cuando la vi de blanco, yo... fue como si de pronto todo se hiciese real —trato de explicarme haciendo aspavientos con las manos—. Me dijo que, cuando se casen, piensan irse a vivir a la casa de mis padres, que van a tener niños, y yo no pude más. Salí disparada. Quería llamarte, pero me confundí y acabé llamando a Sergio.

Me tapo la cara con la palma de una mano, abochornadísima sólo de recordarlo.

—Si me hubieses hecho caso —repone Sira apuntándonos a ambas con el índice— y me hubieses llamado Marvelous Sira cuando os lo ofrecí, esto nunca habría pasado.

—¿Y qué le dijiste?

Les hablo de todo lo que ocurrió, de cómo vino a buscarme. La comida en casa de Rodri, que Estela me pidió que fuese su dama de honor y, por supuesto, les cuento lo que pasó en la azotea. Martina y Sira me miran completamente alucinadas y yo sigo sintiéndome ridícula y culpable y triste y otros muchos sentimientos más confusos y complicados a la vez.

Me seco las lágrimas con brusquedad y le doy otro trago a mi cerveza hasta terminarla.

—Necesito otra.

Mis amigas se miran entre sí y en ese mismo segundo veo un gesto de preocupación en ellas.

—Sé que es temprano —acepto sorbiéndome los mocos—, pero hoy no

pienso ser una buena chica. Estoy cansada de serlo y acabar siendo también la que termina llorando en un bar mugriento.

Martina pasa la yema del índice por la mesa y enarca las cejas al ver el resultado.

—Captado —responde Sira dándome la razón con vehemencia—. Necesitas beber.

—Barra libre para la tarada sentimental —sentencia Martina.

¡Pero bueno! Entorno los ojos y le pego un pellizco en el hombro. Ella gimotea quejumbrosa y yo, no sé por qué, en mitad de todo lo que siento ahora mismo, rompo a reír.

—No te aproveches —me riñe Sira pellizcándome también.

—Ey, no me pellizques tú —protesto devolviéndoselo.

Ahora es Martina la que rompe a reír.

—Sois lo peor.

—Te estaba defendiendo —se queja Sira absolutamente indignada y, ¿cómo no?, la pellizca y, ¿cómo no?, se lo devuelve y, ¿cómo no?, las tres estallamos en risas.

No sé qué haría sin ellas.

A las cinco de la tarde estamos caminando algo perjudicadas hacia el intercambiador de Alonso Martínez. Del O'Donell nos fuimos a un pequeño bar muy mono cerca de la Biblioteca Mario Vargas Llosa. Charlamos mucho y cayeron un par de cervezas más y una ronda de mojitos. Tengo una misión: olvidarme de todo lo que ha pasado a base de Heineken heladas y algún chupito ocasional de tequila... y cócteles.

No sé de quién ha sido la idea, pero hemos decidido pillar el metro para ir a la zona de Tetuán, a un pub de un amigo de un amigo de un amigo de Martina, a escuchar buena música y seguir con mi misión. Sin embargo, mientras bajamos las escaleras mecánicas, empiezo a pensar que no quiero ir. Quiero comprarme dos bolsas de minichocolatinas, irme a mi piso y comérmelas en la cama.

—Chicas, creo que me voy a casa.

—No digas tonterías —responde Sira retocándose el pelo, mirándose en los espejos que adornan las columnas—. Nos vamos a ese pub tan mono de Huertas. Orden de Marvelous Sira.

Llegamos al andén y caminamos remoloneando hasta la línea que marca la distancia de seguridad con las vías.

—Estoy un poco cansada —contraataco.

—Tarada sentimental —me llama Sira agarrándome por los hombros—, no vamos a dejarte sola —sentencia con grandilocuencia y sentimiento, como si de pronto fuera parte del reparto de «Downton Abbey».

Nuestro tren entra en la estación.

—Marvelous Sira —respondo colocando mis manos sobre las suyas e imitando su pompa y circunstancia—, os lo agradezco, pero me voy a casa.

—No, no, no —sentencia Martina empujándonos hacia el interior del vagón.

Al verme ya dentro, sonrío con resignación y asiento, claudicando. Ellas también lo hacen, pero, cuando las puertas empiezan a pitar avisando de que van a cerrarse, salto de vuelta al andén. El vagón queda clausurado a mi espalda. Me giro y sonrío victoriosa, mientras las dos me miran alucinadas al otro lado del cristal de la puerta.

—Eres una cabrona —se queja Martina.

—Marvelous Sira está orgullosa de ti, pequeña tarada. —Y abre la mano como si dejara caer un micrófono al suelo.

El vagón comienza a moverse y yo no puedo evitar que mi sonrisa se ensanche por el gesto de mi amiga.

Ya a solas, miro a mi alrededor para orientarme y echo a andar de nuevo hacia las escaleras mecánicas para salir de la estación en busca de otra boca de metro. Necesito la línea uno para volver a casa.

No sé cuánto he andado, quizá dos pasos, quizá diez. Me siento extraña. Todo empieza a dar vueltas, demasiado rápido. El horizonte se inclina.

Todo está oscuro.

## Cande

—Candela, ¿puede abrir los ojos?

No reconozco la voz, así que me esfuerzo muchísimo en abrirlos. Torpemente, miro a mi alrededor. No sé dónde estoy.

—Candela —vuelve a llamarme—. Candela.

La enfoco. Es una mujer. Lleva un pijama verde.

—¿Dónde estoy?

Tengo la voz ronca y la boca pastosa.

—En el hospital, en el Gregorio Marañón —responde tocando uno de los reguladores conectados a mi gotero, con los ojos concentrados en lo que sus dedos hacen—. Se ha desmayado en el metro y la han traído aquí.

—¿Qué? —murmuro atónita y muy muy preocupada.

—El médico vendrá en seguida —me anuncia dirigiéndose ya a la puerta y, sin más, sale de la estancia.

Yo echo un nuevo vistazo a mi alrededor. Hago memoria. Les pedí a las chicas que fuéramos al O'Donell, estuvimos en un bar, cerca de Sol, creo. Trato de recordar algo más, pero no soy capaz.

Me incorporo a duras penas y arrastro el culo hasta sentarme en la cama.

—Candela Martín —pronuncia un médico entrando en la habitación, con la vista clavada en la carpeta donde acaba de leer mi nombre.

Se detiene en el centro del cuarto y revisa un par de hojas con lo que, imagino, son análisis y pruebas.

—¿Qué tal se encuentra? —inquire cerrando el dossier de golpe, caminando hasta mi cama y mirándome al fin.

—Bien, creo —respondo todavía confusa.

—Ha sufrido un desvanecimiento, ¿lo recuerda?

Niego con la cabeza.

—No.

—¿Ha tomado drogas?

—¿Drogas? —tartamudeo casi conmovida.

—Algún tipo de químico, como éxtasis o MDMA.

—No —me apresuro a responder—. Nunca tomaría drogas.

—¿Sintéticas? ¿Crack? —continúa, ignorándome.

—No —respondo un poco indignada por su insistencia—. No tomo drogas.

¿A qué viene esto?

—¿Alprazolam? ¿Valium? ¿Lorazepam?

Mi indignación se esfuma y de pronto me siento muy culpable.

—Me tome una pastilla de lorazepam esta mañana. No consigo dormir.

—¿Y se la tomó por la mañana? —plantea profesional pero puntiagudamente sarcástico al mismo tiempo.

Agacho la cabeza. Me siento minúscula.

—Quiero decir que por ese motivo los tenía —trato de explicarme—. Esta mañana estaba muy nerviosa y decidí tomarme una.

—¿Comió algo?

Hago memoria, pero en realidad no lo necesito. Todo lo que pasó en el piso de Rodri (y en su azotea) está grabado a fuego en mi cabeza.

—No.

—Pero sí bebió alcohol en las ocho horas siguientes a la ingesta del lorazepam —afirma.

—Sí. —Y no sé para qué contesto. Es obvio que no tiene dudas.

—Es relativamente sencillo. El alcohol intensifica los efectos del lorazepam. Al no haber comido nada, su cuerpo no pudo frenar la contrarreacción. Ha tenido mucha suerte.

Asiento. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de no haberme acordado de que me tomé un ansiolítico antes de decidir que lo único que quería era beber? Clavo mis ojos en mis dedos, que juguetean nerviosos con la sábana blanca. En un extremo puede leerse «Hospital General Universitario Gregorio Marañón». Soy un absoluto desastre.

—Le hemos puesto un complejo de vitamina B y una solución salina. Las próximas veinticuatro horas, básicamente, deberá comer y descansar.

—¿Cuántas horas he dormido?

—Unas cuatro.

Asiento y por inercia miro por la ventana. El cielo es de color azul marino, como si alguien lo hubiese pintado con un rotulador.

—¿Cuándo podré marcharme a casa?

Sólo quiero meterme en mi cama y no salir en dos días de pura vergüenza.

—Estamos preparando su alta, pero no podrá irse hasta que alguien venga a buscarla.

—¿Por... por qué? —pregunto con el ceño fruncido—. Soy mayor de edad.

—Lo sé —responde sin remordimientos—, pero no voy a dejar que salga para que vuelva dentro de un par de horas desmayada de nuevo.

—Ha sido un error —repongo molesta. Puede que no haya llegado aquí en las mejores condiciones, pero no tiene ningún derecho a juzgarme—. No volverá a pasar.

—Si me dieran un céntimo por cada vez que he oído eso... —replica anotando algo en mi expediente.

Yo abro la boca escandalizada. Ese comentario está completamente fuera de lugar. Finalmente cabeceo. Lo mejor será que le dé un nombre y pueda salir de aquí.

—Martina López —digo—, 662...

—Un adulto que se responsabilice de usted —me interrumpe—. No alguien de su edad con quien probablemente estaba bebiendo.

Yo lo fulmino con la mirada. Es un hombre de unos cuarenta, alto, con el pelo oscuro y los ojos castaños.

—No creo que ése sea el protocolo de actuación —respondo haciendo valer mis estudios de derecho.

—Probablemente, pero ¿sabe cuál sí es uno de los protocolos aceptados para el consumo de alcohol y ansiolíticos? Pasar veinticuatro horas en observación en psiquiatría —se responde a sí mismo.

Trago saliva y los dos entendemos que acabo de claudicar. Inmediatamente hago memoria de las personas a las que podría avisar. A Rodri le daría un infarto sólo con la llamada y es más que probable que me obligara a mudarme a su casa y a llevar una pulsera de rastreo en el tobillo. Llamaría a Marcos, pero apenas hemos empezado a salir y ya hemos tenido que lidiar con varias cosas. No quiero que tengamos que cargar también con esto. Al fin y al cabo, ha sido un error que no va a volver a repetirse. Pienso en Estela, pero, tan rápido como lo hago, lo descarto. Tal vez podría llamar a Sara. Cabeceo. No sé su número y, por muy simpática que me pareciera, no tenemos tanta confianza. Maldita sea. Sólo me queda una persona.

—Sergio Herranz —pronuncio a regañadientes, y a continuación le doy su número de teléfono, que el doctor anota diligente en mi carpeta.



—Muy bien. Su alta estará lista en unos minutos.

Me devuelven mi ropa y me obligan a esperar en unas sillas muy cerca del mostrador de control de enfermeras a que llegue Sergio. No me puedo creer que haya tenido que llamarlo.

No ha pasado mucho, quizá diez minutos, cuando oigo unas pisadas aceleradas cruzar la planta. De pronto dos palmas de manos nerviosas aterrizan sobre el mostrador de las enfermeras y su voz ronca, apresurada, incluso intimidante, atraviesa el ambiente.

—Candela Martín, ¿dónde está?

—¿Quién es usted?

—¿Dónde está?

—No puedo darle esa información si no me dice...

—¿Dónde está? —ruge.

La enfermera aprieta los labios tratando de fingir que es capaz de mantener el tipo frente a esa fría mirada y esa amenazadora advertencia en forma de dos palabras, y me señala.

Sergio se gira con el cuerpo tenso e inquieto a la vez, marcando cada centímetro con su masculina seguridad y al mismo tiempo con una latente desesperación, con rabia, con miedo. Y sencillamente pasa que, cuando nuestras miradas se encuentran, se detiene en seco, como si sus pies se hubiesen quedado pegados al suelo con cemento, y respira, respira porque está aliviado, porque por fin puede volver a hacerlo. De pronto me siento más ridícula y más culpable por haber sido tan estúpida de mezclar las pastillas con alcohol y no haber comido, y a la vez me encuentro tan protegida, tan segura como si sus ojos azules me estuviesen diciendo «no te preocupes, nena, ya estoy aquí y voy a cuidar de ti. Siempre voy a cuidar de ti».

Da un paso en mi dirección y yo me levanto, conteniéndome para no salir corriendo y tirarme en sus brazos.

—¿Sergio Herranz? —lo llama el médico saliendo a su encuentro.

Él tarda varios segundos de más, pero finalmente aparta los ojos de mí y los lleva hasta el doctor. Asiente y el facultativo le pide que hablen un momento. Se alejan un par de pasos y yo, aunque lo intento, no soy capaz de descifrar lo que están diciendo. ¡Cómo me gustaría saber leer los labios en este instante! Menos de un minuto después, me doy cuenta de que no lo necesito. La mandíbula de

Sergio va endureciéndose al tiempo que su cuerpo vuelve a esa posición de imperceptible alerta. El médico le está contando todo lo que ha pasado: los ansiolíticos, el alcohol... y a él no le está haciendo la más mínima gracia.

Me siento de nuevo y espero. Sergio se despide del doctor y camina en mi dirección. Está enfadado, muchísimo, y no necesita pronunciar una palabra para hacérmelo entender. Llega hasta mí, coge mi bolso y mi chaqueta del asiento contiguo al mío y echa a andar de vuelta a los ascensores. Creo que ahora mismo ni siquiera quiere mirarme a la cara.

Cuando las puertas del elevador se abren, espera a que entre para hacerlo él y pulsa el botón de la planta baja. Sigue en el más absoluto silencio y yo empiezo a pensar que, de alguna manera, me está castigando.

Atravesamos el vestíbulo del hospital y salimos al parking. Sergio camina delante de mí y, tras sortear varias filas de aparcamientos, al fin se atisba su BMW. Continúa sin hablar y, para cuando llegamos al coche, ya no podría estar más enfadada. Me he equivocado. He hecho una tontería enorme y he acabado en el hospital. Lo tengo claro, maldita sea. No tiene ningún derecho a tratarme así.

—Volveré a casa en taxi —lo informo deteniéndome a su espalda. Sergio se frena y se gira despacio—. Gracias por venir. Me debías una. —Una enorme, llamada «vas a casarte con mi hermana»—. Ya estamos en paz.

—¿Piensas dejar de decir estupideces alguna vez? —inquire malhumorado.

Resoplo. A esto precisamente me refería. ¡No soy nada suyo! ¡No puede hablarme así!

—Si pienso hacerlo o no, no es tu problema, Sergio. Sólo di tu nombre en el hospital porque no quería llamar a Rodri ni a Marcos. Te lo agradezco, pero ni quiero ni necesito que te preocupes por mí.

—Por supuesto que no —replica sardónico—. Tú te las apañas muy bien sola, ¿verdad? Por eso has acabado en el suelo del metro. —Cada palabra de esa frase ha ido llenándose de una cristalina rabia, como si la mera idea de pensar lo que me ha ocurrido lo volviese loco—. ¿Te haces una condenada idea de lo que te podría haber pasado si en vez de encontrarte quien te encontró lo hubiese hecho un puto pirado? —prácticamente grita.

Está al límite, pero yo también.

—¿Te crees que no lo sé?!

—¿Qué coño haces tomando ansiolíticos, Cande?! ¡Mezclándolos con

alcohol! ¡Sin comer!

— ¡No es tu problema!

Sergio da un paso hacia mí, pero en el último segundo parece hacer uso de todo su autocontrol, se detiene y gira sobre sus pies.

—¡Joder! —grita, tratando de echar fuera toda la rabia.

Pero no funciona y estampa con fuerza el puño sobre el capó de su coche. A pesar de verlo, el golpe me sobresalta y me corta la respiración.

—Escúchame bien —me advierte amenazante, volviéndose hacia mí y destruyendo la distancia que nos separa. Se lleva las manos a las caderas y clava sus inaccesibles ojos azules llenos de una furia indomable en los míos marrones —: a partir de ahora, cenaremos juntos todas las noches.

—¿Qué? —respondo incrédula.

¡No puede estar hablando en serio!

—Lo que has oído —sentencia.

—No pienso cenar contigo —le dejo claro.

No voy a hacerlo. Es ridículo y él no puede obligarme.

—Me importa muy poco lo que quieras —ruge—. Vas a obedecerme. —De pronto un brillo de pura malicia reluce en su mirada y automáticamente me temo lo peor—. A menos que quieras que le cuente a Rodri y a Estela lo que ha pasado.

¡¿Qué?! ¡Es un hijo de puta!

—Estela —bufo con rabia—. Me alegro de que recuerdes su nombre.

Sergio entorna los ojos. Mis palabras han sido un tiro directo donde más duele y... maldita sea, lo han sido para los dos.

—¿Y tú? ¿Lo recuerdas? —replica arrogante—. Porque puede hacerte la vida realmente imposible si se entera de que acabaste en un hospital porque no habías comido prácticamente nada pero sí habías encontrado tiempo para beber y tomar lorazepam.

—Eres un cabrón —siseo porque tiene razón y no me queda otra que claudicar. Los dos lo sabemos.

—Sube al coche —me ordena—. Iremos al Matisse.

¡Ni de coña!

—No pienso volver contigo allí.

Sergio sonrío de esa forma tan fría y dura, sólo un segundo, y se humedece el labio inferior.

—Otra vez te equivocas, nena —me advierte con la voz ronca, inclinándose

sobre mí—. Tú y yo nunca estuvimos juntos en ese restaurante. Te di plantón.

¡Lo odio! ¡Lo odio! ¡Lo odio!

—Sube al coche —repite.

Sin esperar respuesta por mi parte, se dirige al vehículo y entra. Yo empiezo a chocar nerviosa una y otra vez la punta de mi pie derecho contra el asfalto. No quiero ir a cenar con él. ¡Joder! ¡No quiero hacerlo por nada del mundo! ¡Me está obligando sin importarle qué es lo que yo quiera! Pero la alternativa, que se lo cuente a Rodri y, sobre todo, a Estela, es casi peor, así que me trago mi rabia y mi indignación, y, Dios, ¡cómo me cuesta!

En cuanto cierro la puerta del BMW, me cruzo de brazos y clavo la vista en la ventanilla. Sergio arranca y el coche se desliza entre el Polo y el SUV de la Ford por los que está flanqueado y salimos del aparcamiento. No pienso decir una sola palabra. Ni siquiera pienso mirarlo. ¡No lo soporto!

Llegamos al restaurante en cuestión de minutos, las cosas del tráfico, que cuando más lo necesitas, pasa de ti y te embotella en la Gran Vía y, cuando menos, decide que las calzadas parezcan desiertas, a lo escenario de «The Walking Dead», y puedas moverte sin problemas.

Salgo del automóvil antes de que se detenga del todo. Necesito perderlo de vista, aunque sólo sea un segundo. Cuando Sergio se baja, me fulmina con la mirada y cierra de un sonorosísimo portazo. La verdad es que no sé cuál de los dos está más cabreado.

Nos sentamos en la mesa hasta la que nos acompaña el *maitrê* y miramos la carta en silencio.

—¿Qué tomarán de beber los señores?

—Agua —gruñe Sergio, como si recordar por qué la está pidiendo en vez de vino lo pusiera aún de peor humor—. San Pellegrino sin gas.

Ya a solas con él, decido concentrarme en qué pedir, básicamente por no saltar la mesa y asesinarlo. Es un capullo. Sin darme cuenta, cada vez estoy más y más enfadada, hasta que soy incapaz de controlarlo.

—Ni siquiera te has molestado en saber por qué estaba tomando esas pastillas —protesto increíblemente molesta.

Sergio alza la cabeza de la carta y sus ojos azules parecen hielo puro mezclado con acero puro y, por supuesto, bañados en arrogancia.

—¿Crees que hay algo que puedas decirme que justifique la estupidez que has hecho?

—No he dicho eso —vuelvo a quejarme.

—Mejor —sentencia—, porque no te haces una jodida idea de lo cabreado que estoy. —Aprieta los dientes, conteniéndose—. Eres una irresponsable.

—No soy capaz de dormir, ¿vale? —prácticamente lo interrumpo—. Por eso tenía las pastillas.

Una decena de emociones diferentes cruzan demasiado rápido la mirada de Sergio sin dejarme atrapar ninguna. De pronto recuerdo cómo llegó al hospital, cómo me miró, cómo respiró con el alivio más sincero que he sentido jamás al ver que estaba bien, y todo eso relativiza mi enfado.

—Me las había tomado varios días y no habían funcionado. —Mi tono de voz se suaviza—. Esta mañana estaba demasiado nerviosa y pensé que una me tranquilizaría, y después fui tan estúpida de olvidar que la había tomado y bebí.

La idea de que esto es igual de complicado para él resurge con fuerza. Quiero mantenerle la mirada, pero no puedo y acabo bajando la cabeza.

—¿Cuánto hace que no puedes dormir? —inquire, casi susurra, con la voz ronca.

—Hace nueve días.

Desde que tú y yo dormimos juntos por última vez.

Alzo la mirada y ni siquiera sé por qué lo hago. Sergio atrapa mis ojos de inmediato y otra vez, como tantas en realidad, nos quedamos simplemente así, mirándonos. Recordar cosas que perdiste es algo muy peligroso y una señal que el ser humano siempre ignora. Yo, cada vez que tengo a Sergio delante, recuerdo lo que teníamos y creo que por eso ahora me duele hasta mirarlo.

—¿Por qué te comprometiste con Estela?

Necesito escuchar una respuesta. Llevo necesítándolo exactamente los mismos días que llevo sin poder dormir.

Sergio se humedece el labio inferior. Sabe que no hablo de cuando retomó su compromiso. Aquella vez estaba motivada por los celos y ese deseo instintivo de posesión que nos mueve cuando se trata de él y de mí. Estamos hablando de cuando me marché a Barcelona.

—No quiero hablar de eso, Cande.

—Pero yo necesito que lo hagas —prácticamente le suplico.

Me mantiene la mirada, pero no pronuncia palabra alguna.

—Por favor.

—Cande —me reprende.

Lo estoy poniendo entre la espada y la pared al obligarlo a hablar de su vida, lo odia, pero los dos sabemos que justo esa pregunta, justo en este

momento, justo saliendo de mis labios, es más complicada por muchos más motivos.

—Sergio, por favor.

Inspira pesadamente sin levantar sus ojos de mí. Abre la boca dispuesto a decir algo, pero en el último momento la cierra y cabecea, conteniéndose. Yo lo miro tratando de averiguar qué era lo que pensaba decirme y una vez más lo solucionamos con miradas.

—¿Han decidido los señores qué tomarán? —pregunta un camarero impecablemente vestido junto a nuestra mesa.

El autocontrol brilla en los ojos de Sergio y comprendo que, fuera lo que fuese lo que pensase decirme, ya no va a hacerlo.

—Lubina con salsa del chef y patatas gratinas con salvia y romero para los dos —pide.

Yo asiento y le entrego la carta al camarero. Suena delicioso y, aunque no fuera así, tampoco me importaría, la verdad. La comida es lo último en lo que estoy pensando en este instante.

Pasamos el resto de la cena en silencio y una hora después Sergio detiene el coche frente a mi edificio. Ha venido hasta aquí despacio, dejándome disfrutar de Madrid de noche con una suave canción de fondo.

—Buenas noches —me despido en un murmullo, quitándome el cinturón de seguridad.

Al salir del hospital, sólo quería perderlo de vista. Ahora no tengo nada claro que quiera bajarme del vehículo. Creo que voy a volverme loca, como una de esas horribles canciones de desamor o como las exnovias de Julio Iglesias.

¡Sal de aquí, Candela!

—Buenas noches —repito.

Sergio no responde. Mantiene la mirada perdida en mi calle a través de la luna delantera y las manos agarradas con fuerza al volante. Mirándolo, tengo completamente claro que no quiero separarme de él. Suspiro una última vez, bajito, y finalmente salgo del BMW.

Apenas he puesto un pie en el portal cuando oigo un suave ruido a mi espalda. Me giro y veo a Sergio caminar hacia mí con ese aire pijo y macarra a la vez. Lo miro sin saber qué decir o qué hacer o, siendo sinceras, sabiendo esas dos cosas perfectamente, hasta que ya es demasiado tarde y está frente a mí.

—Necesitas dormir y voy a asegurarme de que lo hagas.

Sus ojos azules dominan los míos. No puedo dormir por todo lo que está

pasando, porque él está demasiado lejos. Yo soy su paz e irónicamente, a pesar de todo lo que está sucediendo, él es la mía.

—¿La misma amenaza? —murmuro.

—La misma amenaza —sentencia.

Lo necesito y él me necesita a mí, y las líneas para con el mundo han vuelto a desdibujarse. La amenaza sólo acerca y aleja un montón de preguntas que ninguno de los dos quiere hacerse ahora, y quizá sea mejor así, porque a veces creo que, necesitarse como nos necesitamos nosotros, no puede ser bueno.

Subimos despacio, en silencio, y de la misma manera recorreremos mi piso hasta mi habitación. Por instinto, o por precaución, caminamos hasta colocarnos cada uno a un lado de mi cama. Me quito la chaqueta y la dejo caer junto a mi bolso sobre la silla.

—No quiero que duermas con ese vestido —susurra, y yo me quedo hipnotizada con sus labios—. Quiero que estés cómoda. Ponte el pijama.

Asiento algo aturdida, como si me sacaran de un sueño, y doy un paso hasta rescatar unos pantaloncitos azules y una vieja camiseta de tirantes blanca de debajo de mi almohada. Miro las prendas y después devuelvo mi vista a Sergio. Creo que mi cerebro necesita recalibrarse para decir lo que estoy a punto de decir.

—Date la vuelta —le pido.

Me recorre de arriba abajo con sus ojos azules y asiente una sola vez, con la mirada hambrienta, antes de girarse poco a poco. El movimiento me hace hiperconsciente de cada uno de sus músculos, de lo condenadamente sexy que le caen los pantalones sobre las caderas, de cada doblez de su camisa blanca sobre su antebrazo, de su espalda, de él en mi habitación, a unos pasos de mi cama y de mí.

Tomo aire tratando de tranquilizarme y me obligo a cambiarme de ropa lo más de prisa posible.

—Ya —anuncio terminando de bajarme la camiseta.

Sergio se gira y sus ojos vuelven a posarse en cada centímetro de mi cuerpo. Algo dentro de mí me dice que le parezco más sexy así que con el bonito vestido, porque un pijama es algo íntimo, algo que se queda en una parcela muy pequeña de la vida de una persona, y él ha vuelto a entrar en mi parcela.

—Túmbate —me ordena, y su voz suena más trémula.

Por un momento bajo la cabeza y me muerdo el labio inferior. Sé que suena ridículo porque ya hemos dormido juntos, ya hemos estado justamente aquí,

incluso con menos ropa, pero no puedo evitar sentirme nerviosa.

Doy un paso más hacia la cama y me tumbo de lado, hacia él, sin ni siquiera destaparla. Sergio no levanta sus ojos de mí un solo segundo y todas las sensaciones se intensifican al estar de pie, frente a mí, completamente vestido, mientras yo lo estoy en la cama, tumbada, dejando que su mirada me atrape.

No sé cuánto tiempo pasamos así. Finalmente cierra los puños con fuerza, deja escapar todo el aire de sus pulmones y se vuelve hasta quedarse de cara a la mesita. Se saca la cartera, el móvil y las llaves del bolsillo y los deja sobre la madera, muy concentrado en cada movimiento de sus manos, como si con cada uno de ellos tratara de recuperar el control.

La cama cede cuando se sienta. Se deshace de los zapatos y los calcetines y se tumba a mi lado. Ninguno de los dos dice nada ni tampoco se mueve. Mi mano descansa sobre el colchón junto a mi cadera y la suya, muy cerca de la mía, entre los dos. El ambiente, muy despacio, suavemente, va cargándose de todo lo que somos nosotros, de lo que hemos sentido cada vez que hemos estado en esta cama, en la suya. Nuestras respiraciones se aceleran. Los dos lo sentimos. Es de verdad y es nuestro.

Nuestros dedos se mueven con la misma lentitud, describiendo el adjetivo *tenue*. Se encuentran y las mariposas se despiertan desbocadas. Sergio sigue con la mirada al frente y yo, con la mía perdida en su hombro, pero no importa porque, en mi cama, sobre mi suave colcha de Ikea, el hilo entre los dos se vuelve invencible.

Hace muchas páginas de esta historia os dije que Sergio era mi debilidad, en todos los sentidos, y ahora acabo de comprender que yo soy la suya.

\*\*\*

Me despierto y abro los ojos poco a poco con una sonrisa en los labios. Sí, una sonrisa. Soy plenamente consciente de que debería decir que me desperté cabreadísima y lo eché del colchón con una patada ninja, pero estaría mintiendo, con todas las letras y parte de las del alfabeto chino. Martina me dijo una vez que, cuando tenía cerca a Sergio, perdía todos los sentidos. Probablemente sea verdad, pero es que, luchar contra lo que despierta en mí, es como luchar por nadar a contracorriente en el río Amazonas con una ola gigante dándote en la cara una y otra vez y los pies enredados en ramas; mientras que la alternativa es... la felicidad.



Cierro los ojos, suspiro con suavidad y me acurruco un poco más. Me merezco cinco míseros minutos en los que dejar de nadar y hacerme plácidamente la muerta sobre el agua y dejarme llevar por la corriente. En mi defensa diré que, aunque estoy muy muy cerca, no lo estoy tocando. Se supone que yo ya tengo a alguien contra quien acurrucarme y él ya tiene a alguien a quien tocar. Tuerzo los labios y abro los ojos de golpe. Si pretendía quedarme aquí con la conciencia intacta, ése era el último pensamiento que debería haber tenido.

Me levanto despacio y casi de puntillas voy hasta el baño. Una vez aquí, no sé muy bien para que he entrado. Ah, sí, para respirar y pensar sin que su calor y lo bien que huele me nublen la mente. Ya que estoy, aprovecho para lavarme los dientes.

Cuando salgo, frunzo el ceño al ver la cama vacía. Casi sin pensarlo, voy hasta el salón y algo parecido a un peligroso suspiro de alivio se escapa de mis labios al verlo al otro lado de la barra de la cocina, disfrutando de una taza de café.

Al reparar en mi presencia, se deja caer contra la pared hasta que su cincelada espalda se apoya contra los azulejos y me observa. Simplemente eso, el muy bastardo. Deberían prohibirle mirar.

—Buenos días —lo saludo alzando la barbilla y recobrando toda la dignidad. Él puede parecerse a Alain Delon, pero yo soy Cande Martín, mejor dicho, Candela, y lo tengo todo superado.

Entro en la pequeña cocina, que lo parece mucho más porque él está dentro, y me sirvo una taza de café bajo su atenta mirada.

—¿Qué tal has dormido? —inquire con cierto retintín.

—Bien —respondo sin mirarlo.

Sí, he dormido por primera desde ni se sabe y sin pastillas, pero no pienso agradecerse de ninguna de las maneras. Ayer fue un día demasiado... complicado, y lo que pasó después aquí sólo fue algo que sencillamente nunca debió ocurrir. Nos besamos en la azotea y después nos dormidos con las manos entrelazadas. Fueron dos errores en mayúsculas que nunca van a volver a repetirse.

—Esta noche cenaremos en el Matisse —me anuncia—. No hagas planes.

—No voy a cenar contigo —respondo con una seguridad aplastante.

Marcos, Estela, Rodri, lo mucho que nos odiamos, todas son razones para negarme.

—Entonces es una suerte que tú no tengas nada que decir.

Pero ¿qué demonios?

Me giro hecha una furia. ¿Cómo puede atreverse a decir algo así?

—Sergio —siseo, porque estoy tan cabreada que no soy capaz de formar una frase con sentido.

—¿Qué? —replica sin ningún remordimiento.

—Estás loco si crees que vas a volver a dormir aquí —le anuncio, buscando su mirada y cruzándome de brazos.

Las cosas claras.

Sergio sonrío de esa manera desdeñosa e increíblemente sexy al mismo tiempo y da un paso hacia mí.

—Voy a cuidar de ti —sentencia dominando mis ojos con los suyos—. Me da igual lo difícil que me lo pongas.

Maldita sea, ¿por qué tiene que dársele tan bien conseguir que me tiemblen las rodillas? Lo miro concentrándome en odiarlo, pero, después de lo que ha dicho, de la noche de ayer, de cómo suspiró de puro alivio cuando nuestras miradas se encontraron en el hospital, resulta una misión un poco complicada.

—No es una buena idea —murmuro.

Me habría gustado sonar tan segura como antes, pero no he sido capaz.

Sergio recorre mi cara con la mirada, se detiene un segundo de más en mi boca y vuelve a subir hasta mis ojos.

—En el Matisse a las nueve. —Da la conversación por terminada y, sin esperar respuesta por mi parte, rodea la barra de la cocina y se marcha de mi piso.

Yo suelto el suspiro más largo de la historia de los suspiros largos y apoyo ambas manos sobre la encimera. Va a casarse con Estela, yo estoy con Marcos, me mintió, me hizo demasiado daño. Es una lista muy larga para, simplemente, mirar hacia otro lado.

Como no sé qué hacer —en realidad no es que no sepa qué hacer, que queda muy de damisela en apuros, pero en apuros pequeños, como que Lord Abbey le vio un tobillo en el último baile en casa de los Morganfield, es que no tengo ni puñetera idea, ¿a que ahora si habéis captado mi lucha interior?—, llamo a las chicas y nos vemos en el Vips de Gran Vía para comer tortitas con nata y sirope de chocolate.

—¿Que acabaste en el hospital?! —vocifera Martina, consiguiendo que los clientes del restaurante nos miren como.... Bueno, como nos suelen acabar

mirando en todos los locales.

—Quieres bajar la voz —me quejo mientras ellas me miran enfadadísimas—. Fue un error y una estupidez; en cualquier caso, no lo hice a propósito. No necesito a más personas echándome la bronca.

Mis amigas continúan observándome inmisericordes.

—Dame esas pastillas ahora mismo —me exige Martina.

Sira asiente a su espalda.

Yo refunfuño, resoplo y bufo mientras cojo el bolso y rebusco en él. No me importa lo más mínimo deshacerme de las pastillas, no pienso volver a tomarlas jamás, pero me encantaría que alguien, en algún momento, dejara de reñirme.

—No están —comento buscando más rápido a la vez que frunzo el ceño.

—No me pongas excusas.

—No son excusas, idiota; no están... —Y de pronto una bombilla, que de paso activa mi mecanismo de pura rabia, se enciende en mi cerebro—. Maldito cabronazo, bastardo, capullo, gilipollas... —Creo que hasta blasfemo.

—Eh, eh, eh —me frena Sira—. ¿De quién estás hablando?

—Las tiene Sergio —gruño frustrada y enfadada.

Pero ¿quién demonios se cree que es para hacer y deshacer en mi vida?

—¿Sergio? —preguntan al unísono.

—En el hospital me tocó el médico que más en serio se toma el juramento hipocrático de toda la Comunidad de Madrid y me dijo que no podría marcharme hasta que un adulto responsable viniera a recogerme. Mi primera intención fue dar vuestro nombre, bueno, el tuyo —especifico indicando a Martina. Asiente y Sira, que estaba a punto de hacer lo mismo, al ver que no la he señalado a ella, abre la boca indignadísima—, pero me dijo que una de mis amigas, con las que probablemente había estado bebiendo, no valía.

—Que hombre más sabio —apunta Martina.

Las tres asentimos. No puedo negar que, ahí, dio en el clavo.

—No podía llamar a Rodri —las dos niegan, dándome la razón—, ni a Estela —niegan de nuevo—, ni a Marcos —otra negativa—, así que sólo me quedaba Sergio.

Las dos vuelven a negar, hundiéndome en la miseria.

—Lo llamaste porque te salió de los santos cojones —replica Martina.

—¿Y qué queríais que hiciera?

—Acomodarte, echarte a dormir y esperar a que te dieran el alta porque necesitaran una cama libre. Esto es España, eso habría pasado aproximadamente

en diez minutos, pero no llamar a Sergio —sentencia haciendo hincapié en cada palabra y enmarcándolas con los dos índices.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunta Sira.

—Al principio me miró de una manera... como si viéndome bien pudiese volver a respirar. —Sira se lleva la mano al pecho y las dos ponen morritos y ojitos. Aquí mucho teorizar, pero nos tiene ganadas a las tres—. Pero entonces el médico le dijo lo que había pasado y se cabreó muchísimo. Me amenazó con contarle a Rodri y a Estela lo que había ocurrido si no cenaba y dormía con él.

—¡¿Qué?! —vuelve a gritar Martina.

Yo la miro a ella y todos nos miran a nosotras. Vamos a tener que empezar a cobrar entrada.

—Lo peor es que ha dicho que hoy también tenemos que cenar juntos y dormir juntos porque, por muy difícil que se lo ponga, va a cuidar de mí. No os hacéis una idea de cómo me sentí cuando pronunció esas palabras. ¿Por qué tiene que preocuparse por mí? Eso es lo último que necesito. Yo lo odio y quiero seguir odiándolo y él también me odia a mí. ¡Es que no tiene ningún sentido!

Tomo aire después de soltar semejante parrafada sin hacerlo y me meto un trozo de tortita enorme en la boca. Necesito que las cantidades ingentes de azúcar y chocolate empiecen a hacer efecto.

—Vamos por partes —dice Sira tratando de calmarme—: lo primero es que hay que buscar a ese médico y darle una paliza, es un metomentodo. —Aunque es lo último que quiero, sonrío, y en ese preciso instante me doy cuenta de que lo ha dicho para conseguir precisamente eso—. Segundo: no puedes ir a cenar con Sergio ni podéis volver a dormir juntos. Sé que no pasó nada, pero meterte en una cama con Sergio Herranz y esperar levantarte con las bragas puestas es mucho pedir en cualquier circunstancia, imagínate en la tuya.

—¿En la mía?

—Sí, en la tuya, tarada sentimental —interviene Martina utilizando mi nuevo mote como respuesta.

—¡Tengo una idea! —grita de pronto Sira, levantándose y saliendo disparada.

Las dos la miramos con cara de susto. De verdad que tiene que dejar de tener estos brotes espontáneos de energía.

Regresa más o menos cinco minutos después, en los que yo me he devorado todas mis tortitas y le he robado una porque estoy triste y ella ha sido muy incauta al dejar su plato abandonado.

—Toma —dice tendiéndome una bolsa de papel de la tienda del propio Vips anexa al restaurante—. Te hago entrega de la biblia de las relaciones —añade con ceremonia.

Yo tiro de la bolsa, pero ella, al darse cuenta de que me he comido una de sus tortitas, no la suelta.

—Estoy triste —repito mi excusa en voz alta.

—Cabrona —se queja entrecerrando los ojos y, al fin, me deja coger la bolsa.

Me la coloco en el regazo y la abro curiosa. Son dos libros tamaño bolsillo. Los cojo y leo los títulos moviendo los labios. Son romántico-eróticos. He oído hablar de ellos, más bien de la autora; fue un récord de ventas con su anterior saga de novelas.

—¿La biblia de las relaciones en un libro guarro? —inquiero muy poco convencida.

—Por favor, qué demodé estás —protesta Sira—. A, son dos, y b, te van a enseñar lo que es el amor de verdad. Es la historia de una chica que se enamora del buenorro de su jefe. Tienen una relación. Él es un hijo de la gran puta y la deja porque su madre es lo peor y no la considera suficiente para él, pero él está colado por ella y empiezan una serie de idas y venidas muy destructivas... hasta que ella conoce al amor de su vida, que es cantante de rock y guapísimo y la quiere como te tienen que querer.

Sira y Martina suspiran embelesadas y yo paso los dedos por la cubierta del libro.

—Básicamente te va a servir para identificar a los chicos de los que no hay que enamorarse, y, si te enamoras y sale mal, no volver; para reconocer a los hombres maravillosos, aunque a primera vista no lo parezcan —añade Martina.

Asiento convencidísima. Si hay un libro que te enseñe esa inteligencia sentimental, yo lo quiero.

—Además de mostrarte lo que es una *alvarada*.

—¿Una *alvarada*? —pregunto confusa.

—Sí —responde Sira—. Es cuando un cabronazo hace un gesto absurdamente grandilocuente a destiempo para que la tonta enamorada lo perdone. Como escribir —hace memoria con la mirada fija en el libro— ciento cincuenta y tres *mails* a la chica cuando pudo haberla hecho feliz mucho tiempo antes.

—A mí me parece romántico —confieso. ¡Son ciento cincuenta y tres

*mails!*

—Lee el libro —dice Martina enarcando las cejas y moviéndolo entre mis manos—. Urgentemente.

Terminamos de desayunar y salimos del Vips. Damos un paseo y hacemos tiempo hasta la hora del almuerzo. Nos acercamos a la comisaria de Marcos y comemos con él y su compañero antes de que empiecen el turno. Desde que discutimos, no habíamos vuelto a vernos y, la verdad, prefería tener refuerzos por si la cosa aún seguía un poco tensa. Nos despedimos con un beso y promete llamarme mañana por la mañana para comer juntos (y solos, específica).

Como he dormido como un angelito, he decidido olvidar por qué, cuando las chicas proponen regresar a casa de Martina en taxi y dormir la siesta, yo declino la oferta y me marcho andando a mi piso. Tengo veinte minutos y muchas calles, monumentos y turistas para pensar. No voy a ir al Matisse y tampoco voy a llamar a Sergio para decírselo porque eso implicaría una discusión y que me diga cosas de esas con las que me tiemblan las rodillas.

Al llegar a mi apartamento, me acomodo en el sofá y empiezo a leer los libros que me ha regalado Sira. La tarada sentimental está poniendo los medios para dejar de serlo.

Estoy tan enganchada que, cuando levanto la cabeza del libro y miro mi reloj Casio, son más de las nueve. Me desperezco, me levanto de un salto y me pongo manos a la obra con la cena. Me apetece muchísimo un sándwich.

Estoy subida a la encimera, poniendo en peligro mi integridad física para sacar la sandwichera del mueble más alto e inhóspito de mi cocina, cuando llaman a la puerta. Miro hacia el recibidor y resoplo. Tras gritar un sonoro «voy», me sacudo las manos y me bajo de un salto de la isla. Sigo sacudiéndomelas y pensando que el polvo siempre se va allí donde tú, pobre incauta, piensas que no va a llegar, cuando vuelven a llamar, a lo que yo vuelvo a gritar un «voy» y un segundo después, por fin, abro. Y, chicas, la tarada sentimental nunca va a dejar de serlo, porque en ningún momento he calibrado la posibilidad de que fuera él.

—¿Estás bien? —gruñe.

Frunzo el ceño, observándolo. Lleva una camiseta y unos vaqueros, su auténtica ropa, y, sin embargo, parece que están ahogándolo más de cien trajes italianos.

—¿Qué te pasa? —inquiero yo.

—Contéstame, joder.

—Sí, estoy bien.

Sergio deja escapar todo el aire de sus pulmones y, al ver otra vez el alivio más puro iluminar su mirada, me doy cuenta de que estaba preocupado... por mí.

Una punzada de culpabilidad me atraviesa casi tan rápido como sus ojos se anegan de rabia.

—¿Por qué coño no has aparecido por el restaurante? Me he vuelto loco pensando que... —se interrumpe a sí mismo con una sonrisa sardónica, dura y fugaz, al tiempo que se pasa las manos por el pelo y gira sobre sí mismo—. ¿Te haces una jodida idea de lo preocupado que estaba?

La culpabilidad se hace más grande. Tiene razón.

—Lo siento —me excuso.

—¿Y a mí de qué me vale que lo sientas?

¿Qué?

Abro la boca, furibunda. Me sabe mal que se haya preocupado, pero tampoco puede comportarse así, ni hablarme así.

—No lo sé —le escupo—, pero no me importa lo más mínimo. Lárgate.

Le doy con la puerta en las narices, pero, en lugar de marcharme, no sé por qué, me quedo allí, mirando la madera, con algo parecido a la satisfacción personal.

—Abre —me ordena al otro lado.

—No.

—Cande, abre de una maldita vez —ruge.

Me cruzo de brazos sin poder evitar sonreír notando lo enfadadísimo que está al otro lado y cómo, cada segundo que estamos en esta situación, lo cabrea todavía más. Creo que son mis pequeñas venganzas personales.

—Cande.

Una advertencia en toda regla.

—No voy a abrirte.

No me da la gana. Esto es divertidísimo. De pronto, sin que pueda controlarlo, rompo a reír y, no sé, los planetas deben de alinearse porque, tomándome absolutamente por sorpresa, oigo a Sergio reír suavemente al otro lado.

Incapaz de perderme la maravillosa imagen que tiene que ir con ese gesto, abro la puerta. Sergio me espera con su sonrisa, en realidad debería decir la mía, porque es la que guarda sólo para mí, y todo a nuestro alrededor, pues ya sabéis,

¿no?, deja de existir porque una prueba de su felicidad, aunque sea diminuta, sigue moviendo todo mi mundo.

—¿Has comido?

—No —respondo negando también con la cabeza.

Los tonos beligerantes han desaparecido.

—¿Quieres cenar?

Asiento. Abro la puerta y echo a andar hacia la cocina. Sé que no es de muy buena anfitriona empezar a caminar sin esperar a que el invitado en cuestión haya entrado, pero es que él no es precisamente un invitado, ni yo la Preysler, ya puestos, y ni siquiera tengo claro que esta situación sea la que más nos conviene (dice la que le ha abierto de nuevo la puerta; sí, capto la ironía y el chiste continuo que es mi vida).

Sergio me sigue hasta la cocina y en silencio, llenos de una abrumadora familiaridad, comenzamos a preparar la cena. No intercambiamos palabra, pero tampoco nos hace falta.

Cada uno con un sándwich y una cerveza helada, nos acomodamos en el suelo del salón, con la espalda apoyada en el sofá. Una vieja película de Jack Lemmon y Shirley MacLaine suena bajito en la televisión.

Sergio deja caer la cabeza sobre el cojín del tresillo, levanta las caderas del suelo tensando su cuerpo y se saca un paquete de Marlboro y su Zippo del bolsillo. Es lo mismo que hizo la primera vez que comimos juntos y, como entonces, no puede ser más sexy.

—¿Por qué has venido? —pregunto cuando el humo de su primera calada aún no se ha difuminado.

Me mira como sólo él sabe hacerlo y, en lugar de contestarme, me tiende el cigarrillo. Yo me quedo observando el pitillo, decidiendo si puedo permitirme o no esa muestra de intimidad. Sé que suena un poco tonto, pero siempre he pensado que son ese tipo de gestos pequeños los que definen a dos personas. Un amigo no te daría un beso para aplacar tu enfado en una discusión cuando sabe que no tiene razón y un tío con el que sólo te acuestas no te prestaría su chaqueta para protegerte del frío. ¿Me pregunto en qué cajón entra compartir un cigarrillo mientras los ojos más bonitos del universo te miran?

—¿Por qué no has ido al restaurante? —plantea por respuesta.

Esa pregunta enciende un recuerdo. Sonrío y decido salirme por la tangente.

—Eso fue lo que yo te pregunté la primera vez que comimos aquí.

Sus labios se estiran suavemente hasta formar una tenue sonrisa muy sexy,



el perfecto escondite para una mayor.

—Parece que con el Matisse nunca se sabe.

Sus ojos atrapan los míos, pero de inmediato aparto la mirada concentrándola en Jack Lemmon vestido de gendarme, preguntándole a Irma si conoce a Monsieur Patou. Actualmente es un lugar mucho más seguro para mí.

Sergio continúa observándome unos segundos más, creo que discerniendo algo, y es precisamente esa idea, el que él le esté dando vueltas a algún pensamiento, lo que provoca que yo también lo haga y empiece a pensar en nosotros dos, aquí, en mi piso, comiendo juntos, viendo una peli. Recuerdo lo que teníamos y todo lo que perdí.

—¿Tan difícil sería que volviésemos a ser amigos? —pregunto de pronto, girándome hacia él, poniéndole voz a mis ideas.

Sergio me mira en silencio. No lo hace porque dude, nunca lo hace porque dude, más bien es todo lo contrario. Tiene clarísima la respuesta y se está preguntando si no soy demasiado ingenua para aceptarla.

—¿De verdad quieres que seamos amigos?

*Touché.* Aunque en mi defensa diré que soy más bien inocentilla que ingenua.

—No —respondo sincera.

Sergio inspira pesadamente y deja escapar todo el aire de sus pulmones controlado, sin levantar sus ojos de mí.

—Ya dejamos claro una vez que ser amigos, con nosotros, no funciona —sentencia con la voz ronca.

—Esa vez dejamos claro muchas cosas, ¿no crees? —Y aunque no quiero, no puedo evitar sonar dolida.

—Cande...

Odio los «Cande», los «Cande» nunca traen nada bueno.

—¿Por qué te comprometiste con Estela?

Sé cómo va a acabar esta noche. Sé que vamos a gritarnos, a decir cuánto nos odiamos, que me iré a mi cuarto llorando y que él se marchará en silencio, así que por qué no ahorramos a los dos la agonía e ir directamente al grano.

Sergio me mira, pero vuelve a guardar silencio y yo empiezo a cansarme de que me vea como una cría. Después de todo lo que hemos pasado, no me lo merezco.

—No soy ninguna niña, Sergio, por mucho que tú te hayas empeñado en dar por hecho lo contrario. Sea cual sea la respuesta, puedo escucharla.

Él sigue callado. Jack Lemmon y Shirley MacLaine bailan un tema cantado en francés. Lo contemplo, me parece que casi le suplico con la mirada, pero ha tomado una decisión y francamente creo que yo debería empezar a ser consecuente con las mías.

—Márchate cuando termines —murmuro levantándome.

Sergio resopla con la vista al frente mientras yo me dirijo a mi habitación tratando de digerir toda la rabia, la tristeza. Las chicas tienen razón. Esto no va a llevarme a nada bueno. Tengo que alejarme de Sergio de una vez por todas. Sólo dije lo de Barcelona en la comida porque necesitaba una salida, pero empiezo a pensar que de verdad debería largarme y comenzar, esta vez en serio, una nueva vida.

Le oigo moverse, sus pasos por el salón, y contengo el aliento porque en mitad de todo este sinsentido también me duele que se vaya.

Pero no lo hace. Aparece, con el paso seguro, las manos en los bolsillos de los vaqueros y su actitud de perdonavidas, bajo el umbral de la puerta de mi cuarto.

—No quiero hacerte daño —dice mirándome tan a los ojos que duele.

—Es un poco tarde para eso.

Sergio traga saliva y asiente bajando los ojos. Mi corazón me suplica que corra a abrazarlo, a consolarlo. Definitivamente hay algo que no funciona con mi estúpido corazón. Me contengo porque quiero, y porque en algún momento tengo que aprender y porque estoy demasiado enfadada y porque, para bien o para mal, necesito que hable, que me diga por qué tomó las decisiones que tomó.

—Me comprometí con Estela porque me rendí.

Me quedo muy quieta, sin ser capaz de decir una sola palabra.

—Cuando te marchaste a Barcelona, todo cambió para mí —continúa en un susurro, como si cada palabra que pronuncia fuera una lucha para él. El desahucio se apodera de sus ojos azules y me doy cuenta de cuánto le duele—. Las cosas que antes me parecían tan importantes, de pronto ya no significaban nada porque te había perdido, así que me rendí contra lo que llevaba luchando desde hacía demasiados años, y cedí a lo que mi madre quería de mí: una boda con alguien que ella considerase al nivel, mudarme a La Finca, seguir en el trabajo, convertirme en alguien como ellos. No me importó, ni siquiera me dolió, porque ya no te tenía a ti. Estaba como anestesiado, Cande. Ya no era capaz de sentir nada. Estela, simplemente, estuvo en el momento adecuado en el lugar adecuado.

Cabecea como si recordase un instante en concreto.

—Una parte de mí se arrepintió en el mismo momento en el que dijo que sí —sentencia con toda esa seguridad, pero también con toda esa rabia—, pero una aún mayor no paraba de gritarme que así, por lo menos, podría protegerte de ella, aunque no volviese a verte. Entonces regresaste y sólo necesite un maldito segundo para darme cuenta de que había cometido el mayor error de toda mi condenada vida.

El silencio vuelve a invadir el ambiente. La mente me va a mil kilómetros por hora. ¿Por qué tuvo que dejar de luchar? ¿Por qué tuve que marcharme? ¿Por qué tuvo que alejarme? Otra vez sólo quiero correr y tirarme entre sus brazos, pero ahora no sólo quiero consolarlo a él, quiero que él me consuele a mí.

—Ojalá no te hubieras equivocado —murmuro, aguantando mis pies en el sitio, rezando porque mi corazón deje de latir así de rápido.

—Daría todo lo que tengo para poder cambiarlo, Cande. —Sueno igual de desesperado que yo, igual de dolido.

—Por favor, vete —le pido con la voz tomada por las lágrimas. No puedo más.

Sergio niega con la cabeza.

—No —sentencia—. Te prometí que cuidaría de ti y pienso hacerlo.

Camina hacia el interior de la habitación y nos deja frente a frente, separados sólo por la cama. Voy a abrir la boca dispuesta a pedirle otra vez que se vaya, pero en el último segundo mi cerebro, mi boca, mi cuerpo, yo misma, quién sabe, se niegan a colaborar. ¿Habéis sentido alguna vez que lo que queréis hacer y lo que debéis hacer no encajan de ninguna manera? ¿Habéis tenido la certeza absoluta de que lo que deseas te hará daño pero, aun así, no puedes evitarlo porque es lo único capaz de hacerte feliz? Si es un sí, bienvenidas a mi club. La verdad es que no lo fundé yo, probablemente fuera uno de esos semidioses condenados a desear algo que les hiciera terminar sosteniendo la Tierra por toda la eternidad o atados a un poste con un águila sobrevolándolos, pero, desde luego, soy socia de honor, de esas de carnet dorado.

—Date la vuelta —le pido.

Y mi voz no suena como debería sonar, ni él me mira como debería mirarme, y de pronto la habitación parece medir apenas dos centímetros, y uno y medio es de cama. Sergio se gira despacio, a regañadientes, dejando otra vez que toda esa masculina rabia mezclada con su todavía más masculina arrogancia lo inunde todo.

Saco el pijama de debajo de la almohada. Me quito los vaqueros lentamente, como si mis manos se negaran a hacerlo más de prisa y, en lugar de cubrirme con el pantaloncito azul, me quito la camiseta con la misma lentitud, sintiendo cómo el corazón va a escapármese del pecho, cómo mi respiración es un caos, cómo la suya se acelera.

Sergio baja la cabeza y la gira sólo un poco, como si él también estuviese luchando por lo contrario, pero tampoco lograrse llegar a tierra firme. Con la camiseta en las manos, dejo caer mis brazos juntos a los costados y los dos nos concedemos esa especie de respiro en el que dejo que me mire y que el hilo que nos une se tiña de un deseo primitivo y voraz.

Un flash de sentido común regresa con el nombre de Marcos y el de Estela. Me pongo el pijama a la velocidad de la luz, destapo la cama y me meto en ella, cubriéndome hasta las orejas y acurrucándome de cara a la pared. Mis movimientos, ágiles como los de un gato, despiertan a Sergio, que se saca todo lo inimaginable de los bolsillos: cartera, dinero suelto, llaves, móvil, lo deja sobre la mesita y se tumba en el colchón. Sobre las sábanas, bocarriba.

Apago la luz de un manotazo y el silencio absoluto se cuelga entre los dos mientras la plaza del Mercado y el teatro de La Latina nos iluminan en la distancia. Por un momento me preocupa que pueda oír mis latidos aún desbocados o la zona entre mis piernas haciendo chispitas de pura pasión. Es un error. Dormir juntos es un error. Hablar es un error. Compartir continente es un error. Pero, por muy cansada que esté de parecer la protagonista de una película muy mala sobre amoríos indebidos, sigue siendo Sergio y lo quiero tanto como lo odio.

La tarada sentimental está al mando.

## Sergio

Son las cinco y media. No es que tenga la capacidad innata de discernir la hora, se trata de que llevo mirando el reloj en intervalos de cinco minutos, diciéndome «capullo, está dormida. Sal de aquí y vete a casa». Pero siempre encuentro la respuesta perfecta para quedarme, en realidad son variaciones de la misma premisa: no me sale de los cojones. Me llevo el pulgar y el índice a las sienes, tapándome los ojos con la palma de la mano. Me estoy comportando como un niño de mierda.

Me obligo a levantarme porque sí, porque soy adulto, porque esto está mal, porque esa cría de veintidós años me hace bajar la guardia sin ni siquiera proponérselo, porque le pedí que se casara conmigo y eligió a ese gilipollas. Aprieto los dientes. La rabia está bien. La rabia no va a meterme en líos o, por lo menos, no en tantos. Es esto lo que quiero sentir. Resoplo. En realidad querría no sentir nada, pero hace mucho que aprendí que, en lo referente a Cande, eso resulta imposible.

Ella murmura algo en sueños y se gira abriendo los brazos sobre la cama, destapándose, consiguiendo que su pelo castaño se esparza por la almohada y esa preciosa cara, sus labios, queden a la vista.

Me voy porque tengo demasiado claro que, si paso un segundo más en este colchón, acabaré abrazándola, besándola, follándomela y, aunque podría dar un sinfín de explicaciones a por qué quiero hacer precisamente eso, todas serían variaciones también de una misma premisa: porque la quiero.

Recojo mis cosas de la mesita, me enciendo un cigarrillo cuando recupero mi tabaco y el Zippo del salón y me marcho. Por lo menos, he conseguido que duerma y he mantenido la polla dentro de los pantalones. Para mí esta noche, ¿quién me lo iba a decir?, entra dentro de lo que considero un triunfo. Bendito autocontrol.

Me doy una ducha, me preparo un café y decido hacer tiempo, hasta la hora de marcharme a la oficina, leyendo. Si fuera uno de esos tíos saludables, habría salido a correr, pero esos rollos del deporte no van conmigo. Quieres hacer esfuerzo físico, folla. Más simple, imposible.

Cojo *El gran Gatsby* y me acomodo en el sofá. He debido de leer este libro algo así como un millón de veces. Es mi novela favorita. Pero recuerdo con una exactitud casi diabólica cuando estaba leyéndolo en este mismo sofá y ella dijo que quería hacer galletas. Al oírla mencionar precisamente ese recuerdo en mi coche después de recogerla porque me llamó por error, me pareció que el karma quería devolverme muchas cosas con sus palabras. Claro que me acuerdo de ese día, lo recuerdo tan jodidamente nítido que duele y lo hago por algo simple y complicado a la vez. Hay días que te cambian la vida y ni siquiera sabes por qué. Ése fue uno de ellos.

A las siete y media salgo de mi piso, me monto en el BMW y voy mucho más rápido de lo que la prudencia dicta hasta la Torre Picasso. Estoy incómodo, malhumorado también, pero, siendo sinceros, eso ya no es ninguna novedad.

Entro en mi despacho y empiezo con el papeleo de todos los días: contratos, recursos, altas, bajas, pero, si normalmente me importa bastante poco todo lo que ocurra en Javier Freirá y Asociados, hoy me preocupa mucho menos. Pierdo la cuenta de cuántas veces miro hacia la mesa de Cande para comprobar si ya ha llegado y, cuando a las nueve y cincuenta y siete de la mañana doy un respingo al oír el ascensor, comprendo que, si quiero ir a buscarla, tengo que ir a buscarla, pero tengo que dejar de hacer el gilipollas ya. Además, ¿quién se cree que es? Llega una hora tarde.

Me levanto de un salto y, sin molestarme en dar una sola explicación, me dirijo al elevador. Estoy esperando impaciente cuando las puertas al fin se abren. Espero aún más malhumorado a que se bajen todos y por fin entro.

—Sergio —me llaman.

Me giro y veo a Rodri impidiendo que la puerta se cierre. Ni siquiera me había percatado de que estaba entre las personas que habían salido del interior del cubículo. Su móvil empieza a sonar.

—Tengo prisa. En cuanto vuelva, me paso por tu despacho —contesto.

Ahora, desbloquea la maldita puerta. Tengo prisa. Mucha. Joder.

Él asiente y retira la mano al tiempo que se lleva el *smartphone* a la oreja.

—¿Qué pasa, enana? —descuelga.

Al percibir cómo la llama, alzo la cabeza y, cuando su expresión cambia en

una milésima de segundo, salgo del ascensor como alma que lleva el diablo.

—Can... Can... —trata de llamarla sin conseguirlo porque ella no deja de hablar nerviosísima al otro lado—. Cande, tranquilízate —le pide alzando suavemente la mano.

¿Qué coño ha ocurrido? Cierro la mano en un puño con rabia, conteniéndome por no quitarle el móvil de un zarpazo.

—Tranquilízate —repite—. Estaré allí en veinte minutos. ¡Joder! —exclama en cuanto cuelga.

—¿Qué ha pasado?

Habla. Ya.

—Cande está llorando. Está en el piso de nuestros padres. Uno de los vecinos la ha llamado. Estela ha empezado con las reformas y prácticamente ha echado la casa abajo. Maldita sea, le advertí que tenía que explicárselo antes a Cande —continúa marcando un nuevo número en su BlackBerry y llevándosela al oído—. Tenía que darle tiempo para que recogiera lo que quisiera de allí, poder despedirse —dice como si esa palabra en referencia a una casa le resultara extraña, pero entendiendo perfectamente lo que significa para su hermana pequeña—. No contesta.

Aprieto los dientes. Estela no va a salirse con la suya. Si no fuera imposible, diría que de verdad odia a Cande. Si no, ¿qué puto sentido tiene lo que está haciendo con la casa?

—Tengo que ir a verla —digo sin pensar.

—Me parece bien. Yo iré a ver a Cande —añade Rodri.

Y entonces me hago consciente de lo que he dicho y de que con «verla», Rodri ha dado por supuesto que me refería a Estela. No me molesto en sacarlo de su error. Ya me preocuparé de qué contarle cuando me vea con Cande, porque voy a ir. No pienso dejarla sola.

¿Cuánto va a tardar el puto ascensor? La luz azul se ilumina. Ya está en planta. Me paso las manos, impaciente, por el pelo.

—Señor Martín —lo llama la secretaria de Paula a nuestra espalda—, lo esperan para dar comienzo a la reunión.

Rodri tuerce el gesto.

—Me ha surgido un asunto personal —responde profesional—. Deberemos retrasarla.

—El señor Freirá coge esta tarde un avión a Zúrich —le recuerda.

—Joder —murmura entre dientes.

—Vete a la reunión —intervengo, sólo por poder largarme ya de aquí. Necesito verla—. Yo me ocupo de Cande.

—¿Seguro? —inquire desconfiado—. No parecéis llevaros muy bien.

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Aquí, mi amigo, es un lince estudiando el comportamiento humano.

—Sí, seguro —contesto malhumorado.

Sin esperar respuesta por su parte, entro en el ascensor. Cruzo el vestíbulo como una exhalación y, al volante del BMW, me salto más de una señal. Tengo que calmarme, pero no puedo. Sé cuánto significa esa casa para Cande.

Dejo el coche en la misma calle de la casa de sus padres, en un sitio en el que ni siquiera estoy del todo seguro de que se pueda aparcar, pero me importa una mierda. Subo de prisa, volando por los tramos de escalera hasta llegar a la quinta planta. En el inmenso rellano de mármol blanco me reciben un chico de unos veintimuchos vestido de traje y corbata, imagino que es el aparejador, y a su lado un albañil orondo con un mono azul immaculado, obviamente el jefe de obra.

—La obra se ha acabado —sentencio acercándome—. Lárguense.

Los dos me miran con cara de susto. No se hacen una idea de la poca paciencia que pienso tener con ellos.

—¿Quién es usted? —pregunta el más joven.

—Sergio Herranz, el abogado de la familia Martín, y, en lo que a ti concierne, el tío que os va a coser a demandas si no os largáis de aquí ya.

—Pe-pero... pe-pero... —tartamudea.

—Fuera —rujo, y no levanto la voz porque no lo necesito. Si tengo que volver a repetirlo, me voy a liar a hostias.

Se miran, asienten y, tras avisar a los albañiles del interior de la casa a voz en grito, todos se marchan.

En cuanto pongo un pie en la casa, la rabia se hace más latente. Prácticamente no queda una pared en pie. Entre los escombros de los muros rotos, pueden distinguirse trozos de marcos, de pequeños adornos. No han salvado nada.

Camino con cuidado, con los trozos de ladrillo crujiendo bajo mis zapatos. Dejo a un lado el salón y la cocina y enfilo lo que antes era el pasillo. No tardo en encontrarme con lo que parece que era la habitación principal. Entro y entonces la veo. Joder, la veo y creo que nunca había estado tan enfadado, que nunca me había sentido tan impotente.



Cande está en el centro del que era el dormitorio de sus padres, con la cara llena de lágrimas y los ojos enrojecidos, rodeada de escombros y muebles hechos añicos, bañada por la luz del sol que entra en forma de halos amarillos y naranjas, como en una de esas fotografías de los atardeceres de verano. No se mueve salvo por los rítmicos sollozos que agitan su cuerpo, pero incluso ese gesto es tenue, como si la tristeza pesara demasiado para dejarla escapar. Tiene algo en la mano, un trozo de tela morado. No distingo qué es.

Yo tampoco me muevo, porque no sé qué hacer. Quiero consolarla, pero no sé cómo. No queda nada en pie. Éste era el último recuerdo de sus padres y está completamente destruido. Ella está destrozada y yo daría todo lo que tengo sencillamente por hacer que se sintiera mejor.

—Cande —la llamo.

Estoy seguro de que no sabía que estaba aquí, pero no se sorprende al oírme.

—Cande, vámonos.

Sólo quiero alejarla de todo esto. Abrazarla. Llevarla a cualquier otro lugar.

—No queda nada —murmura, y creo que el corazón se me rompe un poco más—. Ésta era su habitación. Cuando era pequeña y vivía en esta casa con Rodri, a veces estaba muy triste, mucho. Venía aquí y me encerraba en el armario. Los vestidos de mi madre seguían colgados y olía a ella... y ahora ya no queda nada. —Por inercia aprieta lo que lleva en la mano y me doy cuenta de que es uno de esos vestidos.

—Lo siento —susurro.

Un sollozo atraviesa su cuerpo y su respiración y una nueva oleada de lágrimas bañan su cara en el mismo silencio.

No lo dudo. No quiero. Cubro los pocos pasos que nos separan, la cojo de la muñeca, tiro de ella y la estrecho contra mi cuerpo. Cande no dice nada. Solloza de nuevo y hunde la cara en mi hombro, agarrándose con fuerza mientras mis brazos la rodean, la aprietan contra mí. Quiero llevarme cada lágrima. Joder, quiero poder dar marcha atrás, evitarle todo esto de la manera que sea. Quiero que sea feliz.

Pisadas en los escombros me avisan de que alguien se acerca. Si es alguno de los obreros, juro por Dios que lo mato con mis propias manos. Las pisadas se hacen más suaves hasta detenerse y empiezan otra vez. Apenas unos segundos

después, Rodri aparece en la habitación con los ojos llenos de lágrimas y la cara blanca. Es obvio que a él también le duele y era obvio también que no iba a quedarse en una reunión imaginando cómo estaría Cande.

Nuestras miradas se encuentran y él aprieta los labios al tiempo que se encoge de hombros y contempla su alrededor sin poder creerse nada de lo que está pasando. Al volver a fijar la vista en nosotros, sus ojos se posan en su hermana y una lágrima de las que luchaba por contener cae definitivamente.

—Ey, peque —la llama con la voz tomada, acercándose a nosotros.

Cande no dice nada, ni siquiera se mueve.

Rodri da un paso más y pone su mano en su espalda. Cande reacciona instintivamente y se aferra más a mí. El corazón me late con tanta fuerza que me duele. No quiere separarse de mí ni yo de ella y, en mitad de toda esta situación, me siento invencible. Cande me necesita y yo no necesito nada más para enfrentarme a cualquier cosa.

Pierdo mi mano en su pelo y me inclino hasta que mis labios se encuentran con su mejilla.

—Es Rodri —susurro.

Ella levanta su preciosa cara sin separarse de mí y me mira con sus enormes ojos marrones. Le sonrío, un gesto débil que en el fondo no engaña a nadie, porque necesito reconfortarla. Ella me mira un segundo más, como si quisiese decirme muchas cosas, y finalmente se separa. No quito mi mano de su cintura, no quiero, y mis dedos van deslizándose por su piel mientras ella se aleja. Antes habría sido tan estúpido de preocuparme de lo que Rodri pensara al vernos; ya no me importa lo más mínimo y mucho menos hoy.

—Lo siento, peque —se disculpa Rodri.

Cande no responde. Sólo se tira entre sus brazos y se deja abrazar. La rabia pesa un poco más. La impotencia pesa un poco más.

—Me la llevo a casa —me dice acariciándole dulcemente el pelo.

Yo asiento. Es lo mejor. Estar aquí no le hace ningún bien.

Los observo marcharse sin poder dejar de pensar cuánto lo siento y de pronto me doy cuenta de que no quiero sentirlo. Quiero buscar al maldito jefe de obra y partirle la cara. Quiero volver a levantar estas malditas paredes. Quiero hacer que Cande recupere el último recuerdo de sus padres.

Me paso las manos por el pelo casi desesperado y algo metálico llama mi atención entre los escombros. Sin ni siquiera pensarlo, me arrodillo y comienzo a apartar trozos de ladrillo y piedra con rabia, con fuerza, hasta que ese brillo

metálico toma la forma de un collar. Lo limpio con los dedos y distingo el dibujo de un pequeño pájaro. Debía de ser de la madre de Cande.

Me levanto veloz con una idea demasiado clara en la cabeza. Cojo una caja polvorienta, la vuelco para vaciarla de cables y alargadores y meto dentro el collar. Vuelvo a la habitación y sigo levantando ladrillos, trozos de mueble, de pared. Lo hago por toda la casa, rescatando todo lo que aún está entero: unas fotografías, una pequeña figurita que debe de haber sobrevivido de milagro, unas cartas en sus sobres, una camiseta. Sólo quiero devolverle una parte de sus recuerdos, aunque sea minúscula. Puede que haya perdido esta casa, pero no voy a dejar que crea que lo ha perdido todo.

Al mover una pila de trozos de madera de caoba astillada, encuentro un disco de Los Secretos. La funda está raída, descolorida y rota por demasiados lados, pero sorprendentemente el vinilo está intacto.

Cuando salgo de la casa, no tengo ni la más remota idea de cuántas horas han pasado. Me sacudo el polvo de las manos, pero no malgasto el tiempo en hacerlo del resto del cuerpo. Meto la caja en el BMW y voy hasta La Latina.

También pierdo la cuenta de las veces que llamo a su puerta, nervioso, impaciente. Soy plenamente consciente de que Rodri podría habérsela llevado a su casa o haberla dejado con las chicas, pero sé que está aquí, todo mi cuerpo lo sabe.

Oigo el pestillo abrirse y un segundo después Cande está al otro lado. Quiero dejar caer la caja y abrazarla. Quiero hacerle muchas cosas en realidad, porque la cabeza me va a mil por hora y la quiero y la deseo. Sé que muchas personas se sientan y hablan de cómo se sienten, pero yo no puedo o no quiero o no sé; resoplo mentalmente tratando de frenarme a mí mismo, de poner orden, pero eso tampoco puedo hacerlo, tampoco quiero o tampoco sé. Sólo quiero tocarla para demostrarle cuánto me importa, besarla, acariciarla. Demasiadas mujeres me han gritado que era incapaz de comunicarme. Cande fue la primera en darse cuenta de que lo hacía a través del sexo y así, sin que nadie me avisara, tiró mi propia muralla.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sacándome de mi ensoñación—. ¿Qué te ha pasado? —añade rápidamente al reparar en mi ropa sucia y cubierta de polvo.

—Toma —digo ofreciéndole la caja.

Cande la mira con el ceño fruncido, pero su gesto cambia y el dolor que sabía que sentía se acomoda para dejar espacio a algo más.

—Sé que no es prácticamente nada —continúo—, pero... pero no quiero

que tú te rindas.

Yo ya cometí la estupidez de rendirme una vez y no voy a dejar que ella pase por eso. Cande alza la mirada y busca la mía, reconociendo cada una de las palabras que no pronuncio. Vuelve a perder sus ojos en cada objeto, recorriéndolos sin tocar ninguno, como si creyese que pueden romperse en pedazos. Gira sobre sus pasos y, despacio, echa a andar hacia el salón con la vista clavada en la caja. Yo entro, cierro la puerta tras de mí y me apoyo en la madera sin levantar mis ojos de ella.

Se detiene en mitad de la estancia y otra vez se queda muy quieta, pensando, y sé exactamente en qué, porque yo también lo hago. El amor y el odio. Quien dijo que eran las dos caras de una misma moneda, estaba pensando en nosotros y tendría que haber añadido que da igual cuánto creas que el odio pesa, porque al final son como David y Goliat. A Cupido tendrían que pintarlo con una puta honda.

Cande deja la caja con lentitud. Me separo de la puerta sólo un paso, recorriéndola con la mirada, recordando cuántas veces lo he hecho, todo lo que he sentido golpeándome cada parte de mi cuerpo cada una de esas ocasiones.

Ella se gira y, sin pensarlo, con la frescura de la cría que adoro que sea, echa a correr y yo me como el pasillo a zancadas. Salta sobre mí, la acomodo en mi regazo, ella rodea mi cintura con sus piernas y yo la estrecho contra mi cuerpo porque la echo demasiado de menos, porque estoy muerto de miedo desde que me llamaron del hospital, porque hoy la he visto llorar y no lo soporto. Porque la quiero, joder. La quiero tanto que ya no hay sitio para nada más.

—Nena —susurro y, hundiendo mi mano en su pelo, la beso con fuerza mientras la llevo contra la pared.

Nos acoplamos aún más, mejor, y el beso se traduce en todo lo que sentimos, en lo difícil que se ha vuelto una historia que tendría que haber sido muy sencilla porque desde la primera vez que la toqué supe que ella era diferente, especial, aunque fui tan estúpido de no entenderlo.

Me separo apenas unos centímetros porque quiero mirarla, pero el deseo y el hambre pesan mucho más y vuelvo a besarla, a devorarla, con todas las jodidas letras. Hace mucho tiempo que todo lo que no sea ella dejó de tener sentido para mí.

El hilo se hace más fuerte. La música salta. Y los dos nos damos cuenta en el mismo instante de que no tenemos ninguna posibilidad de escapar de esto.

Nos dejo caer sobre la cama sin dejar de besarnos. La desnudo despacio y,

joder, cada maldito centímetro de mi vida vuelve a encajar en el lugar correcto. Es como estar en mitad del ojo de un huracán, como saltar de la azotea del edificio más alto, como agarrar entre los dedos lo único que puede hacerte feliz.

Gime cuando mis manos acarician sus costados desnudos, cuando bajo un poco más y desabrocho botón a botón sus vaqueros, cuando me deshago de ellos. Alzo la mirada y la observo debajo de mí, flanqueada por mis brazos, completamente desnuda. Inocente, dulce, sexy, valiente, entregándose por completo, confiando en mí. Durante treinta y un años he sido un completo gilipollas dando por sentado que la confianza no era importante, que sólo era un arma que usar en contra de otro o que podían usar contra mí. Cande también tumbó esa barrera. Las derribó todas, joder, y me dejó al descubierto, con el alma en una mano y la polla en la otra. Sé que no suena muy poético, pero es la pura verdad. Nunca había tenido tantas ganas de escuchar a una chica correrse entre mis brazos y sonreír después debajo de mí.

—Te necesito —susurra.

Y sus ojos marrones graban la palabra *mía* a fuego en los dos.

El deseo y el amor lo arrasan todo y la beso otra vez mientras me deshago de mi ropa a toda velocidad y la embisto con fuerza. Un gemido se evapora en nuestros labios y juro que todo gira a mi alrededor. Salgo y entro otra vez y otra y otra. Quiero ser dulce, pausado, calmado, pero no puedo. No puedo ser ninguna de esas cosas con ella, porque es como un oasis en mitad de un puto desierto, porque me siento vacío si no la toco, porque ella es la única que cree que hay un Sergio mejor, porque me enseñó que el amor real existía, porque mueve mi maldito mundo.

Acelero el ritmo. Ella se derrite entre mis brazos. Yo lo hago con ella. No quiero que se acabe. Estrello mi boca contra la suya buscando consuelo, echándola de menos incluso ahora.

Es una locura.

Es nuestra locura.

—Sergio —gime contra mis labios.

Su cuerpo se arquea bajo el mío, echa la cabeza hacia atrás y empieza a temblar suavemente. Estos días han sido un auténtico infierno. Cande me hace ser mejor. Me completa. La quiero.

—Te quiero.

Y mis palabras se quedan suspendidas en el aire mientras un orgasmo nos arrasa, nos consume a ambos y llena de gemidos, de jadeos, de promesas mal

susurradas el ambiente entre los dos. *Una décima de segundo* sigue sonando, porque el amor entre los dos se transforma en música.

Dejo caer mi frente contra la suya y nuestros alientos se entremezclan desordenados en los escasos centímetros que separan nuestros labios. Mis antebrazos sostienen mi cuerpo y la punta de mis dedos se pierde en su pelo esparcido por la cama. El corazón me late de prisa, pero yo sólo siento paz.

Sin embargo, esa sensación se rompe demasiado pronto. Cande se mueve debajo de mí. Busco su mirada y la atrapo, un solo segundo, lo suficiente como para ver demasiadas emociones en ella: está abrumada, triste. Está enfadada. Avergonzada.

Serpentea bajo mi cuerpo, se baja de la cama y coge su ropa a toda velocidad. Reacciono rápido. Pongo los pies en el suelo y rescato mis vaqueros. Cande sale disparada de la habitación y yo la sigo, descalzo, sin camiseta.

## Cande

Me atrapa en el pasillo. Yo me revuelvo tratando de huir, pero esta lucha de fuerzas es demasiado desigual.

—Cande —me llama tratando de tranquilizarme, pero yo no puedo escucharlo.

—Déjame —le pido procurando zafarme de sus manos.

Sergio tampoco parece querer escucharme a mí.

Me lleva contra la pared y me aprisiona con sus caderas, sosteniendo mis muñecas con sus manos contra el muro, y yo me siento demasiado mal, demasiado culpable, demasiado avergonzada, demasiado todo. No puedo más.

—Escúchame...

—Por favor, no vuelvas a tocarme —lo interrumpo, y no se lo estoy advirtiendo, no lo estoy gritando, se lo estoy suplicando, llorando. Estoy destrozada. Me siento perdida y sola y lo peor es que sé que no podré decirle que no si vuelve—. Por favor, si es verdad que me quieres, no vuelvas.

Una decena de emociones diferentes cruzan su mirada, pero es el desahucio más absoluto el que se hace con ella.

Rompo a llorar. Me siento como la peor persona del planeta. Sergio chasquea la lengua contra el paladar, me suelta y en el mismo segundo tira de mí y me abraza con fuerza, exactamente como hizo en la casa derruida de mis padres. Yo intento empujarlo, separarme, pero al final me rindo y dejo que me abrace porque resulta que sus abrazos, como sus besos, como sus «te quiero», son los únicos que me sirven.

Sergio me separa con suavidad y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Voy a arreglarlo —dice con una seguridad todavía mayor de la que lo ha rodeado cada minuto de cada día desde que lo conozco. Me pierdo en esa sensación, en sus ojos azules—, y voy a hacerlo porque nada, nunca, ha sido tan de verdad.

Me mira un segundo más, como si intentara memorizar cada rasgo de mi cara, y sale de mi piso sin mirar atrás.

Yo me quedo observando la puerta sin tener la más remota idea de qué hacer. Yo no soy así. Marcos no se merece que lo engañe y no me importa cómo sea Estela, cómo sea nuestra relación, porque no se trata de ella, se trata de mí, de si soy capaz de acostarme con el prometido de mi hermana y mirarla a los ojos... pero es Sergio, mi Sergio, mi debilidad, el mismo hombre que juró y perjuró que no creía en el amor, pero que se ha pasado horas rebuscando entre escombros para acercarme de nuevo a mis padres. Me apoyo contra la pared y me echo a llorar tapándome los ojos con las manos. Lo quiero. A pesar de todo lo que ha pasado, ésa es la única idea que sobrevive.

Estoy tan perdida que me da demasiado miedo no encontrar el camino de vuelta a casa.

Son casi las once, pero no tengo ni hambre ni sueño. Sujeto una cerveza entre las manos ya demasiado caliente para bebérmela. Creo que sólo la cogí por moverme hacia algún punto de mi casa y dejar de lamentarme en el rellano para hacerlo como Dios manda en el sofá.

No quiero rememorar nada de lo que ha pasado, pero es una tarea demasiado complicada porque eran las manos de Sergio, eran sus labios, su voz diciendo que me quería. Me levanto de un salto del sofá y dejo el botellín tibio sobre la mesita de centro. Creo que estoy empezando a tener superpoderes y he sido capaz de trasladarme en el tiempo y el espacio al momento exacto en el que me ha mirado de tal modo a los ojos que me parece que ha podido verme el alma.

Resoplo y me llevo las manos a las caderas. Tengo que olvidarme de lo que ha pasado. Tengo que poner un gigantesco punto y aparte en mi vida.

—Tengo que irme a Barcelona —murmuro. No quiero, pero nunca he tenido tan claro qué es lo que debo hacer.



**Sergio**

Llamo tantas veces que creo que estoy a punto de quemar el timbre, pero me importa una mierda. En cuanto percibo pasos acercándose, todo mi cuerpo se tensa aún más. Tengo que dejar las emociones a un lado. Vuelve a elegir lo que quieres sentir y siéntelo, joder.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Estela, sorprendida.

Dejo escapar lentamente todo el aire de mis pulmones. Trato de mantener el control. Ser frío.

—¿Quién coño te crees que eres para hacerle eso a Cande? —rujo más amenazante que en todos los días de mi vida.

Sé que debía controlarme, pero no puedo. Se trata de Cande, de cuánto ha sufrido, y no se lo voy a consentir.

—¿A qué te refieres? —inquire soberbia, utilizando esa estúpida altivez para disimular demasiado mal que sabe perfectamente de qué le estoy hablando.

—No vuelvas a hacerle daño.

No pienso perder un solo segundo con jueguecitos.

—Hice lo que consideré más oportuno.

Aprieto los dientes manteniéndole la mirada, más bien fulminándola con ella. Es que ni siquiera ahora es capaz de darse cuenta de la cabronada que le ha hecho. Estela traga saliva. Puede que no sea capaz de ver que se ha comportado como una zorra, pero sí sabe lo cabreadísimo que estoy y eso la intimida. Más le vale.

—Sólo es una casa, ¿sabes? —trata de hacerme entender, fingiendo una vez más que está por encima de las circunstancias. Los dos sabemos que no es más que una estúpida pose.

De pronto recuerdo la reacción de Cande cuando yo pronuncié más o menos esas palabras en la plaza de la torre después de enterarnos de que Estela pretendía vender el piso del Pilar. Entonces no entendí por qué Cande se enfadó y se entristeció tanto. Sin embargo, ahora, después de todo lo que hemos vivido,

o quizá, yo qué sé, porque acabo de tener una puta revelación, sé exactamente el motivo de que cada centímetro cuadrado de esa vivienda tenga tanto valor para ella.

—Era un hogar —respondo sin una mísera duda—. Era el tuyo también, joder. ¿De verdad no puedes comprenderlo? —De pronto las últimas piezas acaban de encajar y una media sonrisa dura, sardónica y fugaz inunda mis labios mezclada con un bufido de pura rabia—. Sí lo comprendes —sentencio, y creo que lo hago más para mí que para ella, para terminar de asimilar que es aún peor persona de lo que creía— y te ha importado bastante poco perder todos los recuerdos de tus padres porque sabías que a Cande le dolería mucho más. Me das pena, Estela.

—Pues vamos a casarnos.

—Tú y yo no vamos a casarnos, jamás. Cometí un error la primera vez que nos comprometimos y cometí un error jodidamente grande cuando retomé la idea de la boda. Esto se ha acabado.

Estela se cruza de brazos y cuadra los hombros. Otro gesto tan de mi madre, tan de pija clasista y amargada que no tiene ni idea de lo que realmente importa.

—Márchate si quieres, pero acabarás volviendo. Tú me necesitas.

—Yo voy a ser feliz.

—¿Con ella? —pregunta despectiva.

—No lo dudes. —Pienso en Cande y sonrío.

Sólo puedo ser feliz con ella. Es lo único que quiero.

Estela aprieta los labios manteniéndome la mirada. Quiere fingir hasta el final; por mí, perfecto. Me importa bastante poco. Yo doy un paso hacia delante para asegurarme de que se siente un poco más intimidada, un poco más contra las cuerdas.

—Y te juro por Dios que, si vuelves a hacerle daño de la manera que sea, acabaré contigo.

Rujo la advertencia sin levantar mis ojos de ella, sin levantar la voz, pero siendo tan amenazadoramente suave que sé, por la manera en la que me contempla, que no le ha quedado una mísera duda de que hablo completamente serio. Voy a proteger a Cande siempre y de lo único que me arrepiento es de no haber pronunciado estas mismas palabras mucho antes.

Sin molestarme en esperar a que diga nada, giro sobre mis pies y me marchó escaleras abajo. Sólo hay un lugar donde quiero estar, una persona con la que quiero estar, y todo lo demás, para mí, sobra.

## Cande

La puerta suena en ese preciso instante. La miro confusa y con el corazón encogido. Sea quien sea, será demasiado complicado. Si son las chicas, acabaré contándoles lo que ha pasado y sé de sobra que no les va a hacer la más mínima gracia. Si alguna de ellas estuviera en mi lugar, creo que ya le habría soltado un soplamocos, con todas las letras, para que espabilara... es decir, he de sentirme inmensamente agradecida por sus paciencias infinitas. No puedo ver a Rodri ahora. No puedo ver a Estela. Por Dios, no puedo ver a Marcos. Me siento demasiado culpable y, en lo que a esos tres nombres se refiere, la culpabilidad va *in crescendo*. Y Dios otra vez sabe mejor que nadie que, si es Sergio, no sólo no debería abrir la puerta, debería saltar por la ventana como si el edificio estuviese en llamas.

Además, de nuevo, qué patética vida social tengo cuando sólo existen seis posibilidades de personas que puedan llamar a mi puerta.

Bufo, más que resoplo, por millonésima vez y voy hasta la puerta. Abro y el corazón me da un vuelco porque es así de estúpido e idiota. Sergio se ha cambiado de traje y ya no hay rastro de polvo. Atrapa mi mirada y la determinación bañada en arrogancia brilla en ella hasta cegar todo.

—Tenemos que hablar —me anuncia.

Y yo, que debería echarlo a patadas, lo dejo entrar. No voy a daros ninguna razón para justificarme. A estas alturas, ¿quién iba a creérselas?

Me hago a un lado con la puerta y él camina hasta el centro de mi salón. Otra vez la familiaridad con la que siempre se ha movido por mi diminuto piso me sacude. No es cuestión de seguridad, se trata de él, de mí y de este pequeño rinconcito al sur de Madrid.

Cierro la puerta y camino hasta él, dejando un puñado de prudentes pasos entre los dos.

—¿A qué has venido? —pregunto, porque necesito con urgencia dejar de pensar en «él» y en «mí» en la misma frase.

—He roto con Estela.

Mi corazón se hincha de esperanza y una flecha negra de pura culpabilidad lo atraviesa. En serio, Jon Nieve, en «Juego de tronos», tiene una vida más sencilla que mi pobre corazón.

—Sergio —murmuro. Quiero decir algo, pero no sé el qué.

Él da un paso hacia mí e instintivamente yo lo doy hacia atrás. Puede que no sepa qué decir, incluso qué sentir, pero sí soy consciente de que tenerlo cerca no va a ayudarme a aclararme las ideas. El «quiero» y el «debo» se están conjugando y desuniendo peligrosamente en lo que a mi vida sentimental se refiere, y él inclina la balanza con demasiada facilidad hacia los «quiero».

Sergio me mira y aprieta los dientes impaciente. Se lo estoy poniendo difícil.

—Sé que todo se complicó demasiado.

—Tú lo complicaste —lo interrumpo y, sin quererlo, mi voz se llena de desdén.

—Sí, yo lo compliqué —replica a la velocidad del rayo, reprendiéndome con la mirada. Otra vez el profesor sexy—, pero lo he arreglado. Nunca quise a Estela y la dejé el mismo día que lo descubriste todo. Después volví con ella porque tú te presentaste con ese gilipollas...

—Con mi novio —lo interrumpo otra vez, y realmente no sé por qué lo hago. Creo que sigo enfadada y a ese cóctel molotov de amor infinito y odio infinito se ha sumado un acuciante sentimiento de culpabilidad.

—Cande —me advierte con la voz amenazadoramente suave.

Yo me cruzo de brazos para demostrarle que no me intimida, aunque lo haga y mucho, pero no digo nada... al fin y al cabo, lo hace y mucho.

—Estaba demasiado celoso. Ni siquiera podía pensar y me comporté como un niño. Pero, Cande, todavía podemos arreglarlo. Ven conmigo. Vámonos a mi casa. Vamos a hablar con Rodri. Vamos a estar juntos de verdad.

Lo miro y de nuevo no sé qué decir. Estoy abrumada. He perdido la cuenta de cuántas veces he fantaseado con escucharle decir todas esas palabras. Sergio Herranz disculpándose. Sergio Herranz admitiendo que estaba celoso. Sergio Herranz pidiéndome que hagamos algo mucho más allá de simplemente estar juntos... Pero todo eso llega demasiado tarde. Antes dije que esto no iba de Estela, que iba de mí, de cómo soy como persona, y por eso el hecho de que ella haya desaparecido de la ecuación no cambia nada.

—Lo siento —murmuro, y mi corazón no se cree que esté pronunciando

esas palabras, las que están a punto de cruzar mis labios—, pero no puedo.

Sergio da un nuevo paso hacia mí y otra vez yo lo doy hacia atrás. Si me toca ahora, caeré, porque lo quiero demasiado, porque en cierta manera le estoy diciendo adiós.

—Estela no se merece que hagas esto por ella.

Asiento. No le falta razón. Es mi hermana, pero a estas alturas de la película a nadie se le escapa que algo falla. Sin embargo, esto va de cómo soy como persona, repito, y también de cómo es Sergio y, aunque jamás voy a dejar de estar enamorada de él, hay cosas que sencillamente no puedo olvidar.

—Probablemente —respondo al fin—, pero tú tampoco.

Me mantiene la mirada y las emociones se adueñan de ella. Emociones y Sergio. Sigue resultándome complicado y sorprendente al mismo tiempo usar esas dos palabras juntas en una frase. Supongo que me equivoqué al pensar que sólo yo ya no era la misma. Supongo que ninguno de los dos lo somos.

Ambos guardamos silencio, porque entre nosotros las palabras siempre han sido un mísero añadido. Ambos sabemos cómo nos sentimos. Yo sé que él está enfadado, frustrado, desesperado. Sé que está asustado por todo lo que siente, que tiene el mismo miedo a perdernos que tengo yo, pero, desde que oí a Estela decir que era su prometido, he perdido demasiados pedazos de la Cande que era y sé que, si ahora me marcho con él, ya no quedará nada. Quiero saltar en sus brazos y no bajarme jamás, quiero morirme ahí, pero no puedo y Sergio también lo sabe, por eso todo duele demasiado y por eso las palabras, aquí, sobran.

La puerta suena, pero ninguno de los dos le presta la más mínima atención.

—Creo que voy a quererte siempre —confieso apartando mi mirada y clavándola en mis propias manos—, pero no puedo dejar de ser quien soy por ti.

Sergio sonrío, pero es un gesto demasiado triste que no le llega a los ojos

—Los dos nos hemos dicho eso —susurra, y de inmediato mi memoria me regala el nítido recuerdo de sus pies descalzos en noviembre, en una acera de Madrid, diciéndome que le importaba, pero que no iba a renunciar a ser como era por mí— y yo estaba tan equivocado, joder.

Da un paso hacia mí y esta vez no me muevo. Sergio alza la mano despacio y sus dedos se acomodan en mi nuca, se esconden en mi pelo.

—Tú me hacías mejor, nena, y fui tan estúpido de no verlo.

Tira de mí y nos deja muy cerca, demasiado cerca.

Vuelven a llamar, pero ese sonido se pierde en el mundo que ha dejado de girar. Nuestras frentes casi se tocan, como nuestros labios. Nuestras miradas se

pierden en nuestras bocas y todo se diluye en la suave sensación de estar pasando a cámara lenta, como si de pronto nos hubiésemos transformado en dos protagonistas de una peli antigua en blanco y negro.

—Nena —me llama en un murmuro.

Cuatro letras. Toda mi felicidad.

—Sergio...

Los «quiero» están ganando a los «debo». No puedo cometer este error.

—¡Cande!

La voz de Marcos al otro lado de la puerta principal me devuelve a la realidad.

Miro a Sergio asustada. Las cosas no pueden pasar así. Marcos no se lo merece. Yo lo elegí a él. Sé que ahora mismo parece incluso mezquino, pero Marcos es bueno para mí y yo quiero serlo para él.

—Cande, ¿estás ahí? —continúa.

—Por favor, entra en la habitación —le pido desesperada.

Sergio se humedece el labio superior conteniendo un fugaz bufido de pura rabia. Su cuerpo se tensa. Lo conozco y en este preciso instante sólo quiere correr a esa puerta, abrirla y tumbar a Marcos de un puñetazo.

—Por favor —le pido tratando de llamar de nuevo su atención.

No me escucha, ni siquiera me mira. Está a miles de kilómetros de aquí.

—Por favor —repito sin obtener respuesta—. Sergio —pronuncio en una súplica y mi voz lo trae de vuelta. Sus ojos azules se clavan de nuevo en los míos y nuestra burbuja se construye otra vez a nuestro alrededor. Es extraño y abrumador que logremos, así de fácil, ser sólo él y yo—. No se merece que le haga esto.

—Cande —ruge conteniéndose por no volar hacia la puerta.

—Necesito hablar con él.

—No pienso permitir que ese tío entre aquí, que te bese, que piense que eres suya —replica aún más furioso.

Yo aprieto los labios y, en mitad de toda la desesperación, el enfado se hace un hueco.

—Es mi decisión —le recuerdo alejándome un paso, diciéndole sin palabras que puede que sea una cría de veintidós años, pero soy más fuerte de lo que todos han dado por hecho.

Sergio, al límite, se pasa las manos por el pelo y pierde la mirada a un lado, tratando de pensar. Sin decir nada más, sin ni siquiera cruzar sus ojos con los

míos, enfilea el camino a mi habitación. Creo que ahora mismo me odia tanto como odia esta situación.

Yo me tomo un segundo para respirar hondo e inmediatamente corro hasta la puerta. No sé si Marcos se habrá marchado pensando que no estoy y por un momento incluso creo que sería lo mejor.

Al abrir ya casi ha alcanzado los escalones de vuelta al piso de abajo y maldigo por haber sido tan rápida o simplemente por no haberme quedado quietecita en mi salón. Cande, es que no piensas.

—Hola —lo saludo nerviosa y artificial.

Marcos sonrío y camina de vuelta hacia mí.

—Hola, preciosa —me saluda.

Trata de besarme en los labios, pero, en un gesto completamente involuntario, giro la cara y le doy la mejilla. La situación se vuelve todavía más tensa en ese microsegundo y le doy un sonoro beso en el cachete para compensar. No soluciono nada y tengo que añadir *extraños* a la lista de adjetivos que describen los últimos diez minutos de mi vida.

Marcos echa a andar hacia el salón y yo miro a mi alrededor inquieta, sin terminar de cerrar la puerta porque lo que quiero es sacarlo de aquí.

—Bajemos a la terracita de la plaza —propongo en una súplica disfrazada de ofrecimiento—. Me apetece mucho una cerveza.

—No —responde Marcos avanzando por el pasillo—. Estoy muerto. ¿Por qué no pedimos comida y la esperamos tirados en el sofá?

Alzo las manos a la altura de mi cara y aprieto los puños con fuerza tratando de pensar. Mierda. No se me ocurre nada. ¡¿Qué demonios se me iba a ocurrir?! Cierro la puerta y voy de prisa hasta el salón.

—¿Qué te parece si salimos...?

La voz se evapora en mis labios en el mismo segundo en el que Marcos mira con una mezcla de confusión y rabia la puerta de mi dormitorio, por la que sale Sergio con una amenazante seguridad, la misma que tendría un león enfrentándose a sus enemigos.

—Yo... yo... —quiero decir algo, pero cualquier cosa me parece una estupidez sin sentido, y, más que ninguna, el clásico «esto no es lo que parece», aunque no sea lo que parezca, porque en el fondo sí, sí es lo que parece.

Marcos murmura un «hostias» entre dientes a la vez que cabecea y, sin mirarme, sale de mi salón y de mi piso. Contemplo a Sergio, que me mantiene la mirada sin un solo átomo de arrepentimiento, y lo odio un poco más. Marcos no

se merecía esto, pero, sobre todo, el que no se lo merecía era él. No se merecía tener el derecho de decidir cómo terminaba mi relación con Marcos, ni cuándo. La puerta resuena en toda mi casa, en una parte de mí, lo que me recuerda en la clase de persona que voy a convertirme si no paro con esto ya.

No lo dudo y salgo disparada. Si tiene algo que decirme, no quiero escucharlo.

Bajo las escaleras todo lo rápido que soy capaz. Empujo el viejo portón de madera con las dos manos e irrumpo en mi calle con el paso acelerado. Miro a mi alrededor hecha un manojo de nervios y veo a Marcos, casi en el cruce con la calle Casino, a punto de entrar en su coche aparcado junto a la acera.

—¡Marcos! —grito corriendo hasta él.

—Cande, basta —me frena levantando suavemente la mano, deteniéndome un par de pasos antes de lo que tenía previsto—. Dejémoslo estar. Terminémoslo aquí y ya está.

—Pero yo no quiero terminar aquí.

Sé que suena increíblemente egoísta, pero Marcos es la única ancla que me queda para poder seguir siendo yo, para poder tener una vida sin sobresaltos. Puede que sin la intensidad del amor, pero sí sana.

—¿Y qué es lo que quieres? —replica enfadado, cerrando la puerta del vehículo con brusquedad y girándose para que estemos frente a frente—. ¿Que sigamos jugando a cogernos de la manita y ser novios?

—Marcos, yo...

—No se trata de que necesites tiempo, Cande. Tú no quieres estar conmigo.

—Eso no es verdad.

No lo es.

—¿Ah, no? —Su tono de voz cambia, como si estuviese llegando al fondo de un interrogatorio—. Entonces, ¿por qué nunca nos hemos acostado?

*Touché.*

—No lo sé. —Miento—. A veces las cosas suceden de una u otra manera sin que se decidan. —Miento de nuevo—. Pero quiero acostarme contigo. —*Ladies and gentlemen*, la mentira un millón.

Él me observa estudiando cada centímetro de mi cara y a continuación pierde su limpia mirada al fondo de mi calle.

—Vamos a mi casa —sentencia clavando sus ojos en los míos de nuevo, y utilizo *sentencia* con toda la razón, porque esas cuatro palabras han sonado como la condena de un preso a perpetua.



Lo contemplo sin saber qué contestar, a decir verdad, sin saber qué excusa poner. Marcos me observa un momento y finalmente chasquea la lengua contra el paladar al tiempo que vuelve a abrir la puerta de su coche para montarse y salir de mi vida definitivamente. Mi silencio me ha delatado, pero no lo dejo estar.

—Espera —le pido y, antes de que pueda decirme que no, rodeo su coche y me subo al asiento del copiloto.

Sergio me pidió que me casara con él y yo elegí a Marcos. Es hora de empezar a ser consecuente con esa decisión.

Marcos, con una mano sobre el techo del vehículo y la otra apoyada en la puerta, se inclina y me observa a través del interior de su Polo de color verde vidrio.

—Cande, si vienes ya sabes qué es lo que va a pasar.

Asiento. Lo sé.

No dice nada más. Se monta y arranca. Justo antes de incorporarnos al tráfico, mi mirada se cruza con la de Sergio, a unos pasos de mi portal. Diría que me sorprende que no haya cruzado la calle, me haya cargado sobre su hombro y me haya sacado de aquí, pero sencillamente sé por qué no lo ha hecho. Me ha puesto en bandeja volver a elegir y yo he elegido a Marcos.

Veinte minutos después nos sentamos en su sofá, en su salón, en su piso, en una calle cualquiera del barrio de Chamberí. Le doy un sorbo a mi Heineken y la dejo junto a la suya en la mesita de centro.

—Bueno... —murmuro. No soy capaz de encontrar un tema de conversación.

Marcos no dice nada. Las gotitas de condensación van evaporándose despacio sobre el botellín verde. Todo está envuelto en silencio. Clavo los ojos en mis manos, nerviosa. Pienso en Sergio, en Marcos, en mí... Un resoplido rompe el ambiente y Marcos se abalanza sobre mí. Me besa con demasiada fuerza y me obliga a separar los labios. Me asalta. Me incomoda. Voy a pedirle que pare, pero aprieto los ojos y lo dejo seguir. Se tumba sobre mí y me atrapa entre su cuerpo y el tresillo.

—Ya no podía aguantar más, Cande.

Digiero sus palabras. Son buenas. Son incluso un poco románticas, ¿no? Me desea. Un novio desea a su novia, ¿no?

Sigue besándome y yo me dejo hacer. Sus manos me acarician y me doy cuenta de que tengo que corresponderle de alguna manera. Alzo las mías y las

pierdo en su espalda. Gime contra mis labios, satisfecho. Me siento más violenta, más incómoda.

Quiero llevar su mismo ritmo, pero soy incapaz.

Quiero dejarme llevar, pero no puedo.

—Imagino que querrás que use uno —pronuncia con la voz jadeante contra mis labios.

Se retira y yo agradezco esta especie de respiro. Marcos me apremia con la mirada, impaciente, y en ese momento una lucecita se enciende en mi aturdido cerebro y entiendo que se refiere a los preservativos.

—Sí —afirmo—. Quiero que lo uses.

—Los tengo en el cajón de la mesilla de noche —me informa antes de salir disparado hacia su habitación.

Me incorporo con movimientos torpes y me paso las manos por el pelo. Sería un gran momento para decirle que no estoy preparada, pero no quiero. Tengo la sensación de que las cosas están pasando a mi alrededor sin que pueda controlarlas, pero que me afectan hasta dejarme noqueada: Sergio, Estela... Necesito tomar mis propias decisiones y, en lo referente a mi vida sentimental en general y a Marcos en concreto, necesito empezar a ser consecuente.

Marcos regresa. Me giro justo a tiempo de ver cómo se pasa el envoltorio plateado de un condón de una mano a otra. Lo abre con dedos no demasiado hábiles y en ese preciso segundo levanta la cabeza como si de pronto hubiese recordado que estoy aquí. Sonríe algo nervioso y, veloz, vuelve a sentarse a mi lado.

—¿Por dónde íbamos?

Le devuelvo la sonrisa por inercia, pero, antes de que pueda responder, Marcos vuelve a besarme aún más acelerado. Me tumba. Se tumba sobre mí. Me manosea hasta quitarme las bragas, deslizándolas por mis piernas a tirones.

—Cande —gime.

Se separa y se pone el preservativo. Tarda al menos dos minutos y en ese espacio de tiempo el ambiente se llena de su respiración trabajosa y todo mi estrés saliendo a borbotones por mis labios entreabiertos.

—Marcos...

No soy capaz de terminar la frase, de pedirle que pare. Me empuja suavemente y vuelve a besarme. Pierde la mano entre los dos y guía su miembro. Entra de la misma manera en la que me besa y todo mi cuerpo se tensa.

—¿Estás bien? —pregunta separándose lo suficiente como para poder

mirarme.

No.

—Sí —miento en un tono de voz que no convence a nadie.

—Bien.

Sonríe y yo simulo devolverle la sonrisa, pero me temo que ese gesto tampoco va a darme el Oscar.

Marcos empieza a moverse a un ritmo constante. Hunde su boca en mi cuello. Me besa descontrolado. Gime. Jadea. Se mueve cada vez más rápido.

—Cande —me llama con la respiración entrecortada.

Marcos no está haciendo nada mal. Estoy segura de que volvería loca a más de una chica, pero no está funcionando y no es él, soy yo. No quiero sentir lo que estoy sintiendo. Me gustaría vivir algo completamente diferente. Y, sobre todo, no quiero pensar en él, en cómo me sentiría si fuera él.

—Cande —repite entre gemidos y, con una última estocada, se corre.

Yo armo algo de alboroto. Me obligo a jadear, a gemir. Marcos entra y sale un par de veces más hasta que se derrumba sobre mí. Alzo las manos, despacio, incómoda, y lo abrazo porque es lo que supongo que debería hacer. Su piel no me calienta las manos.

Nunca me había sentido tan culpable y tan vacía.

—Ha estado genial —dice entusiasmado, saliendo de mí e incorporándose—. La espera ha merecido la pena.

Me mira expectante y yo me obligo a asentir. Me he convertido en una ninja de la mentira y las sonrisas inventadas. Eso tampoco hace que esté demasiado contenta conmigo misma. Sé que no soy la primera mujer en fingir un orgasmo ni tampoco seré la última, pero me siento rastrera.

Antes de que siga preguntando o hablando, me levanto y, con la excusa de asearme un poco, voy (corro) hasta el baño.

Cierro la puerta y me dejo caer contra la madera. Trato de dar una bocanada de aire, pero, tal y como me pasó en las escaleras del *atelier* de Christian Lacroix, no soy capaz de hacerlo. Empiezo a temblar, a sudar, a sentir frío, calor, a ahogarme. Abro el grifo y coloco las muñecas bajo el agua fría y después me refresco el cuello y bebo un poco antes de dejar caer mi culo contra el inodoro con la tapa echada. Cierro los ojos. Me concentro en respirar despacio, en que los latidos de mi corazón se relajen.

No sé qué esperaba al acostarme con Marcos, pero desde luego no era esto. Supongo que nadie se enamora de pronto por ser consecuente y, ya puestos,

acabo de descubrir que tampoco es un buen motivo para follar.

No ha habido música. Ni calor. Ni amor. No ha habido nada de nada... nada de lo que hay con él. Marcos no es Sergio. Ningún otro hombre será Sergio. Los ojos se me llenan de lágrimas sin que pueda hacer nada por evitarlo. Aguanto el primer sollozo. Cande Martín es fuerte. Cande Martín ha dejado de llorar. Pero entonces recuerdo cada beso, las ganas que nos tenemos, sus manos sobre mi cuerpo, su voz y el sexo traduciendo todas esas cosas y, de pronto, también recuerdo el amor. Todo el amor. Un sollozo atraviesa mi pecho y me tapo la boca para silenciarlo mientras mis mejillas se llenan de lágrimas. ¿Por qué tuve que conocerlo? ¿Por qué tuve que enamorarme?

Chicas, sé que es demasiado complicado, pero no os enamoréis de un chico malo y, si lo hacéis, aseguraos de que sois de esas que estáis guapas cuando lloráis.

Me sorbo los mocos y respiro hondo, obligándome inmediatamente a dejar de llorar. Me levanto. Me muerdo el labio inferior, tomo aire una vez más y salgo definitivamente.

Marcos sigue en el sofá, trasteando en su móvil. Al reparar en mi presencia, sonrío y vuelve a mirar su *smartphone* apenas un segundo más.

—¿Te quedas a dormir? —dice guardándose el teléfono en el bolsillo de los pantalones—. Es tarde.

Asiento y miro a mi alrededor. Me siento desubicada. Me gustaría haber dicho que no, pero me conozco y sé que, si me marchó a casa después de haber estado en la de Marcos únicamente para acostarme con él, para demostrarle que quiero que seamos novios, porque ha pillado a Sergio en mi piso, todo el mismo día que he vuelto a acostarme con Sergio porque hizo lo más bonito que nunca nadie había hecho por mí, me sentiré como una basura.

Me presta un pijama y nos metemos en la cama. Marcos no es de los que les gustan dormir abrazaditos y, por dentro, suspiro aliviada. Con los ojos clavados en la oscuridad, pienso en todo lo que ha ocurrido hoy, en cómo me he sentido. Pienso en la casa de mis padres que ya no está, en la caja que él me trajo, pienso en los héroes de los libros, pienso en él.

\*\*\*

A la mañana siguiente, en la torre, en la oficina, a mi mesa, tras mi Mac corporativo, estoy cada vez más y más cabreada. Trato de controlarme, de contar hasta diez, de pensar con frialdad, calmarme, pero soy incapaz. Siete horas de insomnio dan para mucho. Siete horas de insomnio en una cama que no es la tuya, con alguien que, por muy «consecuente» que hayas pretendido ser, sigue siendo un extraño para ti, dan para mucho más.

Y al final de cada línea de pensamientos, una única idea: Sergio. Si Sergio no hubiese hecho... Si Sergio no hubiese dicho... Sé que puede que esté siendo un poco injusta, pero todo se está volviendo borroso. Hice jirones mi propio corazón y elegí marcharme con Marcos. ¡Hice mi parte! ¿El universo no debería haberme premiado entonces con un orgasmo de esos que acabas agarrada a la lámpara del techo, balanceándote a lo cabaré francés con las bragas enganchadas al dedo gordo del pie? No, en lugar de eso, obtuve un bonito recordatorio: «acuéstate con quien quieras, que nadie te va a hacer sentir como te hizo sentir Sergio. Sí, ese que iba a casarse con tu hermana, por si lo habías olvidado». El universo es un hijo de puta.

Empiezo a mordisquearme las uñas con la mirada fija en la puerta de su despacho. Pienso muchas cosas y casi todas tienen que ver con gasolina. ¡Estoy tan enfadada!

De pronto la puerta se abre y el maldito bastardo sale y se aleja unos pasos de su oficina. Está más guapo que ningún otro día: el traje le sienta mejor, desborda más seguridad, qué sé yo, diría que incluso sus ojos son más azules. Empiezo a pensar que lo hace a propósito, porque, si no, es imposible que, cuanto más lo odie yo, él esté más injustamente atractivo. Martina me ha respondido por WhatsApp una verdad irrefutable ante este problema: «No es que él esté más guapo, se trata de que tú estás pensando en asesinarlo. Asesinarlo es violencia. El sado es violento. A todas nos gusta fantasear con el sado *light* con un megamillonario pervertido. El rey de los megamillonarios pervertidos es Christian Grey. Christian Grey es Jamie Dornan y él sabe apoyar las manos en una mesa y tensar todo su cuerpo hasta hacer una diagonal perfecta. Eso fulmina las bragas de cualquiera. Luego pensar en asesinarlo es igual a bragas desintegradas».

—Señorita Martín, a mi despacho.

Él también está más que enfadado. Clava sus ojos en los míos para pronunciar su orden y algo dentro de mí estalla como si fuera una olla a presión.

—No —respondo alto y claro.

Aprieta la mandíbula y su cuerpo se tensa un poco más. Debería empezar a ir a yoga porque un día, con tanta tensión, van a encabalgársele todos los músculos.

La sala se queda en un sepulcral silencio y mis compañeros dejan lo que están haciendo y nos observan a medio camino entre el miedo absoluto y las ganas de tener un cubo de palomitas entre manos para disfrutar mejor de la escena.

—Ven, ahora —me advierte con la voz amenazadoramente suave.

—No me da la gana.

¡No me la da!

Le mantengo la mirada porque no quiero que piense por un solo momento que estoy mínimamente intimidada. Mi vida es un asco y un chiste y un desastre y sólo él tiene la culpa. Se acuesta conmigo, pone normas implícitas (y algunas muy explícitas) para que no me enamore de él. Me hace daño. Me cuida. Las peleas. Las pausas. Estela. La caja que salvó de casa de mis padres. No voy porque no quiero y porque necesito devolvérsela de alguna manera para no perder la poca cordura que me queda. ¡Estoy muy cabreada!, y quiero, ¡exijo!, que él esté exactamente igual, porque ya es hora de equilibrar un poco esta maldita balanza. Quiero que el señor «soy capaz de dejar cualquier emoción a un lado» eche humo. Y no lo hago sólo por mí. Lo hago por todas las mujeres del mundo que nos hemos visto delante de un hombre al que no hemos sido capaces de decir que no porque estamos súper-mega-enamoradas. Disfrutadla, chicas, va por todas nosotras.

—Cande —ruge.

—¿Qué? —No me achanto.

Mis compañeros, a estas alturas, están alucinando, con todas las letras. No los culpo. E imagino que sus mentes enfermas estarán empezando a atar cabos. No voy a negar que me preocupa un poco cómo los aten, son unos homo erectus con muchas horas de porno a sus espaldas.

La mirada de Sergio se llena de algo que ni siquiera soy capaz de describir. Está más enfadado que nunca; la rabia pesa más, la arrogancia, también.

—Todos fuera, ahora.

No grita. No lo necesita. El tono de voz que ha usado habría hecho temblar de miedo al mismísimo Batman.

Todos se levantan veloces como gatos y sin rechistar. En cuestión de segundos, estamos solos.

—¿Se puede saber qué coño te pasa? —inquiérese con esa misma voz fabricada de hielo puro, sin ni siquiera moverse del sitio, consiguiendo que se me erice el vello de la nuca a pesar del puñado de metros que nos separan.

—Nada que vaya a contarte.

No pienso amilanarme. Tengo derecho a odiarlo.

—Cande —me reprende.

—¿Qué quieres, Sergio? —prácticamente grito, levantándome—. ¿En serio estás buscando que nos sentemos a hablar de mis problemas? Porque, ¿sabes qué?, me encantaría. Me encantaría poder decirte que tú eres el culpable de todas mis desgracias y que me da igual todo lo que te quiero porque cada día que pasa te odio más.

Sergio se lleva las manos a las caderas fulminándome con la mirada.

—¿Y qué hay de ti? —ruge—. ¿Crees que me lo pones fácil? Me equivoqué, la jodí, pero tú ni siquiera me diste la oportunidad de arreglarlo. Te llenas la boca diciéndome que me quieres, que eras capaz de ver en mí tantas cosas, y a la primera de cambio decidiste que ni siquiera merecía que me escucharas.

—¡Me engañaste!

—¡Te pedí que te casaras conmigo! Y elegiste a ese gilipollas. Dejé a Estela y tú, otra vez, elegiste a ese imbécil. ¡Intenté arreglarlo!

—¡Lo intentaste demasiado tarde!

—No tienes ningún derecho a recriminarme nada. ¿Soy el culpable de todas tus putas desgracias? Pues asúmelo, joder, y sigue adelante con tu vida.

—Pienso hacerlo —repongo con saña, con desdén, con dolor.

—Y yo lo estoy deseando —sentencia sin levantar sus ojos azules de los míos, dejando que demasiadas emociones crezcan entre los dos hasta inundarlo todo—. Estoy cansado de no poder dormir. Estoy cansado de pensar en ti, de esta sensación continua de que voy a volverme loco si no te toco. Estoy cansado de echarte de menos, Cande. Y te juro por Dios que voy a conseguir dejar de sentirme así.

—Ayer me acosté con Marcos.

Una parte de mí sólo lo dice para hacerle daño, en respuesta a ese juramento que acaba de salir de sus labios y que me excluye de su vida, pero la otra de verdad necesita pronunciar esas palabras en voz alta, hacerlo delante de

mi mejor amigo, tratar de subrayar el hecho de que ahora estoy con Marcos, que se supone que debería querer estar, acostarme con él. Yo lo elegí... Supongo que es otra manera de ser consecuente.

—Me acosté con él y no sentí nada —continúo, y poco a poco mi voz va volviéndose más débil—. Todo fue incómodo. Fue horrible —suelto a bocajarro—. Lo elegí a él, quiero estar con él, y por tu culpa nada sale como debería —prácticamente le escupo.

Sergio sonrío fugaz e irónico a la vez que se pasa las manos por el pelo, exasperado, y las desliza hasta dejarlas en su nuca.

—¡No me puedo creer que me estés echando la culpa de que no disfrutaras con otro tío!

—¡Es que es culpa tuya! Me follaste como un semental. Me has condenado a una vida de polvos sosos y tristes, joder.

No me puedo creer lo cabreada que estoy.

—Estaba con él y no sentía nada. No sentía sus besos ni sus manos, no lo sentía a él. Contigo todo era diferente —suspiro y me percato de que ya ni siquiera sueño enfadada, es un sentimiento diferente y mucho más profundo y sé que Sergio se ha dado cuenta—. Tengo que parecerte una cría estúpida y por primera vez creo que me lo merezco.

Me dejo caer en mi silla completamente abatida. Me siento ridícula y al mismo tiempo todo lo que he dicho es la más absoluta verdad. El sexo, el deseo, la intimidad, todo va a llevar siempre su nombre. Me tapo los ojos con las palmas de las manos. Siempre voy a estar conectada a él y no sé si voy a ser capaz de soportarlo. Debo haber respondido un millón de veces a la pregunta de qué superpoder me gustaría tener: volar, ser invisible, fuerte, elástica, delgada como Adriana Lima, pero por primera vez creo que, si pudiese, me gustaría tener el superpoder del olvido, porque volar, al lado de tener que dejar atrás todo lo que viví con él, parece una tarea de primero de preescolar.

El hilo entre los dos se hace más fuerte y en el preciso instante en el que, en mitad del completo silencio de la sala, esa sensación crece hasta inundarlo todo, noto sus dedos apartar con suavidad los míos.

Sergio se acuclilla frente a mí, pero yo clavo mi vista en mi vestido de cuadros. Siento su olor, su calor, siento las primeras notas de nuestra canción, y eso me da demasiado miedo.

—Mírame —me ordena.

Despacio, obedezco y de inmediato atrapa mis ojos marrones.



—Estar contigo era la mejor sensación del mundo —pronuncia tan sincero que duele—. Eran fuegos artificiales, música, calor. Joder, todo era eléctrico y no era sólo yo, éramos nosotros. Con ella yo tampoco sentía nada. Era algo mecánico, algo demasiado vacío que sólo me recordaba que nada, nunca, será igual a lo que tú y yo tuvimos.

—Necesito poder olvidarte —murmuro sin luchar por sonar segura, sin preocuparme de estar demostrándole cómo me siento.

Sergio sonrío suavemente, pero otra vez es un gesto repleto de tristeza. Alza la mano y, con lentitud, me mete un mechón de pelo tras la oreja. Sin quererlo, una lágrima baja por mi mejilla. Todo es demasiado triste y estoy cansada de que siempre estemos en mitad de un huracán excesivamente intenso. Sergio no levanta sus ojos de mí y me enjuga la gota de agua salada con el pulgar. Bajo la cabeza y el llanto que no puedo controlar me nubla los ojos. Se incorpora y, abriendo su mano sobre mi mejilla, se inclina sobre mí para besarme en la otra. Un beso tierno, suave, anegado de la necesidad infinita de curar cada una de mis heridas, un beso lleno del amor más puro que he sentido jamás.

—Daría todo lo que tengo para que fueras feliz —susurra contra mi piel.

Un tímido sollozo se cuele entre los dos. Levanto las manos desesperada y me agarro a su camisa a la altura del estómago, perdida sin él, triste, echándolo demasiado de menos, odiándolo demasiado, queriéndolo demasiado.

—Absolutamente todo —sentencia.

Mis manos se aferran con más fuerza a la tela blanca. Las suyas se hacen más posesivas sobre mi piel. Tira de mí y me levanta en un fluido movimiento a la vez que su mano se ancla en mi cadera, a la vez que me obliga a levantar la cabeza, a la vez que sus labios buscan los míos y me besa, y lo hace con fuerza, como si todo lo demás hubiera dejado de existir, como si ahora, en este mismo momento, junto a mi mesa, en esta oficina, en la torre, en Madrid, sólo estuviésemos él y yo.

Me estrecha contra su cuerpo hasta que no queda un solo centímetro de aire entre los dos. Sus dedos bajan hasta acomodarse en mi cuello, perderse en mi pelo. Mis manos se aferran más y más a él. Antonio Vega canta. *Una décima de segundo* suena a todo volumen.

Nos separamos con suavidad, con su mano aún sobre mi piel. Sus ojos azules me buscan, pero no deajo que me atrape y llevo mi vista a un lado a la vez que me pellizco el centro del labio inferior con los dedos.

—Cande... —me llama atrapando mi cara entre sus manos.

—No —lo interrumpo poniendo mis dedos sobre los suyos y obligándolo a soltarme—. No puedo hacer las cosas así, Sergio.

Soy plenamente consciente de que no es la primera vez que pronuncio esta frase, pero es que no puedo cometer siempre los mismos errores. Ya casi no me reconozco.

Me separo de él y echo a andar en dirección al ascensor. Tengo que alejarme de él y no se trata de hacerlo ahora. Necesito poner distancia de verdad. Sigo con Marcos, por el amor de Dios. Cabeceo y tomo aire. Soy una persona horrible.

—Cande —me llama.

Su voz me frena en seco, pero esto ya no puede ser. Tengo que dar este paso de una maldita vez. Me giro despacio y nuestras miradas se encuentran una vez más.

—Por favor —le pido.

Déjame escapar de ti, por favor.

Pulso el botón. El ascensor llega a planta. Me llevo el índice y el pulgar a los labios tratando de luchar contra cómo mi cuerpo me pide que no haga lo que estoy a punto de hacer. El nudo en la garganta, el estómago encogido, las ganas de llorar. No quiero tener que marcharme. Me giro porque necesito concederme una tregua una última vez. Sus ojos azules me atrapan al instante. No quiero tener que decirle adiós.

—Cande.

Es una voz completamente diferente. Me vuelvo. El débil sonido de sus tacones clavándose en el suelo de moqueta lo inunda todo.

Es Estela.

**Sergio**

No aparto mis ojos de Cande. Ni siquiera cuando Estela me llama. No me interesa nada de lo que haya venido a decir. Ni siquiera entiendo por qué cojones está aquí.

—Qué bien que estéis ambos aquí... —dice Estela echando a andar hasta quedar a la misma distancia de los dos.

—Cande —la llamo ignorándola por completo.

Ella se detiene un solo segundo, pero de inmediato parece decidir que quedarse, que escucharme, es algo que no se puede permitir y camina los pocos pasos que la separan del ascensor.

—... porque tengo que hablar con los dos —sentencia Estela.

Ando hacia Cande. No pienso consentir que se vaya. No así. Todavía puedo arreglarlo. Todavía podemos estar juntos.

—Nena —vuelvo a llamarla ya sólo a unos metros de ella.

Estela me observa suspicaz, pero no dice nada. Mejor, porque no tiene nada que decir.

Rodeo su muñeca y vuelvo a sentir toda esa explosión recorriéndome entero como cada vez que la he tocado.

—Nena —repito, y mi voz suena diferente, más serena y al mismo tiempo llena de todo lo que me hace sentir.

Cande se gira y toma aire antes de alzar su preciosa mirada. Deja que la atrape. Está enfadada, está asustada, pero esa fuerza que lleva demostrándome desde que descubrió que iba a casarme con Estela sigue ahí, brillando. Mi chica es fuerte, ¿cómo pude siquiera dudarlo?

—Tenemos que hablar —le digo con la voz ronca.

Toda esta estupidez tiene que acabarse ya. Aprieto mis dedos sobre su piel. No pienso perderla. Pero entonces ella niega con la cabeza y pronuncia el «no» más triste de la historia mientras trata de zafarse de mi agarre y sencillamente me deja noqueado. La rabia se transforma en otra cosa, todo se transforma en otra

cosa, y algo dentro de mí me hace ver de la manera más cruda y cruel posible todo el daño que le estoy haciendo a la única chica a la que voy a querer el resto de mi vida. Ese mismo algo toma el control y me obliga a aflojar mis dedos. Nuestras miradas siguen conectadas y por un momento los dos nos quedamos muy quietos, hasta que ella, finalmente, mueve su mano y la pierdo.

Un interruptor se ha accionado dentro de mí y el sonido ha sido atronador.

Cande da un paso hacia atrás, acercándose más al ascensor y soy consciente del esfuerzo sobrehumano que hace. Mi chica es fuerte, joder. Mi chica es la más valiente del mundo y la quiero aún más por eso.

—Es importante —empieza a decir Estela a mi espalda, pero ni siquiera me molesto en volverme. No quiero. No quiero nada que no sea Cande— y nos concierne a todos. Tenemos que deshacernos de Sara y conseguir que Rodri vuelva con Julia. Francamente, esta especie de capricho está resultando de lo más molesto.

Todo mi cuerpo se tensa y me giro de prisa. La conozco demasiado bien y no pienso permitirselo.

—¿De qué coño estás hablando, Estela?

—Es imperativo que Rodri rompa con Sara. Esa relación no va a ninguna parte. Por Dios, ¿los has visto? Mi hermano no sabe lo que hace —añade anegando cada palabra de esa estúpida superioridad clasista que la hace creer estar por encima del resto de los pobres mortales—. El lugar de Rodri está junto a Julia.

Yo tendría muchas cosas que decir al respecto, pero no pienso tomarme un solo segundo en tratar de convencer a alguien como ella. No se lo merece. Rodri es feliz con Sara y Estela puede pensar e intentar lo que quiera, porque lo conozco y sé que no renunciará a ella.

Le mantengo la mirada para dejarle cristalinamente claro que de mí no va a conseguir nada que no sea indiferencia. Estela suelta un fingido suspiro. Lo sabe tan bien como yo. Sin embargo, un brillo perverso se apodera de su mirada y mi cuerpo se pone automáticamente en guardia.

—¿Y tú no tienes nada que decir, Cande? —le pregunta—. ¿Vas a quedarte escondida tras tu jefe toda la mañana?

El taimado retintín con el que pronuncia la palabra *jefe* me hace tensar la mandíbula, amenazante. No voy a permitir que le haga daño de ninguna manera. Ni siquiera sé cómo me contuve cuando mandó derruir la casa de sus padres.

—Haz lo que quieras.

Su voz sale a mi espalda apenas en un murmullo, resignado y triste, como si en cierta manera se hubiese rendido. Estela sonríe con malicia y yo me giro con un «¿qué?» sorprendido e incluso furioso en los labios.

—¿Qué estás diciendo, Cande? —vuelvo a preguntarle—. Tú no quieres esto.

La conozco. Sé que Rodri es una de las cosas que más le importan en este universo. Sé que adora a Sara. Y sé que nunca participar a en un jueguecito de Estela porque Cande es un millón de veces mejor.

—Creo que lo mejor ser a hacerlo esta noche, en el cumpleaños de Rodri — sigue hablando Estela, dando una suave palmada—. Le he organizado una fiesta sorpresa. No invitaremos a Sara y propiciaremos un encuentro entre Julia y Rodri.

Miro a Cande. Tiene los ojos clavados en sus propios pies. No puede estar de acuerdo con esto.

—Es imposible que esto te parezca bien —le digo tratando de hacerla reaccionar—. Tú no eres así.

Ella cabecea y una lágrima se estrella sobre sus tacones grises.

—Haz lo que quieras —repite.

Tomo su cara entre mis manos y la obligo a levantarla. Sus ojos marrones están llenos de lágrimas. Está destrozada, joder.

Aprieto los dientes tratando de encontrar las palabras adecuadas, pero no soy capaz y ella da un paso hacia atrás, zaf ndose de mis manos. No dice nada, no deja que yo lo diga y sale disparada hacia los baños.

—Sergio —me llama Estela.

Esto se ha acabado. Todo esto se ha acabado.

—Cállate —pronuncio en una amenazadora advertencia, girándome una vez más— y l argate —sentencio.

Ella cuadra los hombros en ese gesto tan ridículamente altivo. Llevo vi ndoselo hacer a mi madre desde que tengo uso de razón y, como me pasa con ella, no me da sensación de superioridad, sino de la más absoluta bajeza.

Estela parece darse cuenta porque, sin mediar palabra, emprende el camino de regreso al ascensor.

—Nos veremos en la fiesta de Rodri —se despide.

—No te quepa duda.

Y la traducción exacta de esa frase ha sido «no voy a dejar que le arruines la vida a Rodri». Los dos lo tenemos claro.

Ni siquiera espero a que las puertas del ascensor se cierren por completo para ir hacia los baños. Hoy he aprendido una maldita lección y ha sido por las malas: no pienso dejar que Cande siga sufriendo absolutamente por ningún motivo.

Entro en el de las chicas sin importarme a quién vaya a encontrarme y echo el pestillo cuando estoy dentro.

Sólo uno de los aseos está cerrado y desde allí la oigo farfullar muy bajito y muy rápido y, aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír. Quizá debería darle un poco de tiempo, dejar que se calme y salga cuando esté preparada, pero a estas alturas es más que obvio que yo no soy así.

—Sal —rujo golpeando la puerta de madera con la palma de la mano.

Cande se calla de repente e inmediatamente sale, mirándome como si tuviera dos cabezas, eso y odiándome por haberle robado esta especie de intimidad.

—¿Qué demonios haces aquí? —brama—. Es el baño de chicas.

—Y debería importarme por...

Cande entorna los ojos, pero, en lugar de clavarlos en los míos decidiendo si estrangularme o no, simplemente hunde los hombros y... se rinde. Joder, se rinde. Y eso no lo pienso consentir.

—Lávate la cara y vámonos —le ordeno—. Tenemos que ir a hablar con Sara.

—No pienso hacerlo —responde sin ni siquiera mirarme.

Yo tuerzo los labios traduciendo un «como quieras» en gesto.

—Puedes ir con la cara sin lavar. Por mí no hay problema en que toda la empresa sepa en cuanto crucemos la recepción que, si tú y yo tenemos el departamento desierto para nosotros, sales con la cara llena de lágrimas. —Cande me mira y abre la boca escandalizadísima—. Me vas a hacer quedar como un campeón.

—Eres... eres... —Ni siquiera le salen las palabras.

A pesar de todo, esta situación, el hacer una broma que la escandaliza para sacarla de su zona de confort, me recuerda a cómo éramos antes y no puedo evitar sonreír.

—No voy a preguntarte qué te pasa porque no soy ningún estúpido y lo sé, pero no puedes dejar de ser quien eres, Cande.

—Para ti es muy fácil decirlo. Yo no soy como tú, Sergio —continúa, y hay un cierto toque de desesperación en su voz—. Yo no sé dejar las emociones a un

lado.

Suelto un resoplido, cruzándome de brazos y dejándome caer hasta apoyarme en el mármol del lavabo.

—Últimamente eso no es algo que se me dé demasiado bien, ¿sabes? —me sincero.

Cande alza la cabeza y me observa tímida, casi de reojo, alternando su mirada entre sus dedos, que juegetean apoyados sobre el mármol, y yo. Sí, nena, una confesión en toda regla.

—Te diría que es más que probable que no tendríamos que habernos acostado, pero no pienso hacerlo. Igual que tampoco me arrepiento de haberte besado —sentencio.

Dejo caer las manos y agarro con fuerza el granito a mi espalda. Mi postura se vuelve más casual, pero también desdeñosa. Pronuncio mis palabras cargándolas de toda mi arrogancia, de control, de mí. Hablamos de nosotros. En este tema no tengo una mísera duda.

—Sergio, tengo novio —se lamenta.

Esas palabras hacen que la rabia pinte cada una de mis venas, pero aguanto el tirón. Esta conversación tiene un puto objetivo. Lo más importante es ella.

—No pienso decir nada que no siento para hacer que te sientas mejor.

Ella me mira abiertamente. Vuelve a estar enfadada.

—Claro que no —bufa—. ¿Por qué ibas a hacerlo? ¿Por qué ibas a demostrar un poco de empatía? —Se sorbe los mocos y una sonrisa se escapa de mis labios. Es adorable, joder—. El amor no es así, ¿sabes? —dice con retintín, usando la misma expresión que yo he utilizado antes—. El amor es diferente. Te acerca a lo demás y te hace más consciente de sus sentimientos. Deberías hacer que me sintiera mejor. Deberías desearlo. Así es el amor de verdad, algo que te hace feliz, lo único que cuenta realmente.

Me humedezco el labio inferior y sonrío, de verdad, como sólo ella me hace sonreír.

—Y tú eres así, ¿sabes?

Cande me mira un segundo y agacha la cabeza al darse cuenta de que mi objetivo desde el principio era hacerle soltar un discurso de por qué el amor mueve el mundo.

—¿En serio te da igual que Rodri renuncie a eso y vuelva con Julia sólo porque es lo que quiere Estela?

Ella resopla y finalmente niega con la cabeza.

—No.

La contemplo guardándome las ganas de coger su preciosa cara entre mis manos y comérmela a besos. Joder, creo que podría estar besándola de aquí a que se helara la maldita tierra.

—Pues lo dicho —sentencio incorporándome y dirigiéndome hacia la puerta—. Lávate la cara; te espero fuera.

Cuando la puerta se cierra a mi espalda, tengo que respirar hondo, pero también tengo la extraña sensación de que hemos vuelto a ser nosotros, aunque sólo haya sido por diez minutos. Los primero empleados entran en el departamento con cara de susto, mirando hacia todos lados. Al verme, se detienen, preguntándose en silencio si pueden o no volver a sus mesas. No sé por qué coño me miran así, deberían agradecerme la media hora libre. Apuesto a que, los que no han llegado todavía, se están atiborrando a galletas en la máquina de *vending*.

Cande sale y se para en seco a mi lado cuando todas las miradas se clavan en ella para volver a pasar a mí y otra vez a ella. Que den por hecho lo que quieran. Me importa tan poco que ni siquiera ocupa un pensamiento completo en mi cabeza.

Me giro hacia Cande, que creo que incluso ha dejado de respirar, mientras Arroyo, Concha o Castaño se sientan sin levantar la vista de nosotros. Yo me inclino sobre ella y disfruto un segundo de lo jodidamente bien que huele justo antes de susurrarle:

—Agradéceme que te haya obligado a lavarte la cara.

Ella aprieta los labios y me fulmina con la mirada, y yo vuelvo a sonreír antes de colocar mi mano al final de su espalda y obligarla a echar a andar.

Tardamos diez minutos en llegar a la biblioteca de la Facultad de Medicina de la Complutense. Los dos recordábamos que Sara estudia allí todas las mañanas para el examen del MIR. En el coche, ninguno de los dos ha hablado. Sé que ella tiene muchas cosas en las que pensar y, mientras lo haga a mi lado, por mí está bien.

Le manda un whatsapp a Sara y, cuando la localizamos en la puerta unos minutos después, Cande sale del BMW. Es casi imposible describir la sensación de orgullo que me embarga cuando la veo cruzar la plaza de acerado gris y correr hasta la entrada de la biblioteca. Cande es una de esas personas que alumbra el



mundo. Si ella estuviera tan de vuelta de todo como en el fondo están el ochenta por cierto de las personas, como lo estoy yo, la humanidad merecería un poco menos la pena.

A pesar de no escuchar lo que están hablando, sé qué es lo que ella le está diciendo. Hemos acordado que le explicaría a Sara que estamos preparándole una fiesta sorpresa a Rodri y que la recogeré en su casa a las nueve y media. Podríamos haberle contado lo que Estela piensa hacer, pero no hace falta. No va a conseguirlo. Punto.

Cande regresa corriendo y el corazón me golpea con tanta fuerza que va a escapárseme del pecho cuando parece... emocionada, como si tuviese tantas ganas de montarse en este coche como yo de que no saliera nunca de él.

—¿Hecho? —inquiero cuando cierra la puerta.

—Hecho —responde abrochándose el cinturón con los ojos fijos en el movimiento.

Con una sonrisa en los labios, meto primera y el motor ruge suavemente sobre el asfalto. Voy a empezar a movernos cuando Cande coloca su mano sobre la mía en el cambio de marchas. El gesto me sorprende y me calienta por dentro. De pronto no puedo apartar mis ojos de nuestros dedos.

—Gracias —murmura.

Su voz me lleva a mirarla. Joder, ahora mismo sólo quiero sentarla en mi regazo y follármela, tocarla hasta que entienda que sólo puedo pensar en ella.

—Supongo que te debía una.

Los dos sonreímos y el ambiente se vuelve íntimo. No sé qué tiene el maldito interior de este coche, pero cada vez que ella está dentro la siento más mía y el universo, fuera, menos importarte.

—Me debes muchas, ¿sabes?

Sé que bromea sólo para romper el momento antes de que nos engulla a los dos. Y es que siempre es tan fácil cuando se trata de ella y de mí, da igual que sea follar, querernos o discutir.

—No te columpies, Candelita, o voy a dejarte en mitad de este secarral lleno de universitarios. Piénsatelo bien, llevan meses en esa biblioteca sin echar un polvo. Son como un peligro público.

Ella rompe a reír y acaba por golpearme en el hombro, apretando los labios para disimular su gesto.

—Llévame a la torre, descarado —protesta divertida.

—Eres una princesita —me burlo con una sonrisa macarra en los labios.

Hago rugir de nuevo el motor y al fin nos ponemos en marcha.

—Y tú eres lo peor —se queja sonriendo también.

Joder, es tan fácil que asusta.

Regresamos a la oficina y cada uno se enfrasca en su propio trabajo. Sobra decir que, además, cada uno tenemos mucho en lo que pensar. Abrimos un paréntesis que ya hemos cerrado para volver a tierra de ninguna parte. Aunque es algo meramente temporal. Sólo le estoy dando tiempo para que entienda que tiene que dejar a Marcos y tenemos que hablar. Y *tiempo* es un eufemismo para decir que no pienso dejar que vuelva a pasar un solo segundo más con él. Así que ya puede darse prisa pensando.

A la hora de la comida, la planta se queda desierta. No voy al Beach Sea, tengo mucho que hacer, y me conformo con una chocolatina de la máquina de *vending* y una botella de agua. Antes de que vuelvan todos, decido salir a fumarme un cigarrillo a la escalera de incendios. Estoy cansado de ver las cuatro paredes de mi despacho.

El restallar de mi Zippo corta el ambiente y el humo de la primera calada se mezcla con el sonido seco del mechero al cerrarse. Tengo una sonrisa de lo más estúpida en los labios. Creo que incluso me molesta, pero, francamente, también me importa bastante poco. Un rato con ella y estoy en paz.

Unos pasos me distraen. Me giro y veo a Martina, la amiga de Cande, salir a la escalera de incendios y acercarse a la baranda. Saca un cigarrillo. Se lo enciende y se apoya en el metal negro perdiendo su mirada en las vistas de Madrid. Ninguno de los dos decimos nada. «No rompas el silencio si no es para mejorarlo», decía mi padre cuando éramos críos, aunque, claro, él lo hacía para que no lo molestara contándole qué había hecho en el cole. Un padre de los buenos, sí, señor.

—Sé lo que has hecho hoy por Cande —suelta de pronto, girando el cuerpo para tenerme de frente.

Martina es una de esas chicas a las que está claro que no puedes tratar de buscarle las vueltas porque no las tiene, y lo más probable es que, si lo intentas, te ganes un rodillazo en los huevos. Me alegra que Cande tenga a alguien así cubriéndole las espaldas.

—¿Y qué se supone que he hecho? —contesto con la mirada aún al frente.

Puede que ella sea Martina, pero yo soy Sergio Herranz.

Ella levanta su tacón naranja hacia atrás, apaga la colilla en la suela y la deja caer al suelo en un movimiento bastante elegante. A continuación se sacude

las manos y vuelve a mirarme.

—Los dos sabemos que Cande se habría arrepentido de no haber hecho nada respecto al plan de Estela —se explica—, así que supongo que debo agradecerte que me ahorraras el trabajo.

Yo me humedezco el labio inferior y sonrío, cargando esos dos movimientos de una desdeñosa arrogancia.

—No tengo que ahorrarte nada, porque cuidar de Cande es cosa mía —sentencio. Sin dudas. No las hay.

Martina tuerce los labios con algo parecido a una tenue sonrisa en ellos y asiente un par de veces.

—Pues tendrías que empezar a esforzarte un poco más, cabronazo —sentencia ahora ella antes de girar sobre sus pasos y caminar de vuelta al interior del edificio.

—Un placer —replico.

Ella, ya dentro, me mira, sonrío y, sin más, se marcha.

\*\*\*

De acuerdo con el plan, me marcho a casa relativamente pronto para darme una ducha y cambiarme de ropa. A las nueve y media tengo que recoger a Sara. Teniendo en cuenta que vive en Usera, ya vamos un poco justos de tiempo.

Estoy abrochándome los pantalones de traje azul oscuro, casi gris oscuro, cuando mi móvil vibra sobre la cama. Me pongo la camisa blanca y me llevo el pelo húmedo hacia atrás con la mano. Me acerco al teléfono de un paso y abro la aplicación de mensajería instantánea. Es Estela. Un whatsapp con la dirección de un club increíblemente pijo en Bellas Vistas. Me informa de que ha reservado todo el local y seremos unos ciento cincuenta. Pongo los ojos en blanco. Conociéndola, Rodri sólo tendrá interés en ver a unas diez personas entre todos esos invitados.

En ese momento llaman a la puerta. Miro el reloj. ¿Quién coño es? Me abrocho la camisa. Me pongo la chaqueta a juego con el traje con un golpe de hombros y me recoloco los puños blancos que sobresalen. Vuelvo a mirar el reloj. Sea quien sea, es de lo más inoportuno, joder.

Abro pensando otra vez en quién puede ser... y es la última persona que imaginaba.

—¿Estás solo? —pregunta con su habitual frialdad vestida de pragmatismo.

—Sí.

Sé a quién esperaba encontrar.

Mi madre entra mirando a su alrededor con esa estúpida altivez. A veces pienso que preferiría que viviera en un cuchitril en Lavapiés para poder criticarlo abiertamente.

—¿Qué quieres? —pregunto con la clara intención de acelerar todo esto.

—¿Qué crees que quiero, Sergio? ¿Piensas que estoy aquí por gusto? —Tengo clarísimo que no—. Has roto con Estela Martín.

Yo suelto un suspiro que no tengo ninguna intención de disimular.

—Son mis decisiones —respondo deseando que esas palabras den por zanjado el tema, aunque no soy tan iluso de creer que voy a conseguirlo.

—Exacto. Sólo tenías que decidir y ni siquiera eso has sabido hacerlo bien —replica—. La familia perfecta, las dos hermanas tiradas a tus pies, y tú te las apañas para estropearlo todo.

La simple alusión a Cande hace que me hierva la sangre. Aprieto los dientes y mi cuerpo se tensa.

—Si has venido a decirme que vuelva con Estela, ya puedes marcharte, porque eso no va a ocurrir.

Sin quedarme a escuchar lo que tenga que decir, echo a andar hacia mi habitación.

—¿Es que no te cansas de decepcionarnos?

Me detengo en seco y esa sensación tan familiar vuelve a apoderarse de mí. Dicen que una madre te conoce incluso mejor que tú mismo. La mía parece usar esa habilidad para tirar donde más me duele, aunque sea un dolor que no se merece poder causar.

—Todos sabemos que acabarás casado con una arribista muerta de hambre a la que habrás dejado preñada después de tirártela contra la puerta del baño de un bar mugriento. Si por el camino pudieses no arruinar nuestra vida social, te estaríamos muy agradecidos.

Una sonrisa fugaz, triste y llena de rabia se apodera de mis labios.

—¿A qué te refieres, *mamá*? —Y ese apelativo hacia ella suena impertinente e irónico.

—A que no te acerques a Candela Martín. No nos avergüences enredándote con una niña de veintidós años a la que acabarás abandonando.

Mi sonrisa se transforma en una más segura, porque estamos hablando de Cande. Sé lo que siento por ella. Jamás la abandonaré.

—¿Qué te hace pensar que la abandonaré?

—Que la decepcionarás y, antes de que ella te aleje, la alejarás tú. Es lo que mejor se te da, hijo.

Aguanto el golpe. Duele.

—Márchate —digo con la cabeza gacha. Me hace sentir diminuto, débil.

Ella asiente, supongo que ya ha dejado claro su punto de vista y se siente satisfecha con el resultado de esta charla.

—Ni siquiera entiendo qué hicimos tan mal contigo —sentencia.

Mira a su alrededor, despreciando un poco más todo lo que tiene que ver conmigo, y se va.

Los Herranz, una familia de puto catálogo. Perfecta donde las haya.

\*\*\*

A las nueve y media clavadas, Sara sale de su portal. Se le engancha el tirante del pequeño bolso plateado en el pomo de la puerta del edificio y está a punto de caerse de culo. Sonrío, y no voy a negar que me sienta de maravilla después de cómo he salido de mi piso. No puedo evitar que me despierte algo de ternura. Creo que es la chica más patosa que he visto en todos los días de mi vida.

Se acerca con una sonrisa y, sin quererlo, tuerzo el gesto. Lleva un vestido muy bonito y muy sencillo y unas Converse y, aunque estoy seguro de que a Rodri se le irían los ojos detrás de ella, en esa fiesta hay demasiada gente que la miraría por encima del hombro, empezando por Estela, y no quiero que se sienta mal.

—Hola —me saluda cantarina.

—Sara...

—¿Voy mal? —me interrumpe agachando la cabeza y mirando su propio vestido.

Joder, todo lo que tiene de patosa lo tiene de intuitiva. Es una pasada.

—Voy mal —se contesta a sí misma alisando su ropa con la palma de la mano.

—Sara, estás preciosa —la interrumpo yo ahora, alzando las manos para que deje de martirizarse.

Ella levanta la mirada y tuerce los labios, desanimada.

—La fiesta es... complicada —acuerdo a decir a falta de una palabra mejor—. Tienes que vestirte, no sé, como si fueras a un gran evento.

Sara me mira de arriba abajo, comprobando mis propias palabras.

—Sí, ya veo que tú te has disfrazado —dice señalándome—. Eres un niño pijo —afirma con una sonrisilla de lo más impertinente.

—Usera, bien, ¿no? —respondo, y uso el nombre de su barrio para recordarle que vive en el extrarradio, rodeada de chonis y coches tuneados y que todo lo «bueno» se pega.

Al cabo de un segundo, los dos sonreímos. Además, tiene razón. Está acostumbrada a verme con Rodri en la terraza de un bar, en su casa, vistiendo como visto de verdad.

—Dame quince minutos —me pide, corriendo de nuevo a su portal.

—Tienes diez —la advierto.

Antes de entrar, trastabilla con uno de los adoquines y está punto de darse de bruces contra el suelo.

## Cande

En cuanto dan las seis y media, salgo pitando de la oficina. Tengo mucho que hacer. Y os preguntaré el qué. Pues mucho, me reitero, empezando porque mi truculenta vida sentimental me había hecho olvidar el cumpleaños de mi hermano Rodri. Menos mal que tengo claro desde hace más o menos un mes qué comprarle: un tomavistas, una de esas cámaras de vídeo hiperantiguas con la que grabas imágenes en película de cine. Hay una tienda barra anticuario cerca de la plaza Mayor donde la menda había visto una y por la que, en un ataque de lucidez que ahora agradezco, cómo se nota que por entonces el amor me tenía más centrada, había pagado una parte del precio a modo de reserva.

Resuelto lo del regalo, tengo que hacer lo que de verdad me tiene tan increíblemente nerviosa. Esta mañana, la discusión, el beso y la conversación con Sergio en el baño han marcado una especie de antes y después, como cuando tus amigas te convencen de que es una idea genial saltar desde lo alto de un risco para caer al pantano del pueblo de Martina y tú les dices que ni por todo el oro del mundo. Ellas te llaman cobardica, tú ni caso, y entonces Sira te acusa de que no te aceptarían ni de público en el programa ese en el que los famosos saltaban desde un trampolín (que a falta de uno, hubo dos, tela marinera). Y, claro, te hinchas de dignidad y aceptas y tomas carrerilla. ¿Tenéis presente ese segundo en el que coges aire justo antes de salir corriendo?, ¿ese en el que no existe nada más porque la decisión, a pesar de los miedos y el nudo en la boca del estómago, ya está tomada? Pues exactamente así me sentí cuando Sergio y yo discutimos, cuando después me besó y cuando hablamos en el baño. Sólo que, además de los miedos y el nudo en el estómago, yo me sentí culpable, avergonzada y mala persona, pero, aun así, la decisión estaba tomada... y era que lo mío con Marcos tenía que acabarse porque no tenía ningún sentido y, sobre todo, porque Cande Martín iba a volver a ser eso: Cande Martín... no la tarada sentimental, ni la feliz enamorada, ni la hermana de Rodri, ni de Estela. Iba a volver a ser yo, con todo lo que implicaba ser yo.

Por cierto, la historia del pantano es totalmente inventada. Ni que yo hubiera estado tan chalada para saltar a un pantano en Cercedilla de la Sierra, que se me hubiera perdido la parte de abajo del biquini en el fragor de la batalla y hubiese tenido que salir tapándome el culo con un flotador de Bob Esponja ante un número casi absurdo de amigos de Martina.

—Hola, Marcos —lo saludo en cuanto lo distingo entre la nube de policías que salen de la comisaría en ese preciso momento.

—Hola, preciosa —responde, cogiéndome de la cintura y dándome un beso. Todo mi cuerpo se tensa y el chasquido de nuestros labios al estrellarse suena raro.

—¿Podemos hablar? —le pido nerviosa.

Marcos me examina un par de segundos con la mirada, concentrándose en leer mi expresión, y finalmente asiente con una despreocupación muy bien fingida mientras nos echamos a un lado y se apoya en el capó de su coche patrulla, aparcado junto a la acera.

—Tú dirás —me da pie cruzando los brazos sobre el pecho.

Ahora la que lo mira soy yo. Creo que sabe exactamente lo que voy a decirle. Tomo aire. Lo sepa, lo imagine o lo sospeche, tengo que hacer lo que tengo que hacer.

—Quería hablar contigo porque creo que las cosas no están yendo como tendrían que ir entre nosotros y es culpa mía —me apresuro a decir—. Yo... yo ahora mismo... todo se ha complicado —resumo, porque no sé cómo hablar de cómo me siento sin mencionar a Sergio y no creo que sea justo para Marcos que lo haga.

—¿Complicado? —bufa indignado, perdiendo su vista a un lado—. Enamorarse de un tío a punto de casarse suele serlo, ¿sabes?

Doy una larga bocanada de aire de nuevo. Tiene derecho a enfadarse, pero creo que otra vez nos está transformando en un cliché.

—Las cosas no son como tú crees.

—¿Sabes cómo sí son? —replica—: creo que me necesitabas porque querías ponerlo celoso o, no sé, hacerlo reaccionar para que dejara a tu hermana y que se diera cuenta de que tú existías.

Aprieto los labios.

—Te estás equivocando.

—No lo creo —afirma con rabia.

Y podría marcharme y dejarle pensando lo que le diese la gana, porque,



siendo pragmáticos, Madrid es muy grande, vivimos muchos en ella y sería raro que nos volviéramos a ver, pero yo no quiero ser pragmática, quiero ser yo y, haya sido más o menos desastre la relación o no relación que hemos tenido, Marcos no me parece un mal tío, y no me gustaría que se marchase con el mal sabor de boca que, después de que se le pasara el enfado, tendría sintiéndose utilizado.

—Sé que hay muy pocas posibilidades de que me creas —pronuncio—, pero algo me dice que puede que sí, así que merece la pena que lo intente. Eres un tío increíble, tuviste mucha paciencia y lo intentaste de verdad, y no es algo que esté diciendo para salir del paso, realmente lo pienso. Las cosas no han funcionado porque pensé que, para estar bien y olvidarme de Sergio, tenía que centrarme en ti, hacer que lo nuestro fuera adelante a toda costa y, cuando fueras algo, no suele salir bien. Además, pretender olvidar a otra persona no es el mejor motivo para empezar una relación. Todo fue culpa mía —reconozco—. Espero que me perdones y que encuentres a una chica maravillosa, muy guapa, de esas que os vuelven locos a los tíos.

Él sonrío, como si supiese un secreto que no piensa contarme, y descruza los brazos en clara señal de que está un poco menos enfadado.

—Sabía que me pondrías las cosas difíciles —murmura tratando de luchar contra su sonrisa.

—Las contestatarias somos así —contesto divertida, encogiéndome de hombros.

—Tendría que haberte detenido cuando tuve la oportunidad —replica contagiado de mi humor.

—Soy abogada, ¿sabes? Me habría librado.

—Trabajas en recursos humanos, no eres una abogada de verdad.

Los dos sonreímos y yo me alegro de que esta historia tenga un final amable.

—Adiós, Marcos —digo alzando la mano a la vez que doy un paso atrás y, a continuación, echo a andar.

—Adiós, preciosa —responde cuando ya me he alejado unos metros.

Me giro y nos sonreímos.

Me siento mejor. Marcos se merecía a una chica que lo quisiera por algo más que ser consecuente.

Ya estoy más cerca de ser yo de nuevo.

\*\*\*

Termino de pintarme los labios de rojo con mi barra Rouge Coco cuando llaman al timbre. Martina y Sira están puntuales al otro lado. Entran y las tres, colocadas en un espontáneo círculo, empezamos a andar mirándonos y remirándonos las unas a las otras, como si estuviéramos evaluando las candidatas para Miss Piña Tropical 2017.

—Querida —empieza a decir Sira imitando el acento que tendría cualquiera de las amigas de su madre, o de Estela, con un nombre como Patu, Caritina o Pitita—, ¿de blanco de noche? —me pregunta observando mi vestido hasta las rodillas, sin mangas, con un escote de lo más discreto y que a partir de la cintura toma vuelo—. No es un poco... ¿chabacano?

Las dos nos reímos con la misma falsedad con la que probablemente Patu sonreía a Caritina cuando se encontraban en el club de campo.

—Querida —respondo sin que dejemos de girar, llevándome la mano al pecho—, ¿y el tuyo no es un pelín... corto? —digo en referencia a su fantástico minivestido negro.

—Por lo menos yo no voy en pantalones —replica mirando a Martina, que lleva un mono negro con algunos adornos dorados espectacular. La cabrona está guapísima, así que, como contrapartida, tiene que ser el centro de todas nuestras bromas.

—Pantalones —repito sin perder mi estudiado acento. Años de práctica viendo a Julia y a la señora que probablemente inventó la palabra esnob, su madre—, ¡qué desfachatez!

—Los pantalones son de obrero —sentencia Sira.

Lo que dice y el modo en que lo dice hace que tenga que contener una carcajada.

—¿Sabéis, queridas? —interviene Martina, alias Pitita—. Por lo menos a mí no se me va a ver el chirri si estornudo —continúa señalando a Sira con su *clutch*, también negro y dorado— y no voy de blanco para recordarle a un cabronazo que soy un alma cándida de veintidós años.

Las dos abrimos la boca indignadas y, para qué negarlo, aguantándonos la risa.

—Patu —me llama Sira.

—¿Sí, Caritina?

—Hay que dejar de hablarle a Pitita. Ha usado la palabra *chirri*.

Y antes de que ninguna diga nada más, las tres estallamos en risas. No sé si ganaríamos el certamen de Miss Piña Tropical 2017, pero estamos que nos salimos.

Pedimos un taxi y llegamos al lugar en cuestión relativamente rápido. He dicho lugar cuando, en realidad, debería haberlo descrito como el equivalente en club a que Armani, Valentino y Hugo Boss optaran por volcarse en la decoración de interiores y probaran, no sé, con un palacete del rey de Suecia que anteriormente hubiese sido de un marajá, y decidieran que por qué decorarlo todo con oro cuando pueden hacerlo con oro y diamantes.

—Apuesto a que, si aquí pides un vaso de agua del grifo, te ponen una copa de Dom Pérignon Rose —comenta Martina, admirada.

Las tres asentimos. Este lugar deja al Ritz en bragas.

Miro a mi alrededor y tuerzo el gesto. El sitio es genial, pero no reconozco más que a un par de amigos de Rodri entre conocidos de nuestros padres, gente del club de campo, conocidos de los padres de Julia y personas a las que podrías encontrarte en una de esas fiestas de La Finca que a Rodri no le gustan. Maldigo por dentro. Es su cumpleaños. Ni siquiera por una vez Estela puede dar su brazo a torcer y dejar de intentar dirigirnos la vida a todos.

Cabeceo apartando esa idea y, tras curiosear un poco con las chicas, buscamos un rinconcito discreto junto a la barra donde acomodarnos con una copa de *champagne* rosado en la mano. Sí, sé que expresé mi opinión sobre esta bebida en particular y que no queda demasiado bien que ahora esté aquí, bebiéndomela tan ricamente... pero es que está muy muy buena, al nivel de los Sugus azules o el helado de chocolate y brownie del Ben&Jerry's.

De pronto las luces bajan de intensidad y todos miran hacia la puerta. Yo lo hago a mi alrededor buscando a Sergio y a Sara. ¿Dónde se han metido? Rodri debe de estar a punto de llegar. Las tres nos acercamos al centro de la sala junto al resto de los invitados. Empiezo a estar un poco nerviosa.

—¡Sorpresa! —gritamos al unísono y todos rompen en aplausos ante un perplejo Rodri, que no deja de sonreír.

—Enana —me llama mirando hacia todos lados.

Yo corro hacia él con una sonrisa en los labios e inmediatamente me lanzo a sus brazos. ¿Os he dicho ya que Rodri da los mejores abrazos de hermano mayor del mundo?

—¡Felicidades! —digo entusiasmada.

—¿Lo has organizado tú?

Niego con la cabeza.

—No, es cosa de Estela. Yo te traigo esto.

Le tiendo el regalo envuelto con un papel chillón que he encontrado. Rodri tuerce los labios conteniendo una sonrisa en un claro «no tenías por qué». Yo me encojo de hombros. Lo quiero, ése es mi mejor motivo. Él me da un beso en la sien antes de arrancarme el paquete de las manos y abrirlo. Le encantan los regalos, otro gran motivo para hacérselos.

—Es increíble, enana —dice girando el tomavistas entre sus manos y observándolo maravillado.

Sonrío orgullosa de haber acertado y feliz por la misma razón.

—¿Dónde está Sara? —me pregunta—. Quiero enseñárselo.

Yo miro a mi alrededor sin saber qué decir. Se supone que ya deberían estar aquí. De pronto empiezo a pensar en todas las cosas que han podido salir mal, como que Estela, que es como las malvadas de las telenovelas, en connivencia maligna con Julia, que es como la aún más malvada amiga malvada de la malvada de las telenovelas, le haya dado mal la dirección a Sergio, sospechando que podría hacer algo para evitar todo esto. Rodri me mira preocupado y yo la verdad es que sigo sin saber qué decir.

—Rodri, no...

—Feliz cumpleaños, cariño —la voz de Julia a mi espalda me interrumpe.

Aprieto los labios por no apretarle a ella otra cosa. Rodri la mira sin entender nada y su cuerpo se tensa, visiblemente incómodo.

—¿Qué haces aquí, Julia?

—Sólo quería felicitarte y hablar contigo —da un paso hacia él y alza las manos para acariciar las solapas de la chaqueta de Rodri— y...

—Damas y caballeros, ¿no irían a empezar la fiesta sin nosotros?

Todos, incluidos Julia, Rodri y yo, nos giramos justo a tiempo de ver la entrada triunfal de Sergio y Sara. Ella, cogida de su brazo, y él, sonriendo macarra, encantado de haber creado un poco de alboroto. Está preciosa con un vestido largo de un espectacular tono marfil que resalta su pelo castaño y sus bonitos ojos. Mi hermano la mira embelesado y toda la tensión en la boca de mi estómago se deshace. Julia no tiene nada que hacer y ahora ella también lo tiene clarísimo.

Sergio la guía con presteza y habilidad hasta nosotros. Mi mirada se encuentra con la de Sara y le guiño un ojo, divertida, con mis manos cruzadas delante. Ella me sonrío nerviosa y algo inquieta por saberse el centro de

atención. Entonces mis ojos se topan con otros increíblemente azules y el nudo de mi estómago vuelve por unos motivos completamente distintos, como si alguien hubiese soltado en tropel millones de mariposas.

Está más que guapo y con Sara del brazo, llevando a la dama en apuros hasta su caballero, parece un príncipe de cuento. Cabeceo con una sonrisa. ¿Por qué no puedo evitar verlo así? Creo que ése es otro problema de los chicos malos: incluso cuando sabes que lo son, no puedes evitar tener clarísimo que tienen un lado diferente que no comparten con el mundo y que hace que consigan colársete muy adentro sin que ni siquiera te des cuenta.

Me escabullo de vuelta a mi rinconcito con las chicas, porque me conozco y porque Sergio está mezquinamente guapo con los primeros botones de la camisa desabrochados. Que no vaya a volver con él no significa que pretenda tentar a la tentación (nunca había estado más justificada una redundancia).

—Enana —me llama Rodri cuando acabo de llegar hasta Martina y Sira.

—¿Sí? —pregunto volviéndome.

—Necesito un favor.

—Eres un abusón —me quejo divertida.

Mi hermano frunce los labios para disimular una sonrisa y yo lo hago enseñándole todos los dientes.

—He pensado que... que, bueno, esta noche podría... ser especial —prácticamente tartamudea, nervioso, mientras se mueve inquieto.

En el momento en el que se mete la mano en el bolsillo interior de la americana y veo el atisbo de una cajita azul marino perfectamente cuadrada salir de él, suelto un grito de lo más infantil, pero en seguida me tapo la boca con la palma de la mano para amortiguarlo, sin poder dejar de sonreír.

—¿Vas a pedirle a Sara que se case contigo? —inquiero emocionadísima.

Las chicas se acercan y lo miran igual de encantadísimas que yo. ¡Va a declararse!

Rodri sonrío porque no puede aguantarse más y porque la mera idea de imaginárselo lo hace feliz.

—¿No te parece una locura? —me pregunta—. Sólo hace unas semanas que nos conocemos.

—Pues a mí me parece que hace unas semanas que eres superfeliz, como en un cuento.

La sonrisa de Rodri se ensancha por mi respuesta y me da un abrazo con el que me levanta los pies del suelo.

—¿Me lo guardas? —me pide entregándome la cajita con el anillo con discreción cuando nos separamos—. Quiero encontrar el momento adecuado y estoy tan nervioso que me da miedo perderlo o sacarlo en el peor instante.

Yo asiento y lo guardo diligente en mi bolso. Cuando está a buen recaudo, lo miro y no puedo evitar volver a sonreír. ¡Va a casarse! Rodri sonrío también y me da un beso en la mejilla.

—Pasadlo bien, chicas —se despide.

—Sí —responden al unísono.

Estamos a punto de colocarnos en corrillo y comentar la jugada cuando vemos a Estela acercarse con el paso seguro hacia nosotras. Nos miramos y tenemos la misma idea a la vez.

—Fumar —decimos al mismo tiempo.

Nos miramos con grima, parecemos trillizas de pensamiento. Sira pone los ojos en blanco, fingidamente ofendida.

—Marvelous Sira no admite imitaciones —se queja señalándonos con el índice.

Martina y yo simulamos no oírla y las tres nos alejamos de la barra con paso rápido. Por suerte, Estela se ha tenido que parar a saludar cada dos segundos y eso nos ha facilitado la huida. Nos decidimos por el patio interior. Está separado de la sala principal por una cristalera y el suelo es de un suave marrón envejecido. Dos de las paredes están cubiertas casi por completo por enredaderas de un fantástico verde y el muro que queda libre, por pequeñas lucecitas que lo iluminan de una manera tenue, casi melancólica.

—Enséñanoslo. Enséñanoslo —me pide Sira dando saltitos.

Yo miro por encima de mi hombro a la sala a través de la cristalera para asegurarme de que nadie nos está prestando atención y saco la cajita de mi bolso.

—Es precioso —murmura Martina cuando abro el pequeño cubo azul marino y un maravilloso aro de plata con un diamante en el centro brilla dentro, aunque para nosotras, más que brillar, al abrir la caja, ha empezado a sonar el *All you need is love*, de The Beatles, como una de esas tarjetas de cumpleaños con pieza musical.

—Pruébate —me reta Sira.

—¿Por qué?

—Porque tienes dedos —responde como si fuera obvio— y porque yo no puedo probármelo hasta que no te lo pruebes tú.

No me quejo porque, para qué engañarnos, me encanta la idea. Saco el

anillo, lo miro un segundo entre mis dedos y me lo pongo en el anular de la mano izquierda. A continuación la separo de mí para contemplarlo en toda su esencia y en ese mismo momento tengo algo así como un orgasmo por una joya como una olla (que también rima).

—Venga, me toca —me arenga Sira.

La miro mal, pero lo justo es justo, le toca. Me llevo una mano a la otra, pero no soy capaz de sacármelo. Tiro un poco más. Nada. Resoplo.

—Quítatelo —me apremia Sira.

—No puedo —replico.

Lo intento otra vez, pero se mueve la mitad de un milímetro y no avanza más.

—No finjas, perra —me increpa—. Tú lo que quieres es sobar más tiempo el anillo de poder.

Tiro. Nada. Tiro más fuerte. Nada. Tiro hasta hacerme daño. Nada. Nada. Nada.

—Te juro que no sale —me lamento.

Estoy empezando a agobiarme.

Las tres nos miramos y casi en el mismo segundo Martina me coge de la mano y empieza a tirar.

—No sale —se queja aún intentándolo.

—Vas a romperme el dedo —gimoteo.

—Déjame a mí —interviene Sira.

Dos minutos después, me suelta jadeante y yo lloriqueo agitando la mano. Qué daño me ha hecho.

—Ese anillo no sale porque tu cuerpo no lo deja —dice de pronto Sira, como si, sin que lo supiéramos, hubieran inaugurado una nueva carrera universitaria llamada *Ciencias sentimentales y de lo que te pica ahí abajo* y ella fuera la primera graduada—. Tienes tantas ganas de casarte con uno que yo me sé, que tu *chi* se ha aferrado al anillo. Es mental.

—Mental es lo tuyo —me quejo.

—Viene a ser algo así como «anillum atraparum in corpore taradus sentimentalus» —suelta Martina.

Sira la señala y las dos asienten como si realmente eso fuera algo mínimamente parecido al latín.

—¿Queréis ayudarme? —protesto.

Un minuto después, las tres estamos de pie en el centro del patio, de cara a

la ventana porque, sin darnos cuenta, entre tirón y tirón, hemos ido girando, con las manos en mi regazo. No tengo ni idea de quién está tirando de mi dedo y quién me está sujetando la mano, pero el anillo no sale. Alzamos la cabeza y, al ver a un señor con el pelo blanco y barriga oronda observándonos, las tres nos incorporamos y sonreímos al tiempo que, veloz, me llevo las manos a la espalda. El hombre nos mira como si estuviéramos locas hasta que se percata de cuánta pierna enseña Sira y se centra en otros menesteres. Entonces aparece su mujer y, la que se centra en el menester de echarle la bronca, es ella.

En cuanto dejan de prestarnos atención, volvemos a intentar sacarlo, pero nada, no hay manera.

—No sale —sentencia Martina.

—¿Qué demonios voy a hacer? —gimoteo.

—¿Qué pasa?

Estamos tan concentradas en el tema que nos ocupa que ni siquiera lo hemos visto acercarse ni lo hemos oído entrar, y ahora está guapísimo como si no hubiera un mañana delante de nosotras.

—Rodri va a pedirle a Sara que se case con él —empieza a explicar Sira ante mi conmocionada mirada. ¡No se lo cuentes!— y le ha dado el anillo a Cande para que se lo guarde. Cande se lo ha probado, por iniciativa completamente propia —hace hincapié la muy perra abriendo las manos en el aire—, y ahora no se lo puede quitar.

—Gracias —protesto girándome para mirarla.

—A mandar —responde cruzándose de brazos con la vista al frente.

Sergio sonrío y, lentamente, dejando que toda esa sexualidad que desprende inunde cada centímetro cuadrado del patio, camina hasta mí.

—Así que un anillo que no sale —afirma con esa sonrisa macarra en los labios al tiempo que me coge la mano con una suavidad y una seguridad que reverbera en todo mi cuerpo, llenándolo de cosquillitas dulces y glotonas.

—Ha sido un accidente —me disculpo.

Sergio no dice nada y, con esa misma masculina determinación, se mete tres de mis dedos en la boca ante mi alucinada mirada. Su lengua me acaricia y sus dientes se encaraman a mi piel, mordiendo como me mordía antes otras partes muy concretas. Mis mejillas se encienden.

Se mueve despacio y, sobre todo, hábil, pero hábil de verdad, la misma habilidad con la que rasgaba el envoltorio de un preservativo y se lo colocaba en segundos... mala línea de pensamientos, Cande. Muy mala.



Desliza mis dedos por sus labios y, al salir por completo, ya no hay rastro del anillo, que haciendo gala de esa sexy pericia mueve con la lengua hasta sostenerlo entre sus dientes.

Las tres lo miramos embelesadas. Sira incluso tose.

—De nada —dice con ese tono tan suyo, arrogante, impertinente y con un toque de malicia, dejando el anillo en la palma de mi mano, que aún sostenía con la suya, y cerrando mis dedos después.

Asiento.

—Gra-gracias —tartamudeo en cuanto mis neuronas dejan de cantar *Experiencia religiosa* y por fin reaccionan.

—Chicas —les pide con la voz ronca—, ¿nos dejáis solos?

Las dos asienten, porque ahora mismo es imposible negarle nada, y salen del patio. Sergio me recorre de arriba abajo con esos ojos hechos de puro pecado y, finalmente, los clava en los míos.

—Bailamos —afirma, ya que en ningún caso pregunta, pero éstas son cuestiones semánticas que, después de los últimos dos minutos, me importan un poco menos de lo normal.

Su única palabra me hace caer en la cuenta de que una vieja canción en francés se cuela por la puerta entreabierta, mezclándose con su olor y el eco de su voz.

Podría decir que acepto porque estoy obnubilada o algo por el estilo, pero mentiría. Quiero bailar con él.

Guardo el anillo en la caja y la caja en mi bolso, de donde nunca debió salir, y lo dejo junto a la pared, escondido de miradas indiscretas.

Camino hasta él, esperando a que me tienda la mano o abra los brazos para acogerme, pero Sergio vuelve a recorrerme con la mirada sin decir una palabra.

—¿Vamos a bailar o qué? —protesto.

—Ahora no sé si quiero bailar contigo.

—¿Por qué? —inquiero, y esas dos únicas palabras salen de mis labios absolutamente decepcionadas.

Sergio sonrío insolente y me percató de que eso era justo lo que buscaba.

—Eres idiota —me quejo.

Pero cuando voy a darle un merecido puñetazo en el pecho, sostiene mi mano sin problemas y, sin que la sonrisa lo abandone, tira de mí y me estrecha contra su cuerpo.

Yo tuerzo el gesto disimulando una sonrisa, fingiendo que no acabo de

llegar a casa.

Nos acomodamos en cuestión de segundos. Su mano repta por mi muñeca hasta que nuestros dedos se entrelazan, despacio, casi como si no debieran, y su otra mano se desliza hasta el final de mi espalda, abriéndose posesiva, masculina y sensual.

La canción vuelve a no importar y nos movemos al ritmo que marcamos nosotros, mostrando lo bien que nos sentimos exactamente así.

—Me gusta bailar contigo —susurra bajito, con sus labios calentando mi mejilla, mi cuello, el lóbulo de la oreja.

—Y a mí.

Me muevo dejándome guiar por el instinto y mi nariz busca su cuello. Dios santo, qué bien huele.

—Tendríamos que bailar canciones todos los días.

—¿Todos los días? —murmuro con una sonrisa.

La conversación se vuelve aún más íntima, como si fuera un secreto que sólo nos incumbe a nosotros, uno de esos que son divertidos, tristes, buenos y malos a la vez, como si todo el universo cupiese en un puñado de letras y todas nos perteneciesen. Él y yo y nadie más en un jardín lleno de luces.

—Podría ser una canción diferente o siempre la misma —continúa—. Me da igual, porque ni siquiera la escucho.

—¿Por qué?

—Porque no puedo sentir nada que no seas tú.

Contengo un suspiro mordiéndome el labio inferior y me acomodo contra su hombro, casi escondiéndome en él. Asusta porque es demasiado fácil, porque no necesito nada más para ser feliz.

—No me jodas.

La voz de Rodri atraviesa el patio a medio camino entre la preocupación, la sorpresa y un genuino enfado. Un triángulo de emociones que rompe nuestra burbuja, estallándola en pedazos.

Sergio se mueve, pero no lo hace con la intención de separarse, sino de protegerme, colocándose a su espalda. Es puro instinto y yo, a pesar de la situación y del resquemor en la boca del estómago, tengo que disimular una sonrisa porque mi corazoncito se zarandea risueño al saber que su primer pensamiento es cuidar de mí.

—No lo entiendo —continúa mi hermano—. Ni siquiera os caéis bien.

—Rodri —lo llama Sergio.

Su mirada cambia en un solo segundo y con ella toda su expresión, como si acabara de caer en la cuenta de algo y le horrorizara.

—¿Tú eres aquel tío mayor?

El cuerpo de Sergio se tensa un poco más y yo lo miro sintiendo cómo el resquemor de mi estómago va transformándose en un nudo. Me teletransporto a la conversación en su despacho con mi hermano, cuando decidió no defendernos. Aunque entiendo por qué lo hizo, el dolor fue sobrehumano y algo dentro de mí tiene demasiado miedo de volver a sentirlo.

Al ver que Sergio no dice nada, Rodri clava sus ojos en mí, a su espalda.

—¿En qué estabas pensando, Cande? Coño, ¿en qué estás pensando ahora?

No contesto. No digo nada. No puedo. Y sin que la idea llegue a cristalizar en mi mente, me separo un paso de Sergio. Otra vez está callado, dejando que mi hermano dibuje con las palabras equivocadas lo que tuvimos. No nos está defendiendo. Quizá, separarme un paso, sea mi instinto. Alejarme de lo que, más tarde o más temprano, me hace sufrir.

—Tienes veintidós años. —Y al pronunciar esas palabras no puede evitar tragar con amargura—. No tienes ni idea de lo que son las relaciones.

—Rodri —trato de llamarlo—, tú no puedes entenderlo.

—Entender, ¿qué? —replica furioso—. Por el amor de Dios, eres una cría.

—No.

La única palabra de Sergio nos silencia a ambos. Y menos que nunca se trata de lo que ha dicho, sino de cómo lo ha dicho, dando un paso al frente, dando la cara por los dos, siendo valiente, rotundo, seguro, arrogante. Todo lo que es él.

—Joder, no lo es —sentencia—. Cande es fuerte y sabe lo que quiere.

La sonrisa vuelve a mis labios y algo dentro de mí brilla con una fuerza cegadora.

Mi hermano lo mira. Está demasiado enfadado. Están demasiado lejos.

—Sea lo que sea lo que tuvisteis, dudo de que fuera de verdad.

—No lo sabes —replica Sergio—. No tienes ni puta idea de cómo nos sentimos.

—No, pero ¿sabes de lo que sí tengo una idea? —contraataca Rodri—. De cómo eres tú. Yo te quiero, joder, pero eres un mujeriego de mierda que no se ha molestado en hablar jamás con una mujer y eso no es lo que quiero para mi hermana pequeña.

—Lo que tuvimos fue diferente.

—¿Y lo que tuviste con Estela también lo fue?

—Puedes decir lo que te dé la gana, pero las cosas no van a cambiar. Lo que tuvimos fue real y auténtico y nos cambió a los dos.

—Sí —responde Rodri torciendo los labios y asintiendo—, a ella la llevó a Barcelona llorando como una Magdalena, apartándola de mí... y a ti tuve que llevarte al hospital el mismo día que se marchó, inconsciente por un coma etílico.

—Rodri —ruge.

—¿Qué?

Yo lo miro sin poder creer lo que acabo de oír. Sergio acabó en el hospital aquel día, eso fue lo que no quiso contarme cuando le pregunté, lo que ocultaba, y por eso dijo que no me había mentado al decirme que había estado bebiendo. ¿Por qué Estela sí me mintió? ¿Por qué fui tan estúpida de creerla?

Sergio suelta un profundo suspiro y pierde su vista en la fiesta a través del cristal para, tras apenas un segundo, llevarla de nuevo hasta Rodri. Está tratando de calmarse, de contenerse, y tengo la sensación de que ha encontrado la idea perfecta para hacerlo.

—La quiero —dice dejando que el amor lo haga invencible.

Rodri lo mira y, aunque ahora mismo esté increíblemente cabreado con él, también sabe que está siendo sincero. Se conocen demasiado bien.

—Mira, Sergio —responde, y los tonos beligerantes han desaparecido—, me parece genial que te hayas enamorado, incluso me alegro por ti, pero *Cande se merece algo mejor que tú* —sentencia haciendo hincapié en cada letra de la última frase.

—Lo sé —contesta Sergio sin dudar, pero debería dudar porque él me hace feliz.

—Yo también lo quiero —digo dando un paso hacia Rodri, saliendo de la protección de Sergio.

Mi hermano suspira y se llena de esa compasión del que sabe que va a acabar mal y, aun así, está dispuesto a consolarte cuando regreses llorando.

—No puedo obligarte a que me hagas caso, ni siquiera a que me escuches —me dice con una mano en la cadera y la otra tendida suavemente hacia mí—, pero, por el bien de los tres y, sobre todo, por el tuyo, espero que tengas claro lo que haces.

—No estamos juntos, si es lo que te preocupa.

Mi hermano niega con la cabeza.

—Lo que me preocupa es que estoy empezando a encajar muchas piezas y os he visto más felices que nunca, pero también demasiado desgraciados.

—Rodri, sé que es complicado —trato de hacerle entender—, pero...

—No puedes pedirme que esté contento con esto —me interrumpe.

Y por mucho que me duela, incluso por mucho que me enfade o me parezca injusto, sé que tiene razón.

—No te lo estoy pidiendo, sólo me gustaría que no te enfadases.

Rodri no dice nada. Da un paso hacia mí y me da un beso en la sien.

—Hablaemos mañana.

Yo asiento y le doy la caja con el anillo, que se guarda en el bolsillo de los pantalones. Mi hermano y Sergio intercambian una mirada, de apenas un segundo, y sin más sale del pequeño patio.

Lo sigo con la vista hasta que desaparece entre los invitados, quienes, si nos han visto, desde luego lo disimulan muy bien.

Doy una larga bocanada de aire y me giro hacia Sergio. Él tiene la mirada fija en algún punto indefinido entre el suelo y la cristalera. Está pensativo, mucho. No hay atisbos del Sergio frío, que hubiese hecho una mueca y encendido un cigarrillo vistiendo de indiferencia todo lo que sentía, y eso, sin duda alguna, marca una diferencia.

—Si no quieres hablar de ello, no insistiré —trato de explicarme—. Sólo quiero decirte que lo del coma etílico...

—No quiero hablar de eso —me corta.

Agacho la cabeza y me muerdo el labio inferior, nerviosa. Sé que he prometido no insistir, pero tengo que hacerlo.

—Estela me mintió. Me dijo que esa noche os acostasteis.

—No vi a Estela hasta varias semanas después —responde sin asomo de duda—. Se presentó en mi casa diciéndome que sabía lo que me había pasado, que Rodri estaba muy preocupado y que ella estaba acostumbrada a hablar con la gente de sus problemas.

—¿Sabía que habíamos estado juntos?

—Mi madre.

No necesita decir más.

—Y también fue ella quien le dijo a Rodri que estabas con alguien mayor.

—No —digo entendiéndolo de pronto—, fue Estela. —Sergio me mira sorprendido—. Tu madre está demasiado interesada en el protocolo social como para intervenir de una manera tan directa. Además, siempre me sorprendió que

Estela jamás me reprochara que saliera con alguien que me sacaba nueve años. Eso, aunque no hubiese conocido quién era, tenía que saberlo, porque Rodri debió de desahogarse con Julia y ellas se lo cuentan todo. Si no lo hizo, fue porque lo sabía desde el principio.

Maldita sea, es increíble que hiciera algo así.

Respiro hondo de nuevo y me centro en lo importante. Terminó en un hospital. Me giro y mis ojos se pierden en su pelo, en cada rasgo de su armónico rostro, en sus labios.

—¿Por qué lo hiciste?

Y no necesito concretar más. Él sabe a qué me refiero.

—Porque te echaba tanto de menos que, si respiraba, me dolía.

Alza la mirada y nuestros ojos se entrelazan. Yo también lo echaba de menos. Lo echo de menos ahora.

—¿Pausa? —pregunto con una suave sonrisa.

Él me mira con el ceño fruncido sólo un segundo antes de que la misma sonrisa se cuele en sus labios.

Podría haberme explicado infinitamente mejor, pero sé que no lo necesita para entender que no me refiero a una pausa de esas que te hacen aullar desnudo entre gemidos. Hablo de volver a como estábamos antes, a hablar, a reírnos, a disfrutar del otro, porque Sergio ahora mismo necesita a su mejor amiga y yo lo necesito a él siempre, de la manera que sea.

—Pausa —repite.

—¿El antro? —inquiero.

—Nuestro antro.

Sergio me coge de la mano y las mariposas de mi estómago bailan, creo que hasta cantan a voz en grito como en los buenos conciertos. Atravesamos la sala sin despertar las miradas de nadie, porque hay tanta naturalidad en nuestro gesto que lo raro sería vernos separados.

—He aparcado a un par de manzanas de aquí —me anuncia cuando salimos.

Yo asiento con una sonrisa. No me importa. La noche es de lo más agradable.

Apenas nos hemos alejado unos pasos de la calle de Leñeros cuando el repiquetear de unos tacones me trae una mala sensación. Qué absurdo, ¿verdad? Podrían ser de cualquiera, pero mi cuerpo se empeña en rebatir ese hecho.

—Candela, guapa, ¿podrías dejarnos solos?

La voz nos frena en seco y los dos nos giramos al unísono. Es Covadonga de Herranz. Odio a esa mujer.

**Cande**

Yo la miro a ella y después a Sergio. No pensaba dejarlos solos por nada del mundo, pero, después de ver cómo el cuerpo de Sergio se tensa, cómo se embadurna de una sensación parecida al miedo, menos que nunca.

—¿Qué quieres? —pregunta en un susurro.

Y automáticamente tengo la sensación de que no es la primera vez que pronuncia esa frase delante de su madre hoy.

—No seas difícil, Sergio —le reprocha con hastío.

—¿Qué quieres? —vuelve a preguntar, y las palabras se recrudecen en sus labios.

—Sólo te pedí que no nos avergonzaras y has discutido con Rodrigo Martín en una fiesta donde están todas mis amistades después de bailar como un adolescente.

—No sabía que estarías aquí.

—Eso no cambia nada.

—Desde luego que no lo cambia, porque, de haberlo sabido, me habría comportado exactamente igual.

Su madre aprieta los dientes. Sergio hace lo mismo. El ambiente se tensa hasta el infinito. Toma mi mano con fuerza y, sin decir una palabra, tira de mí. Nos giramos y avanzamos calle abajo.

Otra vez un golpe de tacón. Sólo uno.

—¿Acaso piensas que tenéis una mísera oportunidad de que salga bien?

Sus palabras detienen en seco a Sergio. Cualquiera que las hubiese oído podría decir que no tienen un tono malicioso, ni siquiera hosco, pero es como si apuntara directamente al centro de una idea de la que sólo son conscientes ella y él.

—¿De que tú, por una vez, vas a hacerlo bien? —continúa—. ¿Acaso ella lo sabe todo? ¿Las peleas en el internado? ¿Las borracheras de adolescente? ¿De todos los líos que tuvimos que sacarte? Nos has decepcionado cada minuto de



cada día y el amor no es ciego, ¿sabes? Tarde o temprano abrirá los ojos y se cansará de ti y tú te quedarás solo, sin ella, sin Rodrigo, sin nadie.

Sergio, con la mirada clavada en un punto del suelo lejos de él, ha escuchado cada palabra, creo que incluso las ha sentido físicamente. Me giro hacia él y una bola de tristeza se forma en mi garganta. Las palabras *perdido*, *solo*, se hacen tan evidentes que duelen y de pronto la tristeza se transforma en rabia. Él no se merece sentirse así.

Despacio, como si se estuviese rindiendo, sus dedos van desentrelazándose de los míos. Mis ojos se fijan en el movimiento. No es justo. Ninguna madre debería comportarse así. Ninguna madre debería hacer que su hijo se sintiera como se siente Sergio ahora mismo. Y, además, está completamente equivocada. Nunca podría dejar de quererlo. Me decepcionó, es cierto, y yo a él, pero eso no cambia que, cada vez que lo veo, el corazón me late ridículamente de prisa. Es estúpido, incluso un absurdo, pero así es el amor. Se equivocó, pero también cuidó de mí aunque nos odiábamos. Estuvo rebuscando entre escombros en la casa de mis padres durante horas para que yo no lo perdiera todo. Y luchó para que no dejase de ser la Cande que quiero ser. Él puede tener la tentación de rendirse, pero yo no voy a permitirselo. El amor puede con todo, y eso incluye a mujeres vestidas de Loewe injustamente elegantes.

Antes de que separe por completo nuestras manos, aprieto la suya con fuerza. Sergio siente el gesto e inmediatamente me busca con la mirada. Yo sonrío y, sin dudar, lo beso en la mejilla.

—Nunca vas a estar solo —susurro separándome apenas un centímetro, tratando de impregnar mis palabras de toda la dulzura que puedo, con todo el amor que, pase lo que pase, él siempre me hará sentir—. Aunque nunca volvamos a estar juntos, jamás dejaré de quererte.

Me separo y sus ojos atrapan al instante los míos.

—Haznos un favor a todos —dice su madre—: vuelve con Estela y haz algo bien por una vez en tu vida.

Pero ninguno de los dos la escuchamos. Sergio toma mi cara entre sus manos y me mira como sólo él sabe hacerlo, haciendo que las palabras no sean suficientes. Deja caer su frente en la mía, conteniendo todos los besos que no podemos darnos, y durante un segundo nos quedamos así, muy cerca, en todos los sentidos, con sus manos en mis mejillas y las mías sobre las suyas.

Los tacones vuelven a sonar, pero ya no importa. Hoy somos más fuertes porque puede que el amor te vuelva vulnerable, pero esa palabra incluye las dos

caras de una moneda. Una te vuelve débil y la otra te hace invencible.

—Mamá —la llama con su envidiable seguridad resurgiendo y traspasando su cuerpo. Da un paso hacia ella al mismo tiempo que sus carísimos tacones se detienen—, es la última vez que mantenemos esta conversación. —La altivez se borra de su expresión de un plumazo, como si hubiese comprendido en este mismo instante que ya no tiene la sartén por el mango—. Eres mi madre y, aunque no te lo merezcas, te quiero, pero todo lo demás se acabó. Estoy enamorado de Cande y seguiría estándolo aunque ni siquiera llevase zapatos, porque, a diferencia de ti, en lo último en lo que me fijo para saber si una persona vale la pena es en su apellido. ¿Os decepciona? —inquieta con su sonrisa más macarra, más impertinente, más arrogante, más Sergio, y automáticamente se contagia en mis labios—. Superadlo. La voy a hacer feliz, porque ella me hace jodidamente feliz a mí. Y no va a salir mal, porque es la chica de mi vida. Si queréis formar parte de esto, siempre seréis bienvenidos, pero más os vale cambiar de actitud, porque, si intentáis estropearlo de la manera que sea —ruge con la voz amenazadoramente suave—, sencillamente no volveréis a verme jamás.

Sergio no espera respuesta por su parte, gira sobre sus pies y se dirige hacia mí destilando esa idea de que el mundo está hecho para él. Me coge de la mano, sin dudar, y los dos nos perdemos por una calle de Madrid.

\*\*\*

—Dos Glenlivet con tónica —pide Sergio al camarero del antro... nuestro antro (sonrisa de tonta enamorada como subtítulo).

El camarero gruñe, ni «sí» ni «no», sólo gruñe, y unos minutos después estamos acomodándonos con las copas en una de las mesas del fondo. Me lleva unos segundos, pero, no sé si es por la madera de la mesa barnizada mil veces, el sillón corrido o las portadas de discos que se ven desde aquí, comprendo que es la mesa donde nos sentamos la primera vez que me trajo aquí, después de que me detuvieran por escándalo público.

—Es la misma mesa —digo ilusionada.

Sergio me mira con una media sonrisa de suficiencia. Por supuesto, él ya lo sabía.

—Se está volviendo un sentimental, señor Herranz —me burlo.

Él me pellizca la cadera y yo me revuelvo gimoteando en la silla. No sé si es el azar, mi subconsciente o él, pero el movimiento nos acerca.

Le doy un sorbo a mi copa y las burbujas de la tónica me hacen cosquillas en la nariz. Toso y sonrío.

—A veces creo que eres demasiado pequeña incluso para beber.

Yo frunzo los labios en un mohín, que desde luego no hace más caduca su frase, y a continuación sonrío de nuevo y ni siquiera sé por qué.

Sergio saca el paquete del Marlboro de su bolsillo y se enciende uno con su reluciente Zippo. Por un momento nos miramos directamente a los ojos. Él me desafía con los suyos, esperando a que le diga que no puede fumar aquí, y yo entorno los míos decidiendo si voy a hacerlo o no.

—Dame uno —le pido al fin.

Sergio no dice nada, retira el pitillo de sus labios y me lo entrega.

—No sé si haces esto porque te parece sexy o porque quieres ahorrarte un cigarrillo.

Sin poder evitarlo, rompo a reír por mi propia broma.

—¿Estás muy graciosa esta noche?

—La vida... —dejo en el aire, como si de pronto fuera Greta Garbo. Debe de ser por culpa del pitillo—. No me has respondido —lo apremio.

—¿A qué?

—Lo sabes de sobra, pero te encanta hacerte el interesante —me quejo.

—Con las crías de veintidós años es muy fácil parecer interesante.

—La palabra que buscas es *viejo*.

—La palabra que busco es *combustión espontánea* —dice saboreando cada letra como si con ellas me estuviera recordando todas las veces que me ha dejado a los pies de ese precipicio, o quizá debería decir volcán— y, por cierto, lo hago porque a quien le parece sexy es a ti —sentencia con su voz fabricada de deseo hambriento y sexo, mucho sexo.

—Eso son dos palabras.

Sergio sonrío de esa manera que no sólo fulmina lencería, sino que me deja completamente claro que le importa un comino la sintaxis. Yo trago saliva despacio, perdida en sus ojos azules. ¿Se puede ser más rematadamente sexy? Creo que es imposible, como intentar alejarse más allá de las antípodas.

Cabeceo, porque no sé cuánto tiempo llevo mirándolo y eso, además de ridículo, es muy peligroso, y le doy un trago, largo, a mi copa. Sergio me observa y sonrío de nuevo. Cabronazo insufrible con la cara de Alain Delon. La

vida a veces puede ser muy injusta.

—Acabo de terminar de leer unos libros —comento con la clara intención de sacar un tema de conversación.

Sergio me mira sopesando si concederme la escapatoria o no.

—¿Y? —Ha ganado el sí.

—Las chicas me los recomendaron porque, según ellas, es como una especie de biblia del amor, ya sabes, enamorarse del bueno, dejar atrás al que lo no es, pero creo que conmigo no ha funcionado —confieso con el ceño fruncido.

—¿Y por qué lo dices? —pregunta con una sonrisilla de lo más impertinente en los labios.

—Porque sigo pensando que la protagonista debería haberse quedado con el otro chico. Sí, es cierto que no se portó bien con ella, pero se arrepintió y la quería de verdad.

La sonrisilla impertinente se hace más grande y por un momento tengo la sensación de estar regalándole los oídos. Me niego en rotundo.

—Cuando ella se marcha, él le manda ciento cincuenta y tres *emails* —le explico ahondando en mi teoría para demostrarle que no tiene nada que ver con él—. No comprendo cómo no pueden entender lo romántico que fue.

—¿Te parece romántico lo que hizo? —inquire riéndose claramente de mí.

—¡Le mandó ciento cincuenta y tres *emails*! Quiero decir, la amaba. No mandas ciento cincuenta y tres *emails* si no estás enamorado. Las chicas dicen que ese gesto no tiene valor, porque es una *alvarada*.

—¿Una *alvarada*? —replica curioso, incluso incorporándose un poco y reclinándose ligeramente sobre la mesa.

—Sí —respondo levantando la pierna y apoyando la rodilla en el sillón—, es cuando el prota de un libro hace un gesto superromántico, pero que con toda probabilidad llega demasiado tarde, para que la chica lo perdone. Ellas dicen que esos gestos no valen, pero a mí son los que me hacen suspirar. El protagonista demuestra su amor sin esconderse. Son actos honestos y sinceros. Es bonito —sentencio sintiéndome un poquito avergonzada por el entusiasmo demostrado en mi discurso, apoyando las dos manos en el triángulo que se ha formado entre mis piernas.

Sergio, con la misma sonrisa en los labios, observa cada centímetro de mi cara, se detiene en mis labios y vuelve a subir hasta mis ojos, a la vez que suelta un largo y significativo suspiro.

—Júrame que nunca vas a dejar de ver el mundo así —susurra con su voz

ronca.

Yo sonrío y siento que la tierra se detiene o, al menos, va un poco más lenta.

—He dejado a Marcos. —Y no sé por qué elijo justo este momento para decirlo. Creo que mi corazón ha hablado por mí.

Un brillo atraviesa sus ojos tan rápido que soy incapaz de alcanzarlo o de comprender qué significa.

—Entonces, explícame por qué no puedo cargarte sobre mi hombro ahora mismo, encerrarnos en mi piso y no volver a salir jamás.

Veintidós palabras y dos comas y todo empieza a dar vueltas. ¿Será consciente de cómo suenan las palabras en su boca? Sergio sonrío de esa manera tan sexy y desdeñosa, como si pudiese leerme la mente, y me doy cuenta de que no sólo es consciente de ello, sino que le encanta utilizar ese superpoder siempre para el mal.

—El hecho de que me lo hayas preguntado en lugar de hacerlo me dice que tú también sabes que no es lo que toca ahora. —Y, señoras y señores, no tartamudeo. Soy la puta ama.

Sergio se humedece el labio inferior, disimulando que su sonrisa se ensancha porque he dado justamente en el clavo, y le da un sorbo a su copa.

—Necesito volver a ser quien soy y conseguirlo por mí misma. Aprender a ser Cande. No Cande, la hermana de Rodri o la amiga de Sira y Martina o —dudo de si continuar, pero casi en el mismo segundo me doy cuenta de que no tengo por qué— o Cande, la chica enamorada de Sergio.

Él se toma unos segundos para observarme.

—Me gusta estar en ese grupo.

—Es un grupo muy chulo —sentencio convencidísima.

Y antes de que ninguno de los dos diga nada, estallamos en risas.

—Sé que suena ridículo —reconduzco la conversación cuando nuestras carcajadas se calman—, pero es lo que necesito.

Sergio suelta una larga bocanada de aire.

—Te entiendo, Candelita. También quiero echarte un polvo en el baño —añade rápidamente con una sonrisa macarra, lo que provoca que le dé un golpe en el hombro, luchando por no sonreír abiertamente—, pero comprendo que necesites tiempo y espacio y volver a ser tú. Yo te esperaré.

—Qué cursi —me burlo divertida, para disimular que he estado a punto de tirarme en sus brazos y no soltarlo jamás.

—¿Has oído que quiero follarte en el baño? —inquire con el ceño fruncido.

—Pura poesía.

Los dos sonreímos y Sergio se levanta tomándome por sorpresa. Lo miro con el ceño fruncido también y él me sonrío disfrutando de estar avivando mi curiosidad.

Bajo mi atenta mirada, camina hasta la barra del desierto bar y habla con el camarero, apenas un par de minutos. El hombre con chaleco de ángel del infierno asiente y Sergio, tras tamborilear los dedos sobre el mostrador de madera sólo una vez, se gira y anda hasta el centro del establecimiento.

Yo lo miro sin comprender nada, confusa y divertida a la vez. Entonces, Sergio alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. *Una décima de segundo* comienza a llenar suavemente el local y da igual que sea un antro, pues la música se impregna por cada rincón convirtiéndolo en el escenario de ensueño de cualquier historia de amor. Aquí la bella durmiente nunca se pincharía con la rueca y viviría feliz con el príncipe, y para la Cenicienta nunca darían las doce.

—Me debes un baile. En el último nos interrumpieron —me recuerda Sergio.

—¿Aquí?

Sergio se muerde el labio inferior en un gesto inquieto que no podría ser más sexy y asiente con los ojos clavados en los míos.

No lo dudo. Me levanto y voy hasta él. Sergio no me toma de la mano, no me deja que la coloque sobre su hombro y directamente me estrecha contra su cuerpo. Nos movemos tan despacio que ni siquiera estoy segura de que lo que hacemos sea bailar, pero no nos importa. Hay cosas que van más allá del momento, que son como decirse «te echaré de menos» bajito sin mover los labios. «Te quiero.» «Espérame.» «No tardes.»

No sé cuánto tiempo pasamos así, ni cuántas veces el camarero pulsa de nuevo el «Play» en la misma canción de Antonio Vega.

Cuando Sergio me lleva a casa, ya estamos inmersos en la madrugada. Me da el beso más dulce, sincero y sexy del mundo en los labios como despedida. No me pide subir y yo no le pido que lo haga.

\*\*\*

El día siguiente en la oficina promete ser como cualquier otro de no ser porque he tomado una decisión de las que te cambian la vida. Me costó media noche en vela y tener que desempolvar mi atlas cuando sobrepasé la conexión de datos, pero mereció la pena.

Lo que pasa con estas decisiones es que, antes de ponerlas en práctica, tienes que atar una serie de cabos y, en mi caso, el primero de esos cabos se llama Rodri.

Una vez, de pequeña, debía de tener cinco años, entré en su habitación buscando un rotulador negro y tomé la decisión de que pintarrajearle todos los apuntes del instituto con dicho rotulador era una gran idea. Obviamente se enfadó, y mucho. Yo quería que me perdonara y mi madre me dio la solución: me puso mis sandalias azul marino y fuimos hasta una pastelería preciosa en la calle Corredera Alta de San Pablo. Compramos un montón de pastelitos de crema, de nata, pero sólo uno de chocolate. No era el más caro, ni probablemente el que estuviera más bueno, pero, en mitad de todos aquellos pasteles blancos con azúcar glasé, resaltaba de tal manera que los ojos se te iban tras él.

Cuando llegamos a casa, después de cenar, mi madre los sirvió de postre. Tras una inspección de la bandeja de unos dos coma tres segundos, todas las manos volaron hasta el pastel de chocolate, pero mi madre llamó al orden y entonces me miró. Yo cogí el pastel, me levanté con cuidado de no tirarlo, cosa harto difícil, tenía cinco años y los pies me colgaban de la silla, y rodeé la mesa para llevárselo a Rodri, que aquel día no había querido sentarse a mi lado. Cuando se lo di, su mirada cambió. «Es para ti», dije. Él sonrió, me sentó en su regazo y me dio la mitad del pastelito. Cuando le pregunté a mi madre por qué lo había hecho, me respondió algo que no entendí hasta mucho tiempo después, pero que, como los buenos mensajes y las calorías que tiene un Tigretón, se me quedó grabado en la mente: «para conseguir que una persona te perdone, tienes que hacer que se sienta especial».

Con el espíritu de aquella frase muy presente, me levanté tempranísimo y fui a la misma pastelería. No recordaba cuál fue el dulce que compró mi madre, así que me lleve una tarta Selva Negra que tenía aspecto de poder acabar con el hambre en el mundo, las guerras y la contaminación sólo con lo bien que olía.

Y con ella en las manos en una minibandejita de cartón perfectamente envuelta y mi mejor sonrisa de hermana pequeña, aquí estoy llamando a la puerta del despacho de Rodri.

—Adelante —da paso.

Lo hago sin darme oportunidad de pensarlo más.

En cuanto alza la cabeza de la pantalla del ordenador y me ve, inspira pesadamente.

—¿Qué quieres, Cande? —Nótese que ha usado Cande y no enana, ni peque—. Todavía no sé si quiero hablar.

—Me voy a París —suelto a bocajarro.

—¿Qué? —responde absolutamente atónito.

Recuerdo el dulce entre mis manos y rápidamente lo dejo sobre su mesa, frente a él, deshago el envoltorio de papel con cuidado y vuelvo a incorporarme. ¿Por qué no le he dado el trozo de tarta antes? Se supone que tenía un plan. Cande, eres un desastre.

Rodri mira la tarta, frunce el ceño y, a continuación, me mira a mí.

—Explícate —me pide en un tono seco y tenso.

—¿Recuerdas que una vez te pinté con rotulador negro los apuntes del instituto...?

—Explícame por qué te vas a París —me interrumpe exasperado.

Yo tomo aire. Vale. Rebobinemos. Puedo hacerlo.

—Las cosas en los últimos meses han sido un poco complicadas y necesito volver a ser yo. Quiero decir, que ha sido una época muy intensa y, antes de seguir, quiero tener claro lo que quiero y lo que soy.

Rodri me observa, creo que me hace una radiografía para asegurarse de que no tengo un parásito alienígena maligno controlando mi boca y mi cerebro, como en *La invasión de los ultracuerpos*. Finalmente suelta un suspiro larguísimo y cuadra los hombros sentado en la silla.

—¿Y qué pasa con la carrera? —me pregunta.

Bien, el Rodri práctico. Ya estoy un paso más cerca del abrazo de oso de hermano mayor.

—Voy un año adelantada. De todas formas, ya casi he terminado las clases y siempre puedo venir a hacer los exámenes.

—¿Y el trabajo?

Sonrío.

—Los dos sabemos que sólo me dieron un puesto aquí para tenerte contento a ti. No hago la más mínima falta. Pediré una excedencia sin sueldo. El departamento no va a hundirse sin mí.

Mi hermano calla durante unos segundos, que se me hacen eternos.

—No me parece buena idea. No sé si estoy conforme con esto.



—Pero es que a la que le tiene que parecer buena idea es a mí, Rodri.

Mis palabras le duelen un poco y lo siento, pero esto es precisamente un gran ejemplo de por qué quiero dar este paso.

—Siempre vas a ser mi hermano mayor —continúo— y siempre voy a escuchar cualquier consejo que quieras darme, pero esto es algo que tengo que hacer yo, porque soy adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

Otro puñado de segundos en el más absoluto silencio, hasta que finalmente asiente pensativo.

—Respóndeme a una cosa: ¿te vas porque te has peleado con Sergio?

Niego con la cabeza.

—Me voy porque tengo que hacerlo. Es un rollo de esos de aprovechar las oportunidades, ¿sabes? —añado con una sonrisa—. Desperdiicé la experiencia de Barcelona porque no fui dispuesta a vivirla, y quiero enmendar ese error.

—¿En París?

—No lo sé, supongo que podría haber sido cualquier otro lugar, pero ayer estaba sentada con un atlas en las manos —enarco las cejas porque sí, estaba con un atlas, analógica en estado puro— y recordé cómo hablaba siempre mamá del año que vivió en París, ¿te acuerdas?

Rodri sonrío. Parece que incluso desde el cielo, mi madre sigue echándome un cable cuando mi hermano se enfada.

—Claro que sí.

—Creo que es un buen sitio para las chicas de la familia Martín.

Rodri mira la tarta de chocolate y, como si ya no pudiese más, me señala una porción de su mesa junto a él con una palmada, para que me siente en ella, y me tiende uno de los coquetos tenedorcitos de plástico que incluía la bandeja.

Sonrío y corro a hacerlo. Yo también odio que estemos peleados.

—A comer —dice clavando en la tarta su tenedor, que se desliza entre capas de chocolate, bizcocho y *mousse*—. Joder, está buenísima —sentencia al comprobarlo.

—He ido a la misma pastelería —digo orgullosa.

Maldita sea, esta tarta está de vicio.

Durante unos minutos devoramos el exquisito dulce en silencio.

—¿Y qué pasa con Sergio? —inquire al fin.

—Sergio y yo estamos enamorados, pero no estamos juntos. Esto tengo que hacerlo sola. Sin él, sin las chicas y sin ti.

Rodri sonrío satisfecho, pero sé que no es porque no esté con Sergio, sino

porque en mis palabras se lee algo parecido a la determinación.

—Supongo que ahora tendré que llamarte Cande —dice socarrón, llevándose un trozo de pastel a la boca.

—¿Sabes? —replico chuperrreando mi cuchara—. Me gusta más enana.

\*\*\*

Salgo del despacho con una sonrisa, y desayunada como una campeona. Primer cabo atado, ahora vayamos con los dos siguientes, que probablemente me despidan con una canción de escaso decoro.

—Desembucha —me pide Martina dando una palmada que resuena en todo el baño de chicas.

Yo las miro a ella y a Sira, que acaba de echar el pestillo para que nadie entre después de que yo me haya asegurado de que estaba completamente vacío.

—Me voy a París.

Otra vez a bocajarro, y en esta ocasión sin trozo de tarta.

—¿Que qué? —inquieta sorprendidísima Martina.

—Lo que oís.

—Espera que me centré —me pide Sira—, porque yo venía esperando que nos contaras algo así como que necesitabas que te acompañásemos a la farmacia a comprar Vaginesil porque Sergio te había dejado el chichi en carne viva... y me encuentro con esto.

No quiero reírme, pero es imposible, así que disimulo.

—¿Te vas por él? —pregunta Martina.

—No. Me voy porque tengo que irme, porque una vez me dijisteis que tenía que empezar a vivir y yo he decidido seguir ese consejo. Quiero volver a ser yo y saber qué quiero.

—Un viaje de autodescubrimiento, ¿eh, pequeña? —replica Sira con una mano apoyada en la cadera y la otra en el mármol del lavabo, asintiendo con una sonrisa hinchada de orgullo en los labios.

—Supongo —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Y quieres hacerlo sola?

—Creo que así es como tiene que ser.

Las tres asentimos.

—Es sólo un viaje —dejo clarísimo— y tenemos Skype, FaceTime, Facebook y WhatsApp.

—Te enviaré una foto de Chris Pine en bolas cada noche —me informa Sira con la voz tomada, para a continuación echarse a llorar y abrazarme.

Martina nos mira y no tarda más de un segundo en unirse al abrazo. Aunque me mudara a una aldea perdida en las faldas del Himalaya, nunca dejaríamos de ser amigas.

De vuelta a mi mesa, miro nerviosa los documentos que tengo entre las manos, paso indispensable para llevar a cabo mis planes y que me conducirá de cabeza al cabo suelto número tres.

Después de arañarme las uñas del índice y el anular con los dientes diez minutos enteros, decido que ha llegado el momento de echarle valor. Paso al otro lado de la hilera de mesas y camino hasta la de Concha.

—Hola —la saludo.

—Dime, que ando muy liada.

—Es una petición de excedencia. Necesito que firmes y selles la entrada para presentársela al señor Herranz.

Concha me mira extrañada.

—¿Y no puedes hacerlo tú? —se queja.

Niego con la cabeza y, tras tomar aire y acumular un poquito más de valor, dejo los papeles que yo misma he rellenado sobre su mesa. Cuando lee mi nombre, su confusión muta a sorpresa.

—No puedo firmar y sellar la entrada porque la que pide la excedencia soy yo —le confirmo.

Concha revisa cada página unas seis veces y al fin se anima a levantar la mirada.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Sí, lo estoy.

—Mira, sé que me voy a meter donde nadie me ha pedido que me meta, pero llevo aquí mucho años y he visto muchas cosas. En una oficina se aprende mucho, ¿sabes? Y no es la primera vez que veo a una chiquilla encoñarse de un jefe y al revés, que también pasa —sentencia indignada de que las historias sólo se cuenten en un sentido.

—Concha... —trato de interrumpirla.

—Déjame acabar, leñe —protesta de malos modos, tirando de mí para apoyar mi culo en su mesa. Quien crea que el dueño y señor de esto es Freirá nieto es porque no ha visto a esta mujer.

—Lo que quiero decirte es que ese hijo de la gran puta te quiere de verdad.

—Qué vehemente —comento socarrona.

Concha asiente de esa manera en la que sólo saben hacerlo las madres.

—Sólo espero, por tu bien, que no se ponga como se puso cuando te fuiste a Barcelona o tú y yo vamos a hablar seriamente.

Sonrío.

—Eres muy sabia, Concha.

—Y he pellizcado muchos culos —añade alzando levemente las manos—, que eso siempre trae experiencia.

Yo rompo a reír. La sexagenaria acosadora es una sexagenaria acosadora descarada.

—¿Por qué lo haces?

No puedo marcharme sin preguntárselo.

—Porque una vez, en la cola del supermercado, una mujer de unos setenta le pellizcó el culo a un muchacho de veinte años en la cola. Él se volvió y, cuando la vio, no dijo ni mu. Otra mujer que iba con ella le preguntó «¿por qué lo has hecho?» y la señora contestó «porque puedo» y, oye, fue cumplir los sesenta y empezar a poder.

Estallo en risas de nuevo y Concha sonrío conmigo. Firma el último papel y, sobre su garabato, estampa uno de los sellos de caucho con la fecha y el logo de la empresa.

—Listo —dice tendiéndomelos.

—Muchas gracias.

Los recojo y me incorporo.

—Buena suerte, niña —añade cuando ya me he alejado unos pasos.

—Gracias —repito.

Creo que también voy a echar de menos a Concha, a Gustavo, a Chen o, mejor dicho, Superlativa, la geisha fallera, y a todos estos australopithecus.

Frente a la puerta del despacho de Sergio, tomo aire y repito el proceso cuando me doy cuenta de que los papeles tiemblan suavemente entre mis manos.

—No tienes por qué estar nerviosa —me susurro a mí misma—. Todo va a salir bien.

—Adelante —dice desde el interior, y yo tengo que respirar unas... dieciocho veces más para animarme a pasar.

No lo miro. Tengo que estar centrada y seguro que está guapísimo y eso no va a ayudarme en nada.

—Hola —saludo cantarina cerrando tras de mí.

Y lo miro. ¡Maldita sea! Decir que está increíble es quedarse tan corta que debería ser hasta delito. Lleva un traje oscuro precioso y una camisa blanca bajo él; siempre blancas. El cabronazo tiene estilo. Hoy parece que ha decidido prestarle a su pelo menos tiempo de lo habitual y, sin embargo, está aún más irresistible. En este preciso instante Sergio alza la mirada. ¡Santo cielo, qué castigo! Deberían poner un letrerito en la puerta: «La entrada en este despacho puede producir una irrefrenable tentación de bajarse las bragas, tumbarse sobre la mesa y pronunciar entre jadeos “hazme lo que quieras, hazme lo que quieras”. Entrar bajo su responsabilidad».

Deja la estilográfica sobre los documentos que revisaba, se acomoda en su sillón y me recorre de arriba abajo con la mirada. Por un momento tengo la sensación de que hemos vuelto a mis primeros días aquí.

—¿Qué querías? —pregunta a modo de saludo.

—Necesito que des luz verde a una excedencia.

—No quiero —responde desdeñoso y divertido—. Hagámosle sufrir.

Yo sonrío sin poder evitarlo. Es un sinvergüenza.

—Creo que voy a tener que insistir —digo acercándome a su mesa.

—Las buenas chicas, ya se sabe... —responde burlón, claramente riéndose de mí.

Se inclina hacia delante y me roba los documentos de la mano. En cuanto lee mi nombre, su expresión cambia por completo y, todas esas emociones que pasan demasiado rápido para poder atrapar alguna, inundan su mirada.

—¿Qué es esto? —pregunta, conteniéndose.

—Mi excedencia —digo con firmeza. No puedo flaquear.

—¿Por?

—He decidido marcharme algún tiempo a París.

Sergio aprieta la mandíbula con muchísima fuerza.

—Pero ¿qué coño...? —suelta levantándose de un salto, estallando—. ¿A París?

Creo que incluso puedo ver la décima de segundo exacta en la que su autocontrol se recompone y regresa bañado de toda su arrogancia.

—Tú no vas a irte a París —sentencia con la voz metalizada.

No me puedo creer que vayamos a pelearnos por esto, aunque tampoco puedo decir que me sorprenda. Resoplo. ¡Estoy muy cabreada!

—Ayer dijiste que lo entendías —me quejo.

—Me refería a que necesitaras tiempo para volver y, francamente, tampoco pensaba darte mucho —confiesa sin ningún remordimiento—. Habría ido a buscarte y te habría follado hasta hacerte entrar en razón.

Abro la boca aún más enfadada, indignada (y encantada, pero eso es algo en lo que no me conviene indagar ahora mismo).

—¡No puedes decirme esas cosas! —grito.

—¡Y tú no puedes pedirme que firme un papel que va a alejarte de mí!

—¡Tienes que hacerlo!

—¿No puedes volver a ser tú aquí? ¡¿Tienes que largarte a otro maldito país?!

—¡Lo necesito!

—¡Y yo te necesito a ti!

Creo que ése es su superpoder. Ser capaz de silenciarnos en mitad de un huracán de gritos sólo con un puñado de palabras.

Nos miramos. Los dos muy quietos.

—Joder —gruñe entre dientes y se marcha enfadadísimo.

Yo miro a mi alrededor sin saber muy bien qué hacer, incluso estoy un poco sorprendida. Es que ha sido sorprendente la facilidad con la que hemos perdido los papeles. Yo esperaba una charla... bueno, vale, puede que una discusión, pero pequeñita, no esto.

Suspiro planteándome seriamente si ir a comprar un trozo de pastel. A estas alturas sospecho que debería haber comprado la maldita tarta entera. Salgo y, no sé por qué, algo me dice dónde está. Cruzo la salida de emergencia y allí lo veo, con los antebrazos apoyados en la barandilla y el cuerpo inclinado sobre ella, con la mirada perdida en nuestra ciudad.

Me acerco despacio. No tengo muy claro que ahora mismo sea su persona favorita.

—Hola —murmuro.

Él no dice nada, ni siquiera me mira. Definitivamente necesito esa tarta.

—Sergio —lo llamo dando un paso más hacia él y, sin quererlo, suena como un gimoteo.

Me he enfadado en el despacho, es cierto, pero creo que sólo ha sido una reacción a su reacción. No quiero marcharme sin saber que él está de acuerdo con todo esto, aunque no le guste la idea. Llamadme tonta, pero no puedo irme dejando un cabo suelto, y mucho menos si ese cabo es él.

—La última chica con la que me acosté antes de empezar contigo —

empieza a decir sorprendiéndome, con la vista todavía en Madrid—, cuando me preguntó si la llamaría al día siguiente y le dije que no, se bajó de mi coche enfadadísima. Le dio una patada a la rueda y un bolsazo al capó, y yo sonreí porque me recordó a ese anuncio de la tele. Y ahora mírame, estoy cabreadísimo porque te vas a ir a París cuando debería estar contento de tener tiempo para poder ordenar mi vida, para calmarme de todo lo que me haces sentir, respirar y volver a ser el Sergio que era.

—No —lo interrumpo. No quiero que vuelva a esconderse tras su coraza. No quiero perderlo.

—Pero es que ya no quiero ser ese Sergio.

Aunque trato de disimularlo, una sonrisa de alivio se cuele en mis labios.

—¿Te das cuenta? —continúa—. Es frustrante, joder. Me siento vulnerable.

Yo cruzo el último paso que nos separa y me agarro a la barandilla suavemente, junto a él.

—Ser vulnerable no es malo —pronuncio—. Es verdad que te expone más a otra persona, pero también te hace capaz de cosas extraordinarias. Es como si expandiera tus límites dentro de ti, lo malo, pero también lo bueno.

Sergio guarda silencio, recapacitando sobre mis palabras. Deja escapar todo el aire de sus pulmones y se vuelve lentamente hacia mí.

—No quiero que te vayas.

—Pero tengo que irme.

Se pasa ambas manos por el pelo y acaba dejándolas en su nuca. Abre la boca dispuesto a decir algo, pero termina cerrándola. Vuelve a abrirla y vuelve a cerrarla. Y, como si no pudiese más, resopla exasperado, toma mi cara entre sus manos y me besa con fuerza. Un beso de esos que no necesitan más explicación, ni siquiera un antes o un después. Se quedan enmarcados, alumbrando un momento de tu vida, porque ellos son los que hacen que ese instante sea especial.

—Me gustaría poder decirte todo lo que siento —susurra con su frente en la mía, con sus manos aún sosteniendo mis mejillas—, pero las palabras que conozco no me valen. Cada día que pase sin ti, sólo voy a poder imaginarte.

Me besa otra vez y todos los sentimientos se transforman en sensaciones, en verdades que no necesitamos decir en voz alta porque están ahí, adheridas al hilo que nos une, a la canción que suena, y los dos sabemos, a ciencia cierta, como se sabe que el mar es agua y sal, que, aunque París dure un centenar de años, no dejaremos de querernos ni un solo día.

¿Qué puedo decir? Enrique Iglesias bailaba con mi unicornio encima del arco iris.

Regresamos al trabajo y almuerzo con las chicas. Al volver del Beach Sea, Sergio está en una reunión que le lleva casi toda la tarde y, cuando regreso del despacho de Paula, a última hora de la jornada, su puerta está abierta y ni él ni su maletín están. Se ha marchado a casa. Sobre mi mesa están los papales de mi excedencia firmados y aceptados, y sobre ellos un pósito donde hay escritas dos palabras, «Buena suerte». Reconozco su letra al instante y sonrío. Sin embargo, al fijarme un poco más en la nota, me doy cuenta de que en una esquina, tachado, puede leerse «Te echaré». Frunzo los labios. ¿Te echaré de menos?

Recojo mis cosas, incluidos los papeles. Meto la nota en mi bolso y me voy hacia el ascensor. Suspiro con cierta melancolía adelantada y abrazo mi pequeño bolso como si abrazar la nota significara abrazarlo a él.

En casa, después de cenar con las chicas y reírnos lo que no está escrito con lo que Sira asegura que es un francés fluido, me pongo el pijama y me siento en el sofá con las piernas cruzadas y un libro en las manos. No sé si tardo diez o quince segundos en coger el bolso que había abandonado en el tresillo, abrirlo y sacar la nota. La observo un momento y, casi sin pensarlo, rescato mi teléfono y lo llamo.

—Hola, Candelita —me saluda, y su voz al otro lado de la línea derrite mi nombre.

Me recompongo de la visión de imaginarlo tirado en su sofá con unos vaqueros gastados y una camiseta, con el brazo bajo la cabeza, leyendo un libro interesante de un autor aún más interesante, siendo mezquinamente atractivo, injustamente inteligente y tremendamente sexy. Ah, y descalzo... Señor, qué cruz.

—¿Qué pensabas poner en la nota? —pregunto sin paños calientes para reconducirme a mí misma.

—Exactamente lo que pone.

Le dedico mi mohín más suspicaz. Acabo de convertirme en la Sherlock Holmes de las notas subyacentes en los pósits.

—No pongas caritas.

—No estaba poniendo caritas —me quejo.

¿Cómo es posible que me tenga tan calada? ¡Qué injusto!

—¿No las estabas poniendo? —pregunta socarrón.

—No —respondo muy digna, y esa dignidad me delata.



Sergio rompe a reír y el sonido me hace sentir... feliz.

—En serio, sin sustancia, ¿qué pensabas poner? —Protesta por mi apelativo, pero yo finjo no enterarme—. ¿Era «te echaré de menos»?

—También podría ser «te echaré una maldición gitana» —replica.

—Sergio —me quejo.

—«Te echaré el polvo de tu vida», aunque eso ya lo he hecho, muchas veces, y tú has gemido, gritado, suplicado...

—¿Has acabado? —lo interrumpo impertinente para que me diga la verdad.. y para que pare de hablar. Está consiguiendo que la temperatura suba más de lo que debería por aquí.

—¿A que ahora la que me echa de menos eres tú? —plantea burlón.

—No sé por qué te llamo.

—Yo sí lo sé.

No lo veo, pero tengo claro que está sonriendo, como yo.

—Decía «te echaré de menos» —confiesa, y suena tan sincero, tan cómodo con lo que siente, que sé, sin asomo de dudas, que el muro entre nosotros ha caído y nunca, jamás, volverá a levantarse.

Ahora ya puedo marcharme.

\*\*\*

Al día siguiente recojo los trastos que he ido acumulando en mi mesa en estos meses y me despido de todos, invitándolos a una copa en el Beach Sea. Sergio no viene, pero sé que no es porque esté enfadado.

La semana siguiente todo se vuelve un maremágnun de cosas que hacer: buscar una habitación de alquiler en París por Internet, apuntarme a una escuela de idiomas *online* para refrescar el idioma y a otra cuando esté allí para perfeccionarlo, hacer las maletas, comprar lo que necesito, cubrir muebles con sábanas. En fin, que los días han pasado casi sin que me dé cuenta y mi avión sale mañana a las once de la mañana.

He quedado con las chicas para despedirnos; en realidad, hemos quedado para despedirnos con unas tapitas y unas cervecitas tantas veces que esto parece una boda gitana. Martina mantiene que es porque debemos hacerlo en cada uno de nuestros locales favoritos de Madrid, a lo que no tengo más remedio que responder que en ese caso nos estaríamos despidiendo dos años y medio.

Entramos en la estación de Tirso de Molina, mi boca de metro, súmese una carita de pena... perdonadme la ñoñería, pero ¡mañana me marchó!, y bajamos para coger la línea uno en sentido Pinar de Chamartín. El tren irrumpe en la estación y nos acercamos; Sira y Martina, más perezosas de lo normal. Supongo que aún les dura la resaca de la despedida en el O'Donell.

Las puertas se abren, entro y doy por hecho que ellas también. La estridente señal acústica avisa de que las puertas vuelven a cerrarse. Miro hacia atrás y las descubro en el andén.

—Subid —me quejo haciendo un gesto con la mano.

Pero las dos me sonrían sin moverse. Las puertas se cierran delante de mis narices. No entiendo nada. El metro empieza a moverse y ellas caminan al otro lado, junto a mí. Sus sonrisas se ensanchan.

—¿Qué hacéis? —pregunto alzando la voz para hacerme entender a través de los cristales.

—La tarada sentimental ha dejado el edificio —responde Sira imitando la mítica frase por el fallecimiento de Elvis Presley, haciendo el gesto de abrir la mano y dejar caer un micrófono al suelo.

El metro coge velocidad. Lo último que veo antes de que el tren se aleje definitivamente son sus sonrisas sinceras y felices.

Tomo asiento. Estoy alucinada y confusa como lo he estado pocas veces en mi vida, e imagino que debo de tener exactamente esa expresión porque varias personas sentadas a lo largo del vagón no me quitan los ojos de encima.

Una chica morena y bajita con un montón de pulseras y pinta de rocker entra en el compartimento desde el anterior, seguida de un chico rapado que carga una guitarra. Se detienen en el centro del vagón y, a pesar de que hay muchos sitios libres, se quedan de pie. Él se cuelga la guitarra del cuello con una correa chulísima con el *skyline* de Nueva York y empieza a tocar los primeros acordes de una melodía que ella sigue con un suave movimiento de cabeza. Reconozco la canción en seguida. Es *Ay, amor*, de Nena Daconte.

La chica empieza a cantar; tiene una voz increíble.

Metro con espectáculo callejero del bueno. Adoro Madrid.

Estoy inmersa en la canción cuando de pronto noto, más que veo, cómo alguien, grande, se detiene frente a mí. Me giro con el ceño fruncido y veo de pie a un chico muy alto. Debe de tener más o menos mi edad, con una mochila colgada de un hombro y unos cascos grandes de color blanco reposando en su cuello. No deja de sonreír.

—¿Cande Martín? —me pregunta.

Asiento recelosa. ¿Quién es? Hago memoria pensando de qué podemos conocernos, pero su cara no me suena lo más mínimo.

—Perdona, ¿nos conocemos?

Él no responde. Mete las manos en la mochila y saca un disco de vinilo.

—Esto es para ti.

Cojo el disco y me levanto sin entender nada, pero, antes de que pueda preguntarle cualquier otra cosa, echa a andar.

—Espera —lo llamo saliendo tras él—. No te vayas.

Pero accede al siguiente vagón de prisa, como si, de repente, yo hubiese dejado de existir.

—¿Qué está pasando aquí? —murmuro desconcertada.

La chica sigue cantando. Bajo la vista hacia el disco, confusa, y en cuanto mis ojos se encuentran con la portada, comienzo a sonreír. Es «No me iré mañana», de Antonio Vega, uno de los álbumes favoritos de Sergio. Lo habremos escuchado unas mil veces tumbados en su cama. Lo observo con más detenimiento; está algo viejo y consumido por las esquinas, pero muy cuidado. Miro la fecha. ¡Vaya! ¡1991! Es una primera edición.

Me dejo caer en uno de los sillones de plástico con la vista perdida en el disco. Lo giro entre mis manos, con delicadeza, admirándolo. Entonces me doy cuenta de que una de las canciones, *Se dejaba llevar por ti*, está rodeada por un montón de pequeños dibujos chulísimos pintados con rotuladores de colores. Hay notas musicales, estrellas, guitarras, unicornios (¡unicornios!). Mi sonrisa se ensancha. Es la canción que sonaba cuando nos despedimos en mi puerta el día de mi cumpleaños.

Junto al título de la canción, su letra:

*Ésta es la canción que sonaba la primera vez  
que hiciste que me olvidara del mundo.*

Emocionada, miro a mi alrededor sin entender nada. Es él. Tiene que ser él.

El metro se detiene en la siguiente estación. Dos chicos y dos chicas que nunca había visto comienzan a llamarme por mi nombre desde el andén, pegados a una de las ventanas rectangulares del vagón, riendo divertidos. Yo los miro sin entender nada y sin poder dejar de sonreír.

—¿Qué está pasando? —prácticamente tartamudeo.

Como respuesta, uno de ellos pega un disco contra el cristal, es de Aerolíneas Federales, su álbum homónimo, mientras siguen llamándome para que salga.

No lo pienso más. ¡El metro de Madrid se ha vuelto loco! Salgo y una de las chicas se acerca y me entrega el disco; como pasó con el chico del vagón, antes de que pueda preguntar nada, los cuatro se marchan corriendo. Los sigo con la mirada unos metros, alucinada, y bajo mi vista hasta el disco. También parece viejo, pero también está muy cuidado. Miro la fecha. Es 1986. ¡Otra edición original! Mis ojos recorren la contracubierta y otra vez hay una canción marcada con los mismos dibujos a rotulador. Es *Soy una punk* y, a su lado de nuevo, una nota a mano:

*Ésta es la canción que suena cada vez que te imagino  
subida al sofá, descalza, cantando con las chicas.*

Sonrío. Sonrío como una auténtica idiota. Voy hacia las escaleras. Necesito ir a buscarlo, hablar con él. Justo cuando voy a alcanzarlas, un hombre de la limpieza con una panza grande y tersa empujando un carrito enorme, me corta el paso. Intento esquivarlo, pero los dos nos movemos hacia la derecha. Me disculpo. Trato de esquivarlo de nuevo, pero los dos nos movemos a la izquierda. Resoplo. Vuelvo a disculparme. Los dos a la derecha. Maldita sea. ¡Tengo que encontrar a Sergio! Estoy a punto de pedirle que se quede quieto para rodearlo, cuando el hombre me mira fijamente, deja el carrito a un lado y da un paso en mi dirección sin levantar sus ojos de mí. Automáticamente yo lo doy hacia atrás. ¿Qué está ocurriendo? Voy a abrir la boca dispuesta a preguntar o, no sé, a salir corriendo, cuando el tipo empieza a bailar. ¡A bailar! Y no un baile cualquiera. El colega se marca un baile como si estuviera en la final de «America's Best Dance Crew». Absolutamente entregado. Miro a mi alrededor os imaginaréis cómo, flipándolo, con todas las letras. Sin embargo, el resto de los viandantes ni siquiera reparan en él. ¿Cómo es posible? ¡Patrick Swayze se ha reencarnado en un trabajador del metro de la estación Sol y sólo yo me he dado cuenta!

De pronto se detiene y, sin dejar de mirarme, lleva la mano hasta su carrito y me entrega un disco. Yo abro los ojos como platos y lo cojo. No pregunto, porque algo me dice que no obtendré respuesta, y el hombre se marcha tal y como apareció. Lo miro alucinada un par de segundos con la sonrisa todavía en

los labios y presto toda mi atención al álbum. Es «Viva Tequila», de Tequila. Emocionadísima y encantadísima, giro esta edición original de 1980 en busca de la canción marcada con los dibujos de colores y su nota. Es *Dime que me quieres*.

*Esta canción suena como tu risa.*

Me muerdo el labio inferior y sonrío a la vez. Es maravilloso. Ahora tengo todavía más ganas de verlo. Voy a alcanzar por fin las escaleras, pero un pequeño ruido rasga la megafonía, como si una guitarra eléctrica acabase de rugir, y *Ay, amor*, la misma canción que aquella chica cantaba en el vagón, irrumpe en los altavoces, inundando toda la estación. El estribillo empieza a sonar y las personas que hay a mi alrededor comienzan a dar palmadas al ritmo de la música. De pronto todas están bailando perfectamente sincronizadas. ¡Es un *flashmob*!

Me rodean sin dejar de bailar y yo no puedo más que sonreír, casi reír, mirando a mi alrededor. Estoy nerviosa. ¡Estoy feliz!

—¡Cande! —me llama una chica desde la mitad de las escaleras.

No me hago preguntas, como quién será o cómo sabe mi nombre, no lo necesito, y corro hasta ella. Cuando la alcanzo, todos los bailarines anónimos se detienen y se dispersan, como si no hubiese ocurrido nada.

La chica me entrega un disco con una sonrisa enorme. Es de COZ. Lo vuelvo expectante y los dibujitos rodean el tema *Las chicas son guerreras*.

*Esta canción me recuerda lo fuerte y valiente que eres.*

—Deberías subir —dice la joven, y sin más desaparece escaleras abajo.

Yo miro la planta de arriba, ilusionada. Él tiene que estar ahí. No puede haber organizado todo esto y no estar aquí.

Creo que en mi vida he subido unas escaleras tan rápido, ni con tantos discos entre las manos.

Sin embargo, cuando llego arriba, no hay nada. Los imponentes cristales enmarcados en hierro negro que cubren una de las paredes de la estación llenan todo el vestíbulo de luz. ¿Dónde está? Miro a mi alrededor, incluso, de una manera sospechosa, a cada persona con la que me cruzo, esperando a que se pongan a bailar, pero nada.

Y entonces, sucede. La misma canción vuelve a sonar por la megafonía y un centenar de personas empiezan a bailar en un nuevo *flashmob* mientras Nena Daconte canta que otra vez no quiere perder lo que tanta gente anda buscando por ahí, lo que le hace a tanta gente ser feliz.

En mitad de toda esta preciosa locura, un chico se acerca a mí y me entrega un disco. Sonrío. Sonrío como una tonta enamorada y no me importa porque es «Más números, otras letras», de Nacha Pop, de 1983, y la canción marcada no podía ser otra que *Una décima de segundo*.

*Ésta será siempre nuestra canción.  
Porque es la que suena entre los dos.*

Mi cuerpo me pide a gritos que alce la cabeza y lo hago. En ese preciso instante los bailarines se mueven coreografiados, apartándose para dejarme ver en el centro del vestíbulo a él, a mi macarra con piel de pijo, a mi Alain Delon, a Sergio. No lo pienso. No quiero. Dejo caer los discos al suelo y salgo corriendo hacia él, que me recibe con los brazos abiertos y la sonrisa más preciosa del mundo. Me acomoda contra él, yo rodeo su cintura con mis piernas y su cuello con mis brazos y nos besamos con toda la magia de este momento, del amor, de todo lo que hemos vivido, estallando entre los dos y pintando de colores cada centímetro cuadrado de la estación de Sol, en el centro de Madrid.

—¿Ha sido como en los libros? —pregunta contra mis labios, rodeados de personas normales y corrientes que siguen bailando que el amor te hace feliz.

—Ha sido aún mejor —respondo.

Sonreímos. Volvemos a besarnos. Y nos llenamos los labios con un «te quiero».

\*\*\*

Sergio me lleva a su casa, me tumba en su cama y nos besamos hasta que la tierra deja de girar. Suena un poco cursi, pero no me importa. Es nuestra despedida.

Cada vez que muestro la más mínima intención de salir de debajo de él, aunque sea para cubrir una necesidad básica y primaria como el agua, él vuelve a besarme hasta que simplemente se me olvida que tengo sed, porque, francamente, ya me están dando de beber. Hablamos, nos reímos, nos acariciamos. Es un *remake* perfecto de nuestro primer fin de semana aquí, con la

comida india muriéndose de risa sobre la encimera de su cocina, pero simplemente mejor, porque ahora nos conocemos un poco más, porque ya no hay secretos, porque somos él y yo y nada más.

—¿Has estado alguna vez en París?

La pregunta sale de mis labios. Estoy tumbada, entrelazada con las sábanas. Sergio está a mi lado, desnudo (*oh, sí*). Levanto la mano y observo cómo la luz del final de la noche y el principio del día, en ese punto mágico en que poco a poco va pasando por todas las tonalidades de gris y dorado, baña mis dedos. Sergio alza la suya y nuestras manos se entrelazan. Sonrío como una tonta enamorada y sonrío otra vez por poder hacerlo justo así. Sus labios también se pintan con el mismo gesto y está demasiado guapo para ser verdad.

—Sí, muchas veces —contesta.

—¿Crees que me gustará?

—No.

Frunzo el ceño y me giro suavemente esperando a que se explique, pero él no lo hace. Ya sabéis, eso de parecer interesante.

—¿Por qué? —inquiero al fin.

—Porque lo que más te gusta en el mundo soy yo.

Entorno los ojos y lo golpeo en el hombro. Sergio aprovecha el movimiento para atraparme entre su cuerpo y el colchón y agarrar mis manos con las suyas por encima de mi cabeza.

—Te lo tienes demasiado creído —lo desafío.

—Entonces, ¿lo que más te gusta en el mundo no soy yo?

Niego con la cabeza, impertinente.

Sergio frunce los labios con ese toque macarra y se balancea sobre mí. No entiendo lo que pretende hasta que su dura erección choca con un punto preciso y exacto de mi cuerpo, que me hace fundirme en un gemido al tiempo que hecho la cabeza hacia atrás.

—¿Seguro? —inquire provocador y arrogante.

De pronto mi respiración es un caos. Me obligo a mantenerle la mirada y, de paso, a recuperar alguna neurona que no esté ahogada en sexo y días de vino y rosas.

—No estás mal —digo fingiendo una seguridad plena—. Para pasar el rato y poco más.

Sergio se humedece el labio inferior en ese gesto tan amenazante y sexy.

—¿Ah, sí?

Asiento.

Vuelve a moverse y su polla vuelve a acariciar con una exquisita rudeza el centro del placer de mi cuerpo.

—Oh, Dios —se me escapa entre los labios.

—¿Oh, Dios? —replica—. Creí que esto era un escueto «no estás mal».

—Y lo es, lo es —respondo con los ojos cerrados, digiriendo aún todo el placer de esa única caricia en mi sexo sobreestimulado—. Sólo te estoy animando.

—¿Animando? —repite perplejo por semejante insolencia y disimulando que en el fondo le hace gracia—. Ay, Candelita —continúa, balanceándose de nuevo sobre mí, dejando que sus brazos se tensen sosteniendo el peso de su cuerpo y que esa visión caliente todavía más todos los rincones de mi cuerpo—, me parece que voy a tener que enseñarte modales.

Y sin previo aviso, me embiste con fuerza, llegando hasta el fondo de mi sexo y más allá. Un jadeo largo y glotón inunda la habitación mientras me deshago entre su cuerpo y el colchón, a la vez que Sergio libera mis manos. Se mueve como sólo él sabe hacerlo. Salgo a su encuentro y empezamos a fundirnos, entre nosotros, con las sábanas, con nuestros gemidos.

—Más despacio —me pide entre jadeos—. Quiero... Joder, quiero que dure. Quiero que dure todo el tiempo del mundo.

Pero su propio deseo hambriento lo traiciona y vuelve a hundirse en mí.

—Nena —ruge.

Sale de mí y se separa hasta poder atrapar mi mirada.

—Vas a irte en unas horas —dice—. Vas a estar lejos de mí y yo... yo quiero que pienses en esto cada maldito día, quiero que pienses en mí, que me echés de menos. Yo voy a estar pensando en ti como un idiota; ¡joder!, no creo que haga otra cosa hasta que vuelvas.

Me muerdo el labio inferior y no es por el sexo, es por él, porque se está desarmando, porque no se siente cómodo. Está saliendo de su zona de confort, hablando directamente desde el corazón, sin filtros, y lo está haciendo por mí.

Sonrío, río, no puedo evitarlo. Es la felicidad saliendo a borbotones de mis labios. Sus ojos azules se concentran de inmediato en mi boca y después suben por cada rasgo de mi cara hasta volver a atrapar mi mirada.

—Mi felicidad tiene el sonido de tu risa.

Lo miro sin saber qué decir, pero mi corazón está a punto de salir volando agarrado a un globo de helio; por supuesto, en forma de corazón también.



Sergio sonríe, mi sonrisa, se deja caer suavemente y vuelve a besarme, a entrar en mí mientras los músculos de su espalda forman la figura perfecta siguiendo la tensión de sus brazos.

Construimos un recuerdo imborrable entre los dos y esta noche me sabe a magia.

\*\*\*

El sonido de la puerta encajando en el BMW de Sergio me sobresalta y eso que soy yo la que la ha cerrado. Son las nueve de la mañana y acabamos de llegar a Barajas. Hoy no hay sol y yo empiezo a no tener claras muchas cosas. Sergio saca mi maleta de la parte de atrás del coche y lo rodea. Me coge la mano sin llegar a mirarme y tira de mí para que iniciemos la marcha. Desde que decidimos que era hora de salir de la ducha y comenzar a arreglarnos para llegar a tiempo al aeropuerto, los dos hemos estado muy callados. Supongo que la palabra adecuada ser a *pensativos*.

A pesar de ser temprano, hay mucho movimiento, taxistas, autobuses, viajeros. El rodar de las maletas sobre las aceras ocupa el ambiente, pero también las risas, las carreras, incluso algún que otro grito de emoción. Soy una de esas personas a las que les gustan los aeropuertos. Siempre me los imagino como en el final de *Love Actually*, con personas encontrándose y reencontr ndose, felices por volver a verse. Sin embargo, no quiero estar aquí.

Cruzamos el enorme vestíbulo y nos dirigimos al mostrador de Vueling. Sergio coloca mi maleta en la cinta de facturación mientras la azafata se lo come con los ojos. Creo que incluso echar  de menos cómo las mujeres le ponen ojitos en cualquier circunstancia. Bueno, siendo sinceras, creo que no.

Recojo mi tarjeta de embarque y nos dirigimos hacia el control de seguridad. Lo miro. De pronto la angustia en la boca del estómago toma el nombre que ya sabía que tendr a. No quiero irme. No quiero separarme de él.

—Llévame a casa —le pido fren ndome en seco y tirando de su mano para que haga lo mismo.

Sergio se detiene y atrapa mi mirada. No hay un ceño fruncido ni un « qu ?» confuso, porque estoy completamente segura de que él está pensando lo mismo.

—Nena... —me llama.

—No quiero irme —lo interrumpo—. No quiero.

Sergio enmarca mi cara entre sus manos y me da un beso precioso, que por un momento se lleva todos mis miedos. Cuando se aleja, me da un beso más suave y corto y finalmente se separa, conservando sus manos en mis mejillas.

—Vas a irte a París, porque ya basta de aplazar tu vida y tus planes por mí.

—Pero yo...

—Tenías razón, Cande —interviene dejando mis palabras en el aire—. No te merezco, pero créeme que voy a hacer lo imposible para que eso cambie y, cuando los dos estemos listos, voy a ir a buscarte; me da igual dónde estés, y vas a hacer algo muy estúpido como casarte conmigo. —Sonrío y otra vez se da esa mezcla tan extraña y curiosa, porque lo hago nerviosa, triste y feliz a la vez. Los dos lo hacemos—. Tienes que crecer, nena, y yo también voy a crecer para ser el mejor hombre para ti.

Son las palabras perfectas.

—Eres lo único que necesito en mi vida —sentencia.

Nos besamos de nuevo y, aunque el nudo en el estómago sigue ahí, las mariposas lo han eclipsado y los nervios se han llenado de cosas muy bonitas.

Seguimos andando y no tardo en ver a Martina y a Sira, a Rodri y a Sara. En cuanto entro en el campo de visión de las chicas, las dos se acercan a mí. Sira me ha hecho una pancarta. «También te he traído el Vaginesil», me aclara en un susurro, la muy perra.

—Yo he hecho algo mejor —interviene Martina, orgullosa—. Le he contado a Rodri lo que Sergio organizó ayer para ti. Lo he hecho así de pasada, para que se le vaya ablandando el corazoncito.

Sonrío y los miro. Se han saludado, pero ha sido más por pura cortesía, para no remarcar el hecho de que en realidad no se hablan, que porque tengan realmente ganas de verse. Eso me duele y también me hace sentir un poco culpable. Sergio es el mejor amigo de Rodri y al revés, son casi como hermanos.

Me acerco a ellos y saludo a Sara con un abrazo. Finjo que el anillo me deslumbra y le doy un beso de esos ultra-mega-sonoros en la mejilla. Qué bien sienta adorar a tu cuñada, y qué raro es eso en España.

—Diviértete —me pide.

—Lo mismo digo —replico divertida, señalándola con el índice—. No te quiero todo el día estudiando.

Ella asiente y nos damos otro abrazo.

Me acerco a Rodri con la clara intención de mantener la lagrimilla exactamente donde está, pero me da uno de esos abrazos de oso patentados y la

cosa se complica un poco.

—Llámame —me pide todavía rodeándome con sus brazos—. Todos los días, enana, y prométeme que vas a tener cuidado y que vas a estar bien. Por Dios, creo que ya me estoy arrepintiendo.

—Te lo prometo —respondo separándome con una sonrisa.

Él me devuelve el gesto. Rodri y Cande contra el mundo. Estoy segura de que eso no cambiará jamás.

—Prométeme tú algo —le pido después de dar una bocanada de aire—. Prométeme que harás las paces con Sergio y cuidarás de él.

Rodri resopla, molesto.

—Lo quiero y él me quiere, y los dos te queremos a ti —le recuerdo siguiendo el plan de Martina para reblandecerle el corazoncito.

No obtengo un «sí», pero tampoco un «no». No sé si habrá funcionado. Rodri me mira en silencio y yo me tiro a la desesperada a por el último cartucho.

—Por lo menos, prométeme que te lo pensarás.

—Te lo prometo —responde sin mucho convencimiento.

Algo es algo, supongo.

Me lanzo en sus brazos a por un último abrazo y me alejo un paso. Miro a Sergio. Por Dios, qué difícil está siendo esto. Me giro hacia las chicas y nos abrazamos, como lo hacemos todo siempre, las tres a la vez. No sé cuántos «te quiero» y cuántas fotos de Chris Pine en bolas nos prometemos, pero debemos batir algún tipo de plusmarca mundial.

Me separo de ellas. Maldita sea, no quiero llorar. Agito las manos tratando de controlar un sollozo y camino hasta él, hasta Sergio.

—No te preocupes, Candelita —dice metiéndome un mechón de pelo tras la oreja y enjugándome las primeras lágrimas. Quiere tranquilizarme—. Nosotros ya nos lo hemos dicho todo.

Asiento y, con el llanto ya corriendo libre, me cuelgo de su cuello alzándome sobre las puntas de mis pies. Él responde de inmediato y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—Te quiero.

—Te quiero, nena.

Nos besamos y nos decimos más «te quiero» sin palabras. Sergio se separa, pero, cuando apenas lo ha hecho unos centímetros, como si no pudiese concluir la despedida todavía, vuelve a besarme. Yo lo recibo encantada. Mis lágrimas mojan, saladas, nuestros labios, pero a ninguno de los dos nos importa.

Llaman a mi vuelo por megafonía. Hundo con suavidad mis dedos en su pelo negro siempre revuelto y dejo mi frente contra la suya.

—Cande —me llama suavemente Martina.

—Sí —murmuro.

Me alejo. Respiro hondo. Su mirada atrapa la mía. Qué complicado es saber que tienes que hacer algo y no querer hacerlo. Empiezo a andar hacia la entrada del control de seguridad.

—Adiós —me despido de todos agitando la mano, pero ya no soy capaz de mirar a nadie.

Me sorbo los mocos y me seco las lágrimas con el reverso de la mano. Me giro y me dirijo definitivamente hacia el control. Hay una familia delante de mí y me toca esperar. Me vuelvo e, incluso a esta distancia, puedo sentir sus ojos azules sobre mí. Martina tenía razón. Me enamoré de él la primera vez que lo vi. Es como Alain Delon de joven. ¿Qué mísera oportunidad tenía de escapar?

—Su billete —me pide la agente de seguridad.

No lo pienso. Otra vez no quiero. Y salgo disparada hacia Sergio. Él también corre hacia mí y nos abrazamos con tristeza, con deseo, con rabia, con ilusión, con amor, con todos los sentimientos que siempre llenaban su mirada, su pequeña ventana al alma.

Aspiro su aroma y él me estrecha un poco más fuerte; casi me duele, pero no me importa. Quiero recordarlo todo de este abrazo.

Nos separamos. Vuelvo a despedirme de los demás con la mano y un «adiós». Rodri nos observa y, aunque no hemos intercambiado una sola palabra, creo que esa mirada ha significado que ahora entiende un poco más cómo nos sentimos.

Cruzo el control y antes de desaparecer tras la pared de cristal opaco, vuelvo a despedirme con la mano.

Doy una bocanada de aire un poco temblorosa y, al fin, echo a andar. Estoy segura de que París será una experiencia inolvidable, pero lo que más me importa es que, cuando vuelva, esperándome estará todo lo que encontré. Sergio. El amor. Nosotros.

## Sergio

La veo alejarse por el control de seguridad y no sé qué es lo que siento. Estoy triste y enfadado, pero también feliz porque ella será feliz. Es de lo más frustrante, joder. Me paso la mano por el pelo y siento cómo todo mi cuerpo se tensa. «Está donde tiene que estar.» «Va a hacer lo que tiene que hacer.» Son las mismas frases que llevo repitiéndome desde que me convencí a mí mismo de firmar los papeles de su excedencia. Ahora ya no tengo tan claro que funcionen.

—Yo me marcho —digo un poco al aire. No tengo claro que a alguien le interese demasiado—. ¿Necesitáis que os lleve? —les pregunto a las chicas, más por cortesía que porque en realidad me apetezca tener que bajarlas a Madrid.

—No —responde una de ellas—, la hermana de Sira le ha prestado su coche.

La otra enseña orgullosa las llaves de un Volkswagen.

Rodri está hablando con Sara. Ella asiente.

—Genial —contesto.

Me siento raro, joder, y cada segundo que pasa estoy más cabreado. ¿Por qué no la convencí a polvos de que se quedara? ¿Por qué no he aceptado llevarla a casa cuando me lo ha pedido aquí mismo hace un momento?

Cabeceo y echo a andar hacia la salida.

—Espera. —La voz de Rodri me sorprende y me giro con el ceño fruncido. Se acerca a mí con el paso rápido—. ¿Te importa llevarme a mí? He venido en el coche de Sara, pero ella tiene que ir a hacer unos recados a Pinto.

—Claro —respondo confuso. No me había dirigido la palabra desde que descubrió lo que pasaba entre Cande y yo en su fiesta de cumpleaños.

Caminamos en silencio hasta el vehículo y también algo incómodos, para qué negarlo. Nos montamos en el BMW y aún no hemos salido del parking cuando enciendo la radio. *Escuela de calor*, de Radio Futura, inunda el habitáculo en cuestión de segundos. Mejor así que ese silencio como en misa.

El tráfico es un infierno y tardamos más de lo esperado en llegar al centro de la ciudad. Aun así, ni una puta palabra. Giro desde la calle Don Ramón de la Cruz y al fin alcanzo la nuestra: Claudio Coello. Me detengo frente a su edificio.

—Gracias —dice inquieto—. Eh... y adiós —se despide bajándose.

—Adiós.

Aprieto el volante con fuerza. Todo esto me sabe demasiado mal, joder, pero no pienso renunciar a Cande.

La puerta se cierra. Estoy a punto de reanudar la marcha cuando Rodri me sorprende volviendo a acercarse y apoyando la mano en el techo del coche. Tarda unos segundos, pero finalmente se inclina hasta que nuestras miradas se encuentran a través de la ventanilla abierta del copiloto.

—¿Un café? —pregunta de pronto.

Esto es surrealista.

—Sí.

—Genial, te espero en mi casa.

Sin decir nada más, se gira y entra en su portal y yo, por un momento, me pregunto si, en cuanto suba, va a aprovechar para apuñalarme.

Aparco un par de calles más abajo y voy hasta su piso. Llamo y me recibe un «empújala, sólo está entornada». Entro y he de confesar que se me pasa otra vez por la mente que esto sea una emboscada, pero entonces lo veo saliendo de la cocina hacia el salón con dos expresos en las manos.

Me hace un gesto para que lo siga hasta el salón y lo hago. Me quito el marinero —aunque estamos a finales de mayo, hoy hace un frío de cojones— y lo dejo sobre la espalda del tresillo. Mientras me siento, me remango la camisa de cuadros. Rodri se recuesta sobre el respaldo del otro sofá y el silencio vuelve. Joder, debo de haber estado en esta casa algo así como un millón de veces. Me estuve metiendo con los muebles negros desde que los vi por primera vez cuando lo acompañé a ver el piso con la agente inmobiliaria. Rodri es mi mejor amigo. Es mi hermano. Odio que todo se haya vuelto raro e incómodo entre nosotros.

—Si seguimos en silencio, me tiro por la ventana —le dejo claro soltando un resoplido.

—Es que todavía no tengo claro que me apetezca hablar contigo —suelta muy serio.

—Y entonces me invitas a un café por...

—Qué tacto tienes, coño —se queja revolviéndose.

—¿Y qué quieres que diga?

—No lo sé —estalla—. ¡Es mi hermana pequeña!

Resoplo. Cabeceo. Me paso las manos por el pelo. No quiero tener otra vez la misma conversación.

—Voy a cuidar de ella.

Tiene que entenderlo, joder. Quiero a Cande más que a mi vida.

—Más te vale.

Los dos nos miramos, más bien nos fulminamos con la mirada.

—Tengo preguntas —me advierte.

Me humedezco el labio inferior.

—¿Qué quieres saber?

Me mira sorprendido, no lo culpo, yo también me sorprendo. Si no fuera Rodri, creo que ya me habría largado.

—¿Cuándo empezasteis?

—Llevaba poco menos de un mes trabajando en la empresa.

—¿Y la hacías feliz?

Resoplo.

—Rodri, creo que eso tienes que preguntárselo a ella.

—Contéstame, hostias.

La recuerdo el día que fuimos a ver cómo iluminaban el árbol de Navidad en Sol, el helado del Freddo Freddo. La recuerdo riéndose en mi cama, entre mis brazos, como esta mañana.

—Sí, creo que sí —contesto embargado de la suave sensación de aquellos momentos, entrelazando mis dedos entre mis piernas que sostienen mis codos—. Después la jodí.

—¿Por qué?

Lo miro. No va a darme un respiro y supongo que me lo merezco.

—Todo iba bien, todo iba jodidamente bien. Cande... Joder. Cande es la chica más valiente que he conocido —mi comentario le saca una sonrisa. Es imposible pensar en ella y no sonreír. Mi chica tiene ese efecto— y sabía sacarme de mi zona de confort, hacer que diera un paso tras otro. Lo hacía parecer fácil. Una noche mi madre se presentó en mi piso y la vio. La conversación me dejó hecho polvo. Yo no sabía qué hacer y Cande consiguió que me sintiera mejor, fue como si tapara una herida que llevaba años abierta sólo con estar ahí... y me asusté. Me morí de miedo, y trate de apartarla.

Mi voz se vuelve más ronca. Los recuerdos ya no son tan agradables. Verla

en mi rellano, con aquella bolsa de comida. Cogerla de la muñeca en mi calle mientras se marchaba llorando. Maldita sea, odio verla llorar, odio recordarlo.

—Funcionó, pero apenas conseguía contenerme para mantenerme alejado de ella. Mi madre os invitó a aquella fiesta. Yo no quería que fuera porque no soportaba la idea de tenerla allí, preciosa, en mi casa, pero también porque algo me decía que debía protegerla de todos ellos y en especial de mi madre. Los dos sobrevivimos a duras penas a esa noche. Yo no podía más. La echaba demasiado de menos y volvimos, pero entonces mi madre movió ficha. Empezó a decir que quería que llevara a Cande a casa, que comiéramos juntos, y entonces me di cuenta de que, si no me apartaba de ella, ese ambiente acabaría destrozándola. Ella no es como Estela o como Julia, y no iba a permitir que mi madre la controlara. Sin embargo, a pesar de todo, sabía que no iba a ser capaz de alejarme de ella, que tendría que ser Cande la que me odiara y se apartara de mí, así que...

Entorno los ojos tratando de controlar la rabia que se expande por mi cuerpo, el dolor.

—Así que te acostaste con otra.

Asiento.

—Sabía que ésa era la única manera.

—Por eso se marchó a Barcelona y por eso tú bebiste hasta perder el sentido.

Resoplo incómodo, dándole la razón sin palabras.

Seguimos hablando. Le cuento por qué acepté casarme con Estela, cómo me sentí cuando Cande volvió, las peleas, las pausas, los «te quiero» y todo lo que hemos vivido hasta hoy.

—Comprometerte con Estela fue una estupidez.

—Tienes toda la razón.

Ahora lo sé. Jamás me arrepentiré lo suficiente de ese error.

Rodri se frota los ojos con las palmas de las manos.

—Estela siempre ha intentado controlar a Cande, imponerle su manera de pensar.

—Estela ha querido hacerle daño a Cande —lo interrumpo. Rodri frunce el ceño, confuso y enfadado—. Sé que es tu hermana, pero te advierto que no pienso permitir que siga tratando así a Cande.

—¿De qué coño estás hablando?

Dudo. Y no lo hago por Estela, sino por Cande. Le insistí para que



habláramos con Rodri, para que le contara todo lo que había pasado, pero ella se negó. Me dijo que estaba convencida de que la vida acaba poniendo a cada uno en su lugar. Sin embargo, yo soy de los que piensa que a veces hay que darle una patadita a la vida.

Le cuento a Rodri lo del *atelier* de Christian Lacroix, cómo intentó manipular su fiesta de cumpleaños para deshacerse de Sara. Le hago ver lo de la casa de sus padres y él me confirma lo que ya sabía, que fue ella quien le contó que Cande salía con alguien mayor.

Rodri lanza un juramento entre dientes y me pide que lo acompañe a casa de Estela. Tardamos poco más de diez minutos en llegar. Cuando abre la puerta de su apartamento de lujo en El Pilar, nos mira sorprendida a los dos, cada uno a un lado de su puerta. No es tan lista como piensa, pero sí lo suficiente como para intuir lo que se le viene encima.

Entramos y ambos declinamos el café. Yo me quedo apoyado en la pared junto a la puerta mientras Rodri, que ni siquiera llega a sentarse frente a ella en el elegante sofá de piel blanco como Estela le ofrece, comienza a recriminarle cómo se ha portado con Cande, le echa en cara todo lo que acabo de contarle yo, pero su mente empieza a atar cabos y otros asuntos salen a relucir.

—Tú me dijiste que debía mandarla a un internado, ¡y yo confié en ti! — grita Rodri. Está al límite—. ¿Cómo es posible que trataras de deshacerte de una niña?

—Era lo mejor para ella y para ti.

—No, era lo mejor para Julia y tú estabas encantada dirigiéndonos la vida. ¿En qué cojones pretendías convertirla?

—En una mujer de provecho. Inteligente y ambiciosa.

—Y una mierda —replica Rodri señalándola con el índice—. Tú querías a alguien que estuviera tan vacía como tú para sentirte menos sola. —Estela lo mira a punto de echarse a llorar, no por compasión o arrepentimiento, sino porque acaba de comprender que a su hermano se le ha caído la venda de los ojos—. Y pensar que casi te ayudo a conseguirlo...

—Rodri —lo llama dando un paso hacia él.

—Esto se acabó —sentencia inmisericorde—. No puedo prohibirte que te acerques a nosotros porque somos hermanos, pero mucho cuidado con cómo te comportas con Cande, con Sara o conmigo. Ellas son mi prioridad absoluta e increíblemente lejos en esa lista estás tú, así que no pienses ni por un momento que voy a perdonarte otra estupidez.

—Pero no puedes apartarme de vosotros.

Ella me mira, pero no abro la boca, y no es por falta de ganas, joder, pero es Rodri quien debe ocuparse de esto y dejarle las cosas claras.

Sus tacones repiquetean contra el suelo mientras se pasea de un lado a otro, buscando la manera de darle la vuelta a la situación.

—Yo no te estoy apartando —zanja el tema Rodri alzando suavemente las manos—. Te has apartado tú sola.

Sin esperar a que responda de ninguna manera, Rodri gira sobre sus pasos. Nos miramos un solo segundo. Ha hecho lo que tenía que hacer.

—¿Qué crees que opinarían papá y mamá de lo que estás haciendo?

Su voz nos detiene en seco. Puta habilidad de saber dar exactamente donde duele. Otro punto en común con mi madre.

Rodri toma aire y, con la segunda bocanada, la determinación se afianza en sus ojos. Sabe lo que querrían sus padres tan bien como lo sé yo, como incluso lo sabe ella. Querrían que fueran felices, que se cuidaran los unos a los otros, no que se comportase como una auténtica arpía amargada capaz de hacer cualquier cosa para salirse con la suya.

Mi mejor amigo se gira despacio y desanda un par de pasos hasta tenerla de nuevo de frente.

—¿Y qué crees tú que opinarían de que hayas mandado derruir su casa con todos nuestros recuerdos dentro sólo para hacerle daño a Cande?

Estela no dice nada. Supongo que no ha contemplado esa respuesta cuando ha decidido ser tan rastrera de sacar el tema de sus padres en su beneficio. Donde las dan, las toman.

—No vuelvas a hacerle daño —sentencia Rodri.

Y más le vale entenderlo, porque somos muchos los que no estamos dispuestos a permitirlo.

Salimos y, en cuanto ponemos un pie en la acera, Rodri lanza un grito de pura impotencia, que hace que una señora con cardado y visón, que ya me estaba mirando las zapatillas deportivas gastadas y negando con rotundidad con la cabeza, lo mire a él aún peor.

—No me lo puedo creer, joder —se desahoga—. ¿Cómo he podido estar tan ciego? —se lamenta volcando parte de su monumental cabreo consigo mismo, llevándose las manos a las caderas.

—Es tu hermana. Es complicado.

—Y Cande también.

Rodri chasquea la lengua contra el paladar y acto seguido se tapa los ojos con las palmas de las manos, como si no diese crédito a todo lo que acaba de comprender hoy.

—Cande te adora —le dejo claro sin un solo resquicio de duda—. Ella no está enfadada contigo. Creo que podría perdonarte cualquier cosa.

Rodri aparta las manos y me mira sin enfado, sin rabia, sin decepción. Me mira como me miraba antes.

—Si puede perdonártelas a ti —suelta de pronto socarrón.

—Pero ¿qué coño? —protesto.

Y el ambiente se destensa hasta hacernos sonreír a los dos.

—Y yo que pensé que me había librado de tenerte como cuñado —se lamenta.

—¿Por qué? —respondo encendiéndome un cigarrillo—. ¿Quieres el puesto libre para ser mi mujercita?

—Cabrón.

Los dos sonreímos de nuevo.

—Gracias por cuidar de Cande y de Sara por mí.

—Sois mi familia.

Y no podría tener una mejor.

\*\*\*

Como con Rodri y Sara y me obligan a acompañarlos al cine. No quiero, pero no paran de decir que lo único que me gustaría es irme a casa a llorar, que si soy una niña de instituto, que si llevo forrado el maletín con fotos del *Súper Pop*. Cuando le tapo los oídos a Sara y le explico a Rodri qué llevo forrado con fotos de Justin Bieber, decide dejar la conversación ahí.

Vuelvo a casa bien entrada la noche y, como sé que no voy a ser capaz de dormir, decido hacer lo que quiero hacer en vez de negármelo a mí mismo y empezar a torturarme. Rebusco en mi caja de discos viejos y pongo el recopilatorio de Nacha Pop «80-88». *Una décima de segundo* empieza a sonar.

Me dejo caer en el sofá y saco el iPhone. Abro las fotos y busco la que me ha enviado Cande esta tarde bajo la torre Eiffel. Sonrío. Está preciosa. Y feliz.

El móvil comienza a sonar y la foto de Cande se sustituye por otra suya en mi cama. Descuelgo con una puta sonrisa de tonto enamorado en los labios. Decid lo que queráis. No me importa lo más mínimo. No os hacéis una idea de lo

jodidamente bien que sienta.

—Hola, nena —respondo.

—Hola, nene.

Mi sonrisa se ensancha.

—¿Ya me echas de menos?

—Siempre —responde cantarina.

Sienta de maravilla.

## Cande

El número 26 de la *rue* Degas, en el centro de París, es una cafetería muy pequeñita que siempre huele a café y mantequilla, como mi rinconcito de la puerta del Sol. Tiene un ventanal enorme y los árboles de la acera, grandes y frondosos, se cuelan en él como si enmarcaran la postal que dibujan las vistas. No se ve la torre Eiffel, ni ninguno de los famosos puentes, sólo hay casas, calles, gente caminando con bolsas de papel de la que sobresale una baguette. Se ve París.

Ya llevo aquí poco más de un mes y creo que me he acomodado a la rutina. Tengo mucho tiempo para leer y para pensar tirada en el suelo de mi diminuto estudio. No es un barrio bueno ni malo, es uno que me puedo permitir. Todos los días hablo con Rodri y las chicas, y todas las noches con Sergio, aunque, a decir verdad, debo tenerlo aburrido con todos los whatsapps llenos de fotos que le envío. No mías, sino de cosas bonitas, de cosas que me gustan, de cosas que creo que le gustarían a él si estuviera aquí... Por Dios, me muero de ganas de que esté aquí, poder abrazarlo, tocarlo, olerlo; sí, habéis leído *olerlo*, pero ¿a que no os sorprende?

Ya no estoy triste ni enfadada. Ya no tengo la urgente necesidad de darle vueltas a todo lo que pasó pensando qué hice mal. Ya no me da miedo volver a saltar al vacío con los ojos cerrados. Y eso me hace sentir bien por dentro. París está cumpliendo su misión.

\*\*\*

Un día cualquiera, un martes cualquiera, estoy yendo hacia la academia de francés cuando mi iPhone suena en mi pequeño bolso cruzado. Lo saco y automáticamente sonrío. Es un correo electrónico de Sergio.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 1

Enviado el: 27/06/2017 10.22

Hola, nena.  
Sergio

Miro el *mail* con una sonrisa de lo más tonta en los labios. Voy a responderle un «hola» cuando el teléfono suena y el icono de correo electrónico vuelve a vibrar. Es Sergio. Frunzo el ceño, divertida.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 2

Enviado el: 27/06/2017 10.24

Hoy hace un día raro, de los que me gustan. No hay demasiado sol y la gente tendrá que decidir cómo pasar las horas sin poder tirarse toda la tarde en la terraza de un bar. No sé si me gustan porque realmente me gustan o porque mucha gente se fastidia. Creo que ahora pegaría una risa de malo de dibujitos animados. Gmail tiene que empezar a darte ese tipo de posibilidades.

Sergio

Vuelvo a sonreír con el móvil en la mano. Estoy... desconcertada. Normalmente la que manda *emails* absurdos diciendo lo que ha comido o que ha visto un gato pasearse por la barandilla de mi balcón soy yo. En serio, tendríais que haber visto el gato. Caminaba con una tranquilidad pasmosa y vivo en un cuarto. Era el chino de *Ocean's Eleven* transformado en felino.

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: Todo lo malo se pega

Enviado el: 27/06/2017 10.25

¡Hola!

No sé si te lo han dicho alguna vez, pero todo lo malo se pega, ¿sabes? Yo soy la de los correos electrónicos tontos y tú, el que contesta con una sonrisa paciente. ¿Qué estás haciendo?

Cande

Pulso el botón de «Enviar» y espero en un cruce cualquiera del centro de la ciudad. Alzo la cabeza y la torre Eiffel me recibe de fondo al otro lado del Sena. Es realmente preciosa. Quien dijo que París era la ciudad del amor, no pudo estar más acertado. Se respira en cada esquina, como si en cualquier momento alguien fuese a empezar a cantar *La vie en rose* muy bajito.

Mi móvil suena y yo lo recibo con una sonrisa.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 3

Enviado el: 27/06/2017 10.27

Te estoy enviando ciento cincuenta y tres *emails*.  
Sergio

Me quedo estúpidamente petrificada mientras mi sonrisa se ensancha amenazando con partirme la cara en dos. ¡No me lo puedo creer! El *smartphone* vuelve a sonar.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 4

Enviado el: 27/06/2017 10.31

Pensé que los números en el asunto te estaban dando una pista. Ay, Candelita, las pillas al vuelo.  
Sergio

Abro la boca indignada y también encantada. A estas alturas, ¿a quién pretendo engañar?

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: Re: 4

Enviado el: 27/06/2017 10.32

¡Eres un maleducado!, pero un maleducado romántico.  
Cande

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 5

Enviado el: 27/06/2017 10.33

Qué le vamos a hacer.  
Sergio

Miro el reloj. Es tardísimo. Observo a ambos lados de la calzada y cruzo con el paso acelerado, obviando que el semáforo está en rojo para los peatones, para llegar a tiempo a la academia. Eso sí, mi sonrisa es indisimulable.

Los correos electrónicos no dejan de llegar.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 10

Enviado el: 27/06/2017 11.05

Rodri acaba de llamarme. Quiere que mañana quedemos para ir a jugar a squash. Obviamente me he negado. Cuando me ha preguntado que si pienso mantenerme en forma sólo fumando y leyendo libros de pijos, le he respondido que no se preocupe, que también pienso follar. Acto seguido me ha colgado y acto seguido me ha llamado diciéndome que, si no me presento mañana en el gimnasio, vendrá aquí y me tirará las putas zapatillas de deporte a la cabeza. Es un malhablado.

Sergio

Tengo que aguantarme la risa para que el profesor no se dé cuenta de que estoy leyendo *emails* con el móvil en el regazo en lugar de estar atenta a cómo se diferencian los determinantes demostrativos por género. Sergio Herranz es el hombre más malhablado del mundo y adora la palabra *follar*. Creo que lo hace por aquello de alargar su leyenda de macarra embutido en un cuerpo de pijo.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 11

Enviado el: 27/06/2017 11.12

Estoy viendo «Breaking Bad» en Netflix y me estoy planteando seriamente montar un laboratorio de metanfetamina en casa. Parece que se lo pasan muy bien. Menos mal que no estoy viendo «Juego de tronos».

Sergio

El timbre, que suena indicando que la clase ha acabado, se mezcla con el de un nuevo correo.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 14

Enviado el: 27/06/2017 11.30

Te echo de menos.

Sergio

El resto de los alumnos se han levantado y se han ido, incluso el profesor se ha marchado ya, pero yo sigo mirando el teléfono como una idiota. Yo también lo echo de menos, muchísimo.

Entro en una preciosa cafetería a tomarme un café y un *croissant* de esos recién hechos (*C'est Paris, mes amies*).



De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 17

Enviado el: 27/06/2017 11.41

Estaba intentado recordar cuándo me enamore de ti, cuándo fue el momento exacto, y he comprendido que no lo sé, porque pasó despacio, como pasan estas cosas, y antes de que me diese cuenta, quería follarte como un loco, pero también quería verte sonreír después, debajo de mí. Todo se entremezcló y ya no pude pensar en tocar a otra mujer que no fueras tú y supe que ninguna otra sonrisa volvería a importarme.

Sergio

Doy un largo suspiro con la mirada fija en la pantalla del teléfono, releendo las líneas una y otra vez. Creo que yo tampoco sabría decir el momento exacto en el que me enamoré de él. Creo que lo estuve siempre.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 25

Enviado el: 27/06/2017 12.07

Estoy tumbado en el sofá con el portátil en el regazo. Creo que mis vecinos están follando. No paro de oír gemidos y el crujir de muebles. Se me están ocurriendo muchas cosas, Candelita.

Sergio

Los siguientes cuatro correos son muy explicativos acerca de qué cosas se le están ocurriendo. Yo cometo el error de imaginarme su voz diciendo cada palabra. Conclusión: he acabado pagando mi café y mi *croissant*, marchándome a mi apartamento e imaginándome de una manera muy vívida su cuerpo, sus dedos y su boca haciendo todas esas cosas. Dos veces.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 36

Enviado el: 27/06/2017 13.10

Eres preciosa y apuesto a que ahora que acabas de correrte lo estás mucho más.

Sergio

Miro la pantalla de mi *smartphone* boquiabierta.

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: RE: 36

Enviado el: 27/06/2017 13.12

Es un descarado, señor Herranz. No sé quién le habrá enseñado modales, pero esas cosas no se le dicen a una dama. Y, para su información, sí, me he corrido dos veces.

Cande

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 37

Enviado el: 27/06/2017 13.14

Me la acabas de poner todavía más dura.

Sergio

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: RE: 37

Enviado el: 27/06/2017 13.15

Además de descarado, es un perverso.

Cande

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 38

Enviado el: 27/06/2017 13.16

¿Dónde estás?

Sergio

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: RE: 38

Enviado el: 27/06/2017 13.18

Tumbada en mi cama, mirando la ventana por la que se cuele París. El día es como te gusta, gris.

Cande

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 39

Enviado el: 27/06/2017 13.19

¿Y si pudiera tumbarme encima de ti? ¿Y si pudiera levantarte esa faldita que llevas hasta las caderas y besarte por encima de la tela de tus bragas, lentamente, para que todo tu cuerpo se arquease? Te derretirías tan despacio que te dolería.

Sergio

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: RE: 39

Enviado el: 27/06/2017 13.20

Te diría que hicieras todo eso.  
Cande

Tecleo con dedos torpes.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 40

Enviado el: 27/06/2017 13.21

¿Decir? Sabes que conmigo eso no funciona.  
Sergio

De: Cande Martín  
Para: Sergio Herranz  
Asunto: RE: 40

Enviado el: 27/06/2017 13.22

Entonces, ¿debería suplicar, señor Herranz?  
Cande

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 41

Enviado el: 27/06/2017 13.23

Y ponerte de rodillas, nena. Sin dejar de mirarme. No puedo pensar en otra cosa que no sea eso, que la dejes entrar despacio, sin usar las manos, mientras las mías se enredan en tu pelo. Cada vez más rápido, más fuerte. Oírte gemir conmigo dentro. Sentir que eso también es lo que tú quieres. Marcar el ritmo con las caderas. Que me mires. Que te excites incluso más que yo. Que una lágrima caiga por tu mejilla. Que me pidas más sin decir una sola palabra.

Sergio

Y aunque estamos hablando de algo que en teoría le daría placer a él, sé que también me lo daría a mí, porque es algo más oscuro, más sexy. Primario. Es como saltar y que las manos de otra persona te sostengan; pertenecerás a esas manos para siempre. Y leer cómo lo describe, las ganas y el deseo hambriento en cada palabra, me hace volar otra vez.

Miro el reloj. Son casi las dos y cuarto y estoy muerta de hambre. Voy hasta la diminuta cocina de mi diminuto piso y me hago un sándwich de queso en la sartén. Sé que suena un poco cutre, y no sé si es por la mezcla de queso brie y comté, por la mantequilla o porque estoy realmente famélica, pero me sabe a gloria. Puede que los mensajes de Sergio también tengan algo que ver. Me está mandando ciento cincuenta y tres, como decía el libro. Sinceramente creo que estoy a punto de desmayarme de amor.

Los correos siguen. Yo tengo cosas que hacer, pero francamente no creo que haya nada más interesante que sentarme en el sofá, con mi teléfono móvil, a leer cada cosa que quiera decirme. Para hacerlo todo un poco más bonito, pongo el disco de Nacha Pop con nuestra canción. Me traje en la maleta, envueltos con sumo cuidado, los álbumes que Sergio me regalo en la *alvarada* del metro, con la idea de comprarme algún reproductor portátil de vinilos en algún mercadillo de segunda mano, pero, ¡sorpresa!, mi casero, *Monsieur Saber*, había dejado uno con el mobiliario del piso.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 58

Enviado el: 27/06/2017 15.50

No sé qué más contarte. ¿De verdad ese chalado escribió ciento cincuenta y tres *emails*? Es complicado.

Sergio

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 59

Enviado el: 27/06/2017 17.01

LISTA DE COSAS QUE ME RECUERDAN A CANDELA MARTÍN:

—El regaliz rojo.

—Los *freelances*.

—Las canciones de Antonio Vega.

—Los conciertos.

—Madrid.

—Dormir abrazados sobre la colcha, dormir sobre la colcha aunque sea solo, las colchas en general.

Por Dios, creo que me estoy volviendo un poco loco.

Sergio

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 80

Enviado el: 27/06/2017 18.43

¡Me he leído los puñeteros libros! No entiendo por qué se queda con el rockero. Me ha dado un poco de grima parecerme al otro. ¿Por eso te enamoraste de mí? Me siento un hombre objeto.

Sólo tú podrías leer estos libros y tener la esperanza de que la chica se quedara con el otro. ¿Alguien te ha dicho que tienes una fijación por los chicos que no te convienen?

Sergio

La tarde avanza hasta que la noche la devora con un cielo que se despeja para llenarse de estrellas. Todo se vuelve más íntimo y, aunque estemos separados por cientos de kilómetros, me siento más cerca de él.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 118

Enviado el: 27/06/2017 22.43

Mi padre empezó a salir con mi madre porque era la mujer que mi abuela eligió para él. Buen apellido, buena familia, dinero. Se casaron porque era lo que tocaba y, aunque ninguno de los dos lo quería, tuvieron hijos porque era lo que tocaba. Dos, un número perfecto para que nadie les recriminara haber dejado a un niño sin hermano. Nos dieron un techo, comida y un buen colegio, pero siempre han dado por hecho que sus obligaciones como padres terminaban ahí. Creo que incluso piensan que deberíamos darles las gracias por haber hecho el esfuerzo de tenernos. Mi madre no nos preparaba la comida, no nos arropaba, no nos leía cuentos. Había días enteros en los que ni siquiera nos dirigía la palabra a mi hermano y a mí y sólo la veíamos cuando pasaba a darle instrucciones a nuestra niñera. Su vida social y el apellido eran lo primero, y siguen siendo lo primero. Nunca la recuerdo dándome un abrazo o haciéndome cosquillas. Es raro, ¿sabes? Te crea un vacío que poco a poco se va comiendo todo lo demás. Creo que tenía nueve años cuando entendí que mi madre no me quería y algo dentro de mí cambió, como si también hubiese comprendido que necesitaba protegerme de aquella idea.

Ella tenía razón cuando dijo que tuvieron que sacarme de muchos líos, de peleas en el colegio, en la calle, de robar bebida. No sé por qué lo hacía. Quizá estuviese enfadado con el mundo o quizá sólo quería llamar su atención.

A los catorce me mandaron a un internado en Suiza porque «este niño es imposible» y hasta los dieciocho sólo los vi una vez al año, en Navidad. El internado, al principio, fue complicado. Echabas de menos a tus padres, incluso a los míos, tu casa, tus amigos, tu ciudad, pero cuando superas eso, te das cuenta de que tampoco es tan malo como imaginabas, exactamente como tú lo describiste, conoces a gente nueva, el ambiente es agradable, incluso divertido si sabes montártelo bien. Pero, al final, cuando te vas a la cama, aunque lo hayas pasado de escándalo portándote bien o mal, te sientes solo. Un hogar es algo más que cuatro paredes, por muy bonitas y reconfortantes que éstas sean. Creo que allí aprendí a sentirme solo y a elegir cómo quería sentirme respecto a eso.

Me aseguré de hacer la carrera en Londres porque entonces ya era yo el que no quería volver. Después encontré un trabajo y entramos en esta extraña calma en la que dudo de que mi padre recuerde cómo me llamo y a mi madre sólo le preocupa que no pasee el apellido de los Herranz por el lodo.

Joder, creo que nunca le había contado todo esto a nadie tan abiertamente y tan «a la vez», ni siquiera a Rodri. ¿Ves lo especial que eres?

Sergio

Una lágrima se estrella contra la pantalla de mi teléfono. ¿Cómo tuvo que ser criarse así? Los padres lo son todo, especialmente cuando somos pequeños. Yo perdí a los míos, es cierto, pero el recuerdo de ellos, de cómo se querían y de

cuánto nos querían a nosotros, me acompañará siempre. Saber que tus padres no están en tu vida porque no quieren estar, te marca por dentro.

Después de ése, el *mail* ciento diecinueve con un «Buenas noches, nena».

\*\*\*

Abro los ojos. El sol entra por la ventana, pero lo hace tan débil que no me cuesta trabajo adivinar que no deben de ser más de las siete. Una sonrisa se apodera de mis labios en el mismo segundo en el que recuerdo dónde estoy y me lanzo ávida a por mi móvil, con el que me dormí en las manos releendo correos. Hay dos nuevos y mi sonrisa ya está en modo «me ha tocado el sueldo Nescafé y me lo ha entregado Adam Levine en persona».

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 120

Enviado el: 28/06/2017 06.50

Buenos días, nena.  
Sergio

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 121

Enviado el: 28/06/2017 6.58

Las duchas son más divertidas cuando estás aquí.  
Sergio

Frunzo los labios. Compartimos opinión en lo de las duchas.

Me levanto de un salto, feliz como una perdiz. Preparo una cafetera y me voy al baño. Me encanta porque, en cuestión de minutos, todo huele a café. Reconozco que, al ser una habitación que hace las veces de salón y dormitorio con una cama en el centro, sin sofá ni nada parecido, separada de la cocina por cinco baldosas del suelo y con un pequeñísimo baño como única estancia independiente, es fácil que todo huela a café casi a la velocidad del rayo. No importa que la cafetera italiana, a juego con el piso, también sea diminuta.

Los correos electrónicos continúan. «Mi libro favorito es *El gran Gatsby*.» Eso ya lo sabía. «Debo de ser uno de esos tipos rarísimos que no tienen una peli favorita.» Eso me sorprendió, pero, cuando quise pensar en la mía, no la encontré. Hasta que pestañeé y recordé a Noah diciéndole a Ally, bajo la lluvia, que lo suyo no acabaría jamás. *Oh, yeah*. Tengo película preferida. «A cambio te

digo que mi postura favorita para el sexo es cualquiera en la que pueda sobarte el culo y las tetas y verte la cara mientras pides más.» Torcí el gesto disimulando una sonrisa. Así es Sergio y no podría gustarme más.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 142

Enviado el: 28/06/2017 09.15

Tengo que hacer unos recados, así que voy a tener que hacer una «pausa» (una de verdad, no de las que tanto te chiflan). Cuando me preguntaste si iba a gustarte París, me resistí un poco a decir que sí porque no quería que te fueras. La verdad es que me sigo resistiendo, pero, para compensarte, voy a contarte un secreto: hay una cafetería muy bonita llamada *Le petit gâteau*. Está cerca de los campos Elíseos, pero alejada de la zona más turística por un puñado de intrincadas callejuelas de adoquines. La vas a adorar.

Sergio

Saber que voy a estar un rato sin correos me decepciona un poco, pero la idea de esa cafetería me parece genial. Sergio ha estado varias veces en París y me encantaría seguir recibiendo sus mensajes en un lugar donde él ya haya estado, como si fuéramos una versión posmoderna y francesa de Keanu Reeves y Sandra Bullock en *La casa del lago*.

Me ducho, me pongo un vestidito *vintage* que compré en un mercadillo hace unas semanas y voy hasta allí.

Sergio tenía razón. El sitio es precioso, es como uno se imagina una cafetería de París en los años cincuenta. Me acomodo en la terraza de sillas y mesas de metal y me pido una limonada con mucho hielo y hierbabuena. El cielo sigue nublado, incluso amenazante, pero me apetece estar fuera.

Los *emails* son la cosa más romántica que nadie ha hecho por mí, si no contamos la *alvarada* del metro. Dos cosas que una lee en los libros o ve en las pelis o le pasa a una amiga de una amiga, a la que odias en secreto y para siempre desde ese momento, pero nunca a ti o al menos no a mí. Así que ahora estoy aquí, en este bonito rincón, y en cierta manera estoy un poco triste pensando que estoy a once *emails* de que se termine.

Mi suspiro impaciente parece ser una llamada interplanetaria y los correos vuelven a llegar. No sé cuánto tiempo paso con el móvil entre las manos riendo y sonriendo. El resto de los clientes que van llegando, disfrutando de una bebida y

algún dulce, y marchándose, además del camarero, deben de creer que estoy loca, eso o que soy la primera persona en llegar a la última pantalla del Candy Crush, ¿ese diabólico juego tiene fin?; en cualquier caso, no me importa.

Y entonces el ciento cincuenta y dos.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 152

Enviado el: 28/06/2017 12.55

Una vez, en mi coche, me preguntaste si recordaba un día que te empeñaste en hacer galletas mientras yo leía tumbado en el sofá. Tú no te acordabas de qué libro tenía entre las manos y yo te respondí que *El gran Gatsby*. Te sorprendió que recordase ese día. En aquel momento no me atreví a decirte por qué, pero, ahora, no sé si es porque llevo ciento cincuenta y dos *emails*, porque estoy a punto de pegarme un tiro por suavito o porque te hecho demasiado de menos, quiero que lo sepas:

Estaba lloviendo, siempre llueve cuando nos pasan cosas importantes. Tú no parabas de repetir que querías galletas. Yo estaba en el sofá leyendo y lo único que tenía en mente era follarte otra vez. Sin embargo, tú te levantaste muy dispuesta, descalza, con un vestidito precioso y el pelo recogido en una sencilla coleta, con la cara lavada y los labios brillantes por todos los besos que te había dado. Fuiste hasta la cocina y empezaste a hacer las cookies. Cuando al fin las metiste en el horno, tenías la mejilla manchada de harina y toda la casa olía a chocolate fundido. Yo no podía dejar de mirarte y pensar que sólo faltaba una niña preciosa que tuviera tus ojos correteando a tu alrededor, esperando las galletas con una sonrisa, mirando el horno impaciente y llamándome para que fuera con vosotras. Siempre había pensado que no tendría críos y, de pronto, la simple idea me hacía feliz porque sería un pedacito de ti y de mí.

Recuerdo ese día, nena. Lo recuerdo a todas horas, porque, a pesar de todos mis miedos, de mi infancia de mierda, ésa fue la primera vez que me di cuenta de que quería tener hijos, y fue contigo.

Sé por qué el chico del libro escribió ciento cincuenta y tres *emails*. No es porque estuviera enamorado o la quisiese. Le escribió ciento cincuenta y tres *emails* porque la necesitaba, y no como puedes necesitar algo material, la necesitaba a un nivel íntimo. La necesitaba para que su vida estuviera completa, para que tuviera sentido, y así es cómo yo te necesito a ti. Ya te dije allá por el *mail* ochenta que me daba grima parecerme a él físicamente, ahora sólo espero no correr su misma suerte y que en París te hayas enamorado de algún gilipollas. Te quiero, Cande, y te voy a querer toda la vida.

Sergio

Me muerdo el labio inferior mientras noto cómo los ojos se me llenan de lágrimas. Enfoco ese día en el calendario de nuestra historia y me doy cuenta de que llevamos queriéndonos mucho más de lo que incluso los dos pensamos.

Tomo aire y miro el móvil dispuesta a contestar. Ese correo se merece una respuesta. Siendo sincera, se merece un piso en la playa, así que voy a empezar por un *gift* de esos en los que no salen más que corazones. Sin embargo, de



pronto, mi teléfono suena y el icono de correo se zarandea. Ahí está, el *mail* número ciento cincuenta y tres.

Contengo la respiración esperando a que se abra. Mientras, las mariposas de mi estómago, revolucionadas, también miran la pantalla aguardando para empezar a bailar como en la clausura de unos Juegos Olímpicos. Estoy nerviosa. ¡Por Dios, estoy emocionada! Como una niña la mañana de Navidad y... y nada. No hay nada. ¡En el *mail* no pone nada! Salgo y entro de la aplicación por si el correo no se ha cargado bien. Nada. Miro la cobertura, que tenga señal. Nada. Golpeo el canto del teléfono con la palma de la mano. Incluso miro detrás y debajo como si el correo fuese a hacerse papel y a aparecer mágicamente sobre la mesa. Nada. Nada. Nada. ¿Qué está pasando?

—Ay, Candelita. Parece que te has quedado esperando algo.

Alzo la cabeza sin poder creermela voz que acabo de oír y ahí está, Sergio, con unos vaqueros y una camiseta blanca con las mangas remangadas, con sus gafas de sol de 1964. Atractivo a rabiar, seguro de sí mismo, macarra, impertinente, arrogante, todo lo que es él y todo coronado por los ojos azules más bonitos del mundo.

Sin pensarlo, salgo despedida dejando caer la silla y el teléfono con la sonrisa más grande del planeta y me lanzo en sus brazos. ¿Y sabéis qué pasa? Que me siento como en una de esas pelis donde el protagonista ha corrido los cien metros lisos en un aeropuerto y acaba saltando el control y montándose en el avión y buscando entre los cientos de pasajeros a la única chica que no levanta la cabeza extrañada de que esté allí. Siempre he soñado con ser esa chica y Sergio lo ha hecho realidad.

Nos besamos, pero las sonrisas nos lo ponen un poco difícil.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta más estúpida del universo.

—¿Tú qué crees que hago aquí? —contesta mirándome directamente a los ojos—. He venido a buscar a mi chica.

Mi sonrisa se ensancha. Me cuelgo de su cuello y vuelvo a besarlo. No podría ser más feliz.

Nos acomodamos en la misma mesa en la que yo estaba sentada, pero nos olvidamos de que hay más sillas y Sergio me sienta en su regazo con las piernas colgándome juntas a un lado. Sólo dejamos de besarnos cuando el camarero carraspea algo así como tres veces y nos pregunta si queremos tomar algo.

—Has venido —digo contra sus labios, paseando mis dedos por su

mandíbula perfectamente afeitada.

Todavía no me lo creo.

—Eres muy observadora, Candelita —se burla, e inmediatamente me besa otra vez para que no pueda protestar.

Supongo que estamos llamando la atención, pero por una parte estoy curada de espantos después de salir con Martina y Sira y, por otra, esto es París, la ciudad del amor, ¿no?

El camarero vuelve. Deja otra limonada para mí y un expreso para Sergio y decidimos separarnos los cuarenta centímetros que supone que me siente en la silla de enfrente.

Sergio da un sorbo a su café y se recuesta sobre su silla, disfrutando de los escasos, escasísimos, rayos de sol sobre su cara. Yo bebo un poco de limonada y, cruzando los brazos sobre la mesa, me echo hacia delante. No comprendo en qué estaba pensando para bajarme de su regazo.

—Sabes que al final el chico de los *mails* no se quedó con la chica, ¿verdad?

Sergio tuerce los labios en un gesto muy sexy.

—Eso me inquieta un poco —responde con cierto toque de provocación e irreverencia en la voz—. Le escribió ciento cincuenta y tres *emails* a la chica equivocada.

—A lo mejor el número de la suerte es ciento cincuenta y cuatro —replico divertida.

Él asiente fingiendo sopesar mis palabras y yo sonrío porque... bueno, porque no he dejado de hacerlo desde que recibí el primer correo.

—Vamos —dice levantándose y dejando un billete de veinte euros sobre la mesa—. Demos un paseo —me ordena tendiéndome la mano.

Yo acepto encantada. Sergio tira de mí y entrelaza nuestros dedos. Recorremos las mismas callejuelas adoquinadas y llegamos a los campos Elíseos. La torre Eiffel se levanta imperturbable al fondo, disfrutando de ser la reina de París.

Hemos llegado a la mitad de la enorme avenida cuando el cielo se vuelve aún más gris, hasta engullir por completo el sol, y en ese preciso instante comienzan a caer las primeras gotas de lluvia. Nadie tiene tiempo a quejarse cuando las gotas se convierten en una auténtica tormenta.

—Pero... —murmuro sorprendida, alzando suavemente las manos mientras el agua me empapa sin remedio.

En la calle todos caminan de prisa, corren resguardándose en los toldos de las cafeterías y las tiendas cercanas. Yo hago lo mismo y echo a correr, pero entonces me doy cuenta de que mi mano ya no está entrelazada a la suya. Voy a girarme, confusa, pero mi móvil suena y, no sé por qué, en mitad de la lluvia torrencial, algo me pide que compruebe el teléfono. Es un *mail*. De él.

De: Sergio Herranz  
Para: Cande Martín  
Asunto: 154

Enviado el: 28/06/2017 14.20

Cásate conmigo.  
Sergio

Me giro sin saber qué decir, qué hacer. Alzo la mirada y lo veo frente a mí, separado por unos metros, bajo la lluvia, dejando que el agua lo cale hasta los huesos.

—¿Qué me dices, nena? —pregunta, y todo lo que le hace ser él brilla con fuerza... su sonrisa macarra, su atractivo, su arrogancia.

Me enamoré de él la primera vez que lo vi. Ha sido muy fácil, ha sido muy duro, pero ha sido nuestro y mi corazón y mi cuerpo le pertenecen.

—Sí —digo corriendo hacia él—. Sí —repito cuando me levanta del suelo, me estrecha contra su cuerpo, yo rodeo su cintura con mis piernas y, en mitad de los campos Elíseos, en París, bajo la lluvia, nos besamos.

—Te quiero.

—Te quiero.

Y nuestra canción suena más fuerte que nunca.

## Epílogo

### Sergio

Reviso la última carpeta y la cierro. El día ha sido larguísimo, joder. Alzo la mirada y la veo allí, de pie en mitad del departamento, hablando con Concha. No ha vuelto a trabajar aquí, para mi desgracia. Follármela contra la puerta de mi despacho era una delicia. Decidió que, ya que se había visto abocada a estudiar derecho, quería hacer algo bueno con ello y, mientras se prepara para ejercer en el turno de oficio (debe de ser la única abogada de España que quiere serlo), ha entrado como pasante en un bufete que acepta casos de personas desfavorecidas. Sí, mi chica es de esa clase de personas que te hacen quedar mal con el karma. Menos mal que ya estoy yo para compensar la balanza.

Como decía, el día ha sido larguísimo y ella tiene la culpa de que los últimos quince minutos hayan resultado insufribles, saludando y paseándose por el departamento con ese vestido que me la ha puesto dura de golpe desde que la vi salir del ascensor. El agua y la sed, ya se sabe.

Dejo caer la estilográfica sobre la mesa y cojo el maletín. Me estoy acercando a la puerta cuando ella lleva sus ojos hasta mí y sonrío. Esa sonrisa tampoco es que me facilite mucho las cosas, porque automáticamente pienso en esa sonrisa debajo de mí, con ella desnuda, sudorosa, con su piel enrojecida por el tacto de la mía. Lo que yo os diga, agua y sed, y toda la sangre concentrada en un punto muy concreto de mi anatomía.

La cojo de la muñeca y tiro de ella interrumpiendo su conversación. Concha me mira con desaprobación, pero no dice nada; más le vale. Tengo que disuadir de que no la demanden por acoso sexual a dos becarios aproximadamente cada semana.

—Estás loco —se queja entre sonrisas cuando la dejo caer contra la pared del ascensor.

Ni siquiera me molesto en fingir que la escucho y la beso con fuerza hasta que gime.

—Eso está mejor, señorita Martín.

—Eres un descarado.

—*Oh*, soy tantas cosas —me burlo— y todas te vuelven loca.

Ella va a soltarme cualquier fresca, pero yo me adelanto y la beso otra vez hasta que sí, vuelve a gemir.

Cruzar el parking se vuelve una tarea un poco complicada. Me niego a soltarle la mano para quitarme la chaqueta y la corbata. Aun así, consigo hacerlo y, además, desabrocharme los primeros botones y remangarme la camisa antes de llegar al coche y lanzar las prendas junto al maletín a la parte de atrás del BMW. Soy un hacha y me merezco un puto premio.

La cojo de las caderas y la dejo caer sobre la carrocería mientras mis manos, sobre el techo del coche y a ambos lados de su cabeza, la flanquean.

—Pobre oficinista estresado —se burla.

—¿Qué puedo decir? Tú vete a salvar el mundo con clientes que no tienen dónde caerse muertos, que ya pongo yo un plato de comida en la mesa.

Abre la boca escandalizada y yo sonrío encantado. ¿Cómo es esa frase? «Tu inocencia alimenta mi arrogancia.»

—Pues pienso salvar el mundo —replica entornando los ojos, tratando de parecer indiferente— y después voy a echar de él a toda la gente como tú.

Yo finjo sopesar sus palabras.

—¿Y quién va a llamarte *nena* entonces?

Alza la mano y niega con el índice.

—Ése no va a ser un problema —repone valiente—. Puedo vivir sin los «nena».

—¿Ah, sí? —inquiero acercándome un poco más.

Ella asiente convencidísima.

Yo me humedezco el labio inferior antes de estrecharme contra ella; mis caderas la buscan, la encuentran, y Cande lanza un sensual gemido.

—No deberías hacer afirmaciones que las pruebas no sostienen —se muerde el labio tratando de contener otro y yo estoy a punto de perder los papeles—, eso es de primero de abogado salvador de la humanidad.

Me muevo de nuevo. Ella abre la boca dispuesta a decir algo, pero no es capaz y acaba agarrándose con desesperación a mi camisa, retorciéndola a la altura de mi hombro.

—Sergio...

La chisto y recorro la parte de atrás de su pierna hasta anclar mis manos en su trasero y levantarla a pulso. Automáticamente su cuerpo reacciona como sabe

que el mío quiere que haga y rodea mi cintura con sus piernas. La tomo del cuello despacio y brusco a la vez, hasta hacer descansar su cabeza en el techo del BMW.

—No puedo dejar de pensar en ti en todo el maldito día.

Le arranco las bragas de un tirón y el sonido restalla por todo el aparcamiento. Su cuerpo se revuelve suavemente, entregado por completo. Joder, ya no hay ninguna posibilidad de que pueda dejar sus preciosos pies en el suelo y nos olvidemos de esto.

Me desabrocho los pantalones y acarició su entrada con mi polla. Está mojada y preparada y una sonrisa macarra se cuelga de mis labios. Desea esto tanto como yo. Le vuelve tan loca como a mí.

Entro en ella con una sola embestida y el jodido mundo deja de girar. Me muevo rápido, duro, y ella se deja hacer dispuesta a volar a donde yo quiera llevarla. Gime. Jadea. Disfruta. Y eso me pone como una moto. No sabía cuánto placer supondría para mí verla disfrutar hasta que la toqué por primera vez.

—Sergio —gime inconexa.

Mi palma abierta se desliza desde su cuello por el hueco entre sus pechos, por su vientre, hasta perderse entre los muslos y acariciarla.

—¡Dios!

—Sshhh, nena —la chisto saboreando esa palabra—. Vas a tener que estar más calladita.

Ella asiente como puede con los ojos cerrados mientras se aferra más a mí, a mi camisa, a mi cuerpo.

Acelero el ritmo. Quiero más. Quiero más de esto. Quiero más de ella. Lo quiero todo, joder. Vuelvo cada embestida más larga, más brusca, más rápida.

Va a gritar y estrello mi boca contra la suya para apaciguar todos los sonidos. Su cuerpo se contrae a mi alrededor, mis dedos se clavan en su culo y se corre con fuerza, saliendo al encuentro de cada uno de mis empellones.

Yo sigo embistiéndola. Su orgasmo se alarga. La beso con más fuerza, casi desesperado, y me pierdo en lo más hondo de su cuerpo.

Estoy jodido. Nunca voy a tener bastante de esto.

La beso de nuevo, un beso más corto y más dulce, y despacio la deslizo de nuevo contra mi cuerpo hasta que sus pies tocan el suelo. Ella abre los ojos exhausta, con una suave sonrisa en los labios. Se sopla un mechón de pelo que le

cae sobre los ojos para apartarlo. Obviamente no funciona. Alzo la mano y se lo coloco detrás de la oreja. Mis ojos se pierden en el movimiento y repasan cada uno de sus rasgos. Es preciosa, joder. Es todo lo que quiero que sea.

—Te quiero —canturrea rodeando el vehículo.

Yo la sigo con la mirada, como si estuviera hipnotizado, mientras pienso en cada segundo que vivimos juntos, cómo nos conocimos, cómo nos dimos la mano en la sala de reuniones de Recursos Humanos. Estaba nerviosa, pero tenía una sonrisa muy dulce e impertinente en los labios, exactamente como es ella. Me pareció una cría preciosa y se me ocurrieron demasiadas cosas que hacerle. Ya se lo dije una vez y ahora no me queda una mísera duda, desde aquel día me condené de por vida.

—¿Vas a abrir el coche o qué? —me reta divertida—. Algunos tenemos cosas que hacer.

Yo salgo de mi ensoñación y me humedezco el labio inferior.

—No juegue con fuego, señorita Martín —le advierto—, o acabará quemándose.

—¿Eso es una amenaza? —inquiere entornando los ojos, tratando de disimular una sonrisa y fracasando estrepitosamente.

—No lo dudes.

Recojo sus bragas del suelo, me las guardo en el bolsillo de los pantalones y nos metemos en el BMW. *Caperucita feroz* salta en el equipo en cuanto arranco. Sonrío con mi gesto más macarra en los labios. Me encanta esta canción porque nos describe a la perfección. El lobo que quiere comerse a besos una parte muy concreta de Caperucita, y Caperucita, que sabe perfectamente que con el lobo va a divertirse mucho más que con el cazador.

Vamos directos a mi piso para ducharnos y cambiarnos de ropa. Hemos quedado con Rodri y Sara en una terracita de un bar de Malasaña para tomar algo. Ella sigue conservando su casa en La Latina. No vivimos juntos, pero sí pasamos juntos todo el día y, como resultado, nuestras cosas están repartidas por todo Madrid.

Le explico que ducharnos por separado me parece muy desconsiderado con el medioambiente, además de muy aburrido, y la convengo para hacerlo más... entretenido.

\*\*\*

—Por fin aparecéis —gruñe Rodri.

Me siento en una de las sillas de plástico verde bajo su atenta mirada. Mi cara de felicidad, y el que aún tenga el pelo húmedo, son mi respuesta, una respuesta con la que prefiere no seguir indagando.

—¿Dónde está Cande?

—Ha visto a Sara en la barra y se ha quedado con ella.

Rodri asiente y se recuesta sobre su silla. Estamos en julio y hace un calor de mil demonios. No sé por qué no hemos ido a un sitio con el aire acondicionado en modo glacial.

—Hola —saluda Cande a Rodri con un beso en la mejilla, abrazándolo desde atrás.

Si el Gobierno decidiera empezar a hacer anuncios sobre lo que significa ser hermanos, sin duda alguna cogería a estos dos.

—Hola, pijo —me saluda Sara.

—Hola, poligonera.

Los dos sonreímos.

—Pronto seré doctora —me recuerda orgullosísima. Mi sonrisa se ensancha. Todos lo estamos. Es una campeona. Ha aprobado el MIR y en septiembre empezará su residencia en el Gregorio Marañón—, y ya no podrás llamarme así.

—Te llamaré doctora Poligonera.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba.

Sonreímos otra vez. Adoro a Sara.

Un jaleo de pisadas y risas se acerca y ya sé que Sira y Martina están aquí. Saludan a Cande y después a Sara con idéntico entusiasmo. Resulta que la pandilla ya tiene un cuarto miembro, lo que hace todavía más probable que tenga que cargar con ellas el resto de mi vida.

Nos pedimos una ronda y nos acomodamos. Estamos hablando un poco de todo cuando Rodri nos pide un momento de atención.

—Chicos, os he pedido que vinierais porque tengo algo que contaros.

—¿Te haces mayor? —lo interrumpo, y él me fulmina con la mirada.

—¿Te haces muy mayor? —interviene Cande antes de que él pueda decir nada.

Sonrío. Mi chica es la mejor.

—¿Estás enamorado de Sergio? —contraataca Sara.



Su prometido la mira con una mezcla de indignación, sorpresa y risa contenida.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —apostilla Martina.

—Qué romántico —sentencia Sira.

Rodri me mira. Yo me encojo de hombros mientras todas ellas sonrían encantadas con sus propias bromas.

—¿Y por qué dais por hecho que, si fuéramos a casarnos, el que le pediría matrimonio sería yo?

Creo que eso es lo que más le ha indignado de todo.

—Porque eres el que está más entregado —contesto como si fuera obvio y, como si ya no pudiese evitarlo más, sonrío.

Rodri empieza a protestar y a llamarnos de todo y mi gesto se ensancha. No tardo en darme cuenta de que Cande, en lugar de seguir con las risas y la conversación, me está mirando a mí, feliz. No necesita decir nada. Sé que lo hace por mi sonrisa, porque sabe que no es como las demás que suelo mostrar, que es mía, auténtica, la que sólo me sale cuando estoy con los míos. ¿Los míos? Nunca pensé que dos palabras pudieran hacerme sentir tan bien.

—El caso es que... —Rodri carraspea sin saber muy bien cómo seguir—. El caso es que vamos a tener un crío.

Se oyen dos o tres «¿qué?» asombrados. Sara asiente y, de inmediato, como si los sillones estuvieran en llamas, todos nos levantamos y salimos disparados hacia ellos y los abrazamos. ¡Van a ser padres! ¡Es genial!

Con la celebración cae una segunda ronda. Rodri empieza a contarnos que están buscando una casa más grande, que la suya sólo tiene una habitación y que no estarían cómodos. Les gustaría quedarse por el centro, pero no quieren nada que tengan que reformar. Rodri pretende que estén instalados en la nueva casa antes de que Sara empiece en el hospital, para evitarle el mayor estrés posible.

—¿Por qué no os mudáis a la casa del Pilar? —propone Cande.

Creo que todos nos quedamos callados y que todos la miramos a la vez. Ella sonrío como si no entendiese qué nos sorprende.

—La casa ha quedado fantástica —continúa—, así que no necesita ninguna reforma. Está en el centro y es grande. El barrio es muy bueno. Es perfecta para vosotros.

—Pero es la casa de papá y mamá —replica Rodri—. ¿Estás segura?

Ella asiente enérgica.

—Estoy segura de que vais a ser muy felices allí.

Rodri sonríe, desliza las manos por la mesa y agarra la suya.

—Muchas gracias, enana.

Cande le devuelve la sonrisa por respuesta. En realidad, es muy fácil de entender. Cande no quería que vendieran esa casa, quería que siguiera siendo un hogar,  y quiénes mejor para formarlo que Rodri, Sara y su hijo?

La conversación vuelve a girar. Primero a cosas del bebé y después a cosas de embarazadas. Desconecto. Empiezo a pensar en los planes que tenemos después. Cande quiere ir a una exposición de fotografía. Yo pienso convencerla de que hagamos cosas más interesantes, en mi cama, desnudos. Si quiere, podemos hacernos fotos. Esa exposición s  que ir a a verla.

—Idiota —me saca Rodri de mi ensoñación.

— Qu ? —contesto de malos modos.

—Perro ladrador... —suelta mi mejor amigo riéndose entre dientes.

Es un cabronazo.

— Vosotros cuándo pens is casaros? —continúa recost ndose de nuevo sobre la silla.

Cande deja de hablar con las chicas y me mira. Nos comprometimos en París hace quince días y, aunque hablamos de ello, tampoco tenemos ninguna prisa.

—Pasar  cuando tenga que pasar —dice mi chica con seguridad—. Vamos a nuestro ritmo.

Yo la miro y sonrío. He adorado ese «nuestro ritmo» porque quiere decir muchas más cosas en realidad. Significa que siempre encontraremos la manera de hacer que lo nuestro funcione, que siempre vamos a esperarnos y que, cuando uno de los dos se asuste, el otro sabr  cogerlo de la mano y traerlo de vuelta. No tenemos por qué hacer lo que los demás han dictado que tengamos que hacer. A nuestro ritmo, sólo nosotros.

— Y qué tal va el Meetic? —le pregunta Sara a Sira—.  Ya te has rendido?

—S  —responde compungida—. Nunca voy a encontrar el amor. Y no me refiero a un polvazo descontrolado. Eso, gracias a Dios, no me falta. Me refiero a un hombre de verdad, de los que hacen que el centro gravitacional de tu universo se desplace.

 C mo es posible que haya dicho *amor*, *polvazo* y *gravitacional* en la misma frase? Desde luego eso es algo que sólo podr a hacer Sira.

—Me voy a buscar otra Heineken —sentencia—, para ahogar las penas en el alcohol.

Se levanta muy convencida y echa a andar hacia el interior del local. Está esperando en la barra cuando un chico se le acerca. Estoy a punto de desconectar cuando me doy cuenta de que es Gustavo. Gustavo, uno de los chalados de Recursos Humanos, cuya mesa está enfrente de la que ocupaba Cande.

—Hola —la saluda, y tengo la sensación de que llevaba meses sin oírlo hablar.

Ella lo mira y automáticamente se sorprende de encontrárselo justo allí.

—Hola —responde poco convencida.

Sira pide una cerveza y Gustavo se queda junto a ella, muy quieto, sin decir nada. El camarero aparece con un botellín helado. Sira lo coge y, antes de girarse para regresar a la terraza, mira a Gustavo, cuyos pies parece que se han quedado pegados al suelo del bar con cemento.

—Bueno, adiós —se despide ella sin saber qué más decir.

Se vuelve definitivamente sobre sus pies y empieza a caminar hacia nosotros, que no hemos perdido detalle, con el ceño fruncido.

—Sira —la llama de pronto, lleno de seguridad, dando un paso en su dirección. Joder, ¿de dónde ha salido esa voz?

Ella se gira todavía más sorprendida.

—¿Qué quieres...?

Pero él no responde, cruza la distancia que los separa y, tomándola por la cintura, le planta un beso de película. Todos lo miramos boquiabiertos, creo que incluso el camarero lo hace.

—¿Cenamos juntos? —le pregunta.

Ella sólo asiente y Gustavo, a partir de ahora Gustavo, el Grande, se la lleva de la mano calle arriba.

En la mesa necesitamos un par de segundos para recuperarnos.

—Creo que ahora ya lo he visto todo —comenta Martina sabiamente.

Sara rompe a reír, como si ya no pudiese más, y, antes de que nadie diga nada, todos acabamos haciéndolo.

Son risas. Son recuerdos. Es julio. Es Madrid. Es mi chica. Mi hermano. Mis amigos. Es todo lo que necesito. Todo lo que encontré.

## Referencias de las canciones

*Groenlandia*, Copyright: © 2008 Sony BMG Music Entertainment España, interpretada por The Zombies. (N. de la e.)

*Embrujada*, WM Spain, interpretada por Tino Casal. (N. de la e.)

*Maquillaje*, Copyright: © 1998 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Mecano. (N. de la e.)

*Mil calles llevan hacia ti*, Copyright: © 1988 Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por La Guardia. (N. de la e.)

*La fuerza del destino*, Copyright: © 1998 BMG Music Spain, S.A., interpretada por Mecano. (N. de la e.)

*Una décima de segundo*, Parlophone Spain, interpretada por Antonio Vega. (N. de la e.)

*All you need is love*, Copyright: © 2015 Calderstone Productions Limited (a division of Universal Music Group) © 2015 Apple Corps Ltd, interpretada por The Beatles. (N. de la e.)

*Experiencia religiosa*, Copyright: © 2002 Universal Music Latino, Under Exclusive License From EI Music © 1995 E.I. Music, interpretada por Enrique Iglesias. (N. de la e.)

*Ay, amor*, Copyright: ©© 2013 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Nena Daconte. (N. de la e.)

«No me iré mañana», Copyright: © 2016 Universal Music Spain, S.L. © 2015 Universal Music Spain, S.L., interpretado por Antonio Vega. (N. de la e.)

«Aerolíneas Federales», WM Spain, interpretado por Aerolíneas Federales. (N. de la e.)

«Viva Tequila», Copyright: © 1980 Serdisco, interpretado por Tequila. (N. de la e.)

*Las chicas son guerreras*, WM Spain, interpretada por COZ. (N. de la e.)

«Más números, otras letras», Warner Music Spain, interpretado por Nacha Pop. (N. de la e.)

*Escuela de calor*, Copyright: © 2004 Sony BMG Music Entertainment Spain, S.L., interpretada por Radio Futura. (N. de la e.)

«80-88», Universal Music Spain, S.L., interpretado por Nacha Pop. (*N. de la e.*)

*La vie en rose*, Copyright: © 2012 Pwm Masters Ltd © 2012 Mgrp Catalogues, interpretada por Édith Piaf. (*N. de la e.*)

*Caperucita feroz*, Parlophone Spain, interpretada por Orquesta Mondragón. (*N. de la e.*)

**Cristina Prada** vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja* y *La sexy caza a la chica Hitchcock*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:  
<https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/> y  
Cristina Prada @every songwhich

*Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964. Todo lo que encontré*  
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Cristina Prada, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.edicioneszafiro.com](http://www.edicioneszafiro.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: octubre de 2017

ISBN: 978-84-08-17997-9

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA  
**ROMÁNTICA**

---



¡Síguenos en redes sociales!

